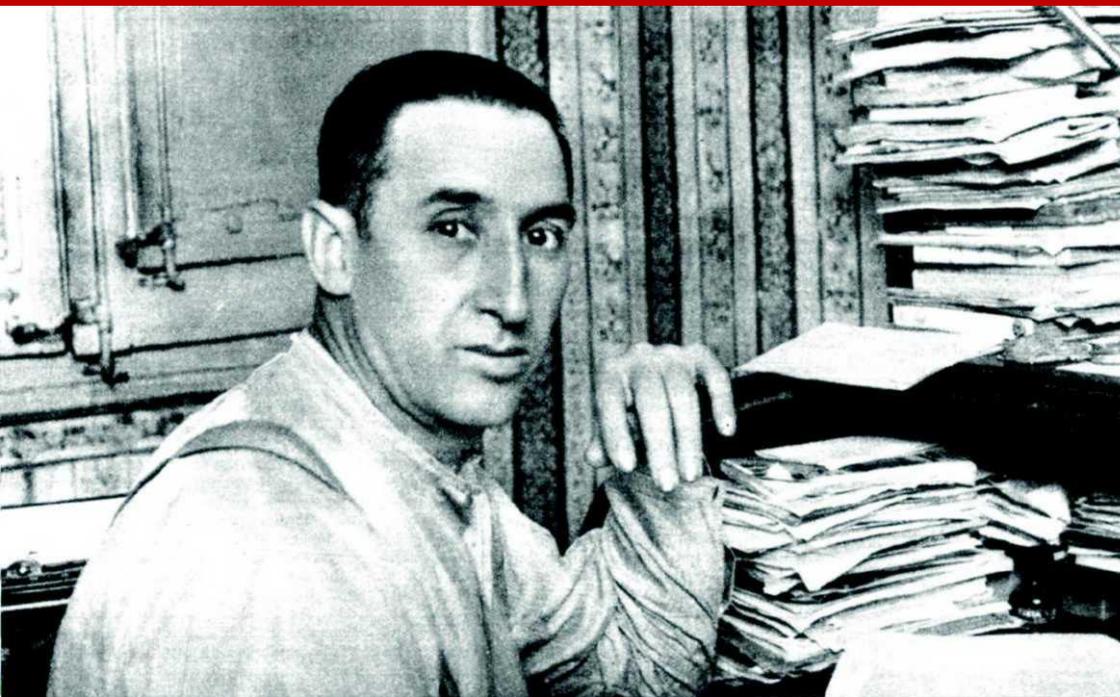


ÁNGEL M^a. DE LERA



Ángel Pestaña

Retrato de un Anarquista

Biblioteca Libre
OMEGALFA
2020
Ω

Ángel Pestaña: Retrato de un anarquista.

1978

Ángel M^a. de Lera

Fuente:

Librería Editorial Argos

Barcelona

1978

Digitalización y maquetación:

Demófilo

2020



*Libros Libres
para una Cultura Libre*

Biblioteca Libre

OMEGALFA

Ω

ÍNDICE

EL ENCUENTRO	6
I. LA ESCUELA DE LA VIDA	13
1. El niño solitario	
2. Con la orfandad al hombro	
3. Viajero sin billete	
4. María	
5. Argel	
II. LA ESCUELA DEL MILITANTE	44
1. Barcelona, ciudad abierta .	
2. El neófito	
3. Agitador y propagandista	
4. Anarquista ortodoxo	
5. Riesgo y ventura del periodismo	
III. LA ESCUELA DEL DIRIGENTE	73
1. Pensamiento y acción	
2. La huelga del 17	
3. El escándalo del espionaje	
4. Sindicato único	
5. Rivalidad con Seguí	
IV LLEGADA A LA CUMBRE	125
1. El Congreso de la Comedia	
2. El viaje a Rusia	
3. El Congreso de la Tercera Interna- cional	
4. Encuentro Lenin-Pestaña	
5. La denuncia	
V. LA GLORIA Y LA SANGRE	156
1. El pistolero barcelonés	
2. Posición de Pestaña	
3. El mandarinato Anido-Arlegui	
4. El atentado de Manresa	
5. Los atracos	

VI. EL CAMINO DE DAMASCO	196
1. El golpe de Estado	
2. La desbandada	
3. Proceso revisionista	
4. Controversias y conspiraciones	
5. La Dictablanda	
6. Concreciones teóricas	
VII. PESTAÑISMO	249
1. El 14 de abril	
2. «Los treinta Judas»	
3. Denuncia del fascismo	
4. Entrevista de Pestaña con José Antonio	
5. Fundación del Partido Sindicalista	
VIII. LA RIADA	309
1. Madrugada sangrienta	
2. El caos	
3. El crepúsculo	
4. El ocaso	
5. «Hemos perdido un gran hombre»	

NOTA DEL AUTOR

Al escribir este libro, el autor no ha pretendido otra cosa que acercar a la contemplación de las generaciones jóvenes la figura de un luchador por el bien común como ángel Pestaña, que hoy, quizá más que nunca, puede servir de guía e inspiración, precisamente porque estamos atravesando una etapa huérfana de grandes hombres vivos, confusa y turbulenta, por tratarse de la resaca de un largo período de represión ideológica.

Su trabajo ha sido muy fatigoso y difícil, pues, salvo en sus escritos, todas las referencias biográficas de Pestaña se encuentran fragmentadas, minimizadas y disueltas en la tendenciosa literatura de sus adversarios.

El pensamiento de Pestaña conserva toda su frescura y vigencia iniciales. El movimiento libertario y las corrientes progresistas y liberales, no marxistas, de hoy, pueden encontrar en él todavía el mejor cauce para alcanzar sus fines.

Si esta primera piedra que aporta a su memoria sirve para contribuir eficazmente a tales propósitos, el autor se considerará sobradamente compensado por su esfuerzo.

*y cuando llegue el día del último viaje
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.*

ANTONIO MACHADO

EL ENCUENTRO

Sucedió en la época que pudiéramos denominar de preguerra civil, allá en el mes de junio de 1935.

Yo había vivido intensamente el proceso político que se iniciara con la caída de la dictadura del general Primo de Rivera, y participado con mi voz y mi pluma juveniles en la propaganda republicana que transmutó en plebiscito nacional las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, cuya consecuencia fue el desahucio de la monarquía de los Borbones y la proclamación de la Segunda República, en una jornada espléndidamente primaveral, cuando «lucían todas las flores menos las flores de lis». Más tarde, me uní a la redacción del periódico revolucionario *La Tierra*, donde publiqué muchos artículos, con o sin firma. Por último, cumplido el servicio militar, me retiré a mis cuarteles de invierno, en La Línea de la Concepción, con el propósito de terminar mis estudios de derecho antes de lanzarme decididamente, y a todo riesgo, a la aventura de la política y el periodismo.

Sin embargo, no militaba en ninguna organización política. Aunque mis preferencias se decantaban en favor de la ideología libertaria, me inhibía el hecho de que careciese de un órgano político de expresión y actuación que recogiese la doctrina creada en la lucha sindical y la formulase en una teoría y en una praxis específicamente políticas. Ya presentía yo por entonces que el sindicalismo libertario era un producto espontáneo de la idiosincrasia de nuestro pueblo, y, por consiguiente, el más original y autóctono de todos los idearios políticosociales surgidos en España. En el fondo, era para mí la trascendencia, en el plano de los movimientos revolucionarios y redentoristas, del misticismo y del idealismo subyacentes en nuestro comportamiento histórico. En Andalucía especialmente y, sobre todo, en la provincia de Cádiz, la corriente anarquista que inervaba e inspiraba la acción de las masas sindicalistas tenía un trasfondo de cris-

tianismo primitivo. Su componente humanista y personalista, su ingenua fe en la bondad del hombre, su rechazo del autoritarismo y del dogmatismo, sus promesas de felicidad comunitaria, su concepción de una humanidad fraterna, su prédica del amor, de la alegría y del ágape y, principalmente, sus nostalgias de un pretérito idílico, el gran bien perdido, eran características que lo entroncaban directamente con las tradiciones cristianas más puras, con la única diferencia de que el cristianismo difiere su realización a un tiempo indeterminado y al cielo, y el anarquismo pretende implantarse en la tierra y en tiempo presente.

En los conciliábulos de las gañanías, en los ateneos y en los sindicatos seguía vivo el recuerdo de Fermín Salvochea, aquel señorito gaditano que lo dio todo a los demás y se quedó desnudo y pobre, y sufrió persecución por la justicia, y hambre y sed, como si hubiese seguido el consejo que diera Jesucristo a aquel joven que quería saber cuál era el camino de la perfección; de un Salvochea que no era, sin embargo, pasivo, sino activo, y no resignado, sino rebelde. De entre las muchas anécdotas que se contaban de él, transcribiré solamente una que recoge Manuel Buenacasa en su obra y que, a su vez, toma de Sánchez Rosa, porque no es posible comprender el fenómeno del anarquismo andaluz si no se conoce a su prototipo y la radiante influencia de su personalidad.

Pasaba la rutinaria visita a la cárcel el presidente de la Audiencia y, ante los presos en formación, la autoridad se detuvo para preguntar a Fermín Salvochea, que estaba en la fila, entre sus compañeros:

—¿Tiene usted alguna queja del establecimiento? ¿Es bueno el rancho? ¿Le tratan bien los empleados?

Salvochea, serenamente, le contestó:

—Lo que tenemos que decirle es que nuestra galería, por su humedad y otras causas, no reúne condiciones para que la habiten seres humanos.

El presidente de la Audiencia replicó inmediatamente:

—No haber delinquido y no la habitarían.

Entonces, Salvochea, imperturbable, le objetó:

—Pues entonces, ¿para qué se nos pregunta?

—No sea usted osado —le recriminó, autoritario, su interrogador.

—El osado es usted —repuso Salvochea.

Entonces, el presidente, sin poderse reprimir, ciego de cólera y de soberbia, levantó su bastón, amenazando con descargarlo sobre el preso, pero éste, en un rápido movimiento, dio un paso al frente, levantó el puño cerrado hasta muy cerca del rostro del irascible magistrado, y sin perder la calma, le retó:

—¡Pegue... ande! ¡Pegue si se atreve!

Salvochea fue conducido a una celda de castigo, pero el pueblo de Cádiz, al enterarse de lo ocurrido a su héroe, rodeó la cárcel y no desistió de su actitud hasta que no le fue levantada la sanción.

Yo me hallaba, pues, en una situación indecisa por lo que se refiere a la elección de una disciplina partidaria en el campo político. Yo deseaba actuar, pero no sabía en qué dirección ni bajo qué bandera. Es más, como todos los jóvenes de mi época, era objeto de la inexorable presión de los acontecimientos que me enfrentaba a una disyuntiva ineludible: revolución o contrarrevolución o, más concretamente, fascismo o antifascismo. Quedaba, sí, entre ambas posiciones una zona neutral, pero ni por temperamento ni por formación era yo capaz de refugiarme en ella. Además, yo ya había tomado partido por la revolución y el antifascismo. Mi mente se había nutrido durante los últimos años de apasionadas, turbulentas y exhaustivas lecturas sobre las dos grandes revoluciones, la francesa y la rusa, sobre marxismo y anarquismo, y había devorado cuanta literatura novelesca y documental, alemana y soviética, tuve a mi alcance; literatura antibelicista y revolucionaria, por supuesto. En esas circunstancias personales y ambientales, yo era realmente un joven revolucionario en potencia, a quien sólo detenía su perplejidad ante las diversas formulaciones políticas que le ofrecía la izquierda, ninguna de las cuales interpretaba fielmente sus aspiraciones, sentimientos e ideas.

Entonces, un pequeño grupo de cenetistas, cuatro o cinco, amigos míos, me invitaron a acompañarles en la mesa que presidiría el acto de presentación, en el Teatro del Parque, de La Línea, de una de las figuras políticamente más discutidas en aquel momento, Ángel Pestaña. Yo ya había oído y leído mucho sobre él. Ángel Pestaña, famoso en la historia de la CNT, era, sin embargo, piedra de escándalo y motivo constante de apasionadas discusiones en los medios cenetistas, donde se le odiaba y se le admiraba delirantemente, y era considerado apóstol, traidor y judas, con idéntica intransigencia, por parte de amigos y enemigos. Mencionar su nombre tan sólo provocaba la pelea dialéctica en los términos más violentos. No cabían términos medios, ni era posible llegar a un armisticio o buena componenda entre detractores y panegiristas. La FAI, o sea, la Federación Anarquista Ibérica, le perseguía implacablemente con la furia religiosa del fanatismo. Las contrafiguras que le oponía la FAI eran Durruti, Ascaso y García Oliver, militantes anarquistas de la escuela maximalista, hombres de acción, del rayo y la tea, que habían animado y dirigido todos los intentos frustrados durante la República para implantar en España la utopía del comunismo libertario, y que Pestaña se vio forzado a contemplar, impotente, con toda la amargura de una conciencia lúcida que había previsto los desastres e intentado inútilmente evitarlos.

Yo me imaginaba a Pestaña física y espiritualmente como un Dan-tón o un Trotski: un tipo vital, arrollador e incandescente, que irradiara energía y supiera contagiar el entusiasmo. Así que, cuando le tuve a mi lado y pude contemplarle detenidamente en vivo, sentí, lo confieso, una gran decepción. Vi un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, huesudo y membrilargo, y como hundido por el peso de una carga invisible. Tenía una cabeza pequeña, con el pelo aplastado y peinado hacia atrás, y un rostro agudo y descolorido. Sólo sus ojos penetrantes, unos ojos oscuros y más bien pequeños, revelaban un espíritu inquisitivo, inteligente y dueño de sí. Pero no irradiaba magnetismo alguno ni despertaba a primera vista una especial atracción. En resumen, no se descubrían en él las características del conductor de masas, del caudillo popular, según la versión

que del prototipo dedujera de mis lecturas. La imagen de Pestaña era la antípoda de la de un Dantón o un Trotski leoninos, o de la de un Lenin enigmático y exótico. No brillaba en él ningún rasgo especial que revelase al hombre extraordinario. Además, vestía con decoro de menestral en domingo. Me pareció incoloro, vulgar y distante. Esa fue mi primera impresión. Pero luego, al verle avanzar tranquilo y seguro hacia las candilejas del escenario para comenzar su discurso, sin ningún papel en la mano, en medio del expectante silencio de un auditorio que abarrotaba el teatro, empecé a sospechar que una fuerza superior guiaba a aquel hombre, y tuve el presentimiento de que era testigo y copartícipe de algo muy importante para mí.

Pestaña se detuvo y paseó lentamente su mirada por el espeso auditorio agazapado en la oscuridad. Se oyeron entonces algunos carraspeos y él esperó pacientemente a que se desvanecieran, erguido, inmóvil, con el dedo pulgar de la mano izquierda prendido del bolsillo del chaleco, y, cuando cesaron los rumores, saludó, con voz fría y clara:

—Compañeros y amigos...

Y, de pronto, estalló la algarabía. Exclamaciones como «¡Traidor!» «¡Judas!», «¡Vendido a la burguesía!» y voces de «¡Fuera!», partían de las localidades altas, donde los grupos de denostadores, puestos en pie, acompañaban con gestos airados sus gritos. En vano siseaban a los alborotadores los que ocupaban el patio de butacas e inútilmente algunos de ellos les increpaban con el fin de imponer el silencio y la compostura en el salón. El resultado fue que se estableciese un violento diálogo en alta voz entre unos y otros y que acrecieran el griterío y la confusión. El amigo que presidía el acto, asustado por lo que ocurría, me dijo al oído:

—Son los de la FAI. Ya nos amenazaron con que no dejarían hablar a Ángel. Los muy cabrones han copado las gradas para dominar mejor al público. Son capaces de todo, hasta de disparar sus pistolas, porque las han traído, para que el agente de la autoridad suspenda el mitin.

A todo esto, Pestaña ni siquiera se movió. Permanecía impasible, como si le fuera extraño todo cuanto sucedía frente a él. Siguieron unos minutos de enorme tensión. «¡Dejadle hablar!», «¡No queremos oír a un traidor!», «¡El que no quiera oír, que se marche!» «¡Fuera la chusma!», «¡Viva la FAI!»... Mi amigo hablaba con el policía y éste meneaba la cabeza... Al fin decreció el tumulto. El orador aprovechó su curva más baja para insistir:

—Compañeros y amigos...

Otra vez arreció el griterío. De nuevo el presidente del acto cuchicheó algunas palabras al oído del policía, que ya miraba nervioso a todos lados. Los del patio de butacas, unánimemente en pie ya, arremetían con grandes voces contra los de arriba. «¿Y vosotros os llamáis anarquistas? ¡Sois unos dictadores!», «¿Por qué no escucháis? ¿Es que tenéis miedo de que os convenza?», decían, y los otros replicaban: «¡Socialfascistas! ¡Sois los mismos de Casasviejas!», y con vivas a la FAI y a la CNT.

Pestaña seguía escuchando la tumultuosa disputa con fría impavidez. No había desdén ni soberbia en su gesto, sino una expresión de desconcertante serenidad. Se veía que era un hombre avezado a afrontar con paciencia y dominio de sí mismo las asambleas más arriesgadas, como un piloto de la mar curtido por las tempestades y las tormentas. Y en otro desfallecimiento de la iracundia de sus oponentes, repitió:

—Compañeros y amigos...

Se repitió asimismo la oleada de protestas y contraprotestas, el policía quiso levantarse de su asiento, impidiéndoselo la enérgica actitud del presidente, que le retuvo por un brazo... Otra pausa y otro comenzar hasta que, por fin, desahogadas las furias, pudo enhebrar otras palabras y otras, y seguir, seguir ya sin más interrupciones que la ruidosa retirada de algunos faístas y los encoraginados aplausos de sus partidarios. Estuvo hora y media hablando. Dijo todo lo que quiso sin una vacilación, sin repeticiones, y argumentando con un rigor lógico verdaderamente magistral e irrefutable. Nada de demagogia fácil, ni brindis a la galería, ni latiguillos ni invocaciones al

sentimentalismo. Seco, martilleante, contundente, persuasivo. Estilo enjuto y diáfano, dicción clara con un ligero deje catalán, construcción rectilínea sin digresiones ni interpolaciones, y una técnica de preguntas y respuestas encadenadas, muy peculiar de él, como pude corroborar más adelante. Los oyentes remataron su discurso con una sostenida salva de aplausos. Fue un triunfo nítido, aplastante, redondo. Sin embargo, cuando se volvió para unirse de nuevo a nosotros, que le esperábamos puestos en pie, no pude advertir en su semblante ningún signo o síntoma de emoción, y contestó a nuestros plácemes y congratulaciones encogiéndose de hombros simplemente y quejándose del enorme calor que hacía en la sala. ¿Humilde? ¿Insensible? Me pareció más bien la actitud de un hombre inteligente y sencillo que se encuentra sobre o de vuelta ya de los temblores de la vanagloria. A mí me impresionó profundamente. ¿Caudillo? ¿Profeta? ¿Conductor? No hubiera podido decirlo. Eso sí, una inteligencia clarividente, un espíritu superior, una voluntad diamantina y un valor estoico a toda prueba. Y me dije: «He aquí el hombre».

Así conocí a Ángel Pestaña. Al día siguiente constituimos el Partido Sindicalista de la Línea de la Concepción y desde entonces le seguí políticamente hasta el fin. Cuando, un año más tarde, volvió por segunda y última vez a esa ciudad para dar una conferencia, ya no le interrumpió nadie. Como siempre, dueño de sí, dio una hermosa lección de buen decir y de bien pensar. Ya era diputado por Cádiz, y tengo que decir, aunque parezca vanidad por mi parte, si bien han pasado demasiados años y acontecimientos para que pueda juzgárseme así por mis palabras, que fui yo quien en mayor grado contribuyó a su triunfo en las elecciones.

I

LA ESCUELA DE LA VIDA

1. EL NIÑO SOLITARIO

Un hombre de aspecto rudo y manos callosas escucha atentamente la lectura que realiza un niño de unos diez años de edad, delgaducho, diríase que enfermizo. Es de noche y el hecho ocurre en el comedor de una posada de pueblo. Al otro extremo de la larga mesa de pino rebañan sus platos otros dos huéspedes con apariencia de trajinantes. El niño lee siguiendo su índice de la mano derecha que corre por debajo de los renglones. De pronto, titubea. Se le ha atravesado una palabra que no puede pronunciar.

—Es la tercera vez que lo haces y a la tercera va la vencida, ya lo sabes — dice el hombre y da un pescozón al niño, que, instintivamente, se encoge.

Uno de los comensales, que ha estado observando la escena, interviene para decir:

—No sea usted así, hombre, no sea usted así, porque se ve que el rapaz es listo y sabe de letras. Un tropiezo lo tiene cualquiera.

El aludido, mal encarado, replica:

—Es mi hijo, ¿sabe usted? Claro que tiene condiciones, pero se me aplica más al juego que al estudio. Cuando prepara lo que yo le marco — y muestra el trazo de lápiz que acota unos párrafos sobre la página del libro—, lee luego de carrerilla, pero, si no, se atranca como ahora. Yo me guío por eso.

—¿Que se guía usted por eso? ¿Es que usted no sabe leer?

—No —contesta el padre—, yo no conozco ni la «a». Pero me entiendo. Si hago lo que hago es para que el rapaz espabile y aprenda lo que yo no pude nunca aprender y no sea un burro de carga cuando llegue a hombre, como lo he sido yo toda la vida. Precisamente por mi ignorancia me han ocurrido algunas cosas y he tenido que aguantar abusos que no quiero que tenga que sufrir él...

—No he querido molestar, ¿comprende? —se excusa el otro, impresionado, sin duda, por la cruda sinceridad del hombre.

Después, compartiendo unos vasos de vino, el padre del niño cuenta que, hartado de ser explotado como peón en el tendido del ferrocarril, quiso tomar trabajo a cuenta. Claro, el ingeniero advirtió muy pronto que aquel contratista no sabía de números, y en la primera ocasión, al cubicar la obra realizada, le engañó. Naturalmente, cuando el contratista contó los dineros resultantes y empezó a pagar a sus jornaleros, descubrió la artimaña y el fraude. Reclamó, pero ni siquiera obtuvo ser escuchado por el defraudador. No era él hombre que se resignase a ser burlado impunemente. Convencido, pues, de que no conseguiría nada por las buenas, se apostó un día a la salida del bosque que solía cruzar a caballo el ingeniero y esperó. A poco rato lo tuvo a la vista. Entonces hizo contra él tres disparos de revólver.

—Y no era broma, no, porque le volé el sombrero de un balazo.

El ingeniero espoleó enérgicamente el caballo y huyó a todo galope. Gracias a eso salvó la vida.

El chiquillo, suspendida la lectura, libre ya de reprimendas por aquel día, escucha ávidamente las palabras de su padre, que aunque se las ha oído repetir en otras ocasiones, siempre impresionan su despierta imaginación infantil. El niño se llama Ángel Pestaña Núñez.

Nació el 14 de febrero de 1886 en una aldehuela de la provincia de León que tenía por nombre el de Santo Tomás de las Ollas. Es cu-

rioso. Este niño que, andando el tiempo, escribiría un libro de recuerdos y memorias,¹ omite el nombre de sus progenitores. De su padre dirá simplemente: «Era analfabeto en absoluto, pues no sabía leer ni escribir: pero tenía, por los recuerdos que yo conservo, inteligencia natural». Más adelante anotará: «Verdad es que mi padre me pegaba con frecuencia, pero no era por crueldad, sino producto de un falso concepto de lo que ha de ser la educación y por un exceso de amor hacia su hijo, pues en su vida de rudo minero jamás se olvidaba de su hijo, al extremo de que cuando iba al café, cosa no corriente entre los trabajadores de aquel tiempo, guardaba siempre la mitad del terrón de azúcar que le daban para dármelo a mí».

En cuanto a su madre, sólo se refiere a ella para contarnos, con escalofriante sencillez, una anécdota que, en la pluma de cualquier otro hombre, hubiese sido muy difícil de expresar. Vivían por entonces en Béjar, donde su padre trabajaba en la perforación de un túnel ferroviario. El niño, aún con menos de tres años de edad, acababa de vencer una peligrosa enfermedad de la vista, unas cataratas, que le trató una curandera milagrosa con oraciones, signos de la cruz sobre los ojos y polvo de azúcar cande que le introducía bajo los párpados, sobre los que presionaba luego con movimientos de molinete, con el fin de esmerilarle el cristalino opacificado. Como siempre, la familia Pestaña, gente volandera, de aquí para allá, sin casa ni hacienda propias, vivía en una pensión. La madre de Ángel «era alta, guapa, buena moza», según oyó decir a quienes la conocieron, porque no guardaba de ella ninguna imagen precisa. «No sé si era buena o mala. No tengo de ella la menor noción», confiesa en su libro. Tampoco pudo saber nunca por qué las relaciones entre sus padres se caracterizaban por los frecuentes altercados y disgustos a que siempre ponían fin los golpes que el hombre descargaba sobre la mujer. Lo cierto es que una noche —y las escenas que siguen sí que quedaron grabadas indeleblemente en su memoria— le despertó su madre y le vistió, cosa que ya había hecho antes con su hermana Balbina. Después, le tomó en brazos y, llevando a la pequeña de la

1. Lo que aprendí en la vida. Aguilar Editor, Madrid.

mano, salieron a la calle y se dirigieron a la estación de la diligencia que hacía el recorrido entre Béjar y Palencia. Allí, la madre pagó los pasajes y luego se sentaron a esperar. Pero, de pronto, apareció el padre, dando gritos y profiriendo amenazas contra su esposa. Los demás viajeros trataron de calmarle y evitaron que la golpease públicamente pero no pudieron evitar que la arrancara de allí y se la llevase de nuevo a casa junto con sus hijos. Sin embargo, pocas noches más tarde, se despertó bruscamente y vio la luz encendida y que habían desaparecido su madre y su hermana. Estaba solo y abandonado. El pequeño lloró y lloró desconsoladamente hasta que le vencieron el sueño y el cansancio. Cuando volvió a abrir los ojos, sólo vio a su lado la figura sombría de su padre. Más adelante éste le informaría de que su madre huyó con uno de los huéspedes de la pensión. Nunca volvió a tener noticias de ella ni de su hermana, pese al renombre que él llegó a alcanzar en toda la nación. ¿Era su padre un hombre celoso, un borracho, un tirano o, simplemente, un bruto? ¿Era su madre una mártir, una sensibilidad femenina atropellada, o nada más que una mujer ligera de cascos? El hijo no juzga. Se limita a contar lo que le sucedió y añadir, refiriéndose a la madre ausente y desconocida: «Ahora, que por primera vez lo digo, añado también que no guardo rencor alguno contra ella. Al contrario. Si viviese, sería para mí un gran placer el conocerla».

Su familia se redujo así a su padre. Siempre pegado a él, recorrió el largo calvario de sus andanzas, yendo siempre de un lado a otro, de pueblo en pueblo, de Canfranc al Puerto de Pajares, de Achuri a las minas de Alén, en Vizcaya, a lo que les obligaba la búsqueda de trabajo. Estando en Alén asiste por vez primera a la escuela, en el pueblecito de Las Barruetas. Todas las mañanas tiene que descender desde la mina al pueblo, junto con otro muchacho, hijo también de minero, como él, seguramente. Días de lluvia y barro, de frío y de escaso yantar. No sabemos cómo era esa escuela ni cuál el talante del maestro, pero no es difícil imaginárnoslo teniendo en cuenta el lugar y la época: una estancia inhóspita, saturada de vaho y malos olores, desgastados bancos de madera, un mapa de España sobre un muro desconchado, plumas con manguillo de madera mordida, una

pizarra, una mesita de pino para el maestro y, éste, casi siempre de mal humor, haciendo cantar a los arrapiezos los nombres de los ríos y los reyes de España y la tabla de multiplicar, bajo la amenaza del coscorrón o la palmeta. En suma, la escuela rural de entonces, concebida y realizada más como instrumento de tortura que de educación, y el maestro, un hombre desolado y desasistido, mártir, iluso o desesperado, sin más compensación material que el hambre.

Aunque el padre de ángel era un hombre rudo y analfabeto, tenía conciencia de que la culpa de su pobreza y de su desgraciada condición radicaba en su incultura, en su ignorancia. Por eso trató de hacer todo lo posible, aun con tan pocos medios, para que su hijo, a quien amaba tiernamente, aunque a su manera, se redimiese por sí solo de tanta miseria como le esperaba. Tendría, pues, que encontrar el medio de que Ángel, quien, por otra parte, mostraba una viva inteligencia, se preparase para estudiar una carrera. Pero, ¿cuál, qué carrera elegir? Ni dudarle: la de cura. Él, por supuesto, era un creyente íntegro, pero veía la Iglesia como un negocio y el oficio de sacerdote como el de albañil o carpintero, pero más cómodo y mucho más lucrativo.

—Yo trabajo doce o trece horas para ganar catorce reales — sentenciaba—, y un cura, echando una bendición y diciendo unas palabras que nadie entiende, gana cinco duros. Eso es todo.

Firme en su propósito, llegó pronto a una conclusión que puso inmediatamente en práctica. Habitaba en Ponferrada un hermano de su mujer, casado, sin hijos y en posición económica bastante desahogada, y decidió visitarle en compañía de su hijo, para proponerle un plan conducente a preparar al muchacho en letras y cuentas con vistas a sus ulteriores estudios eclesiásticos. No halló más que facilidades. En efecto, el tío accedió a recibir en su casa a Ángel, y darle alojamiento y manutención, como si fuera un hijo propio, el hijo que él no había podido conseguir. Lo concerniente a vestido, calzado, pago de libros y colegio sería a cargo del verdadero padre. Es decir, que todo salía tal como éste lo concibiera y lo planease. Ya estaba asegurado el porvenir del pequeño Pestaña. El hombre pagó por adelantado los libros y dos o tres mensualidades de colegio y

regresó a las minas de Bilbao, muy contento por haber tenido una idea tan feliz y de haber resuelto su realización de una manera tan fácil y expedita. No era, no, el suyo un modo de vivir muy a propósito para un niño de su edad, sin madre ni hogar fijo, rodeado siempre de hombres toscos, mal hablados, de costumbres irregulares, aficionados al vino y a las broncas. Su hijo tenía que ser diferente. Su hijo tenía que ser un hombre educado, exento de las servidumbres que él padecía, libre de la amenaza de la miseria y el desempleo. Quizá se lo imaginase ya impartiendo bendiciones y recitando inteligibles latines, por un lado, y comiendo a boca de rey, rodeado de toda clase de comodidades, por otro. Y, quién sabe si, en un día ya no muy lejano, cuando el reuma le impidiese seguir en la mina, hallaría él un rincón al lado de su sotana, en el que envejecer lentamente y morir, al fin, descansado y tranquilo. Sí, había tenido una gran idea y, hasta el momento, todo parecía prometer un resultado positivo. «También la suerte pasa alguna vez por la puerta del pobre.» Y era cierto.

Ángel quedó hospedado en casa de su tío. Pero pasaron los días, las semanas y hasta un mes, sin que el muchacho viese un libro ni pisase la escuela. Su tío parecía haber olvidado por completo el compromiso contraído con su padre. Al fin, para que no siguiese haciendo el gandul, le envió a pastorear las nueve ovejas que tenía. Y así fue pasando el tiempo. Su tío resultaba ser un sinvergüenza de tomo y lomo. Hombre joven, apuesto y echado para adelante, «mujeriego y gitano», no se preocupaba más que de sus juergas y sus aventuras amorosas. Cuando aparecía, a altas horas de la madrugada, de regreso de una de sus correrías, descargaba su mal humor, si había perdido dinero en la mesa de juego o estaba borracho, en su mujer o en su sobrino, apaleándolos indiscriminadamente. Pero no era eso lo peor, sino el hambre, un hambre que obligaba al muchacho a husmear por la casa en busca de algún mendrugo olvidado, para roerlo a escondidas. Tanta era el hambre que padecía que huyó de la casa de su tío y fue a refugiarse en la de su padrino, «que era tamborilero y vivía en Santo Tomás».

Por fin, el padre se enteró de la situación que atravesaba Ángel por

las referencias que le diera un compañero recién llegado a su cuadrilla, procedente de un pueblo cercano a Ponferrada. Es de suponer el estupor y la cólera que tales noticias provocarían en su ánimo, porque reaccionó fulminantemente. Hizo escribir una carta a su desaprensivo cuñado aplicándole los adjetivos que se merecía, acompañada de un giro de veinticinco pesetas, con la orden terminante de que pusiera al muchacho en el tren sin pérdida de tiempo. El destinatario de tal misiva, que debía conocer muy bien el carácter de quien se la enviaba, se puso de acuerdo inmediatamente con el padrino tamborilero y entre ambos, de madrugada, lo colocaron en el tren con billete sólo hasta León. Dejo a la descarnada pluma del protagonista el relato de su odisea. «Hice el viaje solo. Tenía poco más de diez años. En León bajé del tren y, después de sacar billete, hice el cambio, tomando el de Madrid a Asturias, hasta La Robla. Y en esta estación cambié nuevamente de tren, tomando el de la Robla a Valmaseda. Después de pagado el importe de los billetes, me sobraron unas pesetas, que, atadas en la punta del pañuelo que llevaba, metí en el seno y puse la mano encima para que no me las quitaran. Durmiendo a ratos y después de horas, para mí interminables, de viaje, llegué a Valmaseda, donde mi padre debía esperarme.

»Mi desesperación no tuvo límites cuando, libre de viajeros el andén, me encontré sólo y sin ver a mi padre por parte alguna. Rompí a llorar con desesperación inconsolable. Se acercaron a mí algunos empleados de la estación preguntándome la causa de mis llantos. Pasé un largo momento sin contestar, llorando a lágrima viva. Por fin, entre hipo y sollozos, pude contarles lo que me pasaba, y no sabían qué hacer conmigo, pues yo ignoraba dónde estaba mi padre. De entre los presentes, un maquinista se ofreció para llevarme a su casa...»

Su padre no pudo tomar el coche el día anterior y llegó con veinticuatro horas de retraso. No le fue difícil encontrar el paradero de Ángel y, otra vez juntos, padre e hijo, olvidándose del proyecto que preveía un suculento curato para éste, reanudaron su vida andariega. De Castro Urdiales a Sopuerta y de aquí a Cobarón, donde, sin cumplir los once años, entró a trabajar en la mina por cinco reales diarios

de jornal.

«Era una mina —escribe Pestaña— a la que se descendía por un pozo inclinado de lo menos treinta metros de profundidad, siguiendo por debajo de tierra muchos metros de galería. Además, era una mina que ofrecía inmensos peligros. Explotada en épocas lejanas, se decía que, en tiempos de los romanos, debajo del piso por donde nosotros pasábamos había otro, lleno de agua hasta la mitad, lo que obligaba a caminar con la máxima precaución, pues el desviarse de la línea de raíles centrales podía ocasionar la caída al fondo de la galería inferior, y era la muerte segura.»

Una de las obligaciones del pequeño minero consistía en acarrear agua en un barril desde una fuente hasta la mina. Durante dos días llovió torrencialmente y aquella vez, cuando quiso hacer su trabajo, se encontró con que la fuente a que solía acudir se encontraba anegada y cubierta por el barro arrastrado por la lluvia. Tuvo que ir a otra fuente más distante, lo que le llevó más tiempo del acostumbrado. El capataz, sin preguntarle la causa del retraso, le despidió nada más verle aparecer, y su padre, creyendo también atropelladamente que el despido obedecía a alguna trastada del muchacho, le pegó.

Siguieron los traslados de un punto a otro de la cuenca minera vizcaína, hasta saltar a Santander, para volver nuevamente a Bilbao y detenerse por último en Zaramillo, donde se estaba construyendo la presa para un canal y donde, al poco tiempo, se abrieron unas nuevas minas.

Una mañana, el padre de Ángel no pudo levantarse de la cama para ir al trabajo. «Casi no conocía ya a las personas. Respiraba penosamente, y sólo deseaba estar a oscuras y que le dejásemos solo.

»Avisamos al médico, y después de un reconocimiento que a mí me pareció detenido —sigue diciendo Pestaña—, dijo que mi padre estaba gravísimo, y que la gravedad no venía de la pulmonía, sino de la orina y de las causas que producían su retención.

»Pasó todo el día sin decir palabra y vuelto de cara a la pared. La respiración era más fatigosa a cada momento, y sin querer que le

hablásemos. Cada dos horas le daba (yo) la medicina que el médico había recetado. Sólo para esto cambiaba mi padre de postura.

»Velé al enfermo durante toda la primera noche. De madrugada, como pareció calmarse un poco, me acosté unos momentos. Durante el día durmió unos ratos. Los mismos que yo aprovechaba para irme a jugar a la calle.

»La segunda noche también velé a mi padre. Al día siguiente dormí yo dos o tres horas, aprovechando los momentos en que parecía que el enfermo descansaba. Pero ya no salí a jugar. El cansancio y el estado de ánimo comenzaban a abatirme. De cuando en cuando venían a visitarle los amigos. Todos reconocían la gravedad del caso.

»Por la tarde del tercer día de la enfermedad, entre tres y cuatro de la tarde, pidió de beber, diciendo que tenía mucha sed. Y cuando hubo bebido, a los pocos momentos, reaccionó vivamente, incorporándose en la cama y entablando conversación con los amigos presentes.

»Éstos animáronle diciendo que aquello no era nada. Una dolencia pasajera. El médico daba grandes esperanzas.

»Mi padre les escuchó con atención, haciendo alternativamente signos afirmativos o negativos. Habló después. Dijo que él se daba cuenta de la gravedad de la dolencia que le aquejaba, y que si le preocupaba morir no era por él, sino por mí, que, solo y abandonado, sin padre ni madre, lejos del país y sin familia, no sabía adonde iría a parar.

»Los amigos trataron de quitarle de la cabeza sus pensamientos.

»—Y para el caso doloroso en que llegara lo que tú supones —dijeron—, ten la seguridad de que todos nosotros estamos aquí para protegerle y ayudarle.

»Esta manifestación pareció alegrar el rostro de mi padre. Pues yo, sentado a los pies donde él yacía enfermo, no perdía ninguna de sus palabras ni de sus gestos...

»La conversación duró una hora, aproximadamente. Manifestó mi padre cansancio... Poco a poco la respiración comenzó a ser más

fuerte, más fatigosa, más rápida. Vinieron otros amigos, trataron de saludarle. No contestó a nadie.

»También me quedé a velarle en su tercera noche de enfermedad. Pero, a las doce, la patrona de la casa, compadecida de las dos noches que yo llevaba sin dormir, me relevó. Me acosté, pero antes quise escuchar la respiración del enfermo. Era más lenta, más tranquila, más reposada. Me pareció signo de buen augurio y me acosté tranquilo.

»A las cuatro o cinco de la mañana, cuando despuntaba el día, me despertaron bruscamente: mi padre había muerto. Y no pudieron precisarme la hora, pues murió sin que se notara en él nada anormal, sin un lamento, sin un quejido, sin un movimiento. La vida se había extinguido en él suavemente. Lo único que la patrona pudo observar cuando le daba la medicina era que la respiración se hacía cada vez más lenta y más pausada. Y ella, creída que esto aumentaba la mejoría anunciada en la lucidez de la tarde anterior, de madrugada no quiso darle la medicina por no molestarle. Y cuando, apuntando el día, se acercó a la cama para ver al enfermo, éste había expirado. La muerte le engañó.

»Mi primera impresión fue de insensibilidad. El golpe fue tan brusco e inesperado, que no me di cuenta de su alcance. Por otra parte, me pareció un hecho natural contra el que nada podía la voluntad de los hombres.»

Parecen unos párrafos de Dickens o de Baroja. Los he transcrito de su versión original, conservando su desnudez y su simplicidad lingüística y sintáctica, para conservar la pureza y frescura que encierran a pesar de haber sido escritos casi cuarenta años después de que sucedieran los hechos narrados. Contrariamente, parecen notas de un diario redactadas sobre la marcha de los acontecimientos, día a día y hora a hora. Sin echar mano a ningún afeite retórico ni a ninguna habilidad técnica nos da, no obstante, la más sobrecogedora y veraz impresión posibles de la agonía de un ser humano, cuya vida se apaga suavemente como la luz de un candil y, al mismo tiempo,

nos comunica la desgarradora orfandad en que queda el muchacho, quien, desde ese mismo momento, ha de enfrentarse solo al futuro y asumir por entero, y exclusivamente, la responsabilidad de vivir. Se acabó una infancia lóbrega y solitaria, pero al cobijo de una figura tan vigorosa como la de su padre, para comenzar una aventura incierta sin la protección de nadie, sin más recursos ni apoyos que los que fuese capaz de extraer de su propia debilidad. Ingresará así en la escuela que forja los caracteres más templados y las voluntades de hierro, pero que escinde también a los hombres en dos clases: la de los que doman la vida y la de los que son destruidos por ella. Él será de los primeros, pero ya la tristeza, la de su niñez desolada y sin amor y la de su prematuro desamparo, no le abandonará jamás y hará que, andando el tiempo y siendo ya hombre maduro y notorio, le llamen cariñosamente sus amigos «Caballero de la Triste Figura».

2. CON LA ORFANDAD AL HOMBRO

El chico queda anonadado, pero las obligaciones que se le vienen encima no le permiten entregarse a sus sentimientos. Es preciso disponer urgentemente todo lo necesario para enterrar a su padre, aunque para ello tenga que quedarse sin un céntimo y endeudado, además, en 27 pesetas. Los amigos que tanto prometieron al difunto en favor de su hijo flaquean a la hora de la verdad. Algunos no van siquiera al entierro, otros desaparecen en cuanto se termina la ceremonia y sólo unos pocos le dan consejos o le expresan una fría solidaridad en tales términos que más parece que se trata de una excusa o una negativa que de una oferta. Únicamente dos o tres se ponen a su disposición incondicionalmente, pero el muchacho agradece y no acepta, porque se ha hecho el propósito de no recurrir a nadie más que en caso de desesperación.

«Tenía yo catorce años —escribe—. Trabajaba en una mina escogiendo “chirta” (mineral menudo). Aquel fue mi primer choque se-

rio con la vida. Nunca como entonces comprendí la ingratitud humana ni la dureza de sentimientos que crea la pobreza.»

Pestaña volvió a la mina al siguiente día de haber enterrado a su padre. Ya ganaba dos pesetas diarias de jornal, incluidos domingos y fiestas, en que trabajaba normalmente, y excluidos los días de lluvia, por ser mina abierta. Alternando las minas con los tendidos del ferrocarril, llegó a parar al depósito ferroviario de Portugalete, donde ingresó como limpiador de máquinas, y donde llegó pronto a ocupar el primer puesto en el escalafón. El trabajo era sucio y pesado, pero sin duda también el mejor camino para llegar a fogonero y dar el salto después a maquinista, que era por entonces su gran ambición, y lo soportó pacientemente. Un absurdo incidente, en el que fue simple comparsa, vino, no obstante, a truncar su carrera ferroviaria, pues hubo de apechar con sus consecuencias por solidaridad de clase y no avenirse a ser delator. El incidente se inició a causa de una pesada broma entre compañeros. Alguien quiso ridiculizar a un maquinista llamado Hierro por medio de una grotesca caricatura del mismo, que un fogonero amigo de Ángel colocó junto al cuadro donde el jefe del depósito fijaba el orden del día de los servicios, con el fin de que la viese y se regocijase con ella todo el personal. Cuando el interesado lo descubrió, en vez de tomarlo a broma, puso el grito en el cielo y fue a dar parte de lo ocurrido al jefe, haciéndole ver por su cuenta, que tal injuria atentaba también contra el respeto que se debía a su autoridad. El jefe ordenó la retirada inmediata de la caricatura y prometió a la víctima averiguar quién había sido el autor del desacato para castigarle severamente. Y un día, estando a solas con Pestaña pretendió sonsacar a éste el nombre del autor o autores de la burla, advirtiéndole, tras escuchar su negativa:

—Te creo, pero como me interesa saber quién lo ha hecho para imponerle un correctivo, procura averiguarlo y decírmelo. Nadie se enterará. Tú me lo dices y no tengas ningún cuidado.

Dada su juventud, el jefe creyó que podría inducir a Pestaña a servirle de informador. Pestaña, cautamente, eludió el compromiso con evasivas, pero el otro no se dio por vencido e insistió cerca del mu-

chacho un día y otro, hasta que, no pudiendo sufrir más las coacciones de Don Macrino, que así se llamaba el jefe del depósito, el joven engrasador de máquinas le plantó frente. Aunque conocía de sobra a los autores del hecho, se mantuvo en su negativa cerrada, añadiendo, además, que, aunque supiera los nombres, tampoco se los diría, porque por nada del mundo estaba dispuesto a actuar como soplón. Don Macrino, desengañado por la franca y resuelta actitud del mozo, desistió de seguir importunándole, no sin amenazarle con que se arrepentiría de haberse comportado así con él. Y, efectivamente, al poco tiempo se produjo una vacante de fogonero y fue destinado a ella otro aspirante que ocupaba el número 3 del escalafón, en vez de adjudicársela a Pestaña, que tenía el número 1. Fue en vano que protestase ante Don Macrino, quien, en vez de reparar la injusticia, lo que hizo fue trasladarle de servicio designándole fogonero-maquinista de la caldera fija del taller, que era tanto como desviar a Pestaña de su objetivo y bloquear definitivamente sus esperanzas de llegar a maquinista de tren. Unido a la desmoralización que el doble atropello le causara el que el muchacho anduviese ya iniciándose en lecturas un tanto misteriosas y clandestinas que exaltaban su rebeldía, trajo como resultado el que Pestaña se descuidase en sus deberes, olvidando frecuentemente la limpieza y atención que requería la máquina que tenía a su cargo. Don Macrino, que no le perdía de vista, se lo hizo notar y le recriminó por ello con acritud, y el mozo se le revolvió con palabras inconvenientes. «Le contesté con cierta altivez, que a mí mismo me censuré más tarde, no por las consecuencias que tuvo, sino por su edad y porque, en realidad de verdad, la culpa era mía en aquel caso concreto.»

Pestaña cogió la chaqueta y abandonó el trabajo inmediatamente. Siguieron unos meses en que anduvo errante, a la caza de un empleo. No quedó taller, fábrica u obra, que él no visitara en solicitud de una tarea, cualquiera que fuese, siempre sin resultado. Tuvo que abandonar la pensión donde vivía, por falta de pago, y vagar hambriento por las calles durante el día y dormir en los muelles de Ripa o en los vagones de tercera del ferrocarril. «Días venturosos aquellos —es-

cribirá un día—, por las ilusiones de mi juventud: pero días amargos, duros, crueles, terriblemente desmoralizadores para quien, como yo, ignoraba cada día dónde encontrar un trozo de pan que llevar a la boca a los dieciocho años de edad.»

Mientras estuvo empleado en el depósito ferroviario se aficionó al teatro y, como su bolsillo no le permitía asistir a las funciones con la asiduidad deseada, pretendió y obtuvo una plaza de ayudante de guardarropa en el teatro Arriaga de Bilbao, lo que le permitió, además de ganar 40 céntimos diarios, familiarizarse con el fantástico mundo de la farándula. La afición al teatro no le abandonaría nunca y fue tan fuerte en él que hasta llegó a escribir alguna comedia. Estas relaciones le sirvieron en aquella ocasión, cuando, perdido el empleo en el depósito de máquinas, se encontró nuevamente en la calle sin perspectiva alguna de trabajo, para formar, con otros jóvenes aficionados, el grupo artístico «Lope de Vega», que realizó algunos «bolos» en pueblos de los alrededores de Bilbao.

Pero el recurso del teatro no era suficiente para resolver su perentoria situación de sin-trabajo. Hambriento, semidesnudo y semidescalzo, andaba todo el día de aquí para allá a la husma de algo que llevarse a la boca, como un perro cimarrón, hasta que, por fin, alguien le dijo que se estaba construyendo una fábrica en Rentería, y allá se fue. No había trabajado nunca en calderería, pero como no se hallaba en situación de esperar algo más en consonancia con sus facultades, aceptó incondicionalmente el nuevo oficio. A las dos o tres horas de manejar el mallo para los remaches tenía ya ensangrentadas las manos. No obstante, aguantó estoicamente durante un mes, hasta que logró reunir las pesetas suficientes para comprarse alguna ropa y regresar a Bilbao, donde, tras un breve paso por otro oficio, la albañilería, en calidad de peón, pudo colocarse como embalador en un almacén de cristales, una experiencia más que venía a enriquecer su nutrida colección de empleos eventuales.

Y llegó aquí su primer encontronazo con la policía y los jueces, que le introdujo de una manera súbita e inesperada en ese otro mundo marginado y sufriente que es el de las prisiones. Por atreverse a hablar públicamente en Sestao para pedir la jornada de ocho horas,

¡tremendo delito!, fue encerrado en los calabozos de aquella ciudad. Calabozos húmedos y oscuros, como una galería de mina, adonde fue a parar después de recibir una soberana paliza de manos de los agentes municipales que fueron a detenerle. Allí hubo de dormir, dolorido como estaba su cuerpo por los golpes de sus bárbaros aprehensores, sobre una desnuda tarima de madera y sin ropa con que abrigarse.

Era aquella una situación terrible y desconocida para él, tanto más absurda cuando que nadie se había tomado la molestia de justificársela. Aquí te veo, aquí te cojo y aquí te encierro, sin más explicaciones. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué pasaría luego y qué harían con él? Pero de nada valía estrujarse el cerebro para encontrar el hilo de los acontecimientos que le atropellaban. Sin embargo, cuando mayor era su asombro y su perplejidad, «un rayo de luz, una esperanza, una alegría inmensa se hizo en mí cuando abrieron mi calabozo, y me dieron una cesta con comida, que alguien había llevado. ¿Quién había sido el alma caritativa que se acordaba del preso y le traía de comer, despertándole a la realidad, puesto que, ensimismado en sus reflexiones, no había pensado en que había de alimentarse? Además, ¿qué hora era? No lo sabía. Había perdido la noción del tiempo.

»Me puse a comer con apetito, pues el olorcillo del modesto cocido despertó en el muchacho el instinto de conservación. Comía olvidándome de los palos de la noche anterior. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, al meter la cuchara en el puchero por tercera o cuarta vez, saqué una caja de betún muy bien cerrada y limpia, como nueva. Dejé de comer y, después de percatarme de que no estaba el alguacil que hacía de vigilante, la abrí con profunda y temblorosa emoción.

»Abierta, encontré un papel escrito a lápiz diciendo que no me asustara, que aquello no sería nada y que no me fallaría la comida mientras estuviese preso. Leí aquel trozo de papel borrosamente escrito varias veces. Por él me enteraba que estaba en el mundo. Y que no estaba solo. De repente me entraron ganas de cantar, de saltar, de gritar, de llamar estúpidos a los que me habían encerrado, pero el

temor a nuevos golpes y el dolor por los recibidos me hizo ser prudente.»

A los seis días de detención fue conducido a pie, por un camino cubierto de nieve, a la cárcel de Valmaseda, con los zapatos y la ropa mojados. Menos mal que los presos sociales que allí se encontraban le prestaron las prendas necesarias para mudarse. Tres meses vivió en aquel establecimiento penitenciario sin enterarse de la acusación que le retenía preso, al cabo de los cuales sufrió un nuevo traslado, esta vez a la cárcel de Larrinaga, en Bilbao, donde le encerraron durante ocho días en una celda para locos, sometidos a un régimen especial, y todo ello con el fin de que prestara declaración en el proceso por delito de imprenta que se seguía contra un camarada suyo. «Dirigía aquella cárcel don José Cabellud, hombre cruel, de instintos perversos, preocupado siempre en molestar a los presos que la justicia ponía bajo su custodia.»

Prestada la declaración que se le exigía, Pestaña fue puesto en libertad. Y otra vez quedó a la intemperie, sin pan y sin trabajo, y sin saber por qué motivo había sido encarcelado. Nuevamente se vio obligado a vagar sin rumbo y a mendigar de fábrica en taller y de taller en obra un jornal que aplacara su hambre. La mala suerte le perseguía, pues cuando, al fin, se colocó en una fábrica de espejos, una imprevista reducción en la plantilla del personal lo dejó cesante.

Pestaña recurrió a la farándula para subsistir. Forma en Santander un grupo, al que se agregan un tal Faíco, cantador de flamenco, su mujer y su hijo, que emprende seguidamente la ruta de los pueblos. Ya no van como buscadores de trabajo, sino como artistas. Faíco es la estrella de la «troupe». Canta todo lo que se le pide, lo mismo fandanguillos que tangos, y los demás le acompañan haciendo buenamente lo que saben, como tocar la guitarra, la pandereta o cualquier otro instrumento. Al llegar a Oviedo, se les une otro individuo, quien, por lo visto, aporta la idea de constituir una «Murga Gadi-tana», y así lo hacen. Como coinciden con la época de ferias, consiguen actuar en la inauguración de un café mediante un contrato en que se estipula que si complacían al público con su «debut» cobrarían veinticinco pesetas para todos y se les aseguraban quince días

de actuación, que quedarían reducidos a dos o tres solamente en caso contrario. Gustan y, tras el contrato de Oviedo, obtienen otros, sucesivos.

En Gijón, Pestaña abandonó a sus compañeros de gira artística. Evidentemente, su carácter, que ya se mostraba taciturno, caviloso e introvertido, no podía avenirse a la frivolidad, al desparpajo y a la falta de escrúpulos que concurren en quienes hacen de la farsa y de la picaresca su método habitual de comportamiento para andar por la vida.

3. VIAJERO SIN BILLETE

En la patria chica de Jovellanos fue a pernoctar a la fonda de «Los Manchegos», donde, aparte de ser acribillado a placer por piojos y chinches, comprueba cómo todos aquellos lisiados y ciegos que durante el día recorrían las calles de la población mendigando y mostrando sus lástimas, luego, por la noche, se quitaban la careta y se mostraban tales cuales eran: astutos y desvergonzados simuladores que corrían como gamos. A la mañana siguiente escapó de allí, dispuesto a no volver jamás a aquel antro, e, incluso, a abandonar cuanto antes la ciudad. Bien, pero, ¿cómo y adonde ir con sólo cincuenta céntimos en el bolsillo? El mejor camino era el del mar. Sí, un barco, pero, ¿cuál? Por suerte, allí estaba el «Velázquez» que, según le dijeron, zarparía muy pronto rumbo a Bilbao. ¿Colarse en él de matute? Supo que el capitán era buena persona, inclinada siempre a hacer un favor. Y fue a verle, pero no estaba en el barco. No regresaría a él hasta el atardecer, con el fin de levar anclas al llegar la noche. Entonces decidió visitarle en su propia casa y exponerle francamente su solicitud, a ser posible en presencia de su mujer, pues confiaba que, en caso de dificultad, abogaría en su favor el sentimentalismo femenino. Y sucedió tal como lo había previsto. La esposa del capitán se le mostró favorable y, gracias a su intervención, pudo embarcar en el «Velázquez». Pero no llegó a Bilbao. En

Pasajes, donde el barco atracó antes de llegar a su destino, se encontró con un individuo que le hizo cambiar de rumbo. Ya no iría a Bilbao, sino a Francia. Fue antes al barco para despedirse del capitán y darle las gracias por los favores recibidos de él, omitiendo, naturalmente, su plan de viajar a Francia, y aquella misma tarde cruzó a pie la frontera por Behovia. Por la noche, con sólo un billete de andén y con poco más de franco y medio en el bolsillo, tomó el tren para Burdeos. «¡Era la primera vez que viajaba sin billete!», exclama en sus memorias, indicando así que no sería la única que viajara en esas condiciones.

A Burdeos llegó a la mañana siguiente. Después de desayunar con un café y un bollo, se echó a la calle para recorrer la población desconocida, al azar, con la sola pretensión de hallar algún trabajo, aunque a él mismo le parecía absolutamente irrealizable, pues ni siquiera podía entenderse con un personal cuyo idioma ignoraba. Mas donde menos se espera salta la liebre, y la liebre fue en aquella situación encontrarse con tres conocidos que andaban también a la aventura, sin haber podido comer apenas durante tres días. Pestaña les mostró sus haberes, unos céntimos, y lo primero que acordaron fue comprar un panecillo y un poco de queso y repartírselo todo fraternalmente para engañar el hambre que les torturaba. Después, decidieron trasladarse a Cardiff, pero cuando llegaron al puerto se encontraron con que ya había zarpado el barco en que hubieran podido realizar el viaje. ¿Qué hacer? Entonces se le ocurrió a Pestaña proponer a sus compañeros la sustitución de aquel viaje imposible ya a Inglaterra por otro a París, porque, en definitiva, ¿qué más les daba un sitio que otro si nada tenían ni nada podían, por lo tanto, perder, y, además, nadie les esperaba en ninguna otra parte? Sus compañeros aceptaron su proposición sin ningún inconveniente. ¡A París, pues, y sin billete, por supuesto!

Esa vez el viaje tuvo un final muy desagradable para Pestaña, pues al llegar a la estación de Quai D'Orsai, fue detenido, junto con otro de sus amigos, y llevado a la prisión de la Santé, bajo la acusación de vagabundaje y de viajar sin billete. Sufrió dos condenas impues-

tas, respectivamente, por los tribunales de París y Bayona y, expulsado al fin de Francia, llegó a San Sebastián en el mes de diciembre de 1906, en pleno invierno, con seis o siete pesetas por todo capital. Encontrar trabajo en San Sebastián en la estación invernal era más que difícil, prácticamente imposible, una fantasía, un sueño. Sin embargo, la suerte salió al paso de Pestaña. Se estaban realizando entonces unas obras de ampliación en una fábrica de espejos situada en el barrio del Antiguo y Pestaña se presentó allí inmediatamente a pretender trabajo. No pudo hablar con el dueño, un francés apellidado Dougier, pero le dijeron sus informadores que podía hacerlo con la dueña, porque, para el caso, sería igual. «Presentado a la señora, siempre recordaré la mirada de curiosidad, mezcla de asombro, con que me contempló desde los pies a la cabeza antes de dirigirme la palabra. Terminada la observación, preguntóme amablemente qué quería. Se lo dije. Contemplóme de nuevo. Debió de parecerle exagerada mi pretensión. Pero reflexionó, sin duda, y, tras unos segundos de silencio, que empleó en anotar alguna cosa en los libros, sobre los que estaba inclinada al entrar yo, volvió la vista hacia mí y comenzó a interrogarme. ¡Y con qué meticulosidad lo hizo! Pero con qué delicadeza también.

»Lo primero que me preguntó era dónde había trabajado y si sabía biselar o pulir. Contesté que sabía un poco de todo. Y, después de una hora larga de charla entre los dos, salí del despacho para entrar de operario a la mañana siguiente en la fábrica. Ya en la calle, no cabía en mí de gozo. ¡Tenía trabajo! ¿Iba a terminar la serie de miserias que venía pasando hacía cerca de un año?» —escribía años después recordando este episodio.

Pero su hado adverso no le daba tregua. Así, cuando se encontraba más confiado y tranquilo, le avisaron desde Bilbao que le andaba buscando la policía por lo del asunto aquel de Sestao que dejara pendiente. Le había tocado el turno a su expediente y comenzaba a funcionar en su contra la máquina de la justicia, que sería para él como una apisonadora. No lo dudó un instante y, aun a trueque de ser descubierto y expulsado, volvió a Francia, eso así, con la precaución de cambiarse de nombre. Ya no se llamaría Ángel Pestaña,

sino Ismael Nadal, de Alcoy, provincia de Alicante, para encubrirse mejor.

Trabajó en Burdeos, estrenando un oficio más, el de peón del campo. «Era una labor pesada. Pero no me asustaba hacerla, a pesar del asombro, mezclado de lástima, con que los franceses contemplaban al muchacho barbilampiño, delgado y alto, de blanca tez y rostro aniñado, que era yo en aquel tiempo», consignará en sus memorias, describiéndose a sí mismo físicamente por primera y única vez.

El chico, además, no bebía vino ni licores en una región donde mataba el vino y donde el campesino remataba cada día ingiriendo largos buches de absenta. Pestaña era, pues, una especie de hereje que contravenía las costumbres más arraigadas entre los bordeleses, la de llevar al trabajo, en la mochila, un recipiente con unos dos litros de vino, que sería rellenado una y hasta dos veces a lo largo de la jornada. Como a aquellos buenos hombres no les cabía en la cabeza que una persona dedicada a su duro trabajo, en aquel caso español, fuera abstemia, pensaron al verle, además, vestido con un traje de lanilla y sin más avío de comida que un bulto envuelto en papel, que todo ello se debía a su falta de dinero. Entonces, vista y comprobada la buena voluntad del muchacho para el trabajo, pusieron a su disposición cuanto tenían. Oferta generosa que, por su parte, agradeció el español, rehusándola, sin embargo, cortésmente de acuerdo con su carácter retraído y orgulloso.

4. MARÍA

Al mes, terminadas las faenas del campo, se halló con las manos ociosas. Pronto se desengañó de que no podría colocarse en Burdeos y entonces, junto con otros españoles desocupados como él, se dirigió al Mediodía, por donde anduvo de pueblo en pueblo, viajando sin billete, muerto de hambre, durmiendo a campo raso o en vagones

de ferrocarril, hasta que llegó la época de la vendimia. Otra ocupación eventual que terminó demasiado pronto, la de vendimiador. Por entonces intimó algo con otros dos españoles, un catalán y un aragonés y, al término de las faenas de recolección de la uva, acordaron entre los tres formar una sociedad para la fabricación y venta de caramelos, pero dio al traste sin tardar mucho con la empresa la incompatibilidad de caracteres entre el aragonés y el catalán. Este último, que era confitero, se marchó, dejando a sus socios sin saber qué hacer. Por su parte, el aragonés, alpargatero de profesión, indujo a Pestaña a abandonar Montpellier, donde se encontraban, y trasladarse a Cette, en cuyo lugar podrían intentar defenderse como alpargateros los dos. Allí practicó Pestaña un nuevo oficio, el de coser suelas de alpargatas. Él lo consideraba como su segundo, aprendido a medias como el de biselador de espejos.

Se establecieron cerca del muelle. Su tiendecita pasó pronto a ser tapadera de los trapicheos del contrabando y del vino que robaban durante la noche los guardianes del muelle. «Era un negocio limpio y sin riesgos. Todo beneficio. No para nosotros, que ni siquiera bebíamos vino, sino para los que lo hacían, ya que mi compañero y yo lo hacíamos por amor al arte, por deporte y por ayudar a nuestros compatriotas, pues casi todos los guardianes del muelle del vino eran españoles.»

Hasta este momento, Pestaña omite en sus memorias cualquier alusión a mujeres, si se exceptúan las referencias a la esposa del capitán del barco «Velázquez» y a la francesa dueña de la fábrica de espejos de San Sebastián. Se nota, eso sí, una irreprimible complacencia al recordarlas, y las imágenes lejanas y borrosas de ambas mujeres aparecen envueltas en una nube de nostalgia y de melancolía. El joven Pestaña de entonces, sometido por imperativo de las circunstancias a una vida errante, áspera y marginada, se siente, de pronto, iluminado en su soledad y desamparo por el fulgor femenino de esas figuras apenas entrevistadas, y su pluma se detiene un momento a evocarlas en la lejanía del tiempo. Son como pequeños y fugaces oasis en su caminar por el desierto. No sabemos, pues, si Pestaña tuvo algún amor en aquella época. Es de suponer que en su constante ir

y venir tropezase alguna vez con una mujer que le atrajese, y es de suponer también que viviese alguna aventura pasajera, siquiera fuese ocasional. Pero no lo sabemos. Él no lo dice y no existen testimonios ajenos sobre este aspecto de su vida. Podemos, por supuesto, imaginar lo que queramos, pero sin que él nos marque una pista o una huella. Nada. Pestaña calla pudorosamente. Es el suyo un espíritu romántico y delicado que, en estas cuestiones, llega al máximo del puritanismo. Tan es así que, cuando encuentra a la mujer de su vida, se contenta con decir: «Allí (en Cette) conocí a la que después había de ser mi compañera de luchas y fatigas.»

5. ÁNGEL

Eso es todo. Ni siquiera nos revela su nombre. Sabemos, no obstante, que se llamaba María Espés, y que era aragonesa, también emigrante, cuya familia conocía su compañero y copartícipe en el negocio de las alpargatas. Esa mujer, de pequeña estatura, valiente, vivaz y resuelta, le dará hijos y le acompañará hasta el fin. Trabajará incansablemente, bravamente, y se las ingeniará de mil maneras para sacar adelante un hogar siempre en peligro de naufragio por la vida azarosa del hombre. Pestaña, constantemente perseguido o encarcelado, no podrá en largas temporadas subvenir a las necesidades familiares, y María apechará con todas las cargas. María tendrá fuerzas para atender a sus hijos y no faltará ni un solo día a la puerta de la cárcel con comida y ropa limpia para su compañero preso. Y nunca se opondrá a las ideas y a la acción revolucionarias de éste, antes al contrario, compenetrada con ellas, desempeñará a su lado el papel de consejera entusiasta, de animosa colaboradora espiritual, de sostén y fuente de energía. Llamaba a su hombre «el Ángel», anteponiendo el artículo al nombre propio según la costumbre aragonesa, pero con un énfasis especial que podría interpretarse también como una expresión de ternura hacia él y de reconocimiento de

la bondad y la pureza intrínsecas de aquel hombre. Cuando «el Ángel» se veía agobiado por el trabajo y asediado abusivamente por compañeros y amigos a quienes él no sabía negarse, y por gentes desconocidas que buscaban su protección durante la guerra —que es cuando yo la conocí—, la señora María era la enérgica defensora de su sosiego y de su salud. En los últimos tiempos, cuando Pestaña, minado por la enfermedad, languidecía ostensiblemente, la señora María actuaría, en Valencia y Barcelona, como un celoso perro guardián, defendiendo con uñas y dientes el descanso y los últimos momentos de vida de «el Ángel» contra todo y contra todos. Sin una mujer como María, Pestaña, hombre inhábil para los pequeños problemas prácticos de la vida, desprendido hasta lo sumo por cuanto significara intereses materiales, incapaz de reservarse y de medir sus fuerzas, imprevisor e insensible al peligro, no hubiera podido sostener la lucha desigual que animó y dirigió, en las circunstancias más adversas, contra la prepotencia de unos, el fanatismo de otros y la ignorancia de los más. Si él fue «el Ángel», María fue «la María» en el largo calvario que recorrieron juntos.

6. ARGEL

La belleza exótica de Argel le deslumbra. A pesar de la penuria económica que le aflige, Ángel se siente feliz. Tiene a su lado una mujer que le ama y que vela por él. En sus horas libres puede contemplar los maravillosos atardeceres, con el sol cayendo en el horizonte sobre un mar tranquilo, de aguas bruñidas y centelleantes. Hay paz y sosiego en su torno. Ángel se encuentra en el esplendor de la vida con apenas veintitrés años y todas las ilusiones en flor. Son quizá aquellos los únicos años en que vivirá para sí mismo. También serán de retiro y enriquecimiento espiritual, en que concentrará energía y entusiasmo para la obra que le espera.

Al principio le asombra y le distrae el espectáculo de aquellas gentes de diversos colores y razas que pululan por los muelles y por las

calles de la ciudad. Es un paisaje humano variopinto, burbujeante y, a la vez, misterioso, que le apasiona. Al joven leonés, criado en las tierras pardas de Castilla y bajo la opacidad húmeda de Vizcaya y Cantabria, se le llenan los ojos de luz. Su sensibilidad vibra con los colores y los contrastes y en su fantasía juvenil se forjan mil sueños encantadores. Pestaña, seco por fuera, pero tierno por dentro, se impregna de la sensualidad que se respira allí por todas partes y piensa, quizá, que ha encontrado, al fin, un sitio para vivir. Por eso deja de llamarse Ismael Nadal, y vuelve a usar su nombre verdadero con una sola variante. Asume Ángel P. Núñez, reduciendo el primer apellido a una consonante.

Sin embargo, descubre bien pronto que no es precisamente una felicidad idílica la que disfrutaban aquellas gentes, no. Por el contrario, impera allí la misma ley injusta que viera y padeciera en otras partes. Advierte las grandes diferencias que separan a los hombres y mujeres morenos de los hombres y mujeres blancos, y ve cómo muchos de estos últimos adoptan posturas y talantes de superioridad por el solo hecho del color de su piel o de su posición social. Hay arrogancias y preeminencias irritantes. Existen privilegios crueles y, en suma, la misma explotación del hombre por el hombre, la misma desigualdad entre los seres humanos y los mismos demonios de la dominación que endurecen la vida de los humildes.

Pestaña piensa, compara y extrae conclusiones, pero, sobre todo, lee sin freno ni medida, apasionadamente, acuciado por un inextinguible deseo de saber, de comprender y de llegar al fondo de las cosas. Siempre se le ve cargado de periódicos y libros, aquéllos con varias fechas de retraso, y, éstos, comprados en alguna librería de viejo o prestados por un compañero. Precisamente sería esta irrefrenable pasión por la lectura la que le causaría su primer serio contratiempo en Argel. A su patrón no le hacía ninguna gracia que concurriera y trabajara en su taller un operario tan amigo de la letra impresa. Aquella afición era para él, sin duda, un síntoma inequívoco de peligrosidad. Y un día, sin más explicaciones, le despidió.

Y no se conformó con eso, sino que sembró los peores informes contra él en los medios del oficio para que Pestaña no encontrase

trabajo, y lo consiguió hasta el punto de hacerle cambiar de profesión.

Ángel, otra vez sin trabajo, pero a cargo ya de una familia y en una ciudad colonial, comienza inmediatamente la práctica de un nuevo oficio, el postrero de su vida, al que permanecería sometido hasta el final y que, indudablemente, le imprimió carácter, haciéndole más sereno, más meticuloso y más paciente: el de relojero. Algunos historiadores, Pere Foix entre otros, aseguran que Pestaña aprendió el oficio de relojero en Bilbao. Sin embargo, el interesado no hace alusión alguna a ello en sus estancias en la capital vizcaína. Omite también en sus memorias cuanto se refiere a su conflicto con su patrón alpargatero de Argel, diciendo simplemente que «un accidente fortuito hízome cambiar de profesión y aprendí a relojero. Puse empeño tal en aprender que, al año justo de haber comenzado el aprendizaje, ganaba ya cuarenta y cinco francos a la semana, jornal elevado en aquellos tiempos. Comencé ganando diez reales por día. Y, al año, como digo, ganaba ya nueve duros semanales».

De sus palabras se deduce que aprendió el oficio de relojero en Argel y no en Bilbao y que en un principio trabajó como aprendiz, y, luego, como oficial, por cuenta ajena, ya que nos habla de jornales y no de ganancias. Sea como fuere, el caso es que se estableció posteriormente por su cuenta en una habitación que le servía a la vez de comedor, dormitorio, taller y biblioteca y que puso un cartel en el balcón, que pregonaba: «Los relojes averiados aquí son reparados». La vivienda estaba situada en el barrio del puerto, de población obrera en su inmensa mayoría. Ángel, después de adquirir las herramientas indispensables para arreglar relojes, se puso a esperar la llegada de los clientes, como el cazador con reclamo que aguarda en su puesto el paso de la pieza, llenando con lecturas las largas horas vacantes. Su parroquia fue creciendo poco a poco, sin llegar nunca a ser agobiante, nutrida por trabajadores, bien musulmanes o bien europeos. Inexplicablemente, eran los primeros quienes pagaban mejor y antes. Los europeos o cristianos, tras regatear el precio de la compostura, solían apelar a la consabida frase: «El sábado te pa-

garé», aplazándolo así «ad calendas grecas», pues raramente aparecían nuevamente por allí, costándole a Pestaña, en esos casos, los honorarios y el cliente.

Por entonces escribió Pestaña su primer artículo para el semanario anarquista *Tierra y Libertad* que se editaba en Barcelona, bajo el título bastante extraño de «El comunismo entre los mormones». Empezaba así sus relaciones con los grupos anarquistas catalanes, que tan decisiva influencia ejercerían en su destino, hasta su muerte, y a los que tantos momentos de exaltación y de sufrimiento debería.

Los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona, que tuvieron lugar en el mes de julio de 1909, le impresionaron indeleblemente. El clamor universal por el fusilamiento de Ferrer Guardia, el creador de la Escuela Moderna, cuya inocencia no pudo desmentir la campaña tendenciosa de la Prensa oficiosa y venal ni las acusaciones de sus enemigos, provocaron en la conciencia de Pestaña un eco que no se apagó jamás. Así, pues, la correspondencia con los anarquistas barceloneses y el martirio de Ferrer, significaron, sin duda, una conjunción de factores determinantes de la conducta ulterior —moral, política y social— de aquel innominado relojero de los muelles de Argel que llegaría por ello a ser dirigente de la más poderosa organización revolucionaria de España.

De pronto, un hecho aparentemente baladí estuvo a punto de costarle la expulsión de la colonia. Pestaña mismo nos lo refiere, descubriéndonos, al mostrarnos el hombre que ya era, al futuro rebelde dominador de asambleas y multitudes. Había en Argel una sociedad recreativa española llamada «Amor y caridad». Esta entidad tenía un orfeón.

Los españoles ricos residentes en Argel propusieron alquilar un local mejor, poner café y un círculo (en realidad, lo que querían era poner una timba), y mejorar la entidad. La mayoría aceptó la oferta. Proponía, además reformar el reglamento.

«Se alquiló un local bastante mejor que el que teníamos, se compraron muebles y se nombró una Comisión para reformar el reglamento. Convocada asamblea para discutir la reforma, vimos, con el

asombro que era de suponer, que se creaban socios de dos clases: los que pagaríamos seis reales de cuota y los que pagarían de cinco pesetas en adelante, como mínimo.

»A cambio de esto, los de cuota de seis reales tendríamos voz en las asambleas, pero no voto. Los de cinco pesetas, como es natural, tendrían voz y voto. En una palabra: se convertían en dueños de la entidad. Porque, además de eso, se hacía constar que, mientras no se amortizase el capital invertido por ellos en muebles y en un escenario que habían hecho y otras obras en proyecto, ningún socio de seis reales podía ser de la Junta si ellos no lo aceptaban.

»Protesté en la asamblea. Dispuesto a que no se salieran con la suya, comencé a discutir, párrafo a párrafo, cada uno de los artículos del reglamento. A mi lado, y compartiendo mi parecer, se colocaron otros muchos socios. La mayoría, sin embargo, no se pronunciaba decididamente. No obstante esta inhibición aparente, en casi todos los artículos conseguimos que se aceptaran enmiendas.

»Llegó a discusión el artículo en que se trataba de los derechos de los socios y de la categoría de los mismos. De los que formábamos la oposición consumí la mayor parte de turnos correspondientes a los que hablábamos en contra. Era ya la segunda sesión general celebrada en pocos días para la aprobación del reglamento. Terminó ésta sin aprobar el artículo de referencia. Convocóse, pues, una tercera asamblea general. Pero el día anterior a la celebración de ésta asamblea ocurrió en España un suceso de máxima trascendencia: el asesinato del presidente del Consejo de Ministros, señor Canalejas, en la Puerta del Sol, en Madrid. La Prensa argelina dio la noticia el mismo día que la asamblea estaba convocada.

»Antes de comenzar, todos los comentarios giraban alrededor de la muerte del político español. Y los comentarios eran más vivos, dado que la mayoría de los presentes eran alicantinos o de la provincia, donde Canalejas tenía arraigadas y profundas simpatías.

»Abierta la sesión, leída el acta por el secretario y aprobada, el presidente, en medio de un silencio sepulcral, se levantó y, con palabra velada por la emoción, hizo el panegírico del político que acababa

de ser asesinado en España, lamentando que nuestro país se viera privado de un hombre de la talla del que acababa de morir. Y terminó solicitando que acordara la asamblea por unanimidad absoluta el envío de un telegrama de duelo por el asesinato de don José Canalejas, y de condena y protesta contra Pardiñas, el asesino.

»—Quizás haya en la asamblea —dijo— quien no piensa como pensaba el muerto ilustre que una mano criminal acaba de arrebatarse, pero ante la muerte, ante el duelo de España y de la familia de Canalejas, pido a todos que unánimemente votéis la petición que la Junta os hace del envío del telegrama. ¿Se acuerda?

»—¡Sí! —contestó la casi totalidad de la asamblea.

»Entonces me levanté, pedí la palabra y dije:

»—Acepto que la entidad envíe el telegrama cuyo acuerdo acaba de tomarse, que esta entidad se asocie al duelo que ha ocasionado la muerte del señor Canalejas, pero hágase constar mi voto en contra en la parte que dice que se condene el nombre de Pardiñas, autor del atentado.

»Un murmullo formidable acogió mis palabras. Costó más de diez minutos calmar los murmullos y poder discutir nuevamente. Hecho el silencio, el presidente me contestó que no se explicaba el alcance ni el motivo de mi protesta, y que, si mi voto había de constar en acta, retiraba la proposición. Repliqué que no había lugar a que la retirara, y que en cuanto a la razón que justificara mi propuesta, no era otra que la de respetar lo que mandaba uno de los artículos del reglamento aprobado: que aquella entidad no tenía carácter político ni religioso, y la proposición de la presidencia, en la primera parte, se ajustaba perfectamente a lo dispuesto en el reglamento, no así en la segunda, donde la pasión política se manifestaba claramente.

»Contestó a mis palabras insistiendo en sus puntos de vista. Y añadió que al borde de la tumba debían olvidarse pequeñas diferencias. Repliqué que yo las olvidaba, puesto que, en oposición absoluta y fundamental con las ideas del señor Canalejas, no sólo no me oponía a que se enviara el telegrama de duelo al Gobierno español y a la familia del muerto, sino que me parecía bien. Donde yo discrepaba

era en la segunda parte. Pues si al borde de la tumba deben olvidarse los agravios y faltas que hayan podido cometerse, ¿por qué no olvidar la falta de Pardiñas y por qué no respetar el dolor de la familia de éste, doblemente trágico, teniendo en cuenta las causas que lo producían? Seamos igualmente compasivos —añadí— para las víctimas del error: voluntaria la una, al señor Canalejas; involuntaria la otra, Pardiñas. Dos individuos se manifestaron de acuerdo con mi criterio. La presidencia retiró su proposición. Y así terminó la asamblea.» Primera victoria en su primer combate dialéctico.

Cinco años permanecerá, no obstante en Argel. Cinco años en que irá completando su formación de hombre total, y cinco años también en que se pertrechará de ideas y de argumentos —la munición del idealista para sus primeros ejercicios de agitador y revolucionario—. Cuando entre libros y relojes viejos bordea la treintena, es decir, en plena sazón biológica, oye un día pregonar a los vendedores de periódicos, que gritan bajo su balcón, estremecedoras noticias. Pestaña, que en aquel mediodía sofocante se encontraba leyendo, como de costumbre, echado sobre la cama, soltó el periódico y se asomó para ver lo que ocurría. Y vio, efectivamente, un espectáculo insólito. Los vendedores de periódicos seguían con sus gritos y un público convulso e impaciente les arrebatava la mercancía de las manos. Pensó, al principio, que toda aquella gente se había vuelto loca. «Ángel Pestaña —dice Pere Foix—, cautivado por las lecturas, vivía en otro mundo y, al oír gritar que había estallado la guerra en Europa, estuvo a punto de soltar una carcajada.» No podía comprender que los hombres se lanzasen unos contra otros en una matanza general para beneficio de unos cuantos aprovechados. Es curioso y desconcertante que un hombre avizor y tan atento a la vida como él fuese siempre sorprendido por los acontecimientos. La guerra europea fue el primero, al que seguirían, en el decurso de los años, la dictadura del general Primo de Rivera y la guerra civil española, entre otros.

En aquella ocasión, a pesar de su escepticismo, cedió a la curiosidad. Se lanzó a la calle en mangas de camisa y compró un diario. Los

enormes titulares que ocupaban la primera página le hicieron palidecer y, trémulo ya, leyó lo que sigue:

«Asesinato de Jaurés mientras desayunaba en un bar de la calle Montmartre, de París, cerca de la redacción de *L'Humanité*, del que era director el líder socialista. Alemania avanza hacia Francia, pasando por Bélgica, después de declarar la guerra a Rusia. Inglaterra, a punto de enfrentarse a Alemania. Por las calles de París, la multitud enardecida canta la *Marsellesa* y grita: «¡A Berlín! ¡A Berlín!» Después de ello, completamente frío en contraste con el ardoroso entusiasmo que le rodeaba, pensando en la gran locura que había hecho presa del mundo, estuvo recorriendo la ciudad hasta la caída de la noche para ver de cerca, con sus propios ojos, el fenómeno alucinante de la insensatez colectiva, nuevo para él.

Las autoridades de la colonia convocaron a los extranjeros en las comisarías de policía para su control a cambio de un permiso de residencia que, desde aquel día, sería imprescindible para seguir permaneciendo en Argelia. Pestaña acudió al llamamiento. Una larga cola de individuos de todas las razas, colores, nacionalidades, edades y de ambos sexos, se interponía entre él y la puerta del cuartelillo policíaco. La espera, pues, se anunciaba enervante. De cuando en cuando un policía gritaba a los pacientes y fatigados colistas:

—Los que quieran inscribirse como voluntarios para combatir, pasarán inmediatamente.

Apenas si correspondió nadie a las primeras incitaciones al engaño, pero, a medida que pasaban las largas horas de espera, fueron surgiendo impacientes y desesperados que abandonaban la cola para ir a ocupar los primeros puestos en ella. No tardaban en salir y, cuando lo hacían, eran ya soldados voluntarios del Ejército francés. A la vista de ello, Ángel Pestaña decidió desistir por aquel día y volverse a casa para pensar detenidamente lo que debería hacer con el fin de escapar a la trampa que estaban tendiendo a los extranjeros las autoridades francesas. No se le ocultaba, naturalmente, que, a partir de entonces, la estancia de extranjeros en Argelia se haría cada

día más difícil y peligrosa. Por lo tanto, convendría marcharse de allí antes de que empeorasen las circunstancias. Pero, ¿a dónde ir? Barcelona le atraía desde tiempo atrás. Allí vivían sus amigos anarquistas. Allí se editaba *Tierra y Libertad*, la publicación en que colaboraba asiduamente. Además, Barcelona era la ciudad española donde se gestaban últimamente los grandes acontecimientos nacionales y foco irradiante de las ideas revolucionarias del proletariado. A Barcelona, pues. Decidido a aprovechar aquella oportunidad para realizar su deseo, fue a ver a un francés amigo suyo, patrón de un barco que hacía frecuentes viajes entre Argel y Marsella con escala en la capital de Cataluña, y le pidió que le transportase, junto con su familia, a esa ciudad. Su amigo francés accedió gustosamente a su demanda y, en la primera quincena del mes de agosto de 1914, Ángel Pestaña ponía los pies en los muelles de Barcelona.

Ángel Pestaña, así, entraba en la gran escena, de la que ya no saldría sino para morir.

II

LA ESCUELA DEL MILITANTE

1. BARCELONA, CIUDAD ABIERTA

Ángel Pestaña llegó a Barcelona en un tiempo históricamente crítico. La clase patronal catalana era de carácter familiar, muy ape- gada a la tradición, poco imaginativa, enemiga del riesgo, con incli- naciones pequeño burguesas, adicta del ahorro y de la mediocridad. Naturalmente, el estallido de la conflagración europea trastrocó las normas por las que se regían la producción, el comercio y toda la economía, tanto en los países beligerantes como en los neutrales. Aquellos se aprestaron a acomodar sus energías creadoras a las ne- cesidades militares por el carácter prioritario que éstas asumieron, y los segundos se encontraron, de momento, con un descenso vertigi- noso en la demanda de bienes de consumo que desconcertó sus pro- yectos y paralizó sus actividades. Por de pronto, causó una atonía repentina en los negocios y los empresarios catalanes, con la miopía habitual que era el signo de su clase, lo interpretaron como un sín- toma inequívoco de recesión indefinida cuyo único remedio de ur- gencia debería consistir en amortizar puestos de trabajo, reducir la jornada laboral y el cierre, en muchos casos, de talleres y fábricas, en espera de mejores tiempos, sin preocuparse de las consecuencias inmediatas que acarrearía tal terapéutica negativa: el paro obrero y el malestar de la clase trabajadora. La táctica de avestruz de los em- presarios catalanes originó un alto grado de tensión en los ambientes sociales de Barcelona, especialmente en ateneos y sindicatos de ins-

piración anarquista, en medio de los cuales vino a caer, como llovido del cielo, el aprendiz de ideólogo, ávido de novedades y quijo-terías, que era Pestaña entonces.

Al mismo tiempo, la opinión pública se dividió en dos sectores apasionados: el de los partidarios de Francia e Inglaterra y el de los devotos de la Alemania del Kaiser; aquéllos, los liberales de siempre y éstos, los inveterados defensores del «palo y tente tieso», del oscurantismo y del integristismo, idólatras, además, de la razón de la fuerza que tan aparatosa y brillantemente encarnaba el militarismo prusiano.

Los servicios de inteligencia de las potencias beligerantes infiltraron agentes por todas partes, con especial cuidado en la capital catalana, por poseer el puerto y la industria más importantes de España, ser un centro de inmigración y de rebeldía social, ocupar un punto excéntrico de la Península y estar, por lo tanto, relativamente alejada de los servicios centrales de información y vigilancia. Barcelona era, pues, la ideal ciudad abierta a toda clase de espiones, aventureros y malhechores que la resaca de la guerra detraía de sus respectivos países y arrojaba fuera de sus fronteras, bien por razones de patriotismo militante o, simplemente, como recurso para escapar a las matanzas de los frentes. Barcelona acogía a todos sin muchos requisitos, convirtiéndose pronto en una ciudad cosmopolita, y comenzó a extenderse por ella, a vivir en sus entrañas, el turbio fenómeno de la corrupción, el soborno y la piratería. El dinero de los países en guerra compró periódicos y conciencias. Los diarios *El Diluvio*, *El Liberal*, *El Progreso*, *La Publicidad* se apuntaron al bando aliado. *El Correo Catalán*, *El Diario de Barcelona*, *El Día Gráfico*, *La Tribuna* y *El Noticiero Universal* se vendieron a los alemanes. *Las Noticias* se mantuvo neutral y *La Vanguardia*, cuyos corresponsales de guerra, Armando Guerra, en Berlín, y Gaziel, en París, se hicieron famosos, coqueteó con ambos bandos, mostrando a veces una ligera inclinación por los imperios centrales. Aparte de esto, surgieron por doquier periodistas improvisados, más bien chantajistas de ocasión, que crearon nuevos periódicos sin otro fin que obtener subvenciones de las embajadas, como, por ejemplo, el semanario *Los Miserables*,

fundado por Ángel Samblancat, cuyas campañas en pro del alistamiento de voluntarios para luchar en las filas aliadas contra los «boches» desencadenaron una feroz crítica de sus oponentes. Venían a decir éstos, entre otras cosas, que lo que debieran hacer los fornidos y jóvenes redactores de *Los Miserables* era correr a alistarse los primeros para dar ejemplo. Entonces, Samblancat, para salir al paso de esas venenosas insinuaciones, anunció en primera página, y en grandes titulares, que había decidido efectivamente marchar a la guerra como voluntario. Mientras, se cantaban las hazañas de los catalanes en los campos de batalla. Samblancat desapareció de la circulación, pero cuando todo el mundo, amigos y enemigos, le creían batiéndose por la causa de la libertad, apareció un artículo suyo en el semanario diciendo que estaba de vuelta porque, habiéndose presentado en la embajada inglesa de París, para ofrecerse como combatiente, no había sido admitido. Podía haberse alistado en las oficinas de reclutamiento del ejército francés, donde no se rechazaba a nadie, en vista de que los ingleses no aceptaron sus servicios, pero no lo hizo. Evidentemente, Samblancat prefería la cómoda trinchera de *Los Miserables*, lejos, y bien lejos, de los campos donde moría lo más florido de la juventud europea.

«Toda la costa catalana —cuenta Bueso—, desde Vinaroz hasta Portbou, vio aparecer una serie de tipos sin trabajo aparente, que vivían bien, se hospedaban en hoteles y se paseaban a diario por las playas. Todos ellos mantenían magníficas relaciones con los carabineros y con las autoridades, y éstas, aparentemente, no se preocupaban por saber qué hacían aquellos señores que vestían tan bien y tanto gastaban.

»Se trataba, lisa y llanamente, de los espías alemanes y aliados (mejor dicho, al servicio de unos y otros) que hacían cuanto podían, los unos por sorprender submarinos alemanes que, era del dominio público, recibían sus suministros en las costas españolas, y los otros por saber cuántos y cuáles eran los barcos que cargaban y trasladaban a Francia sus aprovisionamientos... Las autoridades marítimas y terrestres ignoraban siempre estos casos. Había que ser neutrales en todo...

»El material que usaban los agentes de los bandos contendientes era bien sencillo. Se trataba de disponer de un teléfono seguro y de unos prismáticos de buena calidad.

»En el puerto de Barcelona nadie se podía fiar de nadie. Se decía entonces que no quedaba un hombre portuario que no estuviese comprado, y de varios se afirmaba que hacían el doble juego. La actividad en los muelles era intensísima. Llegaban y salían barcos continuamente y de todas las matrículas del mundo, cargando y descargando las más variadas mercancías, aunque, a decir verdad, la inmensa mayoría del flete eran fardos muy bien hechos o cajas muy bien construidas, que impedían saber, a simple vista, lo que en realidad contenían.

»Salían barcos despachados para Mallorca, Valencia, Vigo o Casablanca, que, luego, en alta mar, tomaban rumbo diferente. Aparecieron navíos que aun recién pintados no podían ocultar su respetable ancianidad, lo cual no era obstáculo para que fueran cargados hasta la borda, y salieran quién sabe hacia dónde.

»Se improvisaron nuevas compañías navieras que adquirirían todo lo que encontraban, con tal de que se mantuviera a flote. Ejemplo de estas improvisaciones fructíferas fueron los hermanos Tayá, que dispusieron en poco tiempo de una verdadera flota mercante, cuyos barcos se llamaban *Tayá I*, *Tayá II*, etc. Fue tal el negocio que hicieron estos Tayá que adquirieron el diario *La Publicidad*, a fin de incorporarlo a la parte de la Prensa que hacía campaña por los aliados.

»Los cafés, restaurantes y tabernas de la Barceloneta, la plaza de Palacio y el paseo de la Aduana, estaban continuamente llenos de parroquianos, día y noche, y gastando sin contar. Un buen observador podía ver que, además de la gente de mar, había siempre por allí muchos tipos extraños, cuyas actividades nadie conocía.

»Los servicios de espionaje era indudable que compraban de todo y a todos. En una ocasión llegó al puerto de Barcelona un submarino alemán con averías. Siguiendo las leyes internacionales, el subma-

rino fue internado en el muelle de España y, además de ser desarmado, se le quitaron piezas esenciales a fin de que no pudiera navegar. Los tripulantes tenían que residir en tierra, a cargo del consulado alemán. Durante algún tiempo, ese submarino fue objeto de la curiosidad general; luego, ya nadie hizo el menor caso de él. Pues bien, una mañana, los habituales del muelle de España quedaron sorprendidos al no ver al submarino. Era cosa bien sencilla: tranquilamente, se había marchado durante la noche, sin que nadie se diera cuenta. La prensa de los aliados puso el grito en el cielo, acusando a las autoridades de estar al servicio de Alemania. La Prensa germanófila calló prudentemente. El gobernador dijo que se abriría el oportuno expediente, pero lo cierto es que no se volvió a hablar más del asunto.

»Varios barcos fueron hundidos misteriosamente, sin que supiera dónde ni cuándo. Hubo que darles por perdidos, porque jamás llegaron a su destino. Por dos veces, en los barcos de los Tayá hubo explosiones a bordo durante la travesía, debidas a bombas retardadas, colocadas en el puerto de Barcelona durante la carga. Ya terminada la guerra, se supo, por indiscreciones, que las tales bombas habían sido colocadas por elementos conocidos como obreristas.»

En los medios obreros de Barcelona también se produjeron escisiones y diferentes, y aun antagónicas tomas de posición, con respecto a la guerra, aunque era criterio mayoritario la enemiga terminante a los conflictos bélicos, fuese cual fuese el motivo, el fin o el cariz de los mismos. Frescos todavía los recuerdos de la Semana Trágica, cuyo origen fueron los embarques de tropas españolas para la guerra de Marruecos, el grito de los anarquistas y sindicalistas era el de «Contra todas las guerras» al que seguiría «¡Antes que la guerra, la revolución!» La crisis de trabajo exacerbaba los ánimos de la masa trabajadora en los primeros meses de la catástrofe. Cuenta Buenacasa que «la crisis de trabajo agudizada enormemente a los comienzos de la catástrofe, y la miseria consiguiente eran resueltas a su manera por los sin trabajo ocupando los restaurantes, las fondas, los figones, las tiendas de ultramarinos, etc., en donde se tomaba lo que hacía falta para vivir; pero la actitud más decidida de las masas

era contra la guerra; la guerra era el objeto criminal cuyo logro había que impedir a todo trance; la guerra, que era la causa de la miseria reinante en España, había que evitarla por todos los medios para impedir que aquella miseria fuese aún mayor y, sobre todo, por espíritu de humanidad y de altruismo».

Fue la declaración de Kropotkin contra Alemania, acusándola de haber desencadenado la guerra y la proclama subsiguiente en el mismo sentido que firmaron dieciséis conocidos anarquistas internacionales lo que desató la polémica en los militantes anarquistas españoles, apasionada y desbordante como todas las suyas. Al lado de los aliados se colocaron Ricardo Mella y Eleuterio Quintanilla principalmente, desde *El Libertador* de Gijón, y se declararon neutralistas José Prat, Eusebio Carbó y otros muchos, desde *Tierra y Libertad*, siendo ésta al fin la postura triunfante en la polémica.

No existía, pues, unanimidad. Si bien nadie defendía abiertamente a los imperios centrales, la opinión general se bifurcaba en dos tendencias discrepantes: la de los que simpatizaban con los aliados y la de los que condenaban a aliadófilos y germanófilos por igual, proclamando, como enemigos del militarismo, una postura neutral intransigente y militante.

Entre los aliadófilos más rabiosos se distinguió Federico Urales con sus campañas antialemanas en *El Liberal*, que algunos creyeron interesadas y que, para otros, significaban un juego peligroso que ponía en entredicho la pureza misma de las ideas. En consecuencia, se trató de frenar los ímpetus de Urales y reducirlos a términos más templados y razonables. Pero en vano. El escritor anarquista perseveró en sus furiosos ataques a Alemania sin distinguir entre las autoridades militaristas de esa nación y la masa de su pueblo conducido a la matanza por aquéllas. En vista de tan obstinada conducta, se tomó el acuerdo de expulsarle de la organización, pero entonces se descubrió, con gran sorpresa para todos, que no podía llevarse a efecto lo acordado porque Federico Urales no estaba afiliado a ninguno de los organismos societarios.

Federico Urales se mantuvo apartado de los círculos obreristas sólo

algún tiempo. Volvería después a interferirse en sus asuntos, y siempre desde su posición personal irresponsable, desligada de todo compromiso y de toda dependencia con la organización. Él y su hija, Federica Montseny, editores y explotadores en forma empresarial de la literatura anarquista — *La Revista Blanca* y *La novela ideal* —, se constituirían, a lo largo del tiempo, en jueces inquisitoriales de la ortodoxia cenetista, con excomuniones, condenas y represalias, desde la impunidad de su posición absolutamente desligada de toda disciplina orgánica, para desgracia de la Confederación Nacional del Trabajo, plataforma únicamente para ellos de su personalismo, de sus pujos intelectualistas —intelectuales mediocres y pésimos los dos como escritores— y de sus inconfesables complejos de liderazgo y dominación.

Por otra parte, dio lugar a vivas disputas el llamado «manifiesto de los trece», favorable a los aliados, en el que pusieron su firma anarquistas españoles tan notorios como Tárrida del Mármol y Federico Urales.

Anselmo Lorenzo, inveterado pacifista, sufrió mucho ante la defeción de viejos camaradas suyos como Kropotkin, Malato, Grave y Ricardo Mella, siendo quizás este hecho el que precipitó su muerte, acaecida el 30 de noviembre de 1914.

La posición finalmente neutralista de los sindicalistas y anarquistas barceloneses hubo de enfrentarse a demagogos interesados en arrastrar a las masas a una postura aliadófila. Tal fue el caso de Lerroux y su tropa, que acampaban en los predios políticos de la ciudad. Así, cuando Lerroux, en el Teatro Nuevo, y Emiliano Iglesias, en el Soriano, siendo los dos diputados, se alzaron para hacer propaganda en favor de las potencias aliadas, «defensoras de la libertad», el público asistente, formado en gran parte por sindicalistas, les increpó duramente, llamándoles a gritos «vendidos» y «traidores». Pero los lerrouxistas no cesaron fácilmente en su empeño. Convocaron un nuevo acto de propaganda en la llamada Casa del Pueblo. Sabiendo que la mayoría de los concurrentes estaban afiliados a la CNT y eran, por lo tanto, antibelicistas, cerraron las puertas del local y la emprendieron a golpes y a tiros con ellos. Al día siguiente, la CNT

llamó a los delegados de la región catalana, los cuales, reunidos en asamblea, proclamaron como consigna de la organización: «Hoy más que nunca, ¡contra la guerra!, y para los guerreístas asesinos, el consabido ojo por ojo.»

Al calor de estos acontecimientos crecía el desasosiego en las masas. Barcelona era una olla en constante ebullición y se ofrecía como campo propicio para toda clase de conspiraciones, manejos y maniobras. De ciudad mercantil y mesocrática, pasó a ser en pocos meses un centro de convergencia y choque de los intereses y poderes que se disputaban la hegemonía en el mundo.

2. EL NEÓFITO

Lo primero que hizo Pestaña al asentarse en Barcelona fue buscar trabajo y lo encontró sin gran dificultad al tercer día de su estancia en la ciudad, incorporándose a una relojería de la calle de la Cera. En cuanto a su domicilio, pasó a ocupar el primer piso de la casa número 11 de la calle de San Jerónimo, del que se trasladaría, años después, al piso segundo del mismo edificio. Una vez resueltas estas dos cuestiones primordiales, cedió a su gran deseo de conocer la redacción de *Tierra y Libertad*, situada en la calle Cadena, y a sus redactores y colaboradores como primera toma de contacto con los anarquistas barceloneses. Se presentó también en el *Círculo obrero*, y coronó estas gestiones preliminares con una visita a Anselmo Lorenzo. Este gran patriarca del anarquismo y anciano venerable se encontraba ya en un estado de salud muy quebradizo y delicado, por lo que no era fácil llegar hasta él. Se veía asediado constantemente por todos los jóvenes que se sentían atraídos por su prestigio legendario, jóvenes que, por otra parte, representaban el relevo generacional en el campo de las ideas y de las luchas obreras, si bien con carácter distinto, ya que pertenecían al proletariado en vez de a las minorías intelectuales. El anarquismo tradicional, minoritario y más

bien teórico y contemplativo, iba a ser muy pronto reemplazado debido a la incorporación de estos jóvenes obreros, más aptos para la acción que para el pensamiento, por una concepción más dinámica y combativa de las mismas ideas. Los entonces neófitos no se contentarían ya con ser focos de irradiación doctrinal, sino que tratarían de constituirse en sistema nervioso de una organización masiva de trabajadores como era la CNT. En suma, menos elitismo y más proselitismo; menos meditación y más acción; menos teoría y más realizaciones prácticas; menos cripta y más calle y aire libre. Con otras palabras, estos jóvenes militantes pluralizarían el singularismo de los venerables santones del anarquismo decimonónico, con menos escuela, pero con más decisión y arrojo. Pestaña figuraría entre ellos y habría de alcanzar un puesto destacado entre todos y llegaría a ser el más calificado y brillante de sus portavoces.

Anselmo Lorenzo le recibió y se comportó con él paternalmente. Le preguntó de dónde venía y le invitó, después, a perseverar en el estudio de las ideas y a cooperar esforzadamente en su finalidad redentorista. El mismo Pestaña confiesa que fue una conversación muy agradable, que no pudo prolongar todo lo que hubiese querido por la fatiga creciente que afligía a su interlocutor. No volvió a ver más al «Abuelo», como cariñosamente llamaban a Anselmo Lorenzo, porque éste murió poco después, en el otoño de aquel mismo año.

Pestaña tuvo una buena acogida por parte de los medios sindicalistas y anarquistas de Barcelona. En seguida se hizo socio del Ateneo Sindicalista, establecido en el mismo local de los Sindicatos, en la calle de Poniente. Allí inició su formación de militante, de orador y propagandista. En las tardes de los domingos, si no había programado algún acto especial, era costumbre en el Ateneo dedicar las sesiones a lecturas comentadas o a poner a discusión abierta, en la que intervenían cuantos asistentes quisieran tomar la palabra —entre ellos, casi siempre se oía a Salvador Seguí—, puntos de doctrina o temas de actualidad sobre la revolución, la guerra europea y las luchas del proletariado. Pestaña se estrenó al discutirse el tan debatido tema de anarquismo y sindicalismo. «Era un joven desconocido

—dice Pere Foix— que hablaba en castellano; alto, delgado, de pálida faz y que, por el brillo de sus ojos, diríase que un fuego interior le obligaba a hablar; de aspecto místico, desplegaba unos largos brazos y abría unas manos finas, de dedos alargados, no hechas para manejar herramientas pesadas. Los trabajadores le escuchaban con simpatía, tanto por su sencillez, la clara y sensata palabra, como por su mesurada gesticulación y por su voz agradable que no profería gritos.» Adolfo Bueso, por su parte, lo vio así, discordando muy poco del retrato anterior: «Pestaña era entonces un hombre joven, pero parecía ya fatigado. Alto, flaco, de frente despejada, ojos castaños de cándida mirada (?), pelo negro y lacio, blanqueando prematuramente en las sienes. Afeitado de cara, descuidado en el vestir, a lo Machado, para tormento de su compañera María: su voz clara y su lenguaje correcto, sin amaneramientos ni latiguillos. En la discusión, vehemente; en la conversación, cordial y comprensivo. Al hablar tenía el leve defecto de aspirar el aire muy a menudo. No se le notaba en nada el acento de su tierra natal...»

Repitió la experiencia, por dos veces, al siguiente domingo, atrayendo ya la atención de los más asiduos sobre aquel joven novato, con la consiguiente división de opiniones. Para unos fue sólo motivo de curiosidad expectante, por su novedad, mientras que en otros, más suspicaces, la desenvoltura y seguridad que mostraba en sus intervenciones levantaron sospechas acerca de sus propósitos. Hicieron estos últimos correr la advertencia de que se tuviese cuidado con un desconocido que, de la noche a la mañana, sin previo noviciado, se introducía así y pontificaba con tal desparpajo en un círculo de iniciados. Temían que pudiese resultar al fin un agente al servicio del enemigo, pues ya se habían dado casos de infiltraciones de tipos como él, en las organizaciones obreras, para traicionarlas. Y se citaba a Antonio Moreno, entre otros, notorio confidente de la policía.

Fue esa la primera de las reacciones en su contra que levantaría a lo largo de su azarosa actuación de dirigente obrero, sobre todo en su última fase, no ya por sospechas de traición propiamente dicha, pero sí a consecuencia de su superioridad intelectual, de la evolución de

su pensamiento y de su conducta rabiosamente sincera siempre. Esta vez, las prevenciones duraron poco. Por suerte para él, había en Barcelona quien le conocía por su conducta social en Bilbao, y, por otra, estaba el grupo editor de *Tierra y Libertad*, al que no pertenecía aún, pero al que ayudaba en forma desinteresada, prestándose a empaquetar los pedidos de libros y periódicos, factores ambos que respaldaron su personalidad y pusieron fin a la maledicencia.

«Poco a poco me fui dando a conocer. Escribí algunos artículos en *Tierra y Libertad*, firmados unos y sin firma otros. Algunos también para *Solidaridad Obrera*, semanal. Pero donde tomé parte más activa fue en mítines y conferencias.

»No tengo a mano —sigue diciendo— en este instante ningún dato exacto de cuándo, dónde ni en qué fecha tomé parte en el primer acto público, si se exceptúa el señalado ya de mi intervención en las discusiones sobre sindicalismo y anarquismo en el Ateneo Sindicalista de la calle Poniente. Tengo presente, sin embargo, que en la provincia de Barcelona fue Mataró una de las primeras localidades donde hablé. Después fue Lérida, la capital, en aquella provincia. En la de Tarragona fue también la capital. Y en la de Gerona fue Figueras.

»No obstante, donde tomé parte más activa fue en Barcelona, capital.»

Al llegar aquí en su relato, Pestaña se asombra de algo verdaderamente inexplicable. Va de mitin en mitin, de ciudad en ciudad, como mensajero de las ideas y de la organización sindicalistas. Es pregonero de los sindicatos, expositor de las razones que aconsejan a los proletarios asociarse profesionalmente, a unirse para poder así enfrentarse en condiciones de igualdad al menos con la fuerte clase patronal. Pues bien, pese a esa representación que ostenta ante los auditorios que acuden al llamamiento y a las convocatorias de los sindicatos, él, Ángel Pestaña, orador que alecciona, sugiere y exige en su nombre y representación, no es miembro de ninguno de ellos y ni siquiera pertenece a la organización sindical. Estaba afiliado únicamente a la Sociedad de Relojeros, con domicilio en la calle de

Lancaster, pero dicha entidad, de carácter autónomo, no se integraba en la Federación Local de Sindicatos y se mantenía por completo «alejado de los medios genuinamente obreros». Parece imposible, pero, sin embargo, era completamente cierto. Es un fenómeno absurdo, pero real y que pone de relieve la apatía, la falta de control por parte de los organismos rectores de aquellas entidades respecto a sus afiliados y portavoces. Esa facilidad para erigirse o ser erigido como representante de los acuerdos y designios de la colectividad, sin ningún trámite fiscalizador previo, sin ningún requisito plebiscitario, traerá muy graves consecuencias para la organización. Será un portillo por el que pasarán de matute, hasta el «sancta sanctorum» de la misma, aventureros, demagogos, falsarios y judas, picaros y mercenarios, que la deshonrarán, la traicionarán o la arrastrarán con sus argucias y torpezas y malas artes, por derroteros sin salida. A veces, la desangrarán y, en cualquier caso, sembrarán en su seno la confusión, la envidia y la sospecha alevosa, como en el caso de Federico Urales, por ejemplo, entre otros de peor especie.

Pestaña encontró en el anarquismo una doctrina hecha a su medida, como pensada para él. Doctrina que aceptó y adoptó incondicionalmente como expresión de sus anhelos íntimos, de sus vagas aspiraciones redentoristas y, sobre todo, de su ingenua concepción del hombre y de la vida. Al principio fue como un sarampión violento, como una catarsis purificadora. El anarquismo, con su rigor ético, con su intransigencia idealista, con su entusiasmo por la causa del hombre y con sus postulados angélicos de pureza y bondad, prendió en su espíritu inflamable con una llamarada que iluminaría siempre su vida. En un primer tiempo fue un neófito ardiente y temerario. Un amigo contemporáneo suyo, Bueso, dijo que entonces «perteneía a la fracción “dura”, es decir, a los que querían “meter ruido”, “hacer algaradas”, según frase muy repetida por el propio relojero. Costaba trabajo creer que aquel hombre con aspecto de monje ascético quisiera fomentar revueltas».

Con los años y la sabiduría que dan los desengaños, Pestaña seguiría siendo un anarquista puro para sí mismo, aunque se hiciera más comprensivo y tolerante con los demás, y moriría abrazado al ideal

ético que el anarquismo entraña. Al neófito transfigurado en llama seguiría el creyente convertido en brasa, y se diría que, de haber nacido en otra época, hubiera sido uno de aquellos monjes que recorrieron América predicando entre los indígenas el amor fraterno del cristianismo y supieron defender, con el mismo fervor religioso, los derechos de los indios frente a encomenderos, adelantados y capitanes generales, como Bartolomé de las Casas.

3. AGITADOR Y PROPAGANDISTA

El pánico financiero que agarrotaba al empresario catalán a consecuencia de los trastornos que la guerra europea produjo en los mercados creó una situación de crisis apriorística, «crisis artificial» según se dijo entonces por quienes padecieron más inmediatamente sus consecuencias: los obreros, que veían mermarse sus posibilidades de trabajo por el cierre de talleres y fábricas y por la reducción de las jornadas laborales. La clase patronal, aglutinada en torno al «Fomento del Trabajo Nacional» y a las Cámaras del Comercio y de la Industria, entidades de carácter corporativo sin más finalidad que la defensa de los intereses oligárquicos, decidió, ante la inseguridad de la nueva perspectiva económica, detraer el dinero de sus negocios y quedarse a la expectativa. Consecuentemente, el paro obrero aumentó en tales proporciones que la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña tuvo que salir al paso de aquella torpe maniobra de retirada dispuesta por el empresario, mediante una campaña de Prensa y llamamientos a los trabajadores para que se adhirieran a las organizaciones obreras con el fin de poder defenderse mejor contra la conducta egoísta y cobarde de la burguesía. Los obreros acudieron en masa y se constituyó un Comité de Defensa integrado por representantes de los diversos sindicatos, que se encargaría de coordinar la propaganda y la acción, en cada caso, encaminadas a combatir la causa y los efectos de la crisis económica

provocada por el miedo injustificado de los empresarios. Ángel Pestaña entró a formar parte de dicho Comité, por la Sociedad de Relojeros, en compañía de José Negre y de Francisco Miranda, por el Comité Nacional de la CNT, de Jaime Anglés y de Adolfo Bueso, por la Sociedad el Arte de Imprimir, entre otros más.

Dados el ambiente conflictivo que se respiraba y la heterogeneidad de sus componentes, las sesiones del Comité de Defensa fueron muy agitadas y contradictorias. En seguida se perfilaron tres tendencias en su seno: la de los anarquistas extremistas o «duros» que todo lo confiaban a la acción directa, al enfrentamiento puro y simple con las organizaciones patronales y que postulaban como fin inmediato la revolución; la de los anarquistas «realistas», dispuestos a parlamentar con las «fuerzas vivas» de la ciudad y de las autoridades provinciales y locales; y la equidistante entre ambas o postura media, consistente en desencadenar una intensa campaña de agitación y mítines, incluso revueltas, para forzar a la clase patronal a la capitulación, reservándose, por supuesto, el recurso a la acción directa en todo caso. Entonces, Adolfo Bueso, aconsejado por su hermano Joaquín, veterano militante obrero, convino con Pestaña proponer al Comité un gran mitin final, «en el que se hablara claro y alto y se dejase entrever el peligro de la actuación en la calle».

«—Es posible —decía Pestaña— que de ese modo logremos el mismo efecto que con algaradas callejeras, que no sabemos si podremos conseguir y que, además, podrían dar lugar a la clausura de las sociedades.»

La propuesta de ambos compañeros provocó una discusión que duró seis horas. Al fin, salió triunfante por el agotamiento físico de los oradores. Por lo tanto, se coronó la campaña de mítines en barriadas y pueblos de las cercanías con el gran acto final del Palacio de Bellas Artes, al que asistieron varios miles de personas. Puede decirse que el vibrante discurso que pronunciara Ángel en aquel magno lugar sirvió para su presentación ante el gran público barcelonés. Se reveló ya entonces como un orador muy eficaz y convincente y cosechó un rotundo éxito personal.

Bueso, testigo y protagonista de los hechos subsiguientes, relata así lo acaecido:

«La atmósfera del público era pasional y con ganas de jaleo. Por ello, fue fácil organizar «improvisadamente» una manifestación a la salida. Más de mil personas enfilaron la calle de la Princesa, dirigiéndose evidentemente a las Ramblas. Cuando los primeros manifestantes llegaron a la entrada de la calle Jaime I, ya estaba allí la Guardia de Seguridad impidiendo su paso.

»De la cabecera de la manifestación, compuesta por los miembros del Comité de Defensa, se adelantó Pestaña, quien, tranquilamente, hizo un discurso persuasivo para convencer al capitán que mandaba las fuerzas. Los que iban llegando, empujaban, y resultó que los guardias iban a ser arrollados. Por ello, el capitán desenvainó el sable y ordenó entonces los reglamentarios toques de atención, por medio de un clarín, que en aquellos venturosos tiempos avisaba prudentemente que la fuerza pública se disponía a atacar. En aquella ocasión, los toques de corneta no produjeron efecto, por lo cual los guardias desenvainaron sus sables y empezaron a repartir sablazos. Cuando los manifestantes vieron avanzar a los guardias sable en mano, se dividieron en dos grupos como para distraer a los atacantes, e, incluso, algunos jóvenes, escondidos entre los derribos de las obras para construir lo que ahora es Vía Layetana, lanzaron cascotes contra los guardias. Entonces, el jefe que mandaba las fuerzas del orden sacó un revólver e hizo unos disparos al aire. Aquello fue más que suficiente para que allí mismo acabara la manifestación, huyendo los manifestantes por las calles estrechas del casco antiguo de la ciudad, por donde las fuerzas represivas no se atrevieron a entrar. No obstante, un grupo de unos doscientos logró llegar hasta la plaza de Cataluña, sin que nadie se lo impidiera, y con visibles muestras de aprobación y agrado de los ciudadanos que los miraban al pasar. Ya en aquella plaza, se pararon y hubo alguna discusión sobre lo que era más oportuno hacer, y, como no se ponían de acuerdo, cada cual tomó el camino de su respectivo domicilio con entera tranquilidad.

»Pestaña y yo nos encontramos en la calle de la Bajada de la Cárcel.

Yo estaba algo nervioso; Pestaña, en cambio, absolutamente tranquilo, con aquella su eterna sonrisa algo irónica. Juntos subimos hasta la plaza de San Jaime, donde unos guardias nos obligaron a descender por la calle del Obispo, hasta la plaza Nueva.

»Allí nos juntamos con otros y salimos a las Ramblas por la calle de Portaferrisa, siguiendo, a alguna distancia, a unos manifestantes que subían hacia la plaza de Cataluña, sin ser molestados y que, en la misma, se disolvieron. Cuando todo hubo terminado, tomamos por la calle del Hospital, discutiendo lo ocurrido.

»—Ya ves, amigo Ángel —le dije yo—, que el pueblo no está maduro para tus revueltas.

»—Todo es empezar —respondió él—. Lo que hace falta es la creación de unos cuadros de gente de acción, que sepan lo que tienen que hacer en cada momento.

»—Atención a eso de los cuadros. Si creamos el valiente profesional, nos puede salir el tiro por la culata.

»Seguramente que, aquella noche, ni uno ni otro podíamos sospechar que aquellas palabras eran proféticas.»

Pese a los sablazos, a las carreras y al desorden final de la manifestación, ésta y el acto del Bellas Artes, como remate de la campaña de mítines y agitación, tuvieron inmediatas consecuencias. Ni las autoridades ni la clase patronal pudieron permanecer insensibles al clamor que les llegaba de la calle, anuncio de la tormenta que se estaba fraguando. El recuerdo de la Semana Trágica, con la ciudad paralizada y humeante, les hizo temer un nuevo estallido del furor revolucionario. Se pensó que era preferible coger al toro por los cuernos a dejar que se desmandase, a merced de sus impulsos. Los periódicos por su parte, unos en pro y otros en contra, como sucede siempre en estos casos, coincidieron, no obstante, en dar estado público a la cuestión y en exigir que se armonizasen los encontrados intereses que en ella se debatían. Y así, dos días después el gobernador civil convocó en su despacho a ambas partes. Por un lado, el Fomento del Trabajo Nacional, las Cámaras del Comercio y la Industria y la Federación Patronal, y de otro, al Comité de Defensa.

Como buenos amigos y compondores asistieron también las autoridades locales y representantes de las entidades más significativas de Barcelona.

Hubo de reunirse previamente el Comité de Defensa para discutir la propuesta del gobernador y elegir, caso de ser aceptada, a quienes deberían ser sus portavoces en las negociaciones, enfrentándose inmediatamente, como era de esperar, las distintas posiciones dialécticas que siempre afloraban en las mismas circunstancias. La de los «puros», que gritaban: «¡Los anarquistas no pueden deshonrarse subiendo las escaleras de los centros oficiales!»; la de los «realistas», dispuestos a comparecer donde se les requiriese; y la que adoptó Pestaña, intermedia y conciliadora, que pudiera definirse con «un sí, pero no», es decir comparecer, pero no comprometerse. No hubo manera de llegar a una resolución concreta y positiva y, después de apasionadas intervenciones, de réplicas y contrarréplicas, que duraron cuatro horas, se prohibió al Comité de Defensa acudir a la convocatoria del gobernador, si bien dejando en libertad para asistir a ella a los compañeros que lo desearan, pero a título particular exclusivamente y, por lo tanto, sin ninguna capacidad para suscribir acuerdos que pudieran comprometer a la organización obrera. Pestaña resumió en tres palabras la postura que deberían adoptar quienes hicieran acto de presencia en el despacho del Gobierno Civil: «informar e informarse».

Era opinión generalizada en los círculos obreristas que la crisis económica que afligía a la región catalana no pasaría de ser temporal, porque era de prever que las potencias beligerantes, una vez agotadas sus reservas, se verían pronto obligadas a recurrir a la industria extranjera para atender a sus necesidades que crecían, en relación inversa a la producción, al ritmo devorador impuesto por la guerra. Pestaña aconsejó, no obstante, que los miembros del Comité de Defensa apelaran a los acontecimientos y al buen juicio de ciertas personalidades —viejos camaradas experimentados o personas cultas—, para que así pudiesen formarse un criterio racional sobre los diversos aspectos que pudiera ofrecer un fenómeno de tan difícil in-

terpretación como es siempre la economía cuando se afronta en serio, prescindiendo de demagogias y latiguillos. Uno de los consultados fue el doctor socialista Pía i Armengol, quien dijo a Bueso:

«—Padecemos una burguesía de lo más inepto del mundo. Si no fueran tan obtusos (los patronos), verían tan claro como la luz del día que la actual guerra, lejos de ser una calamidad para Cataluña, puede ser una fuente de prosperidad. No cabe duda de que la guerra será larga y de que los franceses tendrán necesidad de aprovisionarse de muchas cosas de comer, de vestir y de “tirar”, o sea, municiones. ¿Y dónde adquirirlos mejor que en Cataluña, con su extensa frontera y su mar Mediterráneo con los formidables puertos de Barcelona, Marsella y Port-Vendres? Si nuestros fabricantes no se quitan las pajas de los ojos, los norteamericanos serán los que se pondrán en nuestro lugar, así como los argentinos, a pesar de las enormes distancias» —y añadió—: «La neutralidad de España puede ser una mina de oro. Y, mal por mal, puesto que no podemos impedir la guerra, sí podemos ayudar a “los menos malos”, que son los aliados.»»

Existía también otro peligro evidente, y era que si los patronos catalanes no se decidían a producir y a preparar sus industrias para atender en un futuro inmediato la gigantesca demanda de bienes que se generaría en las naciones beligerantes, éstas se verían en la necesidad imperiosa de improvisar sobre la marcha, recurriendo a los más heroicos y desesperados remedios, la producción necesaria, porque para ellas se trataba de una cuestión a vida o muerte. En ese caso, los obreros catalanes, ante la paralización de las industrias propias, tendrían que emigrar del país e incorporarse a las fábricas extranjeras.

En la tarde del día señalado se reunieron en el Gobierno Civil las personas que previamente habían anunciado su asistencia, con todos los requisitos y solemnidades propios del caso: ujieres atentos y respetuosos, anotación de los nombres y cargos de los asistentes, espera en la antecámara y, por fin, introducción en el despacho oficial y toma de asiento en mullidos sillones alrededor de la gran mesa del pondo, a una cortés invitación de éste, puesto en pie en honor de sus

visitantes. Luego, un discurso pomposo y vacío de la primera autoridad, seguido de las alocuciones evasivas y reticentes en cuanto a la cuestión principal, pero con alusiones intempestivas sobre ciertos aspectos negativos de la contabilidad en los negocios, por parte de los representantes patronales, pues era lo que únicamente les preocupaba, proponiendo, por último, la remisión del asunto al Gobierno para que éste lo tomara sobre sí y le diese una solución coherente con sus puntos de vista, como, por ejemplo, la moratoria en el pago de deudas. Y, por fin, la voz de los obreros que se encuentran allí por pura condescendencia de los demás, en calidad de parientes pobres. Habla Pestaña, quien se muestra decepcionado por el escaso interés que han demostrado los portavoces de la burguesía acerca del grave problema social que les ha obligado a reunirse y por la falta de realismo que se deduce de sus posiciones personales.

«—Yo —añade— no puedo traer el criterio de los organismos obreros, porque no estoy autorizado para ello, pero sí puedo afirmar que el criterio general de los obreros es que hay que encontrar inmediatamente, sin esperas, el modo de acabar con la crisis que amenaza con hacer caer en la miseria a la clase trabajadora —amenazando de paso—: Y, si eso no se hace, ustedes cargarán con la responsabilidad.»

Sus palabras resultan desagradables en aquel coloquio de lugares comunes, de retóricas de guardarropía y de expresiones de mercachifles. El tono seco y cortante del relojero hace sentirse incómodos, y casi agredidos, como azotados por un viento frío, a aquellos personajes de ópera bufa.

Bueso, invitado a hablar, puntualiza:

«—No hace falta, pues, que nadie pida protección a nadie (se refiere a la apelación al Gobierno, propuesta por los patronos). Lo que es necesario es saber afrontar la situación momentáneamente hasta que el mercado vuelva no sólo a su natural desarrollo, sino a un estado de actividad no conocido hasta ahora. El hecho, si ustedes se espabilan, se producirá indudablemente. Pero lo primero, ahora, es afrontar la crisis, a fin de evitar una emigración de mano de obra

que fatalmente se producirá si los obreros no pueden comer y más allá de nuestras fronteras les ofrecen trabajo. Todos los negocios tienen altas y bajas, y para encararse a los tiempos difíciles, todo industrial o comerciante que se precie debe tener unos fondos de reserva. Pues bien, ahora nos encontramos en uno de esos momentos. Sigán ustedes fabricando, reintegren a los despedidos, que la producción que hagan ahora les vendrá muy bien en un porvenir muy próximo...»

El gobernador promete tomar buena nota de todo lo dicho y remitir un resumen-informe al Gobierno, a fin de que tome las medidas que su superior criterio estime oportunas, y se da por terminada una reunión que ya no volverá a repetirse. Como siempre en que los problemas se disfrazan con fórmulas de prosa oficial, de aquel coloquio no trascendería ninguna providencia ejecutiva conducente a la finalidad propuesta. Tan sólo quedó patente la opinión de los obreros, a quienes el tiempo daría la razón.

4. ANARQUISTA ORTODOXO

Pestaña abandonó la relojería de la calle de la Cera y se estableció por cuenta propia en su mismo domicilio. Allí, mezclados papeles y periódicos con las herramientas del oficio y los relojes descompuestos de su reducida clientela sobre su pequeña mesa de trabajo, Pestaña recibía a sus amigos, conversaba y discutía con ellos, escribía sus artículos para la Prensa, se pasaba largas horas meditando sobre cuestiones ideológicas y trataba de comprender los apremiantes problemas de la clase trabajadora en aquellos tiempos, y, sobre todo, leyendo incansablemente cuanto papel impreso —periódicos, revistas y libros— caían en sus manos. Como en Argel, una misma habitación le servía de despacho, oficina, estudio, taller, sala de estar y comedor.

Su fama como orador claro, directo y convincente se extendió

pronto por toda Cataluña, y empezó a ser requerido a porfía por ateneos y sindicatos para actuar en mítines y conferencias, pese a hablar «castellá» porque todavía no dominaba el idioma de la tierra. Era un anarquista ortodoxo, lo que le granjeaba la simpatía y el apoyo de los grupos anarquistas, a los que quedó fuertemente vinculado al integrarse en el grupo editor de *Tierra y Libertad*, en oposición a la tendencia simplemente sindicalista. Pestaña fue el contrapeso de los anarquistas individualistas frente a los anarquistas «realistas» o sindicalistas revolucionarios que encabezaba aquel hombre singular en todo que se llamaba Salvador Seguí, el «Noi del Sucre» para amigos y enemigos, admiradores y detractores.

Sin embargo, Pestaña se preocupaba ya seriamente de los problemas organizativos, hasta el punto de que sus intervenciones en actos públicos constituían, en el fondo, llamamientos vehementes a la asociación y a la unión orgánica entre los trabajadores, si bien inspiradas todavía en unas concepciones más románticas y abstractas que prácticas y realistas. Ya se advertía, pues, en su conducta ambivalente la dualidad que se debatía en el interior de su persona. De un lado, la tendencia mística de su espíritu le arrastraba hacia los ideales absolutos. De otro, su fría inteligencia y su innato practicismo le lastraban y le hacían mantenerse con los pies sobre el suelo. Tenía alas poderosas para volar pero, al mismo tiempo, la atracción que sobre él ejercía la masa —es decir, la humanidad con sus dolientes problemas, sus luces y sus sombras, sus vicios y sus virtudes, y sus anhelos de justicia, de belleza y bondad— le impedían liberarse de la ley de la gravedad. En síntesis, era un místico práctico, tipo humano muy frecuente en las mesetas, como Teresa de Ávila, la que buscaba a Dios entre los pucheros. Esa dualidad hará de su vida interior una dura y silenciosa batalla en la que, alternativamente, se impondrá una de las dos tendencias, hasta que, al final, logre armonizarlas perfectamente. De ahí, a veces, sus perplejidades, sus dudas y vacilaciones. De ahí, también, la lenta elaboración de sus decisiones definitivas. No obstante será el hombre goethiano, sin pausas y sin prisas, que llegará siempre en el momento preciso, aunque parezca que se retarda, y al que, finalmente, no le corresponderá el

Destino que rige la Historia, por uno de esos caprichos inexplicables de los dioses.

Por de pronto, su ligazón a los anarquistas «puros», su postura de anarquista protegido por los grupos ortodoxos, le servirá para introducirse en la Prensa, tanto específica como sindical, y le abrirá las puertas de los círculos dirigentes en las organizaciones obreras. Y de esa forma, su nombre, poco antes desconocido, se hará pronto famoso en Cataluña y empezará a sonar en toda la Península.

Por aquel entonces, el Ateneo Sindicalista de El Ferrol propuso celebrar allí un Congreso Internacional de la Paz. La idea, lanzada a través de la Prensa obrera, fue inmediatamente acogida y propalada en Barcelona. Naturalmente, ello provocó una acelerada actividad en las organizaciones obreras y en los grupos anarquistas. *Tierra y Libertad*, por ejemplo, dedicó a la defensa y propaganda de la iniciativa del Ateneo Sindicalista de El Ferrol numerosos artículos y comentarios. La Federación Local de Sindicatos, por su parte, convocó una larga serie de mítines y conferencias para explicar a la clase trabajadora el fenómeno de una guerra imperialista desencadenada por los grupos hegemónicos que se disputaban el monopolio de las materias primas y de los mercados del mundo, a costa del espantoso holocausto de los obreros en las batallas; y la significación y el alcance que se pretendía dar al Congreso, cuya voz debería alzarse en el mundo contra la locura homicida que asolaba a Europa. En esta ocasión, Ángel se entregó por completo a la propaganda. Se multiplicó generosamente por pueblos y ciudades. Raro fue el mitin en que él no elevara su voz para combatir la guerra y clamar por la paz entre los hombres. La causa era tan grande y justa que su espíritu pudo volar libremente hacia las alturas sin límites, como una flecha disparada al infinito. Su palabra flamígera y su acerada pluma no descansaron. Fue para él un período de verdadera exaltación. Entonces llegó a una de las cumbres que son como hitos en su vida.

Terminada la campaña de agitación, fue nombrado, por gran mayoría de votos en los sindicatos, delegado al Congreso. Confiesa en sus memorias que tal nombramiento le asombró, no porque le disgustase, no, al contrario, sino porque aún no se creía con la suficiente

militancia para merecerlo. «Había compañeros de mucho más prestigio que yo y sobre ellos debió recaer el nombramiento.» Al llegar aquí, se hace obvia la pregunta: ¿modestia por parte de quien lo escribe? Aquella frase, estampada al correr de la pluma dieciocho años después, no puede, a nuestro juicio, ser interpretada como una simple fórmula convencional de modestia en quien ocuparía los más altos cargos de confianza, sino simplemente, como una sincera y, si se quiere, ingenua confesión de lo que sintiera entonces. No es la primera vez en que Pestaña se asombre por su elevación. Parece como si se sintiera empujado hacia arriba por una mano oculta. Pestaña no ejercitaba nunca la modestia como virtud. No la necesita, porque es un hombre que conoce sus limitaciones y las admite sin esfuerzo, como algo connatural en él y de sobra conocido por todos. Se cree, además, muy por bajo de su verdadera estatura humana. Por eso, no se vanagloria nunca ni se humilla. El cargo no le hace sentirse superior, ni tampoco inferior, o preterido si lo pierde o no lo alcanza. Se sorprende cuando sube y comprende cuando baja. Las cumbres no le marean ni le deprimen las simas. Su ánimo en este aspecto es inalterable. Su equilibrio es perfecto. Un hombre sin soberbia ni humildad es apenas concebible. Pestaña lo fue.

El Gobierno Dato prohibió la celebración del proyectado Congreso de la Paz y expulsó del país a los delegados extranjeros. No obstante, la mayoría de los delegados españoles, entre los que se encontraba Pestaña, se reunió clandestinamente y pudo tomar algunos acuerdos, como la ratificación de la actitud antibelicista del anarcosindicalismo, la propuesta de huelga general al proletariado de todas las naciones y la redacción de proclamas revolucionarias en los idiomas de los países beligerantes, a fin de llevar hasta las trincheras la voz de las organizaciones pacifistas internacionales. Por último se convino, a propuesta de Pestaña, reorganizar la Confederación Nacional del Trabajo reagrupando las sociedades dispersas o autónomas y fijando en Barcelona la residencia de su Comité Nacional, a fin de dar más fuerza a la Internacional y convertir en diario *Solidaridad Obrera*.

Recordando este Congreso de la Paz, Pestaña escribiría, no sin un

cierto regusto de humor amargo: «Lo chusco de todo esto, sin embargo, era que la mayoría de los que en Barcelona hacíamos propaganda contra la guerra, y algunos de los que fuimos como delegados al Congreso de la Paz, del Ferrol, trabajábamos para la guerra. Y no en nuestro oficio, sino en oficio circunstancial, aprendido para aquella eventualidad. Y nos enseñaba uno de los más fieros puritanos del anarquismo barcelonés. Este era nuestro maestro en el nuevo oficio. Y él, que trabajaba en un taller, por la noche hacía horas extraordinarias trabajando en pertrechos de guerra. A poco que se mire, se verá lo difícil que es compaginar la intransigencia anarquista con la prestación de servicios para la guerra y, además, hacerlo a horas extraordinarias, no obligado por la necesidad de vivir. Son las contradicciones en que frecuentemente caemos los hombres».

Todos los mítines previstos en Valladolid, Madrid y Zaragoza para dar cuenta públicamente de las resoluciones adoptadas en el Congreso de la Paz fueron prohibidos por las autoridades, y, a su regreso a Barcelona, Pestaña fue requerido por el destacado militante José Roca para que le ayudase a reorganizar «La Constancia», sindicato profesional de tejedoras y tejedores disgregado a raíz de una huelga que sostuvo en 1913. Pestaña aceptó inmediatamente, entregándose de nuevo, con todo el fervor y el brío habituales en él, a una campaña de mítines, conferencias y reuniones. Había día en que intervino en dos actos públicos. «Y en alguno —escribe—, como el organizado en una fraternidad republicana de la carretera de Mataró, comenzó el acto sin que hubiera en el local ni una sola persona, si exceptuamos a los organizadores y a tres o cuatro compañeros tintoreros y aprestadores que nos acompañaban. Espectadores, repito, no había ni uno. Las mujeres de las fábricas contiguas llegaban, se acercaban a la puerta y la mayoría de ellas se marchaban. Sólo alguna, más atrevida o más curiosa que sus compañeras, se paraba y contemplaba el espectáculo, no exento de cierta curiosidad, un tanto cómica, sin embargo.

»Nos animó a proseguir ver paradas en la puerta unas cuantas personas.

»Habló el primer orador, y al terminar su discurso había ya en la

sala una treintena de oyentes. Este éxito nos animó. Habló el segundo, y a medida que hablaba, las mujeres y hombres del arte textil, primero observaban con curiosidad, luego, unos se marchaban definitivamente y otros entraban. En resumen que, al hablar yo, último de los oradores anunciados, la sala estaba llena hasta la mitad. No exagero si digo que había unas doscientas personas en el local. Era un triunfo, un verdadero récord. Así lo reconocía Roca cuando terminamos. Y salimos del local riendo nuestro propio desparpajo, ya que, a decir verdad, todos creíamos que el mitin habría de suspenderse por falta de gente a la mitad del discurso del primer orador que hablase.

»Éste, como toda la serie de aquellos mítines, se daban a las seis de la tarde, con el propósito de que vinieran a ellos las mujeres antes de irse a casa y, sobre todo, para ver si se conseguía que se organizaran éstas, intento diversas veces fracasado en poco tiempo. El resultado no pudo ser más halagüeño, pues, al propio tiempo, un año escaso, contaba ya “La Constancia” con seis o siete mil trabajadoras asociadas.»

5. RIESGO Y VENTURA DEL PERIODISMO

Ya es Pestaña un orador que figura en lugar preferente de las convocatorias. Cierra los actos públicos y es una estrella de la constelación de propagandistas en fase ascendente. Su nombre aparecerá ya sin interrupción, salvo en sus repetidos períodos de reclusión carcelaria, en los anuncios y carteles de mítines y conferencias que celebren en Cataluña las organizaciones obreras. Con el tiempo, no mucho, llegará a disertar en las tribunas más conspicuas de España. Simultáneamente empieza la ascensión en su carrera periodística. Puede decirse que, hasta aquí, no ha escrito más que algunos artículos intermitentes, con firma y sin firma, en la Prensa específicamente anarquista, como *Tierra y Libertad*, con alguna que otra colaboración esporádica en *Solidaridad Obrera*, portavoz supremo de

la organización cenetista. A partir de ahora, su firma aparecerá en otras publicaciones, y se repetirá en *Solidaridad Obrera*, que llegará a dirigir y donde le aguarda uno de los más resonantes triunfos de su vida. Uno de los artículos con que rompe el fuego desde esta última publicación lleva el título de «Acción directa» y en él se muestra defensor a ultranza de la táctica por la que cada individuo o cada grupo social debe resolver sus problemas y defender sus intereses sin intermediarios, anteponiendo la acción directa individual a la del sindicato, posición que coincide con la del anarquismo ortodoxo y difiere de la mantenida por los anarcosindicalistas, o anarquistas «realistas», quienes interpretaban la acción directa en sentido colectivo o de clase.

El primer gran tropiezo que Pestaña tiene en el ejercicio de su actividad periodística surge con ocasión de los luctuosos acontecimientos de Cenicero. En el transcurso de una huelga, la Guardia Civil, requerida para sofocarla, causó la muerte de algunos campesinos, y las autoridades querían presentar el hecho como una consecuencia de la agresión de los obreros a la fuerza pública, a fin de justificarse y, a la vez, acusar y condenar a los responsables del movimiento huelguístico, es decir, presentar una contraimagen de la realidad, deformándola, a costa del sacrificio de unos seres anónimos, con muerte y cárcel. Entonces, Tomás Herreros, director y administrador de *Tierra y Libertad*, encargó a Ángel un artículo en que debía exponer valientemente la verdad de lo sucedido en aquel pueblo riojano. Pestaña, por falta de experiencia y sobra de buena fe, acusó sin veladuras a la Guardia Civil y a las autoridades de ser los autores directos de la agresión y únicos responsables de sus consecuencias. Era demasiado arriesgado atacar tan de frente y tan a cuerpo limpio. El artículo tuvo una aprobatoria acogida entre los obreros, eso sí, pero provocó la ira en los medios oficiales. Fue denunciado y puesto su autor a disposición de un juez militar, ya que el supuesto delito caía, por la Ley de Jurisdicciones que atribuía a la autoridad militar el conocimiento de aquellas causas en que estuvieran implicadas las fuerzas armadas —privilegio de fuero—, en la órbita de la justicia castrense, actuando así como juez y parte al mismo tiempo. «La Ley

de jurisdicciones —escribe la víctima— me cogió entre sus garras.» Pestaña, procesado, tenía que presentarse al juez militar cuantas veces y en las fechas que éste le ordenara. De pronto, tuvo noticia de que el juez había dispuesto su detención y huyó de su domicilio y se internó en Francia. Pero el día siguiente de su llegada a Perpiñán fue detenido por la policía francesa y condenado a un mes de arresto, a consecuencia del decreto de expulsión de 1906, que seguía pesando sobre él. Tuvo, pues, que cumplir un mes de prisión. Al salir en libertad, y tras obtener permiso por parte del Prefecto para residir en Francia mientras el ministro del Interior decidía inapelablemente sobre el caso, Pestaña se empleó con un compatriota residente en la capital rosellonense, e hizo ir a su familia junto a él. Sin embargo, apenas instalada ésta, llegó la decisión del ministro, no sólo denegatoria, sino conminándole tajantemente a abandonar el territorio francés en el término de cuarenta y ocho horas. Por la premura de tiempo y por habersele señalado el tren que debería tomar, Pestaña intuyó que el propósito que perseguían las autoridades francesas era el de entregarle a las españolas, y tomó inmediatamente sus medidas para escapar de la red que se le tendía. «Embalados los muebles — dice— y empaquetado todo lo demás en el curso del primer día, en vez de tomar el tren que se me señalaba, tomé otro que salía unas horas antes, burlando por este procedimiento a la policía española que, por confesión del propio juez, más tarde, me esperaba en la frontera.

»Ya en Barcelona, hube de esconderme. Permanecí oculto unos meses en casa de un camarada llamado Ramón Franquet, que vivía en la calle del Conde del Asalto. Una amnistía concedida por aquel tiempo me permitió reanudar mi vida de actividad sindical.»

Posteriormente, con motivo de una huelga general declarada por los Sindicatos metalúrgicos y de albañiles y peones, se comprendió la necesidad apremiante de editar un suplemento diario de *Solidaridad Obrera*, entonces semanal. Convertido en acuerdo este deseo, se nombró a Pestaña como redactor del mismo. Se convocó entonces un mitin para proclamar la huelga y Pestaña asistió a él en funciones de redactor, con objeto de escribir la reseña del acto, que debería

aparecer en el primer número del suplemento, al día siguiente.

Estuvo escribiendo hasta la madrugada y, cuando se disponía ya a descansar, fue arrestado en plena noche por la policía y trasladado al Palacio de Justicia, donde se encontró con otros diez detenidos más por el mismo asunto. A pesar de no pertenecer a los sindicatos promotores de la huelga, de no haber tomado parte en el acto ni publicado aún nada sobre él, se le mantuvo encarcelado tres meses. Un artículo publicado y otro inédito, costaron a Pestaña más penalidades que el conjunto de toda su actuación como agitador y propagandista, quedando así demostrado el valor de la palabra impresa e, incluso, de la escrita y no publicada, por aquello, quizá, de que «verba volant, scripta manent». La palabra escrita sobrevive y sus frutos son permanentes. De ahí, sin duda, el riesgo y la gloria del periodista militante que, en el caso de Pestaña, se prodigaron y fueron ejemplares.

Pestaña, por supuesto, no escarmentó. Durante su estancia en la cárcel, se decidió convertir definitivamente a *Solidaridad Obrera* en periódico diario y se designó a Pestaña como administrador del mismo. Naturalmente, tan pronto recobró la libertad fue a tomar posesión de su cargo. Pero esta vez se le opusieron dificultades. Ocupaba interinamente, «por la mano», el puesto de administrador un tal Godayol, y los demás compañeros de la redacción pidieron a Pestaña que lo dejase tal como estaba y que, a cambio de ello, se ocupase él del «cierre» del periódico en la imprenta.

«Como no me ha cegado nunca la “altura” de los cargos que se me han otorgado, me avine de buena gana a lo que se me proponía, pues me dijeron, y yo así lo creí, que todo se hacía en beneficio de la obra que nos era común.»

No podía saber entonces, ni sospechar siquiera, la importancia que este trueque de cargos tendría para el periódico y para la organización sindical. Pestaña era hombre de buena fe y obró como tal. Las intenciones, por el contrario, de quienes casi le obligaron moralmente, apelando a sus sentimientos de camaradería y a su desinterés, a cambiar una función ejecutiva por otra meramente de subordinado,

no eran honradas y perseguían fines bastardos. Claro que ellos tampoco eran capaces de adivinar lo que se les venía encima con que Pestaña estuviera presente en el periódico siquiera fuese en el último peldaño. Habían entrado con él la honradez más intransigente y la ética indoblegable. Lo sabrían después, cuando los arrojara como a los mercaderes del templo, aunque, ya para entonces, la fechoría de los impuros se había consumado. Nunca es tarde, sin embargo, para una acción de limpieza, y ésta llegó con Pestaña inexorablemente, a tiempo aún para reparar los daños materiales y salvar la honra del periódico y de la organización. Pestaña termina este incidente con una reflexión muy de su estilo:

«Éste es un caso en que se demuestra que la buena fe no basta, que hace falta algo más. Pero este algo más yo no lo tenía entonces y quizá tampoco lo tenga ahora.»

III

LA ESCUELA DEL DIRIGENTE

1. PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Pestaña confiesa en sus memorias que llegó a Barcelona asistido únicamente por una idea muy elemental de lo que es y cómo funciona una sociedad obrera y sin más bagaje formativo que sus apresuradas y caóticas lecturas de hojas volanderas y de algún que otro libro de teoría social o de cultura primaria. En cuanto a la educación de su conciencia rebelde, actuaron como enseñanzas irrefutables o principios básicos las enormes injusticias y miserias que había padecido y visto a lo largo de su juventud errante. Y, por lo que respecta a su pertrechamiento para la lucha ideológica, las razones de la razón radicaban en una serie de fórmulas axiomáticas o frases hechas, tópicas de puro manoseadas, como «la unión hace la fuerza», «el capitalismo explota a los trabajadores y los tiraniza», «la revolución social consiste en dar a cada uno según sus posibilidades y recibir según sus necesidades», etc. Frases que se repetían incansablemente en mítines y manifiestos, acuñadas como monedas de curso legal en todas las operaciones especulativas del pensamiento proletario.

Así se presentó Pestaña ante los grupos anarquistas y sindicalistas de Barcelona. Desnudo intelectualmente, diríamos, pero, eso así, animado por lo que se ha solido llamar «romanticismo de las ideas». Querer y poder tomar parte en la lucha social por la justicia y la

fraternidad entre los hombres era una aspiración tan noble que inflamó fácilmente un espíritu como el suyo, predispuesto a entregarse por entero al idealismo. Pero a pesar de ello, de la simplicidad de sus ideas y de su ignorancia en lo concerniente a la práctica sindicalista y revolucionaria, se le abrieron casi automáticamente todas las puertas. No tenía tras de sí ninguna historia brillante que le avalase, ni le fue necesario demostrar previamente su capacidad y la rectitud de sus intenciones para verse, de la noche a la mañana, colocado en lugar preferente, «si no en primera fila —escribiría—, sí muy cerca de ella». Y él mismo se pregunta cómo pudo suceder tal cosa, cómo fue posible que un desconocido, sin ningún antecedente que le acreditase como elemento valioso y de confianza, salvara la estrecha aduana interpuesta entre la base y los círculos de iniciados y dirigentes. Pestaña aclara a este respecto que era un fenómeno frecuente el que destacase en seguida el último en llegar con tal de que gritara más que nadie o de que adoptase un tono mesiánico o, añadiremos, de médium alucinado. Sin embargo, Pestaña se comportaba precisamente como distinto en todo a un energúmeno. No gritaba. Era más bien sereno y frío. Entonces, ¿por qué? Él lo achacaba a su interpretación, digamos romántica, del anarquismo y de las luchas sociales y a su falta de formación que le identificaban más con las soluciones misticristianas que con aquellas que exigen estudio, constancia, organización y capacidad.

Pero Pestaña es mal crítico de sí mismo y, por lo tanto, se equivoca en el análisis que hace de su caso personal. Parece cierto que en aquella época inicial fuese un hombre influido más por el ethos de las ideas simplistas que manejaba que por el raciocinio y el conocimiento riguroso de la realidad. Admitimos también su deficiente información ideológica y su tendencia temperamental hacia las concepciones misticristianas. Romántico y propenso al misticismo, sí, pero, aunque parezca paradójico, y lo es, Pestaña no se deja arrastrar nunca, ni aún en su noviciado, por la pirotecnia deslumbrante de las ideas. Desde el primer momento le vemos preocupado por los problemas organizativos y toda su vida se caracteriza por un force-

jeo contra la improvisación, las falacias demagógicas y la embriaguez del optimismo mesiánico. Flojo y parvo como teórico, será, en cualquier circunstancia, un zahorí penetrante y seguro, a veces profético, del devenir revolucionario. Él pondrá las ideas al servicio del hombre y no a la inversa, como acostumbraban a hacer los teóricos profesionales del movimiento obrero. Con todo su romanticismo y su misticismo temperamentales, se opondrá decididamente al dogma y enarbolará el antidogmatismo como bandera. Ascético, antibarroco, rectilíneo, más razonador que emotivo, con nervios templados e imaginación siempre embridada, prodigará unas sumas de energía, perseverancia y capacidad organizadora verdaderamente asombrosas. No niego que confluyesen para su rápida exaltación en los medios obreristas algunos de los factores que él enumera, pero creo que las causas determinantes fueron otras. En primer lugar, la escasez de personalidades señeras en el ámbito de las organizaciones proletarias por la repugnancia que siempre manifestaron a admitir en sus filas a quienes procediesen de las clases medias intelectuales. Por otra parte, los anarquistas individualistas se encontraban en situación de inferioridad frente a los de tendencia moderada o evolucionista, y sin ninguna figura que oponer a la poderosa personalidad de Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», que encabezaba, ya en forma indiscutible, esta última facción. Así, pues, la súbita aparición de Pestaña en Barcelona vino, sin él saberlo ni pretenderlo, a llenar ese doble hueco, a jugar ese doble papel. Las organizaciones le recibieron con alborozo porque veían en él a un dirigente nato, y los anarquistas intransigentes le apadrinaron con el fin de servirse de él. Pestaña, una conducta sin mácula, ardiendo en el entusiasmo del neófito, escritor lúcido y orador convincente, sería para los grupos de los anarquistas extremistas el hombre que estaban necesitando y esperando. Por eso le introdujeron rápidamente en sus círculos y le empujaron hacia las alturas de la organización sindical. Ellos fueron quienes le franquearon todas las puertas y pusieron cargos y representaciones a su disposición. Le convirtieron en su paladín. Pestaña, por su parte, se asombraba de su ascensión, sin darse

cuenta, tan ingenuo era, que había muchos interesados en encumbrarle y que, aunque él no hiciera nada por subir, se dejaba, no obstante, aunar, convirtiéndose, no ya en un dirigente más, sino en el opuesto al otro grande, al «Noi del Sucre». Tan es así que, ya desde los comienzos de su actuación, empieza a perfilarse la rivalidad entre ambos hombres, rivalidad que analizaremos más ampliamente en otro lugar, porque, bien entendida, rebasa con mucho el marco de un simple antagonismo propuesto y sustentado por una facción.

Dejemos, sin embargo, al mismo Pestaña que nos explique a su manera el proceso y sus propias intenciones:

«Acepté, pues, el honor que se me concedía y trabajé en elevarlo a la categoría de sacerdocio de la manera que pude y supe. Nadie podía pedirme más ni yo tampoco podía ofrecer más. Tranquilo, sereno, cumpliendo lo que yo estimaba un deber, pero un deber sagrado, puesto que representaba la confianza que ciegamente ponían en mí miles y miles de hombres, de seres humanos, de hermanos en dolor y sufrimiento, jamás pasó por mi mente, no ya la idea, ni siquiera la sombra de la traición y del engaño. Cuando el tiempo ya pasado nos aleja de aquellos momentos, quiero decir sin jactancia, sin orgullo, sin altanería, pero sí con la máxima sinceridad, que me hubiese considerado indigno de mí mismo si por un momento hubiese cruzado por mi mente la idea de traicionar a mis compañeros o de hacer granjería o beneficio propio de la confianza que en mí depositaban. Con fe en mis ideas y amor a la causa justa que defendía, traté a diario con entusiasmo y ardor, poniendo en mis actividades todo lo que sabía y podía. Ningún esfuerzo me pareció suficiente. Todos me parecían pocos. Los días, las noches, los minutos, los segundos, todo fue dado por la causa. Ni para mis hijos y compañera tenía un momento de atención ni de intimidad. Estaba seguro de que trabajando para todos, trabajaba para ellos también. Que si mi esfuerzo contribuía al advenimiento de un poco más de justicia social, de ella participarían también los míos. ¿Qué más podía ambicionar?»

Pestaña se consagró, pues, enteramente a la tarea revolucionaria, en un tiempo que creó en Cataluña una situación altamente conflictiva

y agitada, de duros y agrios enfrentamientos entre el empresariado y la clase asalariada. Puede decirse que coincidió con la coyuntura revolucionaria más importante de todas las habidas hasta entonces, por lo que se vio, sin apenas experiencia, en medio de mareas y tensiones que requerían un temple y una madurez excepcionales para no desorientarse ni quebrarse. Y Pestaña no se desorientó ni se quebró a pesar de las responsabilidades que cayeron sobre él prematuramente. Antes al contrario, convirtió su aprendizaje de dirigente en una demostración irrefutable de sus condiciones innatas de conductor de muchedumbres.

Ocupa provisionalmente el cargo de Secretario del Comité Regional de Cataluña desde primeros de abril hasta octubre de 1916, distinguiéndose por la intensa actividad que despliega en ese período de clandestinidad en orden al restablecimiento de Juntas y Comités en los Sindicatos y a mantener una perfecta relación orgánica entre ellos. Son los trabajos preparatorios para la conferencia que habría de celebrarse en Valencia, por un lado, y, por otro, sus aportaciones teóricas al concepto de «Sindicato único» que ya empezaban a apuntar en las reuniones de militantes y en las columnas de la Prensa sindicalista, las preocupaciones que absorben todo su tiempo y todas sus energías.

Bueso cuenta cómo en aquella época difícil, en que los Comités de la CNT tenían que ingeniárselas de mil maneras para poder reunirse y tomar acuerdos sin ser molestados por la policía, Pestaña consiguió reunir a los miembros del Comité Regional. Los citó en la calle de la Diputación, entre Vilamarí y Llansá, junto a la tapia del matadero municipal. «A medida que iban llegando los convocados, con las naturales precauciones, se encontraban, bien en Vilamarí o en Llansá, con un hombre conocido que les decía:

»—Sube a esa conductora.

»Y señalaba a una de aquellas conductoras clásicas de Barcelona, tirada por dos caballos y ostentando en los lados unos letreros, pintados al rojo, que decían: EL RAYO SOY, DONDE ME LLAMAN

VOY. Así fue como se reunió aquella tarde el Comité Regional, cuyos miembros iban sentados sobre mantas y recorriendo la ciudad tranquilamente. Claro es que los empleados de la conductora eran compañeros y sabían perfectamente la carga que llevaban.»

La guerra europea, como habían previsto las organizaciones obreras desde su comienzo, promovía una insaciable demanda de bienes industriales y agrarios con que llenar el vacío producido en los países beligerantes por el ingente consumo de los inmensos ejércitos movilizados y la dedicación de su industria a cubrir las necesidades preferentemente bélicas. Incapaces, no obstante, las naciones en guerra de atender satisfactoriamente sus propios pedidos, la demanda trascendió o se transvasó a las neutrales, España entre ellas. Y fue Cataluña, por su grado de desarrollo y por su proximidad a Francia, la región española más favorecida en este aspecto. Consecuentemente, el proceso de industrialización recibió en Cataluña un doble impulso. Por un lado, la demanda casi ilimitada de los beligerantes, y, por otro, la del mercado interior, libre, sin necesidad de los ortopédicos aranceles proteccionistas, de la competencia extranjera. El consumo, en cifras astronómicas, precipitó la plétora industrial y el auge increíble de los negocios en Cataluña, que, a su vez, atrajeron hacia allí grandes contingentes de inmigrantes, arrancados de las zonas no industrializadas por la esperanza de jornales seguros y mucho más remuneratorios que los del campo. Fue la leva de «los miserables» hacia las tierras de promisión.

En estas circunstancias, los patronos, animados por las ganancias fáciles y también —esto, sobre todo— espoleados por la urgencia de los pedidos procedentes de las administraciones militares de las naciones aliadas, no oponían gran resistencia a las reivindicaciones salariales de los obreros, con lo que, paralelamente al enriquecimiento de los empresarios, crecía el poder de los sindicatos, nutridos abundantemente de afiliados por sus éxitos parciales y por las sucesivas remesas de proletariado foráneo. Dice Balcells que «hasta 1919, el doble estímulo de la subida del coste de la vida y de las posibilidades de éxito de la huelga corporativa y puramente económica, atrajo a la masa obrera a los sindicatos», y Juan Gómez Casas

añade: «El considerable volumen obtenido por los negocios en este período fue seguido de modo paralelo por un período de depreciación de la moneda, originado por la especulación.»

Fue precisamente el alza constante de los precios, a consecuencia de la inflación que se desenroscaba como una culebra venenosa dentro de la aparente prosperidad, la que hizo cundir el desasosiego en las clases medias y populares de España, incluidos algunos estamentos de la Administración pública, como los empleados de Hacienda y los de Correos y Telégrafos. Hasta los militares constituyeron para los mismos fines las que serían sus famosas Juntas Militares, presididas por el coronel Márquez. La situación económica de los asalariados se agravaba, pero ni el Gobierno ni las clases dirigentes demostraban preocupación alguna por ponerle remedio. Así las cosas, la CNT, en su conferencia de mayo de 1916, en Valencia, y la UGT, en su Congreso de Madrid, convinieron en la necesidad de emprender una campaña de agitación nacional en pro de la rebaja en los precios de las subsistencias. Después, el 20 de noviembre, se reunieron en Zaragoza delegados de ambas centrales sindicales para tomar el acuerdo de declarar una huelga general en toda España, que tuvo efecto el 16 de diciembre.

Fue la huelga mejor organizada y más unánimemente seguida por los trabajadores de todas las hasta entonces declaradas en España. No obtuvo los inmediatos frutos prácticos que se esperaban, por haberse sometido el presidente del Gobierno, conde de Romanones, a las exigencias de las clases adineradas en el sentido de que no cediese ni una sola posición que mermara o amenazase sus intereses, pero sería un ensayo general de lo que podría llegar a conseguirse en el futuro: la paralización general del país, y también para poner de manifiesto ante la opinión pública la unidad de propósitos entre socialistas, por un lado, y anarcosindicalistas, por otro, que pudiera, cuando la ocasión lo requiriese, movilizar conjuntamente los efectivos de ambos poderosos sectores sindicales en la persecución de fines comunes y revolucionarios.

2. LA HUELGA DEL 17

Después de aquel ensayo de huelga general del 16 de diciembre de 1916, comenzaron los preparativos, en mayo de 1917, del movimiento que estallaría en el mes de agosto del mismo año con caracteres antidinásticos y revolucionarios. A tal efecto, Pestaña, junto con Seguí y Lacort, delegados los tres de la Confederación, marcha a Madrid para ponerse en relación con los organismos dirigentes de la UGT.

Era la primera vez que Pestaña establecía un contacto personal con los dirigentes ugetistas. No surgieron apenas discrepancias entre las dos partes, antes al contrario, sus puntos de vista coincidieron plenamente en la cuestión principal, que era la de forzar al Gobierno de la nación a adoptar una política enérgica sobre la crisis económica cuyas consecuencias gravitaban ominosamente sobre la clase trabajadora. Se publicó un manifiesto firmado por los delegados de las dos organizaciones en el que se amenazaba con la huelga general ilimitada si no se llevaban a la práctica «aquellos cambios fundamentales de sistema que garantizaran al pueblo el mínimo de las condiciones decorosas de vida y el desarrollo de sus actividades emancipadoras», y se celebró un acto público en la Casa del Pueblo, con la participación de Pestaña, que fue interpretado como una declaración de guerra al Gobierno por no haber atendido las justas demandas de la clase obrera en la reciente huelga general de diciembre, emplazándole a actuar conforme a ellas sin pérdida de tiempo. Pero el Gobierno reaccionó en sentido inverso y ordenó la detención de los oradores. Pestaña, Seguí y Lacort consiguieron escabullirse, pero fueron detenidos en Zaragoza y devueltos a Madrid, pasando inmediatamente a disposición del juez que entendía en el sumario incoado contra ellos. Tras una breve estancia en los calabozos del Palacio de Justicia se les encerró en la cárcel modelo de la Moncloa. «Lacort y Seguí iban atados juntos —cuenta Pestaña—. A mí me ataron, si no me es infiel la memoria, pues las notas que tenía de este período me fueron arrebatadas por la policía en un registro, con Manuel Cordero, delegado de la UGT en la reunión que acabábamos de

celebrar y firmante del manifiesto publicado.» Por suerte, fue tal reacción de la opinión pública en favor de los detenidos, que el Gobierno se vio obligado a rectificar, disponiendo la inmediata excarcelación de los encartados.

Y aquí entraron en apuros de otra índole Salvador Seguí y sus compañeros. No tenían dinero suficiente para volver y hubo de pedir Pestaña a Mauro Bajatierra algunas pesetas para completar el importe de los billetes de ferrocarril hasta Barcelona, no restándoles ni siquiera para poder echar algo de comida en las alforjas de viaje. Así viajaban entonces los delegados de la CNT.

Los sindicatos aprobaron las gestiones realizadas en Madrid por sus representantes y se dedicaron afanosamente desde ese punto a prepararse para el magno acontecimiento revolucionario que debería ser la huelga general indefinida acordada por entrambas centrales sindicales. «Se volcaron las cajas de los fondos de los sindicatos, entregando hasta el último céntimo para comprar pistolas y fabricar bombas. Una fiebre de actividad invadió nuestros medios confederales», escribe Pestaña.

No obstante, pronto surgieron serios inconvenientes debido a las diferencias de mentalidad y de procedimiento entre los socialistas de Madrid y los anarcosindicalistas de Barcelona. Aquellos, los socialistas, eran mucho más parsimoniosos que estos últimos en su manera de actuar. Su maquinaria, montada sobre engranajes burocráticos, se movía si bien acordadamente, a ritmo lento, y, por otra parte, sus líderes obedecían a tácticas más prudentes y previsoras. Y, por último, carecían de una experiencia en los manejos subversivos tan rica como la de los comités anarcosindicalistas. Se produjo, por lo tanto, una grave falta de sincronización entre ambos motores, porque, mientras los cenetistas se mostraban dispuestos a ponerse en marcha en seguida y a precipitar los acontecimientos, los ugetistas requerían más mecha y dilataban el momento de la explosión. En ese forcejeo, la UGT se vio obligada a enviar a Barcelona delegaciones directas en dos momentos distintos, a fin de evitar la ruptura de relaciones y compaginar mejor los esfuerzos bilaterales.

Pestaña nos lo cuenta así:

«Una de estas delegaciones la desempeñó el señor Largo Caballero. Y creo que no habrá pasado en su vida ningún mal rato como aquel.

»Aprovechando su venida, convocamos una reunión clandestina en la montaña de Las Planas, en los alrededores de Barcelona. La serie de precauciones que hubo que tomar y esa especie de misterio que forzosamente rodea la convocatoria de reuniones de esa naturaleza, por un lado, y, por otro, la desenvoltura con que procedíamos, impresionó vivamente al secretario de la Unión General de Trabajadores.

»Reunidos ya en plena montaña, algunos delegados de los nuestros cometieron la imprudencia, inconscientemente, claro está, de sacar sus pistolas y decir, incluso, que si venía la policía o la Guardia Civil, los *recibirían dignamente*. Añádese a esto que la mayoría de delegados atacaron duramente al delegado de la UGT, en el fondo quizás un poco injustamente, pues nuestros camaradas no se daban cuenta que en los medios socialistas se obraba diferentemente a como se obraba en los medios anarquistas y sindicalistas.

»Largo Caballero rechazó los cargos que se le hacían. Defendió dignamente su posición. Pero en su rostro se notaba el terror que todo aquello le producía, sobre todo en momentos decisivos de la discusión. ¿Llegó quizás a pasar por su mente la idea de una agresión personal contra él? Nada hubiera tenido de extraño que lo pensase si juzgaba por las apariencias, si tenía en cuenta la pasión y viveza que se ponía en la discusión. Pero era sólo en estas apariencias donde podía fundamentar sus temores. Hoy, como entonces, puedo asegurar a Largo Caballero que su persona para todos era sagrada en aquel momento, que nadie, salvo con la palabra, hubiese intentado nada contra él. Más aún: si, por desgracia para nosotros, hubiese venido la policía, por defenderlo a él alguien hubiese dado su vida aquel día. Era para nosotros una cuestión de dignidad que nada le pasase, ni aún la detención. Por este temor fueron tantas y tan minuciosas las precauciones tomadas.»

»Pero cuando se hizo más visible en él la inquietud que le dominaba

fue cuando, terminada la reunión, se acordó regresar a Barcelona a campo traviesa, por entre pinos y zarzales, donde escasean los caminos y senderos.

»Seguí y yo, dándonos cuenta del estado de ánimo de Largo Caballero, y al mismo tiempo por suavizar en la conversación particular algunas durezas del lenguaje usado hacia él en el curso de la discusión, y también por ser nosotros quienes más le conocíamos, y los que le habíamos acompañado a la reunión, nos acercamos a él y le invitamos a marchar juntos.

»Cruzamos a pie toda la parte trasera de la montaña de Las Planas que conduce a Vallvidrera, y después descendimos por los atajos hasta el límite de la carretera que conduce a la montaña, que es donde tiene su parada final el tranvía de Sarriá.

»Pero antes de llegar aquí indicamos a Largo Caballero que sería conveniente separarnos, pues nosotros éramos más conocidos que él de la policía barcelonesa, y si tenía sospechas de la reunión celebrada, y estaba al acecho, o bien en simple servicio de vigilancia, él podría librarse de ser detenido con nosotros.

»Nos despedimos con un ligero apretón de manos y rápidamente se alejó en la dirección indicada. Y debió respirar tranquilamente cuando, ya en el tranvía, quedaba atrás la pesadilla de aquellas horas de discusión tumultuosa y agitada.»

La otra delegación estuvo representada por el mismo Pablo Iglesias, en su calidad de Presidente del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, con ocasión de la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios que tuvo lugar por entonces, como veremos más adelante. Pablo Iglesias llegó a Barcelona e, inmediatamente, la organización confederal trató de ponerse en relación con él, a fin de acuciarle para que la UGT acelerase sus preparativos con vistas al proyectado movimiento revolucionario y, a la vez, obtener de él información y previsiones acerca del plante de los diputados y senadores disidentes. Fueron a parlamentar con él Salvador Seguí, Pestaña, Miranda y Valero.

Pablo Iglesias, tan metódico, cauto, suspicaz y desconfiado, como

gallego de pura cepa que era, oía con estupor las vivaces y expeditivas proposiciones de sus interlocutores, hombres de acción muy fogueados en la lucha activa y directa contra el enemigo común de los trabajadores. Fue de asombro en asombro y a duras penas se defendía de las urgencias y apremios que se le planteaban crudamente apelando, como recurso, a los hábitos y procedimientos de sus organizaciones —UGT y Partido Socialista— que aconsejaban un ritmo más sosegado en el tratamiento de tales cuestiones. Naturalmente, discreparon con vivacidad y en un momento de la discusión, Iglesias, según cuenta Pestaña, dijo a sus oponentes:

«—Ustedes, los obreros manuales, lo ven así; pero nosotros, los intelectuales, lo vemos de diferente manera.

»Estas palabras, rigurosamente históricas, dichas en tono paternal, como dándonos un consejo, al par que ahuecaba la voz, como si él mismo se escuchase, acabó con nuestra paciencia. Y, tras unas palabras banales, nos despedimos un tanto desesperanzados de que ellos hiciesen nada más de lo que habían hecho hasta entonces.»

Paralelamente a la acción de las organizaciones obreras, los partidos políticos antidinásticos se movieron también en la misma dirección, bajo la presión del descontento que cundía en las masas electorales, pertenecientes, en su mayoría, a las clases medias tan sacrificadas por la crisis económica. El núcleo principal del sector político lo formaban el Partido Socialista, capitaneado ya por Largo Caballero y Besteiro, a causa de la ancianidad y del delicado estado de salud de Pablo Iglesias, el Partido Reformista de Melquíades Álvarez y el Partit Republicà Catalá, codirigido este último por Marcelino Domingo, Francisco Layret, Gabriel Alomar, Ángel Samblancat y Lluís Companys. Posteriormente se agregó el Partido Radical de Alejandro Lerroux.

Por otra parte, y con anterioridad a esta alianza de partidos, Francisco Cambó, jefe de la Lliga Regionalista que agrupaba a la alta burguesía de Cataluña, había realizado una gran maniobra política contra el poder central, especialmente contra Santiago Alba, obli-

gando al Gobierno de la nación a dimitir. El nuevo gabinete, presidido por García Prieto, clausuró las Cortes, como primera providencia, y cortó así el camino del poder a Cambó y sus huestes. Entonces, el jefe de la Lliga concibió la idea de reunir en Barcelona a los parlamentarios de la oposición, en forma de Cortes disidentes, con el fin de hacer capitular al Gobierno de Madrid ante unas exigencias que consistían principalmente en la reapertura de las Cortes, la dimisión en pleno del Gobierno y la formación de otro de concentración nacional que presidiese las elecciones para un nuevo Parlamento de carácter constituyente. «Cambó — dice el historiador Pabón — intentaba una arriesgada maniobra política. Profundamente conservador, pretendía reunir todas las fuerzas revolucionarias del país, a manera de ariete, contra la carcomida fortaleza de los partidos turnantes», es decir, contra la misma estructura básica de la Restauración. Pero le fallaron dos aportes valiosísimos: las Juntas Militares, que iban a lo suyo y que de ninguna manera apoyarían un movimiento contra la Corona, y Maura, que se inhibió, también por escrúpulos monárquicos, o quizá más bien por su instintiva repugnancia a todo intento subversivo que arrancase de abajo.»

No obstante, la convocatoria de la Asamblea de Parlamentarios se hizo pública, como asimismo la fecha de su reunión, 19 de julio, omitiéndose tan sólo el lugar y la hora. Los parlamentarios fueron llegando a Barcelona en diferentes trenes desde dos días antes y hospedándose en los mejores hoteles de la ciudad, a la vista de todo el mundo y ante la expectación general, como si concurriesen a una fiesta y no a un acto revolucionario.

El gobernador, por su parte, había manifestado a los informadores de Prensa que tal reunión no tendría lugar porque estaban previstas todas las medidas necesarias para hacerla abortar. Entonces comenzó un curioso juego entre las autoridades gubernativas y los parlamentarios conspiradores, que se parecía mucho al del ratón y el gato, pero en el que el perseguidor siempre dejaba escapar, por inepcia o por cálculo, o por ambas cosas a la vez, al perseguido.

La Asamblea de Parlamentarios de Barcelona fue quizá la farsa más espectacular y grotesca de toda la historia de la política española

moderna, con fuegos de artificio y traca final.

Los parlamentarios rebeldes, tras muchas idas y venidas, se reunieron al fin en el lugar convenido secretamente, el palacio llamado del Gobernador, del Parque de la Ciudadela, donde, a poco más de una hora de haber comenzado la sesión inaugural, hizo acto de presencia el poncio de la provincia, advertido por un policía que se haría tristemente famoso, Bravo Portillo. El gobernador, «llegado a la puerta del palacio —dice Bueso—, empezó una graciosa comedia. Llega el gobernador y avanza, solo, hacia la puerta, guardada por dos señores elegantemente vestidos, que le preguntan:

»—¿Qué desea?

»—Soy el gobernador civil y vengo a impedir que se falte a la ley.

»—¿Y quiere entrar?

»—Naturalmente.

»—¿Tiene santo y seña?

»—Déjese de monsergas. Si no me dejan entrar, lo haré por la fuerza de las armas. —Y señaló a los guardias que esperaban algo apartados.

»—Si es así, es diferente. Nosotros tenemos orden de que no entre nadie, a no ser por la fuerza. Usted la emplea, allá usted.

»El gobernador llamó a cuatro guardias e hizo su solemne entrada en la sala. Los diputados esperaban de pie, en medio de un gran silencio. El gobernador se dirigió a la presidencia, que ocupaba un diputado de la Lliga Regionalista, y dijo:

»—En nombre de la Ley declaro disuelto este acto por ilegal.

»El presidente le contestó:

»—Somos los representantes del pueblo y no disolveremos la asamblea como no sea por la fuerza.

»—Pues así lo haré —respondió el gobernador.

»Y, acercándose al presidente, le tocó en el hombro y le dijo:

»—Con las fuerzas a mis órdenes, le ordeno dar por terminado este

acto.

»El presidente cogió el sombrero, se lo puso y dijo:

»—Que conste que se ha procedido violentamente contra los diputados de la nación.

»Muchos diputados empezaron a silbar, otros a dar vivas a la República, pero, poco a poco, se fueron retirando.

»Mientras tanto, no se supo por quién, había corrido el rumor de que la Asamblea de Parlamentarios tendría lugar aquella tarde en el Hotel Oriente y empezó a congregarse allí tal muchedumbre que, a las cuatro de la tarde, era casi imposible dar un paso por las Ramblas. El tráfico rodado estaba interrumpido mientras todas las miradas se dirigían a los balcones del hotel, esperando seguramente que en ellos apareciera algún orador para dar cuenta de lo acordado en la Asamblea.

»La compañía de guardias de Seguridad, que había sido enviada urgentemente ante el hotel cuando empezó a congregarse el gentío, quedó completamente sumergida entre los manifestantes, y tuvo que limitarse a recomendar calma.

»Pasaba el tiempo y en los balcones no aparecía nadie, la gente se impacientaba y empezaron a oírse gritos subversivos. Una prueba de fuerza ante aquella enorme multitud que ni siquiera se podía mover, de tan apretada que estaba, y con los guardias en medio, era punto menos que imposible. Entonces parece ser que el mismo gobernador aconsejó que alguien saliera y hablara al pueblo que estaba esperando en la calle.

»Así se hizo. A las cinco de la tarde aparecieron en los balcones del segundo piso del hotel una docena de diputados. La gente de la Rambla prorrumpió en vivas y aplausos. Cuando se logró el silencio, Azzati, diputado por Valencia, dijo, poco más o menos:

»—Ciudadanos: a pesar de las persecuciones policíacas, los diputados defensores de la libertad se han reunido y han tomado acuerdos que, no lo dudéis, tomarán cuerpo de realidad muy en breve. El primer acto se ha cumplido y seguirán los otros. Guardad vuestras

energías para los momentos decisivos que se aproximan. Y ahora, con la augusta serenidad del pueblo soberano, disolveos ordenadamente. ¡Viva la República!

»El buen *pueblo soberano*, algo decepcionado, se fue retirando poco a poco y no pasó más.»

Pese, sin embargo, a su vacua y fútil teatralidad y a su ridículo epílogo y pese también a la inanidad de sus resultados inmediatos, aquella reunión de parlamentarios disidentes enfrentados, aunque sólo fuera de modo tan aparatoso como ineficaz, al poder regio, fue el primer síntoma irrefutable, y también el primer aviso al rey, de que la monarquía de Sagunto se había quedado sola en la cumbre de la pirámide, desasistida por completo del concurso del pueblo, o sea, de la España real y verdadera.

Muy otro era, por supuesto, el carácter del movimiento revolucionario, subyacente a la operación fantasma de los parlamentarios, que preparaba la alianza de los socialistas y anarcosindicalistas, sellada definitivamente tras vencer, con ánimo y buena fe, y no poca paciencia, las dificultades de trámite. Andrés Saborit, dirigente de las Juventudes Socialistas, desempeñó las funciones de enlace entre Madrid y Barcelona. Un último forcejeo entre los representantes de las dos centrales sindicales tuvo como motivo el nombramiento del Comité Nacional de Huelga. Al fin se convino que residiera en la capital de España y que estuviese compuesto exclusivamente por socialistas: Anguiano, Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Virginia González. En Barcelona, por el contrario, se constituyó un Comité de huelga mixto de hombres de la CNT y socialistas.

A principios de agosto se recibieron en Barcelona, confidencialmente, como es natural, instrucciones concretas del Comité de Huelga de Madrid, por las que se advertía a los responsables del movimiento en Cataluña que la acción se desencadenaría como una huelga general ferroviaria y que, sincrónicamente, se iría extendiendo el paro a todas las demás ramas del trabajo de toda España. Se dio por santo y seña la frase «Cosas veredes» que titularía un editorial de *El Socialista*.

Pero la fecha pensada para la explosión hubo de adelantarse a consecuencia de un hecho incidental no previsto de antemano. Tal fue la huelga ferroviaria de Valencia. Ante tal contratiempo, la UGT dio la orden de vuelta al trabajo, que fue acatada disciplinadamente por los interesados, pese al saldo de dos muertos y catorce heridos que arrojó un enfrentamiento con la Guardia Civil, que no pudo evitarse. Pero, entonces, la Compañía de Ferrocarriles del Norte se aprovechó de aquella circunstancia favorable para imponer muy duras condiciones: readmisión de parte de los huelguistas, pero con pérdida de sus derechos en el Montepío, expulsión de cuarenta y tres obreros y ascensos para los esquiroles. La compañía se mantuvo inmovible en el mantenimiento de sus inadmisibles y vengativas pretensiones, sorda a todo intento de mediación, incluida la del ministro de Fomento, a quien competía el conflicto. Así las cosas, a la UGT no le quedó otra salida que la de presionar al Gobierno para que tomara en sus manos el asunto y lo resolviese racional y pacíficamente, mediante la amenaza de huelga general, confiando que así lo haría antes de que expirase el plazo señalado en el pliego correspondiente, pero se equivocó. El Gobierno que, a lo que parece, poseía información suficiente sobre el vasto y ulterior movimiento revolucionario que estaba gestando la alianza CNT-UGT, se inclinó a favor de la compañía, con el fin, sin duda, de obligar a los revolucionarios a echarse a la calle antes de que tuviesen ultimados sus preparativos, para poder así abortar la revolución y dominarla desde el primer momento. Efectivamente, ante tal emergencia el Comité de Huelga de Madrid se vio obligado a precipitar los acontecimientos cursando la orden de huelga general anticipadamente, contra su voluntad y con muy menguadas esperanzas en el éxito de la operación.

Muchos años más tarde, uno de los protagonistas, Francisco Largo Caballero, escribiría en su libro «Mis recuerdos»: «Acuerdo tan descabellado colocó a la UGT en una situación muy difícil. Si se abstenia, no podía evitar que se uniesen a la huelga ferroviaria los trabajadores de otros oficios en la creencia de que éste era el pretexto para la huelga revolucionaria, no obstante no haber una dirección,

ni quien asumiera la responsabilidad, y tal abstención se podría interpretar como una deserción de la UGT y especialmente de la Ejecutiva. Si se aconsejaba no secundar a los ferroviarios, se podía suponer lógicamente que era la desautorización de éstos; debilitaría el movimiento, y, si perdían la huelga caería la responsabilidad sobre la Unión. Todo esto sin contar con la actitud que adoptaría la CNT, a la que habíamos convencido para el desistimiento de la huelga de Cataluña. Ante situación tan difícilísima, se acordó lo más grave: la huelga general revolucionaria para el lunes, cargando así con la responsabilidad de un movimiento que ninguno queríamos, por no dejar abandonados a los trabajadores en momentos difíciles y críticos y, además, para orientarle e imprimirle un carácter político-social.»

Naturalmente, en Barcelona se vieron muy sorprendidos por la huelga ferroviaria de Valencia. La confusión subsiguiente fue enorme hasta que llegó *El Socialista* al mismo tiempo que unos telegramas cifrados en que se transmitía la consigna de dar comienzo inmediatamente al movimiento revolucionario. Y se inició la lucha, aunque sin gran entusiasmo por parte de los organismos responsables. Los jóvenes socialistas se lanzaron a apedrear y volcar tranvías y a romper lunas de escaparates mientras los activistas de la CNT recorrían fábricas y talleres para obligar a los obreros a suspender el trabajo. Hubo barricadas, tiroteos, pánico en la ciudad y paralización de los servicios públicos, incluso el de tranvías, para los que se ideó un artefacto de hierro que les hacía saltar de los carriles y quedar inmovilizados. En general, se produjo la táctica de la Semana Trágica de 1909, salvo en que no se asaltaron tiendas ni edificios públicos ni se quemaron iglesias y conventos.

Pestaña tomó parte muy activa y muy destacada en aquellos sucesos como agente de enlace, delegado de la CNT, para coordinar la acción de los diversos grupos ideológicos que intervenían en el movimiento. Estuvo en la calle constantemente, corriendo sus peligros, para llevar a cabo la misión específica que le había correspondido.

«—No soy valiente ni matón —dice—. Soy incapaz de atacar a nadie, por el respeto que mis semejantes me merecen. Pero era aquel un movimiento revolucionario del pueblo, y yo, que había defendido

y propagado la necesidad de que se hiciese, tenía el deber de salir a la calle a hacer honor a mi palabra.»

Lo que más desconcertaba y confundía a los insurgentes de Barcelona era el cerco informativo a que los sometía la propia mecánica de la subversión. Los medios de comunicación fueron intervenidos inmediatamente por las autoridades. Los periódicos dejaron de publicarse y los pocos que llegaban de Madrid habían pasado antes por la censura y sólo publicaban comunicados oficiales en los que se anunciaba el fracaso de la revolución en general y la reducción de los focos insurreccionales allí donde prendiera. Sólo cuando se leyó un telegrama de *El Liberal*, de Madrid, incomprensiblemente inadvertido por la censura, en el que se decía que «una columna militar se dirigía hacia Oviedo», se conoció la importancia de la rebelión en Asturias. Hasta el viernes no apareció *El Correo Catalán*, periódico carlista que confeccionaban y tiraban tipógrafos procedentes de las escuelas de aprendices de maristas y salesianos, para informar que, incluso en Asturias, podía darse por terminado el movimiento huelguístico, aplastado por el Ejército que ya procedía a una labor final de limpieza en sus últimos reductos.

Se ignoraba, pues, qué límites había alcanzado la ola revolucionaria y cuál fuera su nivel de intensidad en cada una de las provincias comprometidas. Y se temía razonablemente, desde los primeros momentos, que fracasase la empresa, si ésta quedaba reducida solamente a Cataluña. Tal era la preocupación dominante en los revolucionarios barceloneses. Bueso, en sus idas y venidas, de barricada en barricada, y de centro conspiratorio en comité, fue a dar con uno de los escondites de los dirigentes, donde encontró reunidos a Seguí, Pestaña, Negre, los hermanos Vidal y otros.

«—¿Qué traes de fuera? —le preguntaron.

»—Todo va bien — contestó —. Lo de los tranvías ha sido formidable. Llegaremos al sábado.

»—¿Y después, qué?

»—Eso digo yo. ¿Qué opinas, Ángel?

»Pestaña dijo:

»—Pues que ya hemos hecho todo lo que hemos podido, y que, si de fuera no se reciben noticias favorables, habrá que plegar velas.

»Intervino entonces otro de los presentes, Acrato:

»—Pues, si fuera por nosotros, podríamos resistir quince días.

»—No te hagas ilusiones, noi —le arguyo Seguí—. Hay que pensar que las municiones son pocas, y, además, que la gente de la barricada ya empieza a tener hambre, y no es cosa de que la gente asalte las tiendas.

»—¿Por qué no?

»—Pues porque, al final, tendríamos también que capitular, y mejor sería hacerlo elegantemente.

»—De acuerdo —dijo Bueso—. ¿Estáis en contacto con el Comité?

»—Sí, lo hacemos tranquilamente por teléfono.

»—Pero es peligroso. Seguramente, las líneas estarán intervenidas.

»—Es posible —dijo Seguí—, pero, si he de decirte la verdad, me parece que las autoridades están en la higuera. Seguramente, éste será el último movimiento llevado a la manera romántica. La próxima vez habrá que luchar duro, por lo que será preciso apoderarnos de los puntos estratégicos, acaparar las comunicaciones y ocupar los edificios públicos. En fin, hacer las cosas con sentido común.

Bueso continúa diciendo que Pestaña se quedó fijamente mirando a Seguí, al tiempo que sonreía «mefistofélicamente», y, tras un breve silencio, dijo:

«—Noi, preveo que los “puristas” te van a dar muchos disgustos.»

Por eso, cuando Pestaña se reunió por primera vez con Maciá, en presencia de Ángel Samblancat, Jaime Brossa y Mallafré, expuso sin rodeos sus temores de que serían vencidos, sin ningún resultado práctico, si no se intensificaba el movimiento en Barcelona. Sus interlocutores reconocieron lo acertado de sus prevenciones y se con vino que cada cual tratase con los suyos el problema, y repetir la reunión al día siguiente para entrevistarse con Marcelino Domingo. La situación era muy grave, porque, además de lo dicho por Pestaña,

se sabía que Cambó y Lerroux pensaban lanzar un manifiesto que diese una nueva directriz al movimiento.

Se había creído, en principio, que Lerroux disponía de abundante armamento, pero cuando fueron a pedirle armas al refugio donde se escondía, el jefe radical, incrédulo y vacilante, preguntó, según Buenacasa:

—Pero, ¿es un hecho el paro en toda la nación? —y, como obtuviese una respuesta afirmativa, añadió —: ¿Y piden armas aún?

Pocos días después, Lerroux sobornó al policía Martorell, muy influyente por aquellas fechas, y logró cruzar la frontera.

Como se acordara, la entrevista con Marcelino Domingo tuvo lugar al día siguiente, por la noche, en la trastienda de una planchadora de la calle Muntaner. Y se concertó un nuevo plan de acción mancomunado. Mientras Pestaña, en nombre de la CNT, se encargaba de que se mantuviese la huelga durante toda la semana, Maciá se trasladaría a Borjas Blancas para reclutar y armar a cuantos hombres pudiera y caer con ellos sobre Barcelona después de sublevar los pueblos a su paso. Marcelino Domingo, por su parte, se comprometía a redactar un vibrante manifiesto dirigido a la opinión pública y revocar la orden que diera a sus amigos de Tortosa de que esperaran la proclamación de la República en Barcelona para secundar la rebelión, instándoles, por el contrario, a lanzarse a la calle inmediatamente.

«Ya en la calle —escribe Pestaña—, recapitulando mis impresiones de lo que veía, comprendí que Maciá cumpliría su palabra de armar a los hombres y lanzarse con ellos a la aventura concertada, aunque ello le costase la cabeza. En cuanto a Marcelino Domingo, comprendí que no valía para tales ajetreos; que la lucha en la calle o en el campo le atemorizaba, y que, en la revolución, el papel de Marcelino Domingo sería el de agitador con la pluma, redactando proclamas, manifiestos y cuanto sirviera para levantar el espíritu de la gente, pero todo ello lejos del tumulto, de la lucha en la calle, del lugar donde se mata y se muere. Papel útil y necesario en todas las grandes conmociones populares. Pero no servía para ser el jefe de

una tropa combatiente; no sería jamás el hombre que con su espada en la mano se lanzase al asalto de las posiciones enemigas. Revolucionario, sí, pero lejos del chasquido seco y peligroso de las armas homicidas.

»Claro está que cada uno es como es y no como quizás él mismo o los otros quisieran que fuese. Y como yo saqué esta impresión, la expongo con la misma sinceridad que la concebí y sin ánimo de ofender a nadie.»

Aquella misma madrugada fue detenido Marcelino Domingo en su escondite.

La huelga revolucionaria se mantuvo en toda su intensidad durante los tres primeros días, debilitándose después paulatinamente hasta terminar con la semana. Adquirió especial virulencia en Cataluña, Madrid, Asturias, Vizcaya y Levante, y fue severamente reprimida por el Gobierno de Dato. Arrojó un saldo negro de setenta muertos, cientos de heridos y cerca de dos mil presos. El Comité Nacional de Huelga fue detenido y, sus componentes, condenados a treinta años de reclusión. Lerroux ya se había expatriado, e Indalecio Prieto hizo lo mismo, se dice que disfrazado de fraile, huyendo de las inevitables consecuencias de la derrota.

Pestaña buscó refugio en un pueblecito de Aragón, Albalate del Cinca, donde permaneció un mes, al cabo del cual, viendo que levantaba allí sospechas la presencia tan prolongada de un forastero, decidió volver a Barcelona. Empezó a moverse por la ciudad con todas las precauciones que le sugiriera su antigua afición a la farándula, entre ellas la de disfrazarse, añagaza que repetiría en otra ocasión. Bueso cuenta así la anécdota de que fue testigo en aquellos días de represión. «De anochecido, en la Gran Vía, chaflán Villarroel, se me acercó un sacerdote y, sonriente, me preguntó por la calle de Ataúlfo. Como yo no podía recordar dónde podía estar la calle, me quedé pensativo un instante. Al levantar los ojos a la cara del clérigo, vi que era Pestaña, que reía de buena gana ante mi sorpresa. Se despidió de mí alargándome la mano y diciendo:

»—Bueno, hijo, que Dios le bendiga.

»Y echó a andar, con toda soltura, como si toda la vida hubiese usado sotana. Con su cara y su aspecto, el disfraz resultaba perfecto y seguramente le evitó alguna detención.»

Lo que Pestaña andaba averiguando, en primer lugar, era si estaba reclamado por algún juez o si le buscaba la policía. Asombrosamente, nadie andaba tras él. Su nombre parecía olvidado, sin que él pudiera explicarse la razón de tal amnesia. Más tarde, se enteró de que entre los muertos resultantes en las refriegas entre huelguistas y guardias, hubo uno del que se dijo, por falta de identificación en los primeros momentos, que era Pestaña. Fue ese equívoco seguramente el que despistó a la policía y le salvó de las duras represalias que siguieron al término de la algarada subversiva.

El movimiento revolucionario de agosto de 1917 fracasó, efectivamente, en cuanto a sus objetivos a corto plazo, pero, aunque mal preparado y peor dirigido, logró mantener en pie a la nación entera durante varios días, fue una seria advertencia contra las veleidades autoritarias de la Corona, la demostración palpable de que había surgido una nueva fuerza en el país — la del proletariado organizado — con la que habría que contar en el futuro, y, sin duda, el preludio de la República con todos sus efectos retardados.

Para Pestaña sirvió de lección magistral e inolvidable que le consagró como dirigente sindical, número dos de la CNT en aquel tiempo en que Salvador Seguí era el número uno, y número uno posteriormente, aunque se le discutiera con mayor desvarío, saña y falta de imaginación que los empleados, en su día, contra el gran «Noi del Sucre».

3. EL ESCÁNDALO DEL ESPIONAJE

El periódico *Solidaridad Obrera*, más conocido familiarmente como «La Soli», era el órgano de la CNT, que, de semanal, había

pasado a ser diario. Su sostenimiento era muy difícil, pues no contaba con más ingresos que las aportaciones de los sindicatos y el producto de la venta. Ni aquéllos, escurriéndose los bolsillos, ni ésta, con un nivel entonces que rondaba los tres mil ejemplares por número, bastaban para cubrir su déficit contable, repetido cada semana.

Fue esta penuria de medios lo que forzó la situación, obligando al equipo redactor a recurrir a la publicidad como remedio extremo para sanear en parte sus finanzas. Naturalmente, el ver mezclada con la prosa de los artículos de doctrina y de los comunicados de los distintos sindicatos la de los anuncios comerciales provocó el escándalo y la vergüenza de los militantes, para muchos de los cuales aquello significaba la profanación de su «querida Soli», como si se tratase de la doncella de una vestal. Surgieron protestas y críticas furibundas. Pero una cosa son los sentimientos y otra la aritmética. En tales circunstancias no sirven los escrúpulos para evitar el mal, sino el dinero. ¿Qué hacer? La disyuntiva era clara y terminante: o tolerar la anomalía hasta que llegaran tiempos mejores o clausurar el periódico. Y la organización, aunque lo lamentase, aceptó lo primero, afrontando todos los riesgos que pudiera acarrearle su pragmatismo en esta ocasión. Resbalando por la pendiente, el equipo redactor no se conformó con dar cabida en las columnas del periódico «sagrado» a los anuncios vulgares del comercio, sino que llegó en su audacia hasta a admitir los de los cabarets que hasta entonces habían sido sistemáticamente rechazados.

La organización se había lavado las manos prácticamente al dar un voto de confianza a la redacción para que ésta pudiera, en todo momento, decidir por sí sola todo lo referente a los recursos de financiación del periódico, basándose, por supuesto, en el sobrentendido de que todo lo que se arbitrara sería en beneficio de la causa. En realidad, lo que los sindicatos pretendían era verse libres de las constantes demandas de fondos para cubrir los saldos endémicamente negativos de sus cuentas, sin que entonces pudiera suponerse hasta dónde el equipo redactor llegaría por ese camino.

Claro es, tal inhibición egoísta y cómoda por parte de los sindicatos

dejó las manos libres a los responsables del periódico, cuya falta de escrúpulos era, por otra parte, bien manifiesta. Así, cuando ni el recurso de la publicidad fue suficiente para cubrir los gastos mínimos de la publicación, fueron a buscar o aceptaron sin dificultad la oferta del dinero más fácil entonces, el del espionaje, y no del aliado, sino del alemán.

En «La Soli» aparecieron unos cuantos artículos, muy bien documentados, en los que se mostraba, en sus peores aspectos, la emigración laboral a Francia. Componían una serie dirigida evidentemente a provocar en la opinión pública un movimiento emocional contrario al hecho de que los obreros españoles pasasen a la nación vecina a llenar el vacío de mano de obra producido por las movilizaciones militares. Su descarada intención levantó sospechas en la militancia confederal y en los organismos rectores de la organización, hasta el punto de que el mismo Sindicato del Arte de Imprimir se decidiera a fijar carteles en las calles recomendando el «boicot» al periódico que ellos mismos pagaban y que era suyo, por lo tanto.

La organización ya no podía seguir ignorando oficialmente el problema del descrédito de su portavoz y tuvo que intervenir nombrando una comisión investigadora, de la que formó parte Ángel Pestaña. La primera providencia debía ser el nombramiento de un nuevo director, pero por muchos requerimientos que hizo a las personas que consideraba más aptas para el cargo, no encontró a nadie dispuesto a sacrificarse aceptándolo. Todos se mostraban de acuerdo, eso sí, en que no podía continuar aquel estado de cosas, que era preciso cortar de raíz el cáncer que destruía al periódico y deshonoraba a la organización. Sí, ¿pero quién se ofrecía para poner el cascabel al gato? Nadie.

Alguien de la comisión propuso entonces como director a Pestaña, pero éste se excusó diciendo:

—Escribir un artículo, bien; pero dirigir el diario, tener sobre mí la responsabilidad de una publicación de tal naturaleza, no. No puedo ni debo aceptarlo.

No era el miedo a la responsabilidad inherente ni al trabajo abrumador que le sobrevendría lo que le indujo a negarse, sino, simplemente, la reflexión de su conciencia honrada. Pestaña no se veía suficientemente preparado para desempeñar con discreción un cargo tan difícil y complejo, que tantas cualidades específicas requería, como el de la dirección de un periódico en una ciudad como Barcelona, de un periódico, además, hundido en la ignominia.

Pero, a pesar de reconocerse la sinceridad y fuerza de sus razonamientos, convencidos los demás miembros de la comisión por el argumento de que no quedaba más salida airosa que la propuesta, Pestaña se vio forzado a exponer con más calor aún los motivos, sobradamente obvios, que le impedían aceptar el cargo. Hizo titubear a algunos, pero entonces, el que apadrinaba su candidatura amenazó con formular una enmienda en ese sentido al informe reglamentario, ante lo cual, los vacilantes se inclinaron resueltamente en pro de la propuesta. Era un callejón sin salida y Pestaña, acorralado, hubo de avenirse para evitar el fracaso de la comisión, pero imponiendo algunas condiciones.

«La salvedad que yo hacía era la siguiente —escribe—: yo aceptaba la dirección del diario, pero sin sueldo. Seguiría trabajando en mi oficio y en mi casa, como lo hacía hasta entonces, y por la tarde, desde las seis hasta las doce de la noche, dedicaría todo el tiempo al diario, revisando originales, seleccionando los que debían o no publicarse, marcando la orientación, en una palabra, desempeñando las funciones inherentes al cargo.

»¿Qué pretendía yo con esta proposición? Suavizar una situación que era violentísima y evitar, con mi intervención directa en la selección del original, que siguieran publicándose los artículos y notas que enviaba el espionaje alemán o los escritos con aquellas notas.

»Evitaba también el despido de la redacción que había, y moralmente, con mi prestigio en los medios sindicales, venía a cubrirlos a ellos, haciendo que desaparecieran las suspicacias, que se olvidaran los resquemores y que todo volviera a su cauce, como si nada hubiera ocurrido.»

Convocada Asamblea de la Federación Local y de Juntas y delegados de sindicatos, la Comisión dio cuenta de sus gestiones y expuso su acuerdo de que recayese el nombramiento sobre Pestaña, ya que habían resultado infructuosos cuantos ofrecimientos se hicieran a otros calificados compañeros para asumir la dirección de «La Soli», aceptando, por supuesto, las condiciones sugeridas por el interesado. La Asamblea aprobó por unanimidad, con la sola excepción del equipo que regía el periódico, la propuesta y Pestaña quedó designado director con amplios poderes. Sin embargo, al día siguiente, cuando se presentó en la redacción para asumir su nueva responsabilidad, se encontró con una negativa cerrada del equipo saliente a darle posesión de su cargo. Pestaña apeló a la autoridad del Comité Regional, pero resultaron igualmente inútiles todas las tentativas del secretario del mismo para hacer valer los acuerdos de la Asamblea. La redacción en pleno le amenazó con marcharse inmediatamente sin dar entrada al nuevo director, proponiendo, a su vez, como medida para llegar a un entendimiento, la convocatoria de una nueva Asamblea, ante la que expondrían la proposición que había elaborado previamente. Para evitar mayores males, el Comité Regional accedió a su solicitud. Reunida de nuevo la Asamblea, el director depuesto propuso osadamente, en nombre de sus compañeros de redacción, que se les otorgase un voto de confianza en lo referente a la orientación doctrinal del periódico y al manejo de sus fondos, a cambio de lo cual se comprometían a seguir haciendo el diario como hasta entonces y a dar cuenta de los ingresos y los gastos, en el entendido que la organización debería cubrir su déficit. Naturalmente, aquella oferta sonó a burla y como tal la juzgaron todos los componentes de la Asamblea. Por lo tanto, no sólo ratificó el nombramiento de Pestaña como director de «La Soli», sino que sustituyó al administrador y a todos los redactores.

Paso la palabra a Pestaña:

«Nos hicimos cargo del diario aquella misma madrugada. Terminó la reunión al amanecer, y de la calle de Mercaders, donde se había celebrado, me trasladé con mis compañeros de redacción a la imprenta, y, al hacerme cargo del diario, vimos, con la sorpresa que es

de suponer, que no estaba terminada la edición y que tampoco había original para terminarla; que no había papel para la tirada del día siguiente, lunes, pues nos hallábamos en la madrugada del domingo, y lo que era más importante aún para nosotros: que no había ni un céntimo en la administración, ni crédito, pues el poco que había no nos pertenecía a nosotros, sino a los que habían salido.

»La situación, como se ve, no era brillante. Pero, con buena voluntad y deseo de sostener nuestra obra, podía salirse airoso. Hicimos frente a lo que se nos presentaba. Terminamos el periódico sobre la marcha, improvisándolo todo. Durante el día reunidos y pensando y haciendo, arbitramos papel para el día siguiente y dinero para los sucesivos.

^Inquirimos en la administración para saber cómo estaba, y no sacamos nada en limpio. Creo que aún hoy no se han aclarado aquellas cuentas ni se aclararán nunca.

»Ya en funciones, nos dimos cuenta de que el mal era mucho más profundo de lo que visto desde fuera parecía. La tirada estaba reducida a unos tres mil quinientos ejemplares y muchos de ellos no se cobraban.»

Así pone final al episodio. Con tanta sencillez revela, no obstante, dos de sus virtudes más sobresalientes: su capacidad de organización y el entusiasmo irreductible aplicado a la obra entre manos, que le veremos derrochar en todas las empresas en que tome parte. No se arredra, no se acobarda, no cede. Puesto a actuar, nada ni nadie le detendrá en el camino. Vacila, titubea, y trata de eludir el compromiso, porque es un hombre que subestima sus facultades, pero, una vez decidido, ya no habrá fuerza humana que le haga desistir. Esta actitud es el eje esencial de su carácter. Luego, tomará las cosas como son, sin permitirse ningún desliz deformador de la realidad y aplicará, en relación directa con ella, todos los recursos de su imaginación y su talento. Es decir, no emplea la fantasía «a priori», en el planteamiento del problema, sino «a posteriori», en el ejercicio de su solución.

Ya no dice más acerca de su quehacer como director del órgano de

la CNT, omitiendo deliberadamente, no por simple modestia, sino por elegancia espiritual, una de los acontecimientos periodísticos más importantes de la época, del que fue máximo protagonista.

Siguiendo, quizá, la pista del dinero insano con que se pagaban, en un café de la ciudad, los artículos que aparecían en «La Solí» defendiendo solapadamente los intereses de las potencias centrales, como aquellos en que se enfrentaban a la opinión con el poco halagüeño fenómeno de trasvase de trabajadores españoles a las industrias de guerra francesas, expuestos con sus tintas más negras, Pestaña llegó a descubrir el tejemaneje del espionaje alemán en Barcelona. Penetró hasta sus entresijos más recónditos y, no contento con ello, hizo públicos sus descubrimientos, y denunció sus alevosías desde las columnas de su periódico, con un valor verdaderamente temerario, pues aquella actitud reveladora pudo costarle la vida, Pestaña hizo saber cómo y de qué manera se producían los hundimientos, en alta mar, de los barcos que transportaban mercancías o pertrechos de guerra con destino a las naciones aliadas. Un chivatazo ponía sobre su pista a los submarinos alemanes y éstos no tenían más que aguardar su paso y descargar sus torpedos, lo que no solamente producía la pérdida de su carga sino la de muchas vidas humanas. Y el chivato principal que movía los hilos y la trampa era nada menos que Bravo Portillo, un comisario español de policía, muy conocido en la ciudad por sus relaciones y su prestigio profesional en los más altos círculos oficiales. Pestaña, valiéndose de medios que nunca reveló a nadie, se apoderó de unas cartas comprometedoras de Bravo Portillo, que probaban, en forma irrefutable, su culpabilidad y las reprodujo fotográficamente en las páginas de *La Soli*. He aquí dos de ellas:

«Delegación de Policía. Distrito de Atarazanas. Sección tercera. Barcelona.

»Querido Royo: El dador es el amigo que te dije; es de mi confianza; te facilitará datos del MUMBRU (²), que saldrá el 20, a las nueve;

² Barco mercantil.

te ruego lo recomiendes a quien sabes.

Gracias mil de tu amigo que te abraza,

»BRAVO.»

«Brigada de Servicios Especiales. Barcelona. Particular. Paseo de Isabel II, 3.

»Querido amigo: el asunto se agrava, pida a mi pariente un pasaporte y márchese.

»Le abraza su amigo,

»BRAVO»

La publicación de estas cartas provocó el procesamiento y la cárcel para su autor con el fin de acallar momentáneamente el gran escándalo, pero eran tan altas las protecciones que velaban por Bravo Portillo que su castigo no pasó de simbólico. Fue internado en la Cárcel Modelo, donde se dejó para él solo el departamento de «políticos». Comía de hotel y, a través del locutorio de jueces, su amante pasaba hasta su celda, donde se veían a solas. Sólo estuvo un mes preso y, cuando se vio de nuevo en la calle, hizo correr la voz de que mataría a Pestaña allí donde lo encontrase. No se atrevió o no pudo cumplir su amenaza, pero su celebridad aún aleteó siniestramente sobre los bajos fondos de Barcelona por algún tiempo, hasta que una bala anónima se cruzó en su camino y le apartó de él para siempre.

Pestaña obtuvo, en esta ocasión, uno de esos triunfos resonantes que consagran para siempre a un profesional del periodismo, y, por otra parte, justificó brillantemente la tan controvertida libertad de Prensa que, cuando se utiliza con honradez, constituye la mejor garantía para los derechos del simple ciudadano de la calle. Pestaña mereció entonces todos los honores que no se le rindieron, como periodista ejemplar y como hombre sin miedo y sin tacha.

4 SINDICATO ÚNICO

El comportamiento de los políticos durante el movimiento revolucionario del mes de agosto de 1917 había decepcionado por completo a las organizaciones obreras de Cataluña. Mucho discutir, prometer, conspirar, arrogarse representaciones, apelar a la opinión pública, exigir como jefes y planear como grandes estrategas revolucionarios, para luego, a la hora de la verdad, esconderse, desaparecer y finalmente huir.

«Los anarcosindicalistas de la CNT —dice Balcells— habían aceptado en la práctica que la dirección del movimiento la tuvieran los socialistas de Madrid, mejor preparados que ellos, y, además, habían accedido a colaborar con Marcelino Domingo y los republicanos catalanistas. Abandonando de hecho, y por el momento, todo doctrinarismo anarquista, se habían decidido a apoyar el advenimiento de un sistema democrático reformista. Aceptaban, por lo tanto, la necesidad de una etapa de transición de sus ideales ácratas, que eran sentidos por un treinta por ciento de la masa sindicalista de *Cataluña*. Los socialistas no estuvieron, o no pudieron estar, a la altura del papel que se les había confiado y, todavía menos, los republicanos catalanistas. Se dejaron llevar por el impulsivo descontento de las masas, en vez de escoger el momento propicio para lanzarlas a la batalla.

El fracaso del intento revolucionario convenció a los cenetistas de que, por el camino político, no se conseguirían ninguno de sus objetivos... En una palabra, el fracaso del 17 apartó definitivamente a los obreros de Cataluña de la actuación política, reforzando su actitud anarcosindicalista y apolítica que se tradujo en un creciente abstencionismo electoral y en una creciente confianza en la acción directa».

Este efecto negativo para la credibilidad de los partidos políticos y de sus caudillos, aparentemente episódica, cristalizó, sin embargo, en una irreductible postura doctrinal y táctica de la poderosa CNT, inspirada y dirigida por el anarquismo extremista, que, con el

tiempo, especialmente durante la Segunda República, llegaría a ser decisivo, paradójicamente, en trances esencialmente políticos y de suma trascendencia para el país. El abstencionismo electoral y la acción directa revolucionaria esgrimidos por la CNT serían el contrapunto peligroso de la revolución democrática y evolucionista propuesta por el conjunto de las fuerzas liberales y progresistas —republicanos y socialistas— para sustraer a España de su marasmo crónico, siguiendo las inspiraciones de la escuela regeneracionista. El apoliticismo de la CNT, en realidad, politicismo a la contra, rompería el equilibrio de las fuerzas políticas en la Segunda República, y sus continuos asaltos a los bastiones del poder colapsaría el desarrollo de sus instituciones. Si bien no se puede negar la combatividad de la CNT contra el espíritu de la Segunda República, tampoco ha de olvidarse que la Segunda República fue una aventura romántica y que las masas obreras, después de la experiencia del 17, que debiera haber sido el último episodio romántico del siglo XIX, según precisó Salvador Seguí, no estaba ya dispuesta a sacrificarse por conceptos decimonónicos ni a dejarse seducir por la retórica lúdica ni por la mitología de un jacobinismo trasnochado.

Esta predisposición contra la influencia de los partidos políticos y de sus dirigentes fue la que prevaleció en el Congreso Regional de la CNT, llamado de Sans por el nombre de la calle en que tuvo su asiento. Aunque orgánicamente de carácter regional, sus acuerdos y orientaciones alcanzaron vigencia en toda la organización. Las principales cuestiones que se debatieron en él fueron las concernientes a crear el sindicato único, o sindicato de rama de industria, y definir la acción directa como táctica confederal de combate. Prolija, dura y apasionada fue la discusión en torno al sindicato único. Lo combatían los partidarios de la tradición, por miedo a las novedades y, sobre todo, al cariz absorbente y centralizador que presentaba. En cambio, lo defendían, con igual entusiasmo, los que racionalmente pensaban que con él se construía un arma mucho más poderosa para luchar por las reivindicaciones sociales de los trabajadores. Triunfó finalmente este último punto de vista. A partir de entonces, los obreros que se agrupaban por oficios o según la materia prima con la que

trabajaban se sindicarian por industrias o ramas de produccion, y los antiguos sindicatos de oficio pasarian a ser secciones del correspondiente sindicato unico, con representacion en la Junta del mismo. Los sindicatos, a su vez, estarian representados en la Federacion Local, y cada una de estas, en la Federacion Regional. El conjunto de las Federaciones Regionales formarian la Confederacion Nacional. Los Congresos Nacionales designarian la poblacion en que deberia residir el Comité Confederal Nacional, cuyos miembros serian nombrados por los Sindicatos de aquella localidad.

Pestaña asistió al Congreso en representacion de la sociedad de invalidos «La Oportuna» y fue uno de los defensores del «sindicato unico» aunque mostrando algunas reservas, no en cuanto a la idea en sí, que le parecia un avance estructural notable con respecto a los moldes anteriores, sino por juzgarla insuficiente. Por eso, en el mitin de clausura del Congreso dijo:

«—A pesar de lo expuesto, considerad que el Sindicato de Ramo o Industria no es aún la última palabra de la organizacion obrera. Ésta alcanzará su máximo desarrollo el día en que se llegue a la creacion de los sindicatos unicos de trabajadores.»

Más tarde, en un opúsculo titulado «¿Sindicato Único? Orientacion sobre organizacion sindical», se expresaria en estos terminos:

«Cuando el Congreso Regional de los Sindicatos de Cataluña celebrado en los últimos días de junio y 1.º de julio de 1918, se trató y aceptó transformar las sociedades de resistencia y sindicatos de oficio en sindicatos de Ramo o Industria... la premura de tiempo concedido a dicho Congreso impidió que se discutieran los detalles que habian de servir de norma a la nueva forma de organizacion... Nos referimos al apelativo de “Único”, indebidamente aplicado a los sindicatos de Ramo o Industria.»

El Congreso de Sans, por último, confirmó a Pestaña como director de *Solidaridad Obrera*, con un sueldo de 6 pesetas.

Sin embargo, fue al año siguiente, en Madrid, cuando expuso clara y extensamente el significado y contenido de la fórmula «Sindicato Único» adoptada por la CNT.

Antes tuvo lugar la celeberrima huelga de La Canadiense, la mejor organizada, asistida y conducida, y también de éxito más indiscutible, de cuantas se han llevado a cabo en nuestro país, siendo todavía considerada como modelo, por la que se obtuvo la implantación de la jornada de ocho horas. Entre sus efemérides más sobresalientes se cuenta el discurso de Salvador Seguí en la Plaza de toros de Las Arenas, con el que consiguió persuadir a los huelguistas triunfantes para que pusieran fin al conflicto, contra el parecer de los más exaltados que abogaban por la continuación de la lucha.

El «Noi del Sucre», remontando la ola de protestas, propuso esta disyuntiva: o se aceptaba la vuelta al trabajo confiando en la promesa de las autoridades de poner en libertad a todos los presos, o se iba inmediatamente a rescatar por la fuerza a los encarcelados en Montjuich. El interrogante impuso el silencio a la multitud, momento de perplejidad que aprovechó Seguí para preguntar: «¿Se acuerda la vuelta al trabajo?» La respuesta fue un «¡Sí!» atronador. Con este grito unánime, arrancado por la habilidad y la palabra mágica del orador, se puso brillante rúbrica a una huelga que contaba ya cuarenta y cuatro días de duración en su victoriosa primera parte.

Otro de los incidentes que merecen ser destacados y que constituyó quizá su nota más original fue la que se vino en llamar «censura roja». El Sindicato Único de Artes Gráficas comunicó a los periódicos barceloneses que no permitiría la publicación de ningún comunicado sobre la huelga que fuera lesivo para los intereses de los trabajadores. Por este procedimiento se logró que no se insertase en los diarios el bando del Capitán General que ordenaba la movilización militar de los empleados en los servicios del gas, agua y electricidad, mayores de 21 años y menores de 31. El ejercicio a rajatabla de la «censura roja» costó al *Diario de Barcelona* una multa de mil pesetas por haber publicado el bando declarativo del estado de guerra, y otra de cincuenta pesetas al delegado obrero en sus talleres por no impedirlo. También *La Publicidad* y *El Progreso*, éste último de Lerroux, fueron sancionados por motivos similares.

La segunda parte se inició con el incumplimiento por parte de las

autoridades de su promesa de poner en libertad a todos los detenidos. Quedaban aún en prisión un número indeterminado de ellos, 34, 23 ó 5, según Pestaña, *El Diluvio* y Buenacasa, respectivamente. Fue también una etapa heroica, pero no tan brillante ni tan efectiva como la primera, y dio pie a la formación de un potente organismo que aglutinaría en adelante a los patronos frente a los obreros, La Federación Patronal de Barcelona, y que, por de pronto, obtuvo la dimisión del gobernador, Montañés, y del jefe de policía, Gerardo Doval, un renombrado abogado criminalista, autoridades a cuyo espíritu conciliador e independiente se debía que se hubiera puesto fin a un conflicto como el de La Canadiense sin vindictas ni represalias. Seguidamente provocó la crisis del Gobierno Romanones en connivencia con el Capitán General Milans del Bosch y de las Juntas Militares, de modo que la alta burguesía catalanista no tuvo empacho en aliarse con los militares anticatalanistas a fin de aplastar a su verdadero enemigo: los sindicatos obreros. En realidad, la Federación Patronal, que no demostró nunca un espíritu constructivo ni altas miras, sino más bien una vocación revanchista y unas pretensiones oligárquicas, fue, sobre todo, un antisindicato.

Por imposición también de la Federación Patronal se mantuvieron el estado de guerra y la prohibición de toda actividad sindical durante más de cuatro meses, después de terminada la huelga general. Pese a ello, no obstante, el prestigio de la CNT entre los obreros llegó en aquel período a su punto más alto, y pronto se puso mano a la obra de reconstrucción de sus entidades, nombrando nuevas juntas que sustituyeran a las retenidas en prisión, y recaudando cuotas.

La CNT alimentaba el propósito de celebrar un Congreso Nacional que ratificase los acuerdos del de Sans y se decidiera sobre otras diversas cuestiones de creciente importancia surgidas en decurso de los últimos acontecimientos en Cataluña. La CNT se daba cuenta, por otra parte, de que la limitación a la región catalana de sus actividades sindicales era tanto como renunciar a sus enormes posibilidades en el resto de la Península y quedar en situación subordinada: primera en Cataluña, sí, pero segunda en España. Era preciso, pues, darle un alcance verdaderamente nacional e implantarla, para ello,

en la misma capital de la nación, baluarte en exclusiva hasta entonces de la UGT y de los socialistas. Se designó, con este objeto, a Madrid como sede del próximo Congreso Nacional y, con el propósito de preparar el ambiente y de presentar al sindicalismo catalán en los medios obreristas e intelectuales madrileños, la CNT envió allá una delegación de sus mejores militantes, con Seguí y Pestaña a la cabeza.

Debido a esta circunstancia, «el Ángel» ocupó las tribunas del Ateneo Sindicalista, del teatro de la Comedia, de la Casa del Pueblo y del teatro Olimpia, en los días 3, 4, 5 y 6 de octubre de 1918.

En la segunda de sus conferencias, la que tuvo lugar en la Casa del Pueblo, explicó de esta manera el concepto y estructura del «sindicato único»:

«—Nosotros hemos agrupado los trabajadores dentro de una misma organización, teniendo en cuenta la materia prima que elabora o teniendo en cuenta a qué va destinada esta materia prima.

»Nosotros decimos a los trabajadores: en un taller donde haya caldereros, donde haya mecánicos y donde haya fundidores, el día en que se presente un conflicto por parte de los mecánicos, los fundidores, y los otros no pertenecen al mismo sindicato, no hay más que una fracción de trabajadores que esté en huelga, pero como el patrono recurre siempre al esquirol, ¿qué han de hacer los otros trabajadores cuando ven a los individuos que traicionan la causa de los huelguistas entrar por la puerta del taller? ¿Abandonar el taller? ¿No abandonarlo? Abandonar el taller es plantear el conflicto en toda su extensión, no abandonarlo es convertirse en traidores de sus mismos compañeros, aunque no pertenezcan a un mismo sindicato.

»Por eso los trabajadores de Cataluña hemos creído que todos los obreros que están dentro de un mismo taller, que todos los obreros a quienes paga un mismo patrono, han de pertenecer a un mismo sindicato. De esta forma, cuando se plantea un conflicto por unos, se plantea por todos, y los trabajadores deben luchar por las reivindicaciones de orden general para todos.

»...nosotros no creemos que ésta sea la última palabra; nosotros no

creemos que hayamos inventado el alfa y el omega de la organización, nosotros hemos querido ponemos a tono con el momento que vivimos...» Una cuestión muy debatida entonces era la de las Cajas de resistencia de los sindicatos para sostener las huelgas. Pestaña dijo a este respecto:

«—Se dice: ¿cómo podéis sostener esas huelgas tan terribles? ¿Cómo podéis sostener esas huelgas tan tremendas si no tenéis Cajas de resistencia? He aquí el problema que voy a plantear serenamente ante vosotros...

»El trabajador de Cataluña, desde tiempo inmemorial, ha desechado siempre las Cajas de resistencia, porque ha creído que eso adormecía las ansias de lucha, ha creído que los intereses creados eran un freno que se oponía a su desenvolvimiento posterior y, sin embargo, los trabajadores de Cataluña hemos sostenido huelgas que han oscilado entre veinte y veinticinco semanas, sin que los huelguistas hayan ido a sus casas jamás sin 20 ó 25 pesetas de subsidio.

»¿Cómo se realiza esto que parece un milagro?

»Sencillamente: en Cataluña, los trabajadores pagan en sus sindicatos una cuota que oscila entre 20, 25 ó 30 céntimos por semana; pero como nosotros hemos tenido un cuidado especial en cultivar en los trabajadores de Cataluña el espíritu de solidaridad, no el espíritu de solidaridad que proviene de las Cajas de resistencia, sino del espíritu de solidaridad que dimana del individuo, les decimos: cuando tu compañero esté en huelga, lo está por defender sus intereses y ten en cuenta que sus intereses son los mismos que los tuyos: que si hoy está en huelga él, que mañana lo estarás tú, que hoy tienes el deber de apoyarle como mañana lo tendrá él de apoyarte a ti. Y, partiendo de este principio, el trabajador en Cataluña no tiene inconveniente, queridos compañeros que me escucháis, cuando llega el sábado, en dar una peseta, seis reales o dos pesetas, de cuota extraordinaria, según lo reclamen las circunstancias, para sostener a los trabajadores que luchan.

»He aquí cómo nosotros sostenemos la lucha, he aquí la sencillez de nuestras huelgas.»

También explicó lo que debería entenderse por acción directa, tan mal interpretada a veces. «—Luego, nosotros, en el orden de la solución de los conflictos, hemos practicado siempre la acción directa. Se ha creído y se ha propalado con marcado interés que la acción directa consiste sencillamente en salir a la calle a dar palos a los esquiroles. No, queridos compañeros: esa no es más que una de las fases de la acción directa; la acción directa es también otra.

»La acción directa en el orden de la discusión es que los obreros traten directamente, sin intermediarios, sean éstos trabajadores o sean éstos políticos o burgueses o autoridades, con aquellos con quien tenemos el litigio pendiente. Nosotros creemos que cuando los albañiles sostienen una huelga, ha de ser una Comisión de huelga de los albañiles quien ventile la cuestión con los patronos, albañiles también... Nosotros entendemos que cuando sostienen una huelga los trabajadores, sean quienes sean, el Comité de huelga ha de estar formado por huelguistas, entiéndase bien, que son los que han de tratar con los patronos el litigio que tienen pendiente. Sólo así las soluciones son armónicas; sólo así, si hay equivocación, son los obreros los responsables de su error; no pueden serlo otros elementos trabajadores o miembros que formen parte de otros organismos.»

Sobre la libertad de expresión y opinión en los sindicatos de la CNT, se expresó así:

«En lo tocante a la libertad que tienen los obreros en los sindicatos, es absoluta; no se restringe la libertad de los nuestros; cada individuo puede hacer ostentación allí de sus ideas y puede discutir como le dé la gana.

»Nosotros creemos que la mejor manera de adoptar nuestro procedimiento es ponerlo a discusión.

»Nosotros no creemos que al pensamiento se le puedan poner puertas, es inútil.

»Nosotros permitimos que en nuestros Centros pueda discutirse todo y leerse todo: periódicos, libros, revistas; que puedan hablar de todo lo que les venga en gana, porque sólo así los trabajadores se dan cuenta de lo que es bueno y de lo que es malo. ^Nosotros no

somos de aquellos que creen que su sistema es la verdad pura y clara.

»Nosotros creemos que nuestra obra puede tener defectos, y lo que hace falta es que los hombres la discutan.

»Nosotros no queremos que se acepten nuestros principios sin discutirlos, porque el hombre que acepta una cosa sin discutirla, o prueba su ignorancia, o prueba su servilismo, una cosa de las dos; y no sé cuál es peor, si el servilismo o la ignorancia.»

Y terminó su discurso apelando al hombre como factor supremo en todos los planteamientos, por encima de doctrinas y dogmas, en estos términos:

«Nosotros creemos que hay que hacer unidades, que hay que hacer hombres; porque si cogéis ahora mismo un tablero, un encerado, y lo ponéis en esa pared y empezáis a hacer ceros y ceros, y después una raya, ya podéis llamar al mejor matemático del mundo, que el resultado siempre serán ceros; no habrá nada allí detrás. Pero, en cambio, si hacéis unidades, si hacéis hombres, si creáis dignidad y conciencia, si enseñáis al hombre el verdadero camino, si le eleváis, si se le dice al trabajador que la emancipación ha de ser obra de los trabajadores mismos, y que ni yo, ni nadie, desde la tribuna, puede emancipar a otro si él no quiere emanciparse; que el individuo que quiere ser esclavo lo es si pretende serlo, podréis en este caso encontrar unidades que, sumándolas unas a otras, den un resultado grandioso. Encontraréis hombres y no ceros.»

En su conferencia anterior, pronunciada el día 3 en el teatro de la Comedia, «el Ángel» explicó detalladamente el proceso de la huelga de La Canadiense, pero además trató otros temas de mayor altura conceptual. En aquella ocasión, Pestaña especuló con ideas en tomo a las cuales giraría constantemente su pensamiento; ideas que pulimentará, decantará y afinará durante los años venideros, en un discurso sin fin. Estas ideas son: autonomía catalana, sindicalismo y terrorismo, clases medias, cultura e, incidentalmente, la de raza y nacionalismo. *Autonomía*: «—Me refiero al problema catalán, al problema de la autonomía, a ese problema que nosotros no hemos

negado jamás, porque nosotros no somos enemigos de la autonomía. Nosotros, lo que negábamos entonces, como lo que negamos hoy, lo que combatíamos en Cataluña en aquel momento, como lo que seguimos combatiendo ahora, es el movimiento ficticio que algunos señores cultivaban muy esperadamente porque así convenía a sus intereses.

»¿Cómo podemos ser nosotros enemigos de la autonomía cuando nuestra organización vive a base de ella, cuando nuestros sindicatos son autónomos en su funcionamiento, cuando nuestras Federaciones Locales son autónomas con relación a la Confederación Regional? ¿Cómo podemos nosotros oponernos a que la autonomía sea una realidad? Nosotros, a lo que nos oponíamos era a que algunos buenos señores que detrás del mostrador encogen tanto la vara (de medir) como pueden, y quitan en el peso tanto como les da la gana, dijeran a su dependencia a las siete y media de la tarde: “Apa, noi, a fer feina.” Si no sabéis catalán, os traduciré estas palabras: “Hala, muchacho, a trabajar.” Y a las siete y media se cerraba el comercio para que salieran a las Ramblas a manifestarse.

»Aquellos señores se negaban terminantemente a aplicarles la ley de Dependencia mercantil, y un mes más tarde se habían vuelto tan filántropos que les cerraban las puertas media hora antes para que pudieran pasearse. Todos sabéis mejor que yo las consecuencias de aquel problema.»

Claramente denuncia Pestaña a la burguesía catalana, siempre resistente a reconocer los derechos de los trabajadores y, en cambio, tan paternalista con ellos cuando se trataba de defender sus intereses oligárquicos —protección arancelaria, beneficios fiscales, etc.— mediante la presión autonomista frente al poder central, haciendo así de la teoría autonomista un factor rentable.

Sindicalismo: «—Nosotros vamos a garantizar a todos los trabajadores su derecho a la vida; nosotros queremos que todo hombre que produce, que todo hombre que es útil a la sociedad, que todo hombre que desempeña una función que redunde en beneficio de sus conciudadanos, que todo hombre, por lo menos, tenga asegurado el pan

en la mesa y la educación de sus hijos.

»Ahora bien, ¿qué medios hemos de emplear para llegar a ese fin? ¿Cómo vamos a poder realizar esto?

»He aquí nuestra lucha por la organización: nosotros creemos que los hombres organizados en nuestros sindicatos pueden conseguir esas mejoras. Nosotros no soñamos, como se cree (no soñamos a no estar dormidos, como le ocurre a todo el mundo). Nosotros no creemos que la revolución está ya encima, ni que el problema social se va a resolver así como así.»

Será ésta una de sus constantes: primero, robustecer los sindicatos, únicos órganos capaces de humanizar la sociedad, de instaurar la armonía y la justicia en las relaciones entre los hombres; y, después, la revolución, sí, pero a largo plazo, como resultado final de un proceso de superación que vaya cambiando todos los presupuestos de un orden arcaico, cuya base es el egoísmo sin piedad.

Pistolerismo: «—Nosotros ratificamos aquí cuanto hemos dicho: que no necesitamos asesinar patronos ni obreros para vencer en nuestras luchas, porque nos parecería repugnante. Comprendemos que un hombre en el calor de la disputa o de lucha, comprendemos que un obrero, discutiendo con el patrono, le matara; lo que no comprendemos es que un hombre se apueste en la esquina de la calle, y cuando el otro pasa, pensando acaso en su mujer y en sus hijos, cargue sobre él y le asesine.

»Nosotros no podemos defender eso, porque es repugnante y miserable.»

Más adelante veremos a Pestaña enfrentarse temerariamente con el pistolerismo y el terrorismo que, larvados en los bajos fondos de Barcelona, llegan a desarrollarse como parásitos mortales en las mismas entrañas del sindicalismo, por instinto de defensa, primero, y por propio impulso, después. Bástenos, por ahora, conocer su opinión tajante y sin paliativos sobre el problema más vidrioso y sucio de la praxis sindicalista de entonces.

Clases medias: «—Nuestra organización, como os decía antes, no es exclusiva. Nosotros pretendemos que vengan a ayudarnos en

nuestra obra de regeneración todos aquellos que sientan ansias de mejoramiento, todos aquellos que sean humanos. Nosotros, en Barcelona, queremos que el radio de acción de nuestros sindicatos salga exclusivamente de las clases trabajadoras; nosotros queremos que esas prevenciones que han existido siempre entre los trabajadores manuales y los intelectuales desaparezca; queremos que el hombre que piensa, que vive del salario, a quien se explota como a nosotros, tenga participación en la vida, pero también le decimos que es preciso que luche. No hay que creer en esos tópicos y en esas suposiciones de que la libertad se conquista durmiendo o acostados; no hay que suponer que la emancipación de los obreros la vayamos a traer nosotros; yo, desde esta tribuna no emancipo a nadie, ni ninguno que suba a la tribuna a hablar emancipa a nadie. Podremos indicarle el camino, señalarle la ruta; pero el hombre que no quiere ser libre, no hay nadie que pueda hacer que lo sea. Es inútil cuanto se le diga y se le predique.

»Que vean nuestro ejemplo; no tenemos cultura, no hemos empujado, como muchos de ellos, el estudio de una carrera; hemos aprendido en la fábrica y en el taller, en la lucha diaria; ella es la que nos ha enseñado el camino. Pero ellos también tendrán que hacerlo si han de emanciparse. ¿Qué temen? ¿El sacrificio? ¿Y qué es el sacrificio? ¿Ir a la cárcel? ¿Y qué es la cárcel? ¿Verse privado de libertad un poco de tiempo? Nadie se muere por ir a la cárcel, y menos el que sabe que va por defender un ideal. ¿Es que temen la lucha? Pues entonces, sabedlo, clase media, obreros intelectuales: si la teméis, si os asustáis, si no participáis en la lucha como nosotros, ¡ ah!, entonces moriréis aplastados, porque los de arriba no os concederán nunca lo que pedís, y los de abajo, como iremos subiendo, haremos vuestra situación insostenible.» Ésta es su primera llamada pública a las clases medias, que repetirá en los momentos culminantes de su vida de hombre público, siempre que planea grandes acciones con vistas a la reforma social. Lejos de postrarse incondicionalmente ante el mito clásico del obrero, como principio y fin de todo pensamiento revolucionario, Pestaña será el primer dirigente de la CNT que descubra la mancuerna de tal concepción y apele abiertamente

a la otra mitad, al otro brazo que falta, para completar así el instrumento operativo indispensable en la consecución de una nueva sociedad.

Advierte a los intelectuales: «—Vosotros, la clase intelectual, podréis aportar una gran participación, pero no vengáis a nosotros con afán de superioridad, no vengáis a convertirnos en tiranos (aplausos), porque si venís a convertirnos en tiranos no os aceptaremos. Las cadenas lo mismo es que sean de oro que sean de acero, desde el momento en que atan al individuo y le arrebatan su libertad. No queremos la hegemonía de los hombres de ciencia, no queremos la hegemonía de los intelectuales; nosotros queremos el compañerismo, nosotros queremos la amistad, nosotros queremos el calor de la lucha, nosotros queremos que su esfuerzo, su competencia, esa superior inteligencia que les ha concedido la Naturaleza —que no es privilegio de nadie, porque, al fin y al cabo, esto no se compra— la aportéis, porque tenéis ese deber. De lo contrario, os consideraremos tan enemigos como el policía, como el guardia civil y como el verdugo. Ahora escoged» (grandes y atronadores aplausos).

Raza y nacionalismo: «—Nosotros queremos decir que cuando alguien objeta: en Cataluña podéis hacer esas cosas, pero en Madrid, no; el trabajador madrileño no es como el catalán, yo le digo que es lo mismo, que es igual. Lo que hay es un problema de educación y, en este caso, si analizáramos detenidamente el problema, nos hallaríamos con que el pueblo madrileño tiene las mismas condiciones que el pueblo catalán y que el vizcaíno, y nosotros ateniéndonos a las características étnicas, sin temor a equivocarnos, diremos que éste es un pueblo de lucha, guerrero. Si no hubiera sido así, ¿cómo Castilla hubiera podido llevar su hegemonía al resto de España? El pueblo catalán (se dice) es un descendiente de la raza aria y que conserva su superioridad intelectual, que es la que le da la victoria. Estas manifestaciones son de demasiado laboratorio y demasiado libro. La pureza de la raza ya no existe, la pureza de la raza es uno de tantos fantasmas que se pierde a través del tiempo. Las razas se han cruzado, los hombres han ido de un punto a otro, ¿dónde está la pureza de raza?

»En ningún sitio. La superioridad tampoco es privilegio de una nación determinada ni de un hombre determinado.

5. RIVALIDAD CON SEGUÍ

Pestaña confesó su asombro al verse introducido tan rápidamente en los círculos dirigentes del sindicalismo catalán, sin una previa prueba de fuego y sin pertenecer siquiera a la base de uno de los sindicatos federados. Y atribuyó su rápido ascenso, para explicárselo de alguna manera, a la proclividad de los sindicatos en favor de los recién llegados que chillaran en las asambleas y adoptaran posturas radicales. Es decir, que los obreros sindicados se dejaban fácilmente seducir por los energúmenos de última hora.

Ya hemos apuntado anteriormente que, aunque hubiera algo de cierto en esta suposición de Pestaña, la causa que más influyó en su caso no fue ésa, por la sencilla razón de que nunca se comportó ni se mostró como un energúmeno. Radical, sí, relativamente, pero no demagogo atronador, sin fuste y mentalmente sin freno. Por el contrario, su frío temperamento y su espíritu razonador le situaron siempre en el campo opuesto a los emocionales, calenturientos y dogmáticos.

Fue, como ya hemos dicho, la escasez de personalidades con preparación superior al bajo ras común, en los medios sindicalistas, por un lado, y la pugna de los anarquistas «puros» contra los anarquistas «realistas», por otro, lo que, en mayor grado, contribuyó a abrir el camino de los cargos representativos y ejecutivos a Pestaña. Ciertamente, eran contados los compañeros capaces de hablar en público y escribir decorosamente en la Prensa obrerista. Eran menos aún los hombres con el temple, la austeridad, la pureza idealista, la rectitud y la buena fe, que demostró Pestaña desde un principio. Lo primero le sirvió para destacarse en seguida de la masa y lo segundo para que los anarquistas «puros» pusieran en él los ojos con objeto de oponerle a Salvador Seguí, «Noi del Sucre», el indiscutible dirigente

máximo del obrerismo en Cataluña, que inspiraba la línea evolucionista o posibilista de los sindicatos, es decir, que encabezaba la facción de los anarquistas «realistas».

De ahí que Pestaña se viera súbitamente elevado nada menos que al puesto inmediato al que ocupaba Seguí, convirtiéndose así, sin pretenderlo, inconscientemente, en su rival. Pestaña no se había enterado aún de que pese al antiautoritarismo, al antiburocratismo, al antielitismo y al anticlasismo y antipoliticismo, de que tanto se hablaba y se alardeaba en los medios cenetistas de entonces, ya existía una clase superior, una clase política, una élite o minoría dirigente, que se intercambiaba los cargos, que se atribuía la dirección ideológica y táctica de la organización y que era, en suma, el verdadero estado mayor que planeaba y conducía todas las operaciones del proletariado catalán. Esta casta nació a consecuencia de las propias limitaciones de la organización. Había pocos compañeros capaces de enfrentarse dialécticamente con los interlocutores de la Administración y de la clase patronal y, en caso conflictivo, se llamaba para que representasen a los sindicatos en las negociaciones a aquellos que, aun perteneciendo a otros sindicatos o sin pertenecer a ninguno, habían demostrado en la práctica poseer las condiciones necesarias para desempeñar bien esa función. Otras veces se requería su intervención para evitar el enfrentamiento de los dirigentes de un determinado sindicato con los patronos o las autoridades de la localidad y las posibles represalias por parte de éstos contra aquéllos. Por último, cuando de representaciones para el Congreso se trataba, los sindicatos o las mismas Federaciones Locales solían delegar en personalidades destacadas en el movimiento obrero, con objeto de tener un valedor notorio y hábil de sus puntos de vista. Por su parte, estos conspicuos militantes se procuraban, a su vez, tales representaciones para poder asistir con voz y voto a los Congresos, si no la obtenían de su propio sindicato o de su localidad. Así, hemos visto a Pestaña representando a la Sociedad de inválidos «La Oportuna» en el Congreso de Sans, y lo encontraremos después en el de la Comedia con la credencial de las organizaciones de Berga. Por ello, existía realmente un cierto número de individuos que, por una u otra

razón, monopolizaban de hecho la representatividad en las organizaciones confederales. Y lo que nació de una pura necesidad impuesta por las circunstancias pasó a ser un hábito, una costumbre, una desviación, en suma, que quebrantó el principio de la democracia interna consustancial con el espíritu de la CNT. ¿Qué importaba que los cargos de los sindicatos fueran por elección, por tiempo limitado, sin ninguna facultad realmente ejecutiva sino de simple coordinación, con el fin de ponerse a salvo del poder burocrático, si, por otra parte, creaba y mantenía una clase dirigente? Caía así en la misma trampa que trataba de eludir, y con una agravante muy peligrosa cual era la de ser dirigida, al margen de los que ostentaban los cargos oficiales, por quienes ni siquiera se hallaban obligados en muchas ocasiones por vínculos de disciplina con los organismos que representaban. La CNT fue, por esta razón, traída y llevada, manipulada y suplantada en su voluntad, por verdaderos irresponsables desde el punto de vista orgánico. Un clan restricto de grupos y grupúsculos, de verdaderos profesionales en el sentido exacto de la palabra, ajeno a los sustantivos intereses de los sindicatos, fue el que manejó siempre a la CNT, constituyendo tal hecho un verdadero drama para la organización, porque no sólo la arrastró a aventuras descabelladas, sino que la destrozó interiormente, en enconadas luchas de taifas. Es paradójico que, en un medio como la CNT, cuyo espíritu era teóricamente incompatible con los personalismos, las jefaturas y los liderazgos, fuera, por contra, en el que con mayor facilidad se impusiera la autocracia de los dirigentes consagrados, la dictadura de los grupos y la infalibilidad de algunos pontífices máximos. Así fue posible que Federico Urales y Federica Montseny, padre e hija, que no descendieron nunca al ruedo de los sindicatos, se erigieran en autoridades de las organizaciones sindicales desde sus cómodas posiciones marginales de «orientadores». Más tarde serían los Durruti, Ascaso, Jover y García Oliver, los que se jugaran el destino de la CNT a la sangrienta ruleta de sus alucinaciones subversivas, sin más título para ello que la de su propia osadía, sin más mérito que las de sus violencias, aprovechándose de la falta de verdaderas estructuras orgánicas y del infantilismo revolucionario de

base. Otro hecho asombroso es que, constituyendo el apoliticismo uno de los postulados más rabiosamente defendido y propugnado en los organismos confederales, sea precisamente el sectarismo político —la pasión política al más alto diapasón— la constante más sobresaliente en la conducta histórica de la CNT, sobre todo a partir de la huelga de la Canadiense, ejemplo de huelga sindicalista que ya no se volvió a repetir.

Salvador Seguí, más veterano que Pestaña, previo antes que éste los peligros que para la organización entrañaban tales aberraciones de demagogos e ideólogos de tres al cuarto. Él vio claro que el tan careado apoliticismo no era en el fondo más que la expresión de un complejo de inferioridad por parte de sus pregoneros, que así trataban de cerrar el paso a los hombres preparados y capaces que los hubieran barrido de escena, y reservarse para ellos el coto cerrado, donde, por falta de competencia lícita y a la luz del día, podían imponer su mediocridad y sobresalir, aun con su corta estatura intelectual e ideológica, en el páramo de los afiliados de filas. Y Seguí trató de evitar esos vicios y los combatió, a pecho descubierto, como solía hacer, basándose, eso sí, en la enorme autoridad que había sabido conquistarse con su conducta y con su gran talento.

Pestaña, bisoño aún, no lo comprendió del todo entonces. Lo descubrió más tarde, cuando ya el «Noi» había desaparecido y se encontraba él solo frente a la corrosión galopante del virus demagógico. Lo intentó todo, como veremos, y estuvo a punto de desviar el peligro, pero se lo impidieron finalmente las circunstancias históricas, imprevisibles, por otra parte, que precipitaron los acontecimientos, frustraron todas las previsiones y condujeron al país entero al caos.

Por aquel entonces, como después y siempre, una parte del clan dirigente, los anarquistas «puros», se mantenían alejados de la mecánica interna de las organizaciones sindicales, porque, en el fondo, los sindicatos eran para ella meros instrumentos mecánicos —la fuerza bruta— al servicio de su teoría política. La otra parte la formaban los verdaderos sindicalistas, para quienes los sindicatos constituían la fórmula orgánica ideal para el traspaso de poderes de

la vieja a la sociedad nueva que propugnaban. Para aquéllos, el sindicato era un medio; para los últimos, un fin. Pestaña, ajeno en principio a esta disputa, fue utilizado por los «puros» en contra de los «realistas» quedándose en un punto intermedio, no lo suficientemente «puro» para subestimar a los sindicatos, ni lo suficientemente «realista» para subordinar los «sagrados principios» a la praxis sindicalista. Con los años y las experiencias maduraría su pensamiento, que sabría distinguir entre el anarquismo, como doctrina de formación personal, y el sindicalismo, como teoría sociopolítica para la transformación de la sociedad. Pestaña sería siempre anarquista de fuera adentro y sindicalista de dentro afuera, es decir, anarquista en tanto persona y sindicalista en tanto miembro de la comunidad. Pero entonces, en la época en que fue enfrentado al «Noi» por los «puros», todavía no estaban bien esclarecidos los límites entre ambos conceptos en su ideario. De ahí sus contradicciones, a veces, sus titubeos y sus dudas, y, en fin, su rivalidad con Seguí, que nunca sintió ni ejerció él como tal, sino a la que se vio empujado en circunstancias y situaciones que no buscó, ni propició ni quiso, y por razones que acaso no comprendió nunca. Los «puros» molestaban constantemente a Seguí con acusaciones baladíes de reformismo o politicismo que solían sustanciarse en asambleas tumultuosas, en las que se desataban las bajas pasiones y los odios mezquinos. Seguí escuchaba con imperturbable paciencia a sus detractores y, luego, se levantaba e iba rebatiéndolos uno a uno, para acabar aplastándolos a todos con su dialéctica exuberante e irresistible. En esas ocasiones, Seguí se crecía. A primera vista, parece inconcebible que aceptase con tanta facilidad los retos de sus adversarios una y otra vez y descendiese a discutir con ellos sobre cuestiones tan subjetivas como deleznable. Sin embargo, si se piensa que su conducta moral estaba muy por encima de toda sospecha y que sus oponentes le emplazaban en el terreno donde él podía desarrollar mejor sus facultades innatas, la elocuencia y la repentización, se comprende que acudiese invariablemente a la cita, ya que, para él, era un simple juego, un brillante ejercicio, en el que la victoria le estaba garantizada de antemano. Además, era el suyo un temperamento de lidiador que

necesitaba el combate, tanto más excitante cuando más encarnizado y difícil, para sentirse él mismo en toda su plenitud.

Pere Foix recuerda una de aquellas «reuniones inacabables que ponían los nervios en tensión» en que se juzgaba al «Noi» por sus proclividades políticas. En ella intervino Pestaña, quien se mostró una vez más dubitativo e inseguro en la cuestión. Todavía no había alcanzado la madurez de pensamiento y la sazón ideológica que luego, irnos años más tarde, conseguiría. Su experiencia era notablemente inferior a la de Seguí, y también su conocimiento de la militancia confederal y de sus pasiones, y aún no había roto, por supuesto, los lazos que le sujetaban a los grupos anarquistas. Dentro ya de ese clan dirigente del que hablábamos antes, el espíritu ingenuo y desinteresado de Pestaña, incapaz de cualquier bajeza, no comprendía, sin embargo, los móviles subyacentes a toda la aparatosa fraseología con que disfrazaban los puritanos del anarquismo la pasión insatisfecha de poder y dominación que les corroía. Pestaña iba por derecho, honradamente, sin segundas intenciones, impulsado tan sólo por el puro idealismo. Moviéndose como se movía sobre un terreno escurridizo y lleno de trampas, fue precisamente esa su manera rectilínea de actuar la que le hizo cometer errores y malogró algunos de sus aciertos. Como vulgarmente se dice, Pestaña ignoraba aún con quién se jugaba los cuartos. Lo descubriría, naturalmente que sí, pero a costa de duros e incurables desengaños. Por eso se opuso a Seguí en algunas ocasiones, como la que nos narra Foix. Y por eso, en aquella circunstancia, al ver desestimado su criterio por la asamblea, domeñada por el «Noi», sufrió una gran decepción. Dice Foix que Pestaña quiso dimitir de su cargo como director de «La Soli» y que hasta llegó a exponer su propósito de abandonar Barcelona y Cataluña para siempre.

—¡En absoluto! —asegura Foix que exclamó Seguí—. ¡Pestaña ha de quedarse en Barcelona! La clase obrera de Barcelona tiene necesidad de su talento. ¡No estamos sobrados de militantes de su valía! Pestaña ha de saber y no olvidar que yo siempre seré su amigo, a despecho de las discusiones y desavenencias de hoy y de otras que puedan venir en el futuro.

En otra ocasión, siempre según Pere Foix, comentó Seguí:

—Es un chico excelente Pestaña, y es deplorable que se deje influir por los grupos (anarquistas «puros»). No le hará mucho bien seguir por ese camino.

Fue Seguí también el que le puso por sobrenombre «Caballero de la Triste Figura».

Cree Pere Foix que el oponerse a Seguí, tildado de reformista por pretender un camino más fácil y seguro para el triunfo de las reivindicaciones de los trabajadores y que, por ellos buscaba la manera de crear un movimiento político obrero, en aquella época tan brillante del sindicalismo catalán, fue el gran error de Pestaña; un enfrentamiento a veces abierto y otras, sobreentendido. Para Foix, esta rivalidad se debía a un complejo de inferioridad de Pestaña, aunque reconoce que «si Pestaña no se hubiese enfrentado a Seguí, la oposición anarquista a la actuación del “Noi” habríase manifestado con la misma violencia. El mal estaba en que Pestaña gozaba de gran prestigio en Cataluña y era presentado por los anarquistas como el anti-Seguí».

Efectivamente, gozaba de gran prestigio no sólo en Cataluña, sino también en Francia, donde los periódicos anarquistas publicaban reseñas de los actos públicos en que tomaba parte, haciendo cálidos elogios de su actuación, mientras silenciaban las actividades de Seguí, a quien comparaban con León Jouhaux. Ciertamente es también, como ya queda apuntado en otro lugar, que los anarquistas hicieron bandera con su nombre frente a Salvador Seguí, y no cabe duda tampoco de que Pestaña se dejó, inconscientemente, utilizar en ese sentido. Admito asimismo la versión que de los hechos ofrece Pere Foix, viejo militante que expresa honradamente sus opiniones, a pesar de que no niega su mayor admiración por Seguí, «un gran catalán», son sus palabras. Sin embargo, no me merece la misma certidumbre la explicación que da del fenómeno: el complejo de inferioridad de Pestaña.

No me parece que existiera una verdadera rivalidad entre Pestaña y Seguí, ya que la rivalidad es sinónimo de lucha por la supremacía y

nunca existió tal lucha. Pestaña, tanto en público como en privado, reconoció siempre a Seguí sus grandes cualidades. No fue el suyo un enfrentamiento como el que se dio entre Dantón y Robespierre o entre Trotski y Stalin, porque no era el poder la presa codiciada por ambos antagonistas. Los dos cabían holgadamente en la CNT, donde no les esperaban sinecuras, privilegios, riquezas ni honores, sino sólo riesgos y sacrificios sin cuento. Ninguno pretendía eliminar al otro. Por último, no cabía entre estos hombres una verdadera antinomia de intereses, porque lo que les unía, por sobre otras cualesquiera diferencias, era precisamente la identidad de los valores que defendían ambos a dos, los de la clase trabajadora, a la que pertenecían radicalmente.

Hubo, sí, oposición entre Seguí y Pestaña, pero por razones biológicas, ambientales y de tiempo. Pestaña era asténico; Seguí, pícnico. Ángel, taciturno y parco; Salvador, exuberante y comunicativo. Aquel, de tierra adentro; éste, mediterráneo. Castellano, el uno; catalán, el otro. Errabundo, el primero; sedentario, el segundo. Seguí se desarrolló siempre en su ambiente propio; Pestaña hubo de adaptarse a un ambiente extraño. Seguí hablaba en la lengua de la tierra; Pestaña, aunque aprendió el catalán, se dirigía a las multitudes en castellano y en este idioma escribía. Cuando Pestaña se iniciaba en las actividades sindicalistas, Seguí era ya un maestro en esa asignatura. Cuando Pestaña iba, Seguí estaba ya de vuelta.

El contraste entre sus respectivas personalidades pudiera extenderse aún analizando otras muchas características menores. Pero bastan las expuestas para comprender perfectamente que surgieran desavenencias entre ellos. No eran dos figuras que casaban, sino que se oponían y completaban. En el primer caso, se hubieran confundido. Sólo en el segundo se enriquecían porque así el uno aportaba lo que le faltaba al otro. Eran, en verdad, el punto y el contrapunto de la misma sinfonía, la cara y la cruz de la misma moneda, la tesis y la antítesis que se confundían en la gran síntesis de la organización. Figura y contrafigura, Quijote y Sancho, sublimado éste. Se repelían y se atraían porque se necesitaban. Cuando desapareció Seguí, Pestaña se encontró solo frente a las mismas tensiones disgregadoras y

negativas. Cuando Pestaña, a su vez, salió de escena, ya no quedó ninguna fuerza aglutinadora que contuviese la dispersión e impidiera la ruptura del cauce por donde discurría la corriente político-social más rica del país. Se rompió el dique, el país fue inundado, y la enorme fuerza se agotó en los baldíos. El dúo Seguí-Pestaña configuró la época más brillante de la CNT. Después de ellos llegó la confusión. Ya no hubo ninguna otra voz como las suyas, sino gritos. Y la gran esperanza se nubló en aguardo, quizá, de que alguien la ilumine otra vez, como ellos la iluminaron, antes de que sea demasiado tarde y se pierda definitivamente la gran herencia acumulada en tantos años de luchas y de pruebas.

No existió, pues, rivalidad entre Pestaña y Seguí —esa supuesta rivalidad es solamente un tópico que se cae por su peso— sino un simple contraste de caracteres y de tiempos. Y la prueba está en que Pestaña coincidió totalmente más tarde con las ideas e intenciones de Seguí y que hizo lo que Seguí quiso hacer y hubiese hecho sin el crimen de la calle de la Cadena, que se le anticipó.

IV

LLEGADA A LA CUMBRE

1. EL CONGRESO DE LA COMEDIA

A causa de los numerosos conflictos sociales que perturbaban la vida de la región catalana, especialmente de Barcelona y el gran núcleo industrial polarizado en su tomo, el Gobierno Sánchez de Toca concibió la idea de crear una Comisión Mixta compuesta por representantes de obreros y patronos que se encargaría de resolver los conflictos planteados ya, o que pudieran presentarse en el futuro, mediante acuerdos pactados en el seno de la misma y que tendrían carácter ejecutivo, constituyendo un embrión de lo que serían más tarde los Comités Paritarios de la Dictadura y de los Jurados Mixtos de la República. El nuevo gobernador de Barcelona Julio Amado puso manos a la obra directamente. Para ello, se dirigió a un grupo de militantes entonces encarcelados, en la creencia de que eran ellos los que dirigían e inspiraban las decisiones de la organización sindical en aquellas circunstancias, entre los que se encontraban Seguí, Pestaña y Buenacasa. Éste cuenta que el delegado del gobernador les dijo:

—Vengo en nombre del Gobierno a ofrecer a ustedes el ramo de olivo de la paz. Serán ustedes libertados, restableceremos la Constitución y levantaremos la clausura de los sindicatos obreros. ¿Desean ustedes algo más?

¿A cambio de qué? Porque aquella proposición tendría su contrapartida. Los presos carecían de atribuciones para entrar en el fondo

de la cuestión y remitieron al representante de la autoridad gubernativa a los órganos competentes de la CNT. Había muchos presos. La vida de los sindicatos era muy difícil. Después de las intensas luchas sostenidas con motivo de la huelga de La Canadiense y sus secuelas, el cansancio se dejaba sentir tanto en los círculos dirigentes como en la base de las organizaciones obreras. En estas condiciones, la propuesta del poder era muy tentadora, humanamente casi irresistible. Por ello, la mayoría de los delegados de los sindicatos se inclinó por llegar a un rápido acuerdo que salvase su dignidad y que, a la vez, satisficiera el deseo general de un armisticio. Se constituyó, pues, la Comisión Mixta, pero por desgracia no dio los resultados apetecidos, aunque, en efecto, resolvió algunos conflictos. Pero, por un lado, la intransigente patronal pretendió imponer siempre, a todo trance, su imperiosa voluntad, más en favor de sus intereses privados que de los generales de la comunidad, y, por otro, los obreros no pudieron vencer del todo su repugnancia a aceptar los fallos de un organismo de carácter oficial. Al cabo, por desacuerdo entre los trabajadores y sus representantes, a quienes la Prensa derechista caricaturizaba presentándolos sentados en imponentes sillones, el empeño fracasó.

Disuelta la Comisión Mixta, la clase patronal quiso asestar a la CNT un golpe que la dejara fuera de combate. Para ello, declaró el «lock out». Cerró fábricas y talleres. Más de doscientos mil trabajadores quedaron privados de sus puestos de trabajo en Cataluña. La CNT, en contra del parecer de algunos de sus dirigentes más precavidos, aceptó el reto con todas sus consecuencias. En vez de ocupar los lugares de trabajo y mantenerse en ellos, lo que hubiera conferido al conflicto un cariz revolucionario, se optó por lo contrario, es decir, por la ausencia, la abstención y la pasividad, gran error táctico que dejaba la iniciativa en manos de los enemigos de la clase trabajadora. Diez largas semanas de miseria y privaciones agotaron la capacidad de resistencia de los represaliados, al cabo de las cuales, éstos, exhaustos y desmoralizados, hubieron de aceptar las consecuencias de su derrota en toda la línea.

Entretanto, la CNT, dando una prueba increíble de vigor, realizó un

proyecto que venía madurando desde tiempo atrás. Arrinconada prácticamente en Cataluña, aunque contara con buenas organizaciones en Levante, Asturias y Andalucía, la Confederación se propuso plantar sus banderas en Madrid, dominada por los socialistas, para de esa forma conseguir dos grandes objetivos: penetrar en la fortaleza de la Unión General de Trabajadores (UGT), su competidora, y trascender desde el epicentro de la nación su influencia a todo el país, sirviéndose de la caja de resonancia que ha sido siempre en todos los órdenes su capital. Había que conquistar Madrid. Era necesario. Se trataba del gran paso adelante para desencadenar un gran proceso de expansión. Y la CNT, a pesar de encontrarse empeñada con todas sus fuerzas en la batalla contra la patronal catalana, dispuso la celebración de un Congreso extraordinario en Madrid, con una audacia impar, teniendo que vencer enormes dificultades previas al acontecimiento. Todavía la víspera de su apertura se recibió un telegrama de Seguí desde Barcelona, en que, dada la gravedad de la situación en la capital catalana, preguntaba si no sería más conveniente aplazar el congreso de Madrid. Pero no se aplaza. El entusiasmo de los organizadores es capaz de remontar todos los obstáculos y, en la fecha elegida, ante la inquietud del Gobierno y la expectación de los círculos obreros e intelectuales madrileños, se da comienzo al Congreso en el teatro de la Comedia, con la asistencia de 430 delegados en representación de más de setecientos mil afiliados. La delegación catalana es la más numerosa y la más radical, en tanto que la asturiana, a cuyo frente figuran militantes de la talla de Eleuterio Quintanilla y José M.^a Martínez, se muestra, desde el primer momento, la más ecuánime, la más consecuente y la más rigurosa en sus planteamientos, pudiéndose decir que, en definitiva, el Congreso se caracterizó por la pugna dialéctica entre ambas.

El más frenético optimismo revolucionario, alimentado, de una parte, por el recuerdo de las últimas experiencias —las huelgas del 17 y de La Canadiense— y, de otra, por el ejemplo de los soviets en Rusia, que enardecía las imaginaciones, es la nota dominante en aquella magna asamblea. Se presiente, se palpa la revolución. Parece estar al alcance de la mano. Los congresistas son poseídos por

el convencimiento de que están desempeñando un gran papel histórico. Todos estos factores contribuyen al desorden ideológico que prende ya en las primeras sesiones, tumultuosas y delirantes. Todos los delegados quieren hablar y hablar, sin pausa ni concierto. Los temas se abordan, se discuten y, antes de que recaiga un acuerdo sobre ellos, se pasa a otros, que corren la misma suerte. Los recogen las comisiones, que trabajan por separado, bajo el apremio y la prisa, y, cuando reaparecen en forma de ponencias, son aprobados ya, casi siempre por aclamación, sin un último y definitivo análisis, por lo que, en algunos casos, la asamblea cae en contradicción. Así, mientras por un lado se aprueba la propuesta de que la Confederación Nacional del Trabajo postula el comunismo anárquico, se vota, por otro, su adhesión provisional a la Tercera Internacional bolchevique, sin perjuicio de que en la misma papeleta se declare asimismo como firme defensora de la Primera Internacional, de inspiración bakuninista. Este juego de despropósitos, como la pretensión de absorber a la UGT so pena de declararla organización sindical amarilla, pone de manifiesto los dos defectos fundamentales que arrastrarán a la CNT de frustración en frustración a lo largo de los años, a pesar de su innegable espíritu revolucionario y de su enorme capacidad para la movilización de las masas: su incontinencia demagógica, su espíritu mesiánico, la fragilidad de su estructura orgánica y, por consiguiente, su permeabilidad al influjo de los grupos irresponsables.

La actuación de Ángel Pestaña en este Congreso de la Comedia fue muy desvaída a causa del mal estado de su salud. Se limitó a firmar la propuesta de los fines anarquistas de la CNT y a defender otra en pro de la fusión orgánica con la UGT, coincidiendo en lo fundamental con la de Eleuterio Quintanilla. Ambos fueron, no obstante, derrotadas por una tercera que abogaba simple y llanamente por la absorción de la central socialista.

Sin embargo, por lo que se refiere a Pestaña, el Congreso de la Comedia le puso en camino para desempeñar y llevar a cabo la misión más importante de cuantas le confiara hasta entonces y en el futuro, por lo decisiva que resultó para la propia historia de la organización.

Decidió el hecho el mismo estado de ánimo de los congresistas, alucinados por la inminencia de la revolución. Por otra parte, los dirigentes de la CNT se consideraban al frente de la más poderosa organización revolucionaria. De ahí que —según apunta Simón Piera i Pagés— concibieran la idea de galvanizar las organizaciones obreras de otros países y requerir su apoyo para la gran obra común: la transformación social y económica de Europa mediante la insurrección general del proletariado. Este tema se debatió en sesiones secretas de las que no existe reflejo en las actas oficiales del congreso. «Fueron nombrados —sigue diciendo Simón Piera— delegados para entrevistarse con las organizaciones sindicales de otros países: Boal, a Portugal; Salvador Quemades, a Francia; Eusebio Carbó, a Francia; Ángel Pestaña, a Alemania y Rusia, y yo, a Holanda.» Por su parte, Pestaña dijo luego en su informe que la delegación cerca de los soviets se ofreció primeramente a Pedro Vallina, de Sevilla, y a Eleuterio Quintanilla, de Gijón, quienes declinaron el honor y rogaron que fuesen sustituidos. Entonces, el Comité acordó dirigirse a Eusebio Carbó, de Valencia, y a Salvador Quemades, de Barcelona, para dicho fin, que, tras varias consultas, aceptaron. Sigue diciendo Pestaña que, debido a la cruenta persecución de que era objeto la CNT y a que se presentía que el Gobierno pensaba darle la batalla en regla, «el Comité Confederal acordó, adelantándose quizás a futuros acontecimientos, recabar la solidaridad de los obreros organizados de Portugal, Italia y Francia, proponiéndoles declarar el *boicot* a las mercancías españolas que llegaran a sus puertos y a sus fronteras... Para simplificar los inconvenientes, acordó el Comité que el compañero Carbó, designado para ir a Rusia, partiera a Italia, se entrevistara con la “Unione Sindicale” y las demás organizaciones y, una vez terminada su misión, Quemades partiría para unírsele en Italia y después continuarían el viaje a Rusia. Un compañero que debía ir a Portugal estaba a punto de emprender el viaje, y yo, que fui delegado para ir a Francia, empecé los preparativos de marcha. Mientras lo necesario para la partida de todos se activaba, recibió el Comité una carta de un compañero que trabajaba en El

Havre (Francia), manifestando en la misma que tenía algunas probabilidades para ir a Rusia, y si el Comité no tenía inconveniente el autorizarle para que en su nombre procurara conseguir mayores facilidades, él se comprometía, en cambio, a intentar el viaje a Rusia, y si lograba llegar, informaría a la Confederación de cuanto en aquel país ocurriera. Como las probabilidades de llegar a Rusia no eran abundantes, considerando que los delegados de la Confederación no viajaban legalmente, y como yo debía partir de un momento a otro para la capital francesa, se le contestó a dicho compañero comunicándole mi viaje, indicándole al mismo tiempo que se entendiera conmigo para lo que solicitaba, y el Comité, a su vez, me propuso si, en el caso de que las probabilidades de que el compañero residente en El Havre nos hablaba fueran factibles, tendría yo inconveniente en ir a Rusia. Pensaban, con sumo acierto, que preferible era llegar a Moscú tres delegados en vez de dos, a que no llegara ninguno.

»—Por mi parte no hay inconvenientes —contesté— y por poco aceptables que sean esas probabilidades, intentaré lo posible para realizar el viaje que me proponéis.

»Al efecto de estar prevenido a todas las eventualidades, el Comité me extendió una credencial para el Gobierno de los Soviets, indicándoles el objeto de mi viaje, y otro para el Comité de la Tercera Internacional, dando cuenta de nuestra adhesión y recomendándoles me dieran facilidades que me ayudaran a cumplir mi cometido. En estas condiciones emprendí mi viaje a París.»

Comoquiera que fuese, lo cierto es que Ángel Pestaña se vio investido de la representación de la CNT en Alemania y Rusia, lo que le permitió ser el primer revolucionario español que viera con sus propios ojos el fenómeno de la revolución rusa y comprobara su verdadero espíritu, su estilo y sus razones históricas, factores todos ellos que la alejaron de su sensibilidad y, objetivamente, de los supuestos e ideas del anarcosindicalismo español. Esta embajada, tanto por su finalidad como por las dificultades de todo orden que tuvo que vencer para llevarla a buen fin, fue la cita con el destino que Pestaña

supo aprovechar no sólo para rendir un gran servicio a la organización que en él confiara, sino también para destacarse en el horizonte de la revolución española como una de sus figuras más representativas.

2. EL VIAJE A RUSIA

Sin embargo, Pestaña no pudo salir de Barcelona para emprender su largo viaje a Moscú hasta finales de mayo del año siguiente. Por entonces tuvo lugar la implacable campaña contra el anarcosindicalismo dirigida por el gobernador civil de Barcelona Francisco Mestre Laborde, conde de Salvatierra. Pestaña sufrió varias semanas de cárcel y hubo de vivir a salto de mata para eludir la constante persecución policíaca, sin abandonar, por ello, sus actividades de propagandista, encaminadas a sostener el espíritu combativo de los sindicatos. Cuenta Pere Foix una anécdota que explica palmariamente el género de vida que se veía obligado a llevar Pestaña en aquel tiempo. Después de pronunciar una conferencia en el teatro Mundial, de Tarragona, Pestaña se trasladó al Centro de Estudios Políticos de aquella ciudad y, mientras cenaba allí en compañía de un grupo de amigos y compañeros, se presentó el corresponsal del diario *La Publicitat* preguntando si, efectivamente, se encontraba en el local el señor Pestaña o si, por el contrario, alguien había suplantado su personalidad en la conferencia del teatro Mundial. Al oír sus extrañas preguntas, los comensales se quedaron boquiabiertos. Entonces Plaja, uno de los organizadores del acto, que ocupaba en la mesa el sitio inmediato a Ángel, preguntó, sonriendo, al despistado periodista: «—¿Qué le pasa, hombre? ¿Es que no conoce usted a Pestaña? ¿No ve que está a mi lado?

»—Sí, señor Plaja —contestó el aludido—. Pienso que conozco bastante bien al señor Pestaña, que está comiendo a su lado y a quien yo mismo he escuchado en su conferencia del Mundial; pero se da el caso que al transmitir por teléfono la reseña del acto de esta tarde a «La Publi», el director, fuera de sí, me ha preguntado si yo quería

tomarle el pelo.

»—¿Por qué? —preguntó tranquilamente Pestaña.

»—El director me ha dicho, gritando como un energúmeno, que no podía admitir que estuviese usted en Tarragona y que él no toleraba bromas de esta clase. «Sepa —gritaba el director del diario— que el gobernador civil comunicaba no ha mucho a los periodistas que Ángel Pestaña ha pasado esta misma tarde la frontera de Francia con dos maletas, en las que, según sospechas de la policía, el fugitivo llevaba importantes y comprometedores documentos para algunos capitostes del sindicalismo. ¡Y ahora me habla usted de la estancia en Tarragona y reseña la conferencia de un señor que se encuentra en Francia!»

Por las risas y exclamaciones que estallaron en la sala, el periodista vio confirmada su creencia y corrió al teléfono para ratificar, en tono triunfante, su anterior información. Los comensales, por su parte, sabedores del peligro que corrían, terminaron prestamente de comer y se marcharon. Así, cuando media hora después se presentó la policía de Tarragona con la orden de arrestar a Pestaña, éste se encontraba ya lejos de la ciudad.

Pestaña tuvo que permanecer escondido dos meses en un pueblecito de la campiña tarraconense, huésped de un payés, en tanto que la policía se afanaba en vano por atraparle. Pasadas ocho o diez semanas, y requerido por Seguí, entonces secretario del Comité Regional, abandonó su escondite y se puso en camino para Barcelona, acompañado de Plaja y de otro compañero. Se apeó del tren en el apeadero de Gracia y pasó por entre medio de los numerosos policías que vigilaban descaradamente a los viajeros y, sin tropiezo alguno, se presentó en el piso de la calle Poniente, donde le esperaba el «Noi del Sucre». ¿Cómo pudo pasar Pestaña inadvertido ante las mismas narices de los policías del conde de Salvatierra? Pues recurriendo una vez más a su habilidad para disfrazarse. Salvador Seguí no pudo reprimir sus estruendosas carcajadas al verle con un blusón, ancha faja alrededor de la cintura, gorra de seda negra, espardeñas y una cesta al brazo.

—Toma, aquí tienes unos pollos para freírlos con tomate y dos docenas de huevos frescos —dijo Pestaña al «Noi», con gesto malicioso.

Salvador Seguí había llamado a Pestaña para informarle que debía emprender inmediatamente su viaje a París, acompañado de Eusebio Carbó. Sin embargo, hubo de iniciar el viaje solo, pues Carbó fue detenido por la policía antes de llegar a la frontera.

Pestaña, como de costumbre, llegó a París sin pasaporte. Nos lo cuenta él mismo: «Llegado que hube a la capital francesa, comencé las gestiones que a ella me habían llevado. Al mismo tiempo, para no desperdiciar ni un minuto, escribí al compañero de El Havre pidiéndole precisiones y diciéndole lo que el Comité me había propuesto. Su contestación no fue ni categórica ni precisa.

»En París yo debía entrevistarme con el Comité de la Confederación General del Trabajo, y también con los minoritarios —se refiere a la CGT Sindicalista Revolucionaria—. Al primero de éstos que visité fue a Pierre Monatte, que dirige el semanario sindicalista *La vie ouvrière*, el órgano de los sindicalistas de izquierda.

»Le expuse el objeto de mi ida a París y, al mismo tiempo, el deseo de ir a Rusia, si podía lograr algún medio que me facilitara el viaje. Le expliqué lo de El Havre y sus resultados negativos. El compañero Monatte me dijo que él acaso pudiera hacer algo a mi favor.

»Efectivamente, dos días después me hizo entrevistarme con una persona, la cual me manifestó que si deseaba ir a Rusia, y en ello tenía empeño, existían probabilidades de lograrlo. »Al mismo tiempo que comunicaba al Comité de la Confederación los resultados de las gestiones que realizaba para conseguir el *boicot* a las mercancías españolas, le puse al corriente de cuanto se relacionaba con el viaje a Rusia.

»Ante la seguridad de lograrlo, manifestada por la persona a quien he mencionado, escribí al Comité pidiéndole indicaciones precisas de lo que debía hacer, pues mis trabajos cerca de las organizaciones francesas estaban a punto de terminar y quería saber si debía regresar a España o seguir adelante.

»La respuesta del Comité no se hizo esperar. Y no sólo me aconsejaba continuar el viaje a Moscú, sino que, además, me decía que, habiendo fracasado el intento del compañero Carbó, por causas ajenas a la voluntad del mismo, esperara unos días en París, adonde Quemades llegaría de un momento a otro, para marchar los dos a Rusia.

»El tiempo de espera lo aproveché para obtener un pasaporte que me permitiera viajar algo más legalmente.

»En estos preparativos me sorprendió la policía, que me retuvo detenido seis horas en la Jefatura.

»Por casualidad fortuita escapé de ir a la cárcel; pero, como medida de simple policía, se me daban cuatro días de tiempo para abandonar el territorio francés.

^Aquella misma tarde llegó Quemades a París. Le conté lo ocurrido y le dije que yo ya tenía los papeles a punto para emprender el viaje cuanto antes; pero resultó que él no tenía ninguno y no le era posible preparárselos en el tiempo que a mí me habían concedido para abandonar Francia.

»Convinimos que yo marchara, el día antes de terminar el plazo, a Suiza, adonde él vendría a encontrarme siempre que lograra obtener un pasaporte, y, caso de no lograrlo, yo debía continuar el viaje de todas maneras.

»Partí para Basilea el día señalado; escribí a Quemades para saber el estado de su gestión, y, como no pudiera lograr arreglarse los papeles, continué yo solo el viaje a Moscú.

»La entrada en Alemania la obtuve gracias a unas estratagemas, pues, como estaba reciente el golpe de Estado de Von Kap, era difícilísimo obtener el visado del pasaporte.

»Llegado a Berlín tuve conocimiento de la convocatoria del II Congreso de la Tercera Internacional para el 15 de junio siguiente.

»Entonces escribí al Comité poniéndole en antecedentes de la convocatoria del Congreso y manifestándoles que mi opinión era de que a ese Congreso asistiera una delegación de la Confederación. Les

pedía que contestaran urgentemente si me autorizaban a tomar parte en el Congreso como delegado o si querían designar para ello a otros compañeros, en cuyo caso regresaría a España en cuanto recibiera su respuesta. La contestación fue afirmativa, en el sentido de asistir al Congreso como delegado de la Confederación.

»Renuncio a relatar las vicisitudes que atravesé para lograr salir de Alemania. La lentitud, sobre todo, con que los preparativos se hacían, estuvieron a punto de hacerme desistir del viaje. La consideración de los gastos que se habían hecho para que la Confederación pudiera saber algo de lo que pasaba en Rusia y la vergüenza de considerarme vencido, me empujaron a obstinarme en el propósito.

»Por fin, después de un mes de espera, abandoné Berlín para dirigirme a Rusia; pero iba al azar, sin nada seguro, a la contingencia de cualquier obstáculo que pudiera atravesarse en el camino.

»Embarqué en Sttein para Reval, sin saber si las autoridades de la capital de Estonia autorizarían que penetráramos en su territorio. El 24 de junio llegábamos a Reval y, gracias a las diligencias de la embajada de Rusia en Estonia, se autorizó nuestro desembarque. Al día siguiente partimos para Petrogrado y, ¡por fin!, el 26, a las dos de la tarde, el tren que nos conducía entraba en territorio bolchevique.

»Nuestra tenacidad triunfó de los obstáculos que a cada instante se interponían a nuestro paso.

»El 27, a las ocho de la mañana, llegábamos a Petrogrado de donde partí para Moscú, llegando a esta población en la mañana del día siguiente. En el mismo tren donde yo viajaba, pero en coche especial, hacía el viaje Ziuovief, y, enterado de ello, me invitó a pasar a su vagón, y hablamos largamente de la situación de España, que, a decir verdad, le era casi completamente desconocida.»

3. EL CONGRESO DE LA III INTERNACIONAL

El día 28, a las once de la mañana, se dirigía Pestaña en el automóvil de Zinovief al domicilio social de la Tercera Internacional, en Moscú, residencia asimismo del Gobierno de los Soviets.

Pestaña tuvo buen cuidado de consignar por escrito, con la transparencia y minuciosidad en él características, la larga y sinuosa peripécia que le había llevado a tomar parte, como delegado de la CNT, en el Congreso de la III Internacional, para prevenir cualquier sospecha o acusación de que se hubiera arrogado él arbitrariamente tal representación. Quiso dejar bien claro que, en cada circunstancia, había consultado con el Comité responsable y obtenido de él la correspondiente corroboración de sus poderes, lo que, por otra parte, prueba que Pestaña no fue inicialmente designado para ir a Rusia, sino que los acontecimientos imprevistos le empujaron hacia allí para comparecer en una cita que el destino, por encima de la voluntad de los hombres, le reservaba; una cita con la historia, que iba a permitirle ser espectador y actor a la vez en un acontecimiento político de trascendencia universal, y a codearse con personajes de alto coturno en el gran escenario de la revolución soviética, el más alto suceso político del siglo.

La llegada de Pestaña a Rusia coincidió con el momento de mayor euforia triunfalista entre los dirigentes soviéticos, por la marcha de la guerra en Polonia, donde la resistencia nacionalista parecía ceder ante el empuje del ejército rojo, y por la descomposición política de Alemania, presa ésta en que tenía fija su mirada Lenin, el águila de la revolución bolchevique. Por entonces no se concebía, por parte de los rusos, la revolución socialista en un solo país, antes al contrario, se pensaba que la revolución triunfante en Rusia era sólo la primera fase, el punto de partida, para llegar a la subversión total en Europa y alcanzar así el gran objetivo propuesto: la implantación del socialismo en todo el continente.

Debido tal vez a esta moral de victoria, la presencia del delegado

que venía a acreditar la adhesión de una central sindical anarcosindicalista tan importante como la CNT española fue acogida con simpatía y cordialidad. El mismo día de su llegada a Moscú empezó la participación de Pestaña en las reuniones y trabajos preparatorios para la constitución de la Internacional Sindical Roja, sobre un documento redactado por Luzovski, jefe de los sindicatos soviéticos.

Desde el primer momento se dio cuenta Pestaña de las enormes dificultades que presentaba su cometido en Moscú. El documento de Luzovski, en el que, por encima de cualquiera otras concepciones, sobresalía la de la dictadura del proletariado, encarnada en los militantes del partido comunista infiltrados en los sindicatos, provocó la oposición de algunos delegados, entre ellos Pestaña, quien arguyó: «En la segunda decena del mes de diciembre del año pasado celebró la Confederación su primer Congreso en Madrid y, por unanimidad absoluta de los quinientos delegados presentes, acordó que su finalidad era la implantación del comunismo libertario. ¿Para qué hacer consideraciones acerca de la oposición entre lo que acabo de manifestar y lo que el documento propone? Sería perder el tiempo, y no creo que estemos aquí para eso. Dos palabras más os diré sobre el párrafo en el que se preconiza la cooperación estrecha con el proletariado comunista político. La Confederación acepta cooperar con cuantas organizaciones sean revolucionarias y vayan contra el régimen capitalista, pero se reserva el derecho de hacerlo cuándo y cómo lo crea conveniente. Pues no creo que sobre el particular acepte nada que enajene su libertad de acción.»

Se logró introducir algunas modificaciones en el texto redactado por el ruso, pero, no obstante, la discusión del mismo se hacía a cada paso más encarnizada. Se redactó otro documento en contraposición al de Luzovski, con cuyo texto estaba de acuerdo el delegado español, pero fue rechazado por la mayoría. Entonces Luzovski propuso que se volviera sobre el primero, discutiéndose y votándose párrafo por párrafo, debiendo acatarse la decisión de la mayoría. Pestaña previó la trampa, puesto que era, en efecto, un trágala, ya que la mayoría estaba confeccionada de antemano, pero no pudo evitar caer en ella, a causa de la difícil situación en que se encontraba y

que explicó así en su informe: «Digo que mi situación era delicadísima y no exagero. La de los otros que tampoco estaban de acuerdo con el documento no era igual. Sus organizaciones no estaban adheridas a la Tercera Internacional y, por lo tanto, podían negarse a suscribir el documento. Yo, no. Desde el momento en que la Confederación había tomado el acuerdo de adherirse y lo había hecho efectivo, yo quedaba sujeto a suscribir cuantos acuerdos tomara la mayoría, pues no hacerlo era equivalente a revocar el acuerdo de Madrid, y esto, en buena lógica, no podía hacerlo. ¿Quién era yo para revocar el acuerdo de un Congreso? Así es que entre una adhesión que me ligaba a lo que acordase el organismo al que nos habíamos adherido, y un documento aprobado por la mayoría de componentes de ese organismo, yo no tenía más que una solución: salvar mi responsabilidad y diferir todas las resultantes del documento a la decisión que acordara la Confederación, después de mi regreso y de conocer el texto y el alcance del mismo. Obrando así, compañeros del Comité, creí cumplir con mi deber dejando a salvo los principios de la Confederación. Y, queriendo apurar todos los recursos, hasta los más inocentes, al firmar, en vez de poner: *Por la Confederación Nacional del Trabajo, Ángel Pestaña*, puse: *de la Confederación, etc.* Me pareció que escribiendo *de la* en vez de *por la* Confederación aminoraba el compromiso que para ésta representaba mi firma en el documento. Hice como el avestruz que, ante el peligro, esconde la cabeza, como si tal actitud aminorara sus efectos.»

Pese a ello, la discusión y votación por párrafos se hacía interminable, no sólo por las intervenciones de los delegados, sus réplicas y contrarréplicas, sino, en gran manera también, por las numerosas y complicadas traducciones a que daban lugar. En vista de ello, los jefes bolcheviques invitaron a los delegados más resistentes a una excursión por el Volga, a la vuelta de la cual se encontraron con el hedió consumado. Las modificaciones obtenidas anteriormente no fueron adicionadas y, cuando Pestaña insistió en sus puntos de vista, Luzovski le replicó que «sobre la dictadura del proletariado y la conquista del poder, ellos no hacían ninguna concesión».

En las deliberaciones del Congreso de la Tercera Internacional es

cuando llegó a su colmo el estupor de Pestaña ante los procedimientos antidemocráticos empleados por los dirigentes soviéticos para someter a su voluntad las decisiones de los congresistas. La sesión de apertura tuvo lugar en Petrogrado, donde le fue dado a Pestaña dirigirse al pueblo ruso para prometerle la ayuda de la Confederación en su lucha contra el capitalismo mundial coaligado para destruir la revolución bolchevique, desde una de las tribunas erigidas en la gran explanada que se extiende ante el Palacio de Invierno. Después, los congresistas se trasladaron nuevamente a Moscú, reanudando las sesiones en uno de los palados del Kremlin.

Acostumbrado a los debates libres en todas las reuniones y comicios de la organización cenetista, el sistema que se impuso en este Congreso de la Tercera Internacional para dirigir, controlar y yugular las decisiones desde la mesa presidencial, y el arbitrario modo de conceder y denegar la palabra a los congresistas y de medir el tiempo de las intervenciones según quien fuese el que hablara, desvanecieron cualquier resto de ilusión que pudiera quedarle aún a Pestaña de influir en los resultados. Por ejemplo, se cifraba en diez minutos el tiempo que cada orador podía invertir en su discurso, mientras que el oponente, es decir, el defensor de la tesis oficial, disponía de un tiempo ilimitado. Así, los opositores o discrepantes eran prácticamente aplastados por los portavoces del estado mayor bolchevique que dirigía las operaciones a través del «Praesidium», organismo éste que, según Pestaña, era el Congreso y lo demás su caricatura. El «Praesidium» o presidencia constituía la mesa del Congreso, dictaba el reglamento, y era de su incumbencia recibir por escrito las proposiciones y dictaminar si procedía o no discutir las. «Si la acepta — decía Pestaña — puede introducir modificaciones, aun cuando el criterio de su autor sea opuesto, y, si no la acepta, el autor puede apelar al Congreso, pero como la presidencia se nombra de forma que representa a la mayoría, es como si se pidiera peras a un olmo. La presidencia puede alterar el orden del día y el de las discusiones; presentar proposiciones a la deliberación del Congreso y contestar a cuanto le pregunten y hablar cuando lo crea conveniente. En una

palabra, la presidencia tiene la iniciativa del Congreso, puede proponer y disponer a su antojo, los delegados no hacen más que discutir... Por eso, en el nombramiento de la presidencia radica la labor más importante, y si una fracción alcanza la mayoría en la presidencia, es la dueña del Congreso e impone sus ideas». El «Praesidium» lo componían: Lenin, Zinovief (delegado por la Tercera Internacional); Paul Levi (Partido Comunista alemán); Serrad (Partido Socialista Italiano) y Rosmer (Comité de la Tercera Internacional de Francia).

No por eso renunció el delegado español a exponer sus ideas. En su primer turno de orador se atrevió, nada menos, que a combatir el supuesto de que fuese el partido comunista ruso el artífice supremo de aquella revolución: «La revolución, según mi criterio, camaradas delegados —dijo—, no es, no puede ser, la obra de un partido. Un partido no hace una revolución; un partido no va más allá de organizar un golpe de Estado, y un golpe de Estado no es una revolución. La revolución es la resultante de muchas causas cuya génesis la hallaremos en un mayor estado de cultura del pueblo, en el desnivel entre sus aspiraciones y la organización que rija y gobierne a ese pueblo.» Y fue desgranando una serie de definiciones de la revolución y sus causas por las que atribuía al pueblo el papel de gran protagonista que reclamaba para sí, en exclusiva, el partido bolchevique, como si la revolución fuera el efecto milagroso de la voluntad del estado mayor de un partido político. «Decirnos que sin el partido comunista no puede hacerse la revolución, y que sin el ejército rojo no pueden conservarse sus conquistas, y que sin la conquista del poder no hay emancipación posible, y que sin dictadura no se destruye a la burguesía, es hacer afirmaciones cuyas pruebas nadie puede aportar. Pues si serenamente examinamos lo sucedido en Rusia, no hallaremos en tales afirmaciones ninguna confirmación. Vosotros no hicisteis solos la revolución en Rusia; cooperasteis a que se hiciera y fuisteis más afortunados para lograr el poder.»

Había consumido los diez minutos reglamentarios y hubo de abandonar la tribuna. Esos diez minutos reglamentarios, para él tan bre-

ves, debieron parecer interminables a los bonzos bolcheviques, e insolentes y heréticas unas palabras que sonaban allí como un reto. ¡Era demasiado! Inmediatamente surgieron varios oradores para rebatir las ideas del anarcosindicalista y, por fin, el mismo Trotski acudió al pelenque y empleó más de tres cuartos de hora en su réplica a Pestaña. Éste pidió la palabra para contrarreplicar, pero se la negaron con el pretexto de que estaba cerrada la lista de oradores. A la mañana siguiente, fue Zinovief el encargado de repetir el ataque de Trotski durante más de media hora. Pestaña volvió a pedir la palabra y nuevamente le fue negada alegándose para ello que había terminado el debate.

El hecho se repitió cuantas veces intentara exponer su opinión, la suya personal y la de la organización que representaba, necesariamente discrepante, en lo fundamental, de las tesis previamente elaboradas por los comunistas. Allí, en realidad, no se iba a discutir, sino a aprobar; no a contrastar opiniones, sino a acatar un dogma. De lo que verdaderamente se trataba en aquel Congreso era asegurar la hegemonía del partido bolchevique no sólo en Rusia, donde predominaba ya sin oposición, sino en todos los movimientos obreros del mundo a través de los partidos comunistas, sus apéndices, y así quedó bien explícito al aprobarse el artículo 14, por el que sólo los partidos comunistas podrían representar a sus países en los congresos en la Tercera Internacional. Sentado esto, ¿qué papel le correspondía a Pestaña como delegado de una organización sindical de inspiración anarquista, por esencia antiautoritaria y opuesta a los partidos políticos? Ninguno, evidentemente. Era un extraño, un convidado para el que no quedaba sitio en la mesa de las deliberaciones.

Varios años después, en el transcurso de una larga conversación, el mismo Pestaña me resumiría, más o menos así, sus impresiones sobre aquel gran acontecimiento:

—Desde luego, fue para mí una experiencia aleccionadora, decisiva y, por supuesto, inolvidable. Me impresionó profundamente, y me emocionó, aunque disintiera de su estilo y de sus propósitos: la dictadura férrea de una «élite» o minoría de origen pequeñoburgués y la transferencia al Estado, y no a la comunidad, de la propiedad de

la tierra y de todos los medios de producción y de distribución. No podía aceptar, menos que nada, su dogmatismo intransigente y cerrado, su desprecio por la libertad del individuo y el sacrificio de la persona a la divinidad todopoderosa del Estado. No obstante, estaba en presencia de algo nuevo que entonces empezaba a alborear. Yo asistía a su nacimiento. Por primera vez, una nación entera se sacudía el dominio de instituciones y castas históricas y se disponía a organizarse de abajo arriba. Por primera vez también, los obreros tomaban el mando o, al menos, despojaban de él a quienes, como los capitalistas y terratenientes, lo habían usufructuado sin limitaciones hasta entonces. Era, en suma, una revolución a fondo y yo tenía la suerte de estar, siquiera unos días, en el mismo centro donde se generaba. Claro, en seguida comprendí que aquella revolución podía ser, quizá, la revolución rusa, pero que no era ni podía ser la que nosotros preconizábamos. Si hubieras visto, como yo, de qué manera se llevaban las deliberaciones en aquel Congreso... Las sesiones se prolongaban hasta el agotamiento físico de los congresistas. Se hablaba y se hablaba sin cesar, pero era como si hablaras a sordos o predicaras en desierto, porque nadie entendía, y era preciso recurrir a las traducciones, lentas y confusas. Cuando mayores eran el cansancio y el aburrimiento, hacía su aparición en la asamblea alguno de los jerifaltes, el cual ocupaba la tribuna inmediatamente y lanzaba desde ella, por espacio de una hora o más, una verdadera catarata de palabras cuyo significado no conocías hasta mucho después, por medio de las traducciones, cuando el tema se daba por suficientemente discutido y se pasaba a otro. Estos jerifaltes eran Zinovief, Radeck, Trotski y el mismo Lenin. Trotski era como una tormenta; Lenin, como una maza... Sí, fue muy interesante. Desde entonces quedaban despejadas muchas incógnitas para nosotros con respecto a la revolución. Definitivamente, aquello no era lo nuestro, pero, por otra parte, su repercusión en el mundo podría ayudarnos en nuestra tarea. Ahora bien, se imponía distinguir, sin lugar a equívocos, quiénes éramos unos y otros, qué queríamos, cómo y por qué, y seguir cada cual su propio camino. Y eso es lo que yo traté de

explicar en mi informe a la Confederación, y eso es lo que finalmente se decidió.

Durante su estancia en Moscú, Pestaña escribió tres artículos, publicados en *Pravda*, en los que expuso las características de la CNT y la participación de la mujer en la empresa revolucionaria. A petición de la Tercera Internacional redactó asimismo un informe sobre las fuerzas sociales y sus métodos de lucha en España.

4. ENCUENTRO LENIN-PESTAÑA

Antes de abandonar Moscú fue requerido, como los demás delegados extranjeros, para que contestase por escrito un cierto número de preguntas agrupadas en un cuestionario. En una de ellas se le pedía su opinión sobre Wladimiro Ilich Lenin. Pestaña contestó lacónicamente: «autoritario, absorbente». Quizá por su franqueza fue uno de los pocos delegados extranjeros a quien quiso conocer Lenin. Le llamó y conversaron o, mejor dicho, Lenin escuchó a Pestaña, pues el ruso, en actitud expectante y hermética, dejó que su invitado llevara la iniciativa, quizá porque los puntos en que hacía más hincapié, tales como la libertad individual, el consenso incondicionado y la democracia de abajo arriba, quedaban al margen del plan que él se había trazado para su revolución. Sucesor de Pedro el Grande y jefe de un imperio desigual que se extendía por dos continentes y que se encontraba en trance de disolución, Lenin no podía, en tales circunstancias, discutir las objeciones puramente líricas de un soñador como Pestaña. ¿Por qué ese empeño en hablar tanto de libertad? Rusia, conglomerado de pueblos distintos en raza, cultura, religión, historia, clima y demás condicionamientos geográficos, necesitaban un tratamiento especial, incomparable al de otros países como España o Francia, pequeños, homogéneos y con un nivel cultural muy superior. ¿Qué podía esperarse del libre albedrío de unos millones de «mujiks» analfabetos, siervos de la gleba hasta un ayer muy pró-

ximo? Ni siquiera cuando Pestaña se lamentó de la mentalidad burguesa de muchos congresistas porque dejaban los zapatos a la puerta de sus habitaciones para que se los lustrasen los servidores del hotel, hizo Lenin comentario alguno. Hasta tal vez le pareciera una puerilidad la observación del español. Él, Lenin, tenía que aprovechar todos los materiales a su alcance, fueran cuales fueran su origen y calidad, para su obra. No le importaban los medios, sino el fin. No era un verdadero europeo como Pestaña, aunque viviera los largos años de su exilio en Europa y hubieran sido europeos sus maestros en filosofía, economía y política. Sus rasgos fisonómicos delataban su identidad eslava y su progenie asiática. Bajo su cultura científica occidental latía, sin embargo, el caudal mágico de oriente; bajo su férrea disciplina mental, el caótico desorden del fatalismo y la renuncia. Sólo una voluntad hipertrofiada, paroxística, como la suya, había podido salvarle de la destrucción en los tiempos de espera, cuando tuvo que oponerse a todos los revolucionarios de su país, vencerlos, domeñarlos o destruirlos, aun a trueque de quedarse alguna vez solo como un islote de granito en medio del mar. Hombre de una sola pasión, el poder, sacrificaría inexorablemente a ella cuanto se opusiera a sus designios. Él estaba comprometido absolutamente en la tarea ciclópea de mantener en su puño el imperio, odiado y, a la vez, frenéticamente amado, que había recogido en la calle en el momento en que se lo disputaban las aves de rapiña, y lo sostendría a toda costa, sin reparar en los sacrificios que ello comportase. Para eso está la revolución, odre nuevo para el más añejo de los vinos. ¿Cómo tomar, pues, en consideración los escrúpulos humanistas de aquel puritano en una empresa como la suya? Libertad, libertad... «Libertad, ¿para qué?», diría a otro español, Fernando de los Ríos. Mentalidad pequeñoburguesa de los congresistas, ¿y qué? Ya contaba él de antemano con el tropiezo de las miserias humanas. Precisamente serían estas, las miserias humanas, el ingrediente cohesivo que serviría, como el cemento, para la consolidación de las nuevas estructuras imperiales. ¿Qué eran, en definitiva, Trotski, Bujarin, Kamenev, Zinoviev, Radeck y demás altos colabo-

radores suyos sino intelectuales procedentes de la pequeña burguesía? ¿No era él mismo un vástago pequeño- burgués?

Entre Pestaña y Lenin no era posible un verdadero diálogo. Hablaban idiomas distintos y pensaban opuestamente. Eran dos mundos separados por un gran vacío. La comunicación entre un castellano neto y un eslavo prototípico, aquél anarquista y éste autoritario, obrero el uno e intelectual el otro, resultaba tan ilusorio como pretender fundir las aguas del Pisuerga con las del Moscova, a través de más de cuatro mil quinientos kilómetros de distancia.

Sin embargo, sabemos por Maurín, filocomunista o criptocomunista entonces, y comunista de pleno derecho después, que «personalmente, Pestaña, produjo una excelente impresión a los dirigentes comunistas, sobre todo a Lenin, que en seguida descubrió lo que Pestaña era: un obrero inteligente y puritano, dotado de un gran don de observación y de sentido crítico, para quien la idea de libertad era la piedra angular de su edificio ideológico».

Por su parte, Pestaña juzgó así a Lenin: «Lenin fue un temperamento autoritario y absorbente. Fundó y sostuvo un partido a su imagen y semejanza, donde sólo sus ideas y opiniones debían ser aceptadas. Digan cuanto quieran sus admiradores y amigos, no toleró jamás que sus ideas, en cuestiones fundamentales, fuesen rechazadas. Transigía a veces en cuestiones de detalle; en las que él consideraba fundamentales, jamás. Por su extraño contraste entre lo que son sus ideas y la idiosincrasia de su raza, todo lo reduce a principios autoritarios, a normas rápidas, a cuestiones uniformes. De raza mongola, de temperamento eslavo, se acusan en él las características de su origen, y por eso no es raro verle proceder con arreglo a estas condiciones, aun cuando su ideología siga opuestos derroteros. Lo sorprendente es ver injertado en un temperamento eslavo el uniformismo y la mentalidad germánicos. Disciplinada su mentalidad a lo tudesco, se asimila perfectamente el metodismo que caracteriza a todo lo proveniente de este país, que luego quiere trasplantar a un pueblo que siente de modo contrario. El contraste es insuperable. El ruso es apático, lento en el proceder y de una indolencia inconcebi-

ble aun para los latinos. Su idiosincrásica indolencia le lleva frecuentemente a olvidarse de aquello que le rodea y a veces de sí propio. La interpretación marxista de Lenin difiere en absoluto de la de Kautsky, Bernstein y otros teorizantes del marxismo, pero se adapta por completo a su manera de ser. Y él, que niega *eso* del carácter y del temperamento, que reduce la vida a fórmulas, a ecuaciones, casi a una cuestión algebraica, ha interpretado a Marx adaptando las teorías del maestro a su temperamento y carácter. Lenin interpretó el marxismo a través de la rigidez alemana, en la que se formó culturalmente. Después, quiso hermanar esa rigidez con su temperamento autoritario. De aquí su discrepancia con todos los teorizantes marxistas del mundo, incluso con la mayoría de su propio país. Y aun cuando entre los demás teorizantes marxistas los haya deseos de mandar y gobernar un país, difícilmente se hubiera hallado un contemporáneo de Lenin con la fuerza dominante y sojuzgadora que éste tenía. De aquí su aversión a todos ellos y la conmisericordia sarcástica con que los trataba generalmente. Discrepar de su criterio es lucha. No queda otra alternativa; luchar o acatar».

En cuanto a lo que Lenin proyectaba para su país escribió Pestaña: «Lenin sueña para Rusia una organización metódica, regular, uniforme, que lo prevea y ordene todo, que nada deje al azar de la circunstancia, a la iniciativa fecunda y espontánea. Cada ciudadano ha de saber, hora por hora, día por día, qué es lo que debe hacer, cómo ha de pensar, cuáles han de ser sus diversiones y cuáles sus ocupaciones. Cómo ha de comer y cómo ha de vestir. Qué debe hacer y qué no debe hacer. Todo está previsto. En política le dan las ideas confeccionadas. En cultura, también. El Estado, previsor y benévolo, formará equipos de especialistas en cada materia y en cada actividad, que pensarán por el individuo, se lo darán todo hecho y a mano, y de donde se tomará no lo que se quiere y desee, sino lo que esos especialistas crean de necesidad. La uniformidad del procedimiento hará que todo se haga en series, y el país será un inmenso bazar, un sistema Taylor, donde todos los movimientos, gestos y acciones estarán previstos de antemano.»

Los designios de Lenin fracasarían por una radical aversión entre el

sistema propuesto y la idiosincrasia del pueblo ruso. Para Pestaña, el temperamento constituía la piedra de toque para cualquier teoría de gobierno, debiendo amoldarse ésta a aquél y no a la inversa. Es una constante de su pensamiento. Por tal razón, le veremos abogando siempre, y cada vez con más ahínco, por la transformación moral del hombre mediante el cultivo de su espíritu y de su inteligencia. Para crear una sociedad nueva es preciso, ante todo, contar con un hombre nuevo. Por eso le preocupa tanto la elevación intelectual de las masas y pide más y más cultura para ellas. La revolución sobrevendrá así como la inevitable consecuencia de un estado de conciencia colectivo. Pestaña partirá siempre del hombre. Es el hombre quien hará cambiar a la historia, y no lo contrario. Como Arquímedes, pide un punto de apoyo en el hombre para mover el mundo.

En el caso de Rusia, su profecía no se ha cumplido aún. Entonces no pudo prever la exaltación de Stalin al poder supremo ni tampoco la tremenda segunda guerra mundial. La brutal dictadura de Stalin, que no se detuvo ante nada, impondría la parálisis absoluta a todo un conglomerado de pueblos por el terror. Después, la guerra más devastadora y cruel de todos los siglos pospondría cualquier otra pretensión en el hombre así sojuzgado al mero instinto de la supervivencia. Guerra atroz y largos años de posguerra también atroces, que han entenebrecido y dificultado la fluencia natural de los hechos en tan vasta porción del mundo. Así, a los sesenta años del triunfo de la revolución de Lenin, que, aunque son un soplo en la vida de un pueblo, comprenden toda la vida de un hombre, sigue siendo problemático su destino. ¿Qué sobrevivirá a todo ello, la voluntad de Lenin, cuyo cuerpo embalsamado se venera religiosamente en el mausoleo de la plaza Roja, la vieja alma euroriental rusa o un nuevo tipo de hombre equidistante de ambos extremos? No hay respuesta por ahora, si bien apuntan tímidos síntomas de la evolución en las nuevas generaciones, sin que pueda preverse con certeza hacia dónde orientarán sus pasos. La incógnita, inmensa como el país, subyuga la atención del mundo, porque gravita sobre él, quiérase o

no, como amenaza, como una promesa o como la última gran desilusión.

A punto de salir del país de los Soviets, Pestaña declinó el ofrecimiento que se le hizo de un viático en dinero para su viaje de vuelta, de lo que él nunca dijo nada y que se sabría cuando, meses después, al rechazar la misma oferta Fernando de los Ríos, el ruso dijera a éste que sólo otro español, Ángel Pestaña, había tenido el mismo gesto.

Marchó a Milán, siendo detenido allí, y despojado de todos los documentos que llevaba consigo, por la policía italiana. De la cárcel de Milán pasó a la de Génova y, desde allí, a Barcelona, en donde, nada más llegar, fue arrestado en su domicilio y conducido a prisión.

Su regreso coincidió con el período represivo del conde de Salvatierra contra la CNT y el comienzo del virreinato de Martínez Anido, el más implacable verdugo de los sindicalistas, secundado en su labor exterminadora por el sádico Arlegui, que desencadenó en la gran ciudad mediterránea la ciega guerra de las esquinas entre la jauría de los pistoleros del sindicato libre y los grupos de defensa confederales.

De esta guerra que costó la vida a gran número de militantes sindicalistas hablaremos en otro lugar. Basta decir ahora que, aunque corrió gran peligro en la cárcel, como lo demuestra el hecho del asesinato de Evelio Boal, puesto fingidamente en libertad para matarlo a sangre fría en plena calle, no es aventurado colegir que Pestaña debió a la arbitrariedad gubernativa que le retenía en prisión el haber sobrevivido indemne hasta el restablecimiento de las garantías constitucionales, por decisión de Sánchez Guerra, en abril de 1922.

Durante tan larga permanencia en prisión pudo escribir el informe de su viaje a Rusia y de su intervención en el Congreso de la Tercera Internacional, que sometería a los órganos deliberantes de la CNT cuanto lo permitiesen las circunstancias, más dos libros en que expuso sus opiniones personales, titulados, respectivamente, «Setenta días en Rusia: lo que yo vi» y «Setenta días en Rusia: lo que yo pienso».

5. LA DENUNCIA

Entretanto, Maurín, Nin, Arlandis y otros conspicuos filocomunistas que militaban en la CNT, habían conseguido por sorpresa, en un pleno celebrado en Lérida, el envío de una nueva delegación a Rusia. A su vuelta de allí, se dedicaron a una solapada labor de proselitismo en los medios confederales a favor de los bolcheviques. Sorprendieron la buena fe de algunos, todavía impresionados por las hondas repercusiones de la revolución rusa, pero despertaron los recelos y provocaron una reacción contraria en las zonas de la militancia más acrisolada. Por eso, tan pronto lo permitió el relativo desarme de la represión gubernativa con el retorno de las garantías constitucionales, se convocó con el carácter de una «reunión de obreros de diferentes localidades» para discutir un orden del día explícito, guardándose, sin embargo, de omitir el nombre de la organización responsable, una Conferencia de la CNT en Zaragoza, que, de hecho, iba a tener la trascendencia de un verdadero congreso soberano. Las autoridades cayeron en la trampa y autorizaron el comicio y, aunque descubrieron pronto el engaño y quisieron suspenderlo, ya era tarde. La amenaza de una huelga general en tal caso hizo que el gobernador desistiera de su propósito.

Pestaña, ya en libertad, acudió a la cita de Zaragoza para dar cuenta de su misión en Rusia. Se discutieron tres informes: el de Arlandis, plenamente favorable a la Tercera Internacional, y los de Gastón Leval, llegado recientemente de Moscú, y Pestaña, opuestos ambos a aquél, y coincidentes entre sí en lo fundamental, si bien con las diferencias naturales debidas a la distinta personalidad de los dos. Puede decirse, sin embargo, que fue el de Pestaña el que influyó más decididamente en el ánimo de los militantes y el que arrastró a éstos a una toma de posición incompatible con los postulados de la Tercera Internacional. El informe de Pestaña es el que ha quedado y el único al que se hace referencia cuando se recuerda el episodio de la adhesión de la CNT a los Soviets.

Pestaña descubrió ante sus compañeros la ideología autoritaria del

sistema soviético y el rígido mecanismo por el que se regía. Reveló, ante sus asombrados oyentes, con la precisión y claridad en él habituales, el procedimiento utilizado en los debates; la situación de inferioridad en que se colocaba a los oponentes, que quedaban relegados a desempeñar el papel de simples comparsas en el espectáculo; cómo se empleaba la guillotina para cortar la discusión en el punto que conviniese a la ponencia; cómo se pasaban por alto, tal que fueran inanes infantilismos, los argumentos y razones de los objetantes, y cómo, en fin, a la hora de redactar un documento que recogiese el resultado de las negociaciones en los comités, se escamoteaban los acuerdos que diferían de la línea propuesta por los bolcheviques, acudiendo para ello al cinismo más descarado. Pestaña no rehuyó en sus declaraciones, de las que dejó testimonio en su libro «Setenta días en Rusia: lo que yo pienso», el problema de las violencias revolucionarias. Piensa que es una consecuencia inevitable del desbordamiento de las pasiones —odios, resentimientos seculares, impulso al desquite y a la venganza de injusticias históricas, que toda revolución de masas comporta—, pero cree asimismo que los revolucionarios deben demostrar su superioridad moral sobre el enemigo derrotado, siendo generosos con él, según estas palabras que compendian muy bien su pensamiento: «Las revoluciones no se hacen sin violencias. Desgraciadamente es cierto. El choque entre las fuerzas que pugnan por emerger a la vida y las que se oponen es inevitable. Pero es humano limitarlas, no ir más allá de lo que las necesidades exijan. Ya sabemos que la burguesía no es generosa, como no lo es ninguna clase ni casta dominadora. Lo está probando actualmente en todo el mundo. Pero si nosotros, partidarios decididos de la justicia y de la equidad social, flageladores y acusadores de la burguesía por sus vicios, crueldades y torturas, no somos capaces de colocarnos en un plano de superioridad, de aventajarla en generosidad y humanismo, de superarla en el respeto a los hombres, aunque combatamos sus ideas, ¿para qué acusarla y hostigarla?, ¿para qué la lucha? Si ella no es generosa y nosotros tampoco, ¿dónde está nuestra superioridad?»

Recuerda las atroces represalias que las autoridades zaristas desencadenaron contra los revolucionarios rusos en 1905, «pero —dice— ésta no es razón que justifique lo que los bolcheviques han hecho, como se pretende. En tal caso, habríamos de decir que obran legítimamente esclavizando, tiranizando y asesinando al pueblo. Así se cobraba de lo que había de pagar». No, él no opina que deba ser así.

Pero donde su condenación de las violencias bolcheviques se hace más severa es cuando se refiere a las infligidas a sus oponentes ideológicos. Suyos son estos párrafos: «Quedan, empero, otras víctimas. Otras crueldades y violencias que son imputables a los bolcheviques. Son los adversarios sacrificados a la venganza política, a la doctrina de partido, y que, víctimas del interés partidista, sucumbieron innecesariamente.

»El procedimiento para escogerlas no puede ser más torpemente primitivo. Hay una Comisión Extraordinaria constituida; esta Comisión funciona sin intervenciones ajenas; detiene o hace detener; interroga, procesa, juzga y condena sin derecho de apelación. Después, para dejar taxativamente justificada su obra, urden a su sabor una trama de falsedades contra su víctima, acusándola de figurar entre los elementos contrarrevolucionarios. Todos los partidos y colectividades desafectos al bolchevismo pagan a la Comisión el sangriento tributo. De los anarquistas a los liberales no hay una sola organización política o social que no cuente numerosas víctimas inmoladas por decreto de esa Comisión Extraordinaria.»

Describe a continuación el procedimiento policiaco de los bolcheviques: «Las detenciones se efectúan casi siempre de noche, hacia la madrugada, aprovechando la hora de menos publicidad. El detenido es presentado a la Comisión Extraordinaria, y a los dos o tres días se le juzga. Entonces se le da a conocer el motivo de su detención. La sentencia permanece secreta hasta el momento de aplicarla, que casi siempre lo es antes de transcurridas las veinticuatro horas después del fallo. Nadie se entera siquiera de que ha sido juzgado. Sólo al día siguiente de la ejecución —pues casi todas las condenas de la Comisión Extraordinaria son a muerte— se da la noticia en el diario oficial. El epitafio que a todos se pone es invariablemente el

mismo: *fusilado por contrarrevolucionario*. Alguna vez, para romper la monotonía de la nota oficial, suele cambiarse la oración, y entonces se le acusa de *bandido*. El terror es tan intenso que nadie vive tranquilo ni seguro. Una delación, cualquier incidente, una sospecha no más, bastan. Si en los antecedentes del detenido figura el haber pertenecido durante el zarismo a un partido político cualquiera: socialista revolucionario, social demócrata maximalista, cadete o anarquista y se le condena sólo a varios años de trabajos forzados, puede darse por feliz. Así han impuesto el terror los bolcheviques y diezmado cruelmente a los partidos políticos de Rusia.

«Cohonestar la conducta que han seguido para con los demás partidos y la razón en la que la fundaban no ha podido hacerse; ha sido demasiado sangrienta e injustificada, demasiado cruel y parcial. Es al adentrarnos en el examen de las violencias y crueldades bolcheviques para con los demás partidos, cuando vemos la obra nefasta de la dictadura del proletariado, el fin para que ha servido y el engaño con que la ha sabido adornar.»

Y, hablando de la famosa Tcheka, organizada por el implacable Derjinski, bajo el patrocinio de Lenin, dice: «La Tcheka, esa institución famosa en el mundo por sus crueldades, ¿quién puede afirmar que sirviera a la revolución y no a los bolcheviques? Esta famosa policía en nada se diferencia ya, si exceptuamos su mayor crueldad, de las policías que en todos los países sirven los intereses del Estado.

«Nosotros fuimos testigos de la angustia de una familia, uno de cuyos miembros acababa de caer en manos de la Tcheka. Reflejar la zozobra y la inquietud de aquellas gentes ante la inesperada noticia, sería tanto como escribir una página torturadora. La preocupación de aquella familia era saber la hora del entierro. ¿Institución a quien el pueblo tanto teme y aborrece, le confiará la salvaguardia de sus intereses? En cambio, un partido político cualquiera puede hacerlo, ya que, modelándola a su antojo, hará de ella un colaborador apreciado en la obra de sojuzgar y tiranizar al pueblo.»

La valiente denuncia de los desvíos y desvaríos de la revolución

bolchevique demuestra una vez más, pero desde una altura hasta entonces jamás alcanzada por él, la insobornable conciencia de Pestaña, aunque ya se le distinguía por su temple de hombre incorruptible, que será su mejor ejecutoria durante toda su vida. Siempre dirá lo que piensa, sin dejarse cohibir por el temor al qué dirán, a las represalias del contrario, a la calumnia o al riesgo de su propia vida, pero con ocasión del informe sobre Rusia, desafía, además, impávidamente, a toda la opinión revolucionaria española y de Europa entera, en aquel entonces todavía fuertemente influida en gran parte por la habilísima y sutil propaganda de los bolcheviques, y pone en estado de alerta a todas las organizaciones obreras sobre las seductoras insinuaciones y promesas de aquéllos. Da entonces su verdadera talla como hombre y revolucionario. La suya es la primera gran voz que dice la verdad sin vacilaciones ni equívocos sobre lo que estaba ocurriendo en el imperio de los zares heredado por Lenin y sus partidarios. Después vendrán otras voces autorizadas a corroborar su testimonio, pero no podrán en ningún caso superar la resonancia y trascendencia del suyo, el primero cronológicamente y el más calificado por su claridad, sobriedad y contundencia.

Al propio tiempo que descifraba la gran incógnita soviética, daba ante sus viejos compañeros otro ejemplo de valentía y audacia al suscribir, junto con Seguí y Peiró, el famoso dictamen «Nuestra posición ante la política», en el que por primera vez se reconoce, de una manera explícita y frontal, la naturaleza política de la CNT, que queda expresada en estos términos: «Que siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la actuación parlamentaria y colaboracionista con los partidos políticos, es a la vez integral y absolutamente político puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores evolutivos de la vida nacional, y, a tal fin, su deber era el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de los dispositivos y manifestaciones de fuerza de la Confederación Nacional del Trabajo.»

Fue aprobado por unanimidad. Aunque con cautelosas concesiones

retóricas a la vieja tradición del apoliticismo anarquista, que envuelven el meollo de la cuestión, se acepta un hecho incontrovertible, y con ello se da por sentada la inevitabilidad de sus consecuencias, es decir, se enuncian las premisas de una conclusión que se desprende por sí sola: la asunción de la responsabilidad que toda acción política conlleva. Naturalmente, los anarquistas «puros» se rasgaron las vestiduras y pusieron el grito en el cielo al verse sorprendidos por una resolución que les desalojaba de sus cómodas posiciones de mentores irresponsables. Clamaron, a modo de púdicos vestales, contra lo que juzgaban como la profanación de los «sagrados principios». Aunque íntimamente convencidos de que al intervenir en la vida pública, sea cualquiera la fórmula que se adopte —la acción o la omisión, el uso o repulsa de las reglas de juego— se hace política, ¿qué más da que sea afirmativa que negativa?, se negaban a admitirlo, porque lo contrario supondría enfrentarse sin el recurso del burladero, a cuerpo limpio, con irnos competidores avezados y mucho más hábiles en el manejo de los recursos dialécticos. Era el temor a comprometerse y a medirse con los demás en el terreno de la política real, no ilusoria y mesiánica, lo que impulsaba a los anarquistas «puros» a combatir la definición política de la CNT. Ellos preferían hacer su política subrepticia sin, aparentemente, mojarse ni mancharse, achacando flaquezas y debilidades propias a los que abogaban por comparecer sin caretas en la lucha por el poder. Es más fácil prometer lo imposible, porque escapa a toda verificación y crítica, que lo posible, porque en cualquier momento puede ser comprobado. Los anarquistas «puros» se levantaron contra el dictamen por lo que encerraba en sí como anuncio de un nuevo camino que podría cambiar el rumbo final de la CNT más que por el significado literal y estricto de sus enunciados. Sin embargo, en el artículo «No hay tales camereros» con el que intentaron salir al paso de cualquier lucubración sobre las consecuencias prácticas de lo acordado en la Conferencia de Zaragoza, desde las páginas del órgano confederal, se vieron obligados a escribir: «Sí, queremos intervenir. Intervenimos. Pero desde nuestros medios. Desde nuestro campo.

Desde nuestras organizaciones. Desde nuestra prensa. Sin intermediarios. Sin delegados. Sin representantes.»

Es una contradicción de tal magnitud y tan disparatada que deja estupefacto al lector. ¿Cómo puede actuar e intervenir una organización cualquiera si no es por medio de sus delegados o representantes? ¿En masa? ¿Con setecientas mil voces y setecientos mil individuos, cada uno por su lado, por sí y según su personal voluntad? El absurdo supera en irracionalidad a todo lo imaginable y no merecería la pena ser tomado en consideración si no encubriese la verdadera pretensión de quienes lo escribieron o lo inspiraron: la de ser ellos y únicamente ellos los dictadores irresponsables de la CNT.

Con la firma del controvertido dictamen, Pestaña se acercó a Salvador Seguí, y no a la inversa, porque es justo reconocer que fue éste y no aquél quien primeramente comprendió e interpretó correctamente la realidad de los hechos. Pese a ello, quedó también patente la honradez de «el Ángel», quien, en el momento de su mayor popularidad en la Confederación, no dudó en compartir la responsabilidad de un acto tan arriesgado con el «Noi del Sucre», cuya reputación, por otra parte, empezaba a declinar, por su fracaso en sus intentos aliancistas con la UGT.

LA GLORIA Y LA SANGRE

1. EL PISTOLERISMO BARCELONÉS

Retrotrayéndose a la época en que dirigía *Solidaridad Obrera* y desde sus columnas denunciara las andanzas del policía Bravo Portillo, cuenta Pestaña que un día le pasaron recado de que le esperaban, para hablar con él, unos compañeros en la secretaría del sindicato contigua a la redacción del periódico. Acudió a la cita y se encontró con dos jóvenes que, sin más preámbulo, le dijeron:

—Nosotros formamos parte de un grupo anarquista de acción, y, dispuestos a proseguir la obra ya empezada, venimos a proponerte que seas nuestro intérprete acerca de los Comités confederales, particularmente del Comité Regional. Nuestro propósito es el siguiente: nosotros estamos dispuestos a atentar contra el patrono o director de fábrica que, según la organización, deba ser suprimido. A cambio de este sacrificio que estamos dispuestos a llevar a cabo por la organización, sólo pedimos que ésta nos pague los gastos que tengamos y los jornales perdidos. Además, queremos que haya un depósito de dos o tres mil pesetas para, en caso de que haya necesidad de huir, porque se descubra quiénes somos, pueda hacerse inmediatamente. Y si alguno caemos preso, como supondrás, queremos que se nos ayude. Lo que pedimos ya ves que es poco. Lo que ofrecemos, en cambio, es mucho. Y nos hemos dirigido a ti seguros de que nos ayudarás y plantearás a la organización lo que te proponemos. Además, proponemos que con nosotros tenga relación uno solo de los componentes del Comité y que sea de absoluta confianza.

Ni más ni menos. Como es natural, Pestaña debió quedar asombrado ante el cinismo de aquellos jóvenes. No obstante, les dejó hablar y,

luego de preguntarles si se daban cuenta del alcance y las consecuencias de una propuesta de esa índole, razonó así:

—Comprendo el atentado personal cuando es el gesto de un hombre que, en un momento dado de la historia, quiere suprimir la vida de un tirano, de un liberticida, de un sojuzgador de pueblos. Lo comprendo, repito, y me lo explico, aunque no lo justifique ni vea en él tanta eficacia como otros han querido ver. Comprendo que durante una huelga o un conflicto social, cuando las pasiones llegan al rojo vivo de la violencia, que tras una discusión, una disputa o una resistencia desesperada se llegue en este caso, no al atentado personal propiamente dicho, sino a la agresión que cueste la vida a un semejante, al que se cree responsable de la oposición a resolver el conflicto, o que traiciona la lucha. Pero de esto, que se ha dado muchas veces en la Historia y que se dará muchas aún, desgraciadamente, a lo que vosotros proponéis, o sea, organizar metódicamente el atentado personal, media un abismo, que ni quiero, ni puedo, ni debo rebasar. Entre vuestro criterio y el mío no hay, pues, concordancia. Y aunque queráis demostrar lo contrario, lo cierto es lo que yo digo y no lo que vosotros pretendéis.

Los jóvenes no se dejaron persuadir, antes al contrario, quisieron hacerle ver todo lo que su proposición encerraba, a su juicio, de desinterés, generosidad y, en definitiva, de útil.

—De lo primero — replicó Pestaña — no quiero ni tengo por qué dudar. Lo acepto en absoluto y sin la menor reserva mental; de lo segundo, permitidme que dude, pues la Historia nos alecciona lo bastante para que juzguemos con pruebas y elementos suficientes. Por mi parte, tened presente que es como si nada me hubieseis dicho; pero repito que no creo en la utilidad del atentado personal como sistema que deba ser empleado en la lucha social que sostenemos contra la burguesía y el Estado.

Más tarde supo que lo que él rechazara fue aceptado por un Comité de la organización, responsabilizándose ésta así, en parte al menos, de un paso que conduciría a una situación de lucha armada entre cuadrillas de pistoleros a sueldo, de verdaderos profesionales del

crimen; del lado de la patronal, unos, y del lado de las organizaciones obreras, otros, manteniendo a la ciudad sobrecogida por el terror durante varios años, hasta el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, propiciada, más que otro factor cualquiera, por el miedo y el horror de los ciudadanos a la ley de las pistolas mercenarias.

El pistolero barcelonés, aunque constituye un fenómeno único, puede ser dividido, no obstante, en dos épocas bien diferenciadas. La primera comprende los años que van del 16 al 19, y que tiene su origen en las bandas de espías y sabotadores que surgieron en Barcelona a causa de la guerra europea; y la que va del año 19 al 23, que se inicia con la intervención del Sindicato Libre, alcanza su mayor virulencia durante el mandato de Martínez Anido y Arlegui y termina cuando Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, asume todos los poderes y se proclama dictador.

Como ya reseñamos en el capítulo correspondiente, la guerra europea arrojó sobre Barcelona toda una tropa de desertores, espías y aventureros de la peor calaña. Los bajos fondos barceloneses se inundaron con la llegada de tantos indeseables que tenían que valerse de cualquier medio para sobrevivir. El dinero y el vicio, siempre correlativos, regaron de inmundicia la ciudad y ésta se pudrió hasta el tuétano.

En este ambiente de corrupción, de dinero fácil y de actividades clandestinas vino a estallar la primera gran crisis social del siglo en nuestro país, con Barcelona como epicentro del seísmo. Gran crisis social en la que, a su vez, se señalan claramente tres periodos. Al primero lo caracteriza la contracción provocada por el pánico de los empresarios que creían ver en la guerra el final de sus tranquilos negocios. Se cerraron fábricas y talleres, se dejó a una gran parte de la clase trabajadora a merced del paro y del hambre.

El segundo se corresponde con los pingües negocios que propiciaban la insaciable demanda de las potencias beligerantes. Enriqueció súbitamente a la burguesía, trajo la inflación y el desbordamiento de los precios y, consecuentemente, la rebeldía de los trabajadores, no

sólo excluidos de los beneficios de la coyuntura económica, sino víctimas de ella, que veían devorados sus salarios por el encarecimiento progresivo de los artículos de primera necesidad para su subsistencia. Ello dio lugar a que se enconase la lucha entre una patronal ensoberbecida que no quería compartir con nadie sus fabulosas ganancias y un proletariado en vías de ascenso como clase y cada día más aguerrido, que no estaba dispuesto a dejarse escamotear aquella ocasión que le brindaban las circunstancias para mejorar sus posiciones.

Por último, el tercero y más dramático, que se debió al epílogo deflacionista producto de la paz en Europa. Disminuyeron los pedidos, aumentaron los «stocks» y sobraron fábricas, talleres y mano de obra. La clase empresarial, respaldada por sus grandes reservas dinerarias, procuró ajustarse a la nueva situación sin que le preocuparan sus repercusiones en la masa laboral, acrecida en los últimos años por la inmigración, en vez de tratar de abrirse paso en otros mercados y, además, pretendió retrotraer a los obreros a las mismas condiciones anteriores a la gran guerra, negándose a admitir las mejoras obtenidas por los sindicatos en la época de las «vacas gordas».

Antes de que Bravo Portillo fuera depuesto de su cargo de comisario de policía, un día de 1916, inesperadamente cayó asesinado en la calle el industrial barcelonés Rafael Barret. El hecho conmovió a la ciudad entera. En los talleres de la víctima se trabajaba intensamente las veinticuatro horas de cada jornada fabricando material bélico, sobre todo obuses, que luego atravesaba la frontera de Francia. La opinión general fue que el hecho obedecía a una represalia de los obreros contra un patrón. Así parecía a simple vista y en eso quedó por el momento. Efectivamente, los ejecutores del crimen fueron unos tipos como los que se presentaron a Pestaña para que los avalase en la organización obrera, por mandato del presidente del Sindicato Metalúrgico, Eduardo Ferrer. Éste, inductor y organizador del atentado, alegó, para convencer a los asesinos y a algunos compañeros del Comité, que se trataba, en el caso de Barret, de un furibundo enemigo de la clase trabajadora que había llegado en su odio hasta a dar muerte a un obrero personalmente durante una huelga,

años atrás, imputación absolutamente falsa. El mismo Ferrer escogió el sitio donde debía realizarse la ejecución y como los pistoleros no le conociesen personalmente, se lo señaló, se «lo marcó», como se decía en la jerga de los profesionales del crimen, para que no hubiese equivocaciones y no fallara el golpe. Sin embargo, cuando le llegó, a su vez, un fin semejante a Ferrer por haberse descubierto que era un confidente de la policía, se supo que en el caso Barret, había actuado en connivencia con Bravo Portillo, quien seguía instrucciones, y cobraba por ello, de la Embajada alemana. La orden, pues, de asesinar a Barret pasó por Bravo Portillo, por Ferrer y por los encargados de cumplimentarla, pero procedió del servicio secreto de los alemanes, que con ello alcanzaba un objetivo militar.

Desalojado ya de su empleo de comisario de policía por las denuncias de Pestaña desde *Solidaridad Obrera*, Bravo Portillo siguió siendo amparado por las altas autoridades de la provincia, especialmente por el Capitán General de Cataluña, Milans del Bosch, y pasó a capitanear la banda del falso barón de Koenig. Este individuo era un aventurero alemán «al servicio del espionaje de los aliados contra su propio país, primero, y al servicio del espionaje alemán contra sus primeros amos, después», según dejó escrito Pestaña. Empezaba entonces a agudizarse el forcejeo entre los obreros y los empresarios catalanes, tratando aquéllos de obtener mejoras y dispuestos los últimos a abroquelarse con negativas intransigentes, aunque se vieran obligados a ceder en algunas ocasiones por la presión de los sindicatos.

En un principio, la función de esta banda no fue muy relevante. Según Pestaña, «comenzó por ser auxiliar de la policía y escoltar a determinados patronos. Se dedicó luego a detener obreros, a los que maltrataban de palabra y obra, en presencia de la misma policía, y ésta dejaba hacer. Pero, falta de orientación, o quizá acometividad para realizarlos, no pasó de intentos, de tanteos, de propósitos».

Pero no pasaría mucho tiempo sin que Bravo Portillo y su banda se salieran de esos límites. A instancias de la organización patronal sin duda, cometió su primer asesinato en la persona de Pablo Sabaté, alias el Tero, presidente del Sindicato de Tintoreros. El hijo de un

notorio fabricante de automóviles se prestó a llevar a los asesinos en su propio coche hasta el lugar elegido para la ejecución. Así comenzó el plan de exterminio de los sindicalistas más relevantes, dirigida y subvencionada por los miembros más extremistas del empresariado catalán. Naturalmente, el asesinato a sangre fría de Sabaté provocó la inmediata reacción violenta en los sindicatos. Fue el momento propicio para que los grupos de defensa y acción que ya venían organizándose a la sombra, se legitimaran dentro de la CNT. ¿Si nos atacan, si matan a nuestros mejores hombres, hemos de esperar con los brazos cruzados a que vayan cayendo uno a uno nuestros compañeros? Era la pregunta que también se hacían en el bando contrario. Así planteada la cuestión, la respuesta era obvia: ojo por ojo y diente por diente. Barret y Sabaté fueron, por estas circunstancias, los que encabezaron las series respectivas de muertos de uno y otro bando — patronos y obreros — e iniciaron en Barcelona el diálogo de las pistolas que, languideciendo o recrudeciéndose, alternativamente, llegaría a alcanzar en sus meses postreros los caracteres de una guerra civil callejera.

La semilla fructificó y, después de estas cabezas de serie, fueron cayendo sucesivamente obreros y patronos, a quienes la muerte acechaba en las esquinas, con una cadencia sobrecogedora. Se mataba a la luz del día, la banda de Bravo Portillo, por un lado, y los dos o tres grupos de acción incrustados en la organización obrera, por otro, porque hay que decir que, aunque oficialmente los sindicatos no sabían nada y estaban en contra de tal proceder los dirigentes de la CNT, sin embargo, los pistoleros sindicalistas o anarquistas hallaban cobijo en algunas Juntas de sindicatos e, incluso, recibían las órdenes de represalias de ciertos individuos con cargos de responsabilidad en ellas. El dinero con que se pagaba a los ejecutores salía también de los fondos societarios. Poco a poco, los hombres de las pistolas llegaron a profesionalizarse y empezaron a vivir de los emolumentos de su nuevo oficio. Y no sólo eso, sino que gran parte de la masa obrera se dejó ganar por la simpatía y la admiración que le inspiraba su azarosa vida. Eran héroes para muchos apocados y débiles que veían encarnadas en aquellos hombres las cualidades de

entereza y bravura de que ellos carecían. Aparentemente eran unos quijotes que se jugaban la vida por sus compañeros y que representaban, además, la justicia rápida y sin contemplaciones, la justicia desnuda y elemental que la situación de desamparo y de impotencia de los débiles obreros requería. Si añadimos a estos factores el que algunos patronos se aviniesen con facilidad a las pretensiones de la mano de obra por temor a ser víctimas de un atentado, se comprenderá fácilmente que su aureola de valedores imprescindibles creciera de conflicto en conflicto, casi de día a día, en razón de las cada vez mayores exigencias de los asalariados.

Como los bandidos generosos del romance, los pistoleros tuvieron también su leyenda, y pronto no se contentaron con su papel de ejecutores de la ley de Talión, sino que quisieron, y lo lograron en muchas ocasiones, ejercer la dictadura en los sindicatos, apoyándose para ellos en su terrible fama. Evidentemente, no todos eran asesinos fríos y sin escrúpulos. Había entre ellos algunos jóvenes idealistas persuadidos de la validez del atentado personal como instrumento revolucionario, pero aun éstos acabaron corrompiéndose por la holgazanería y el dinero fácil. Abandonaron sus oficios y rodaron por la pendiente de la molicie. No todos los días, ni mucho menos, tenían «encargos» que cumplir. Por consiguiente, les sobraban muchas horas de ocio que consumían en tabernas, garitos y, en general, en todos aquellos lugares donde suelen reunirse para agotar su mucho tiempo baldío quienes, por una u otras razones, viven al margen de la ley. Por su contacto asiduo con el mundo subterráneo del hampa, los que se creían vengadores de las injusticias que padecía la clase trabajadora fueron degradándose, quizá insensiblemente, hasta no ser ya más que mercenarios del crimen.

«Todos sabemos que los atentados personales —escribió Pestaña— contra patronos fueron la tragedia que vivió Barcelona durante un largo período de tiempo. Todos sabemos también que públicamente se ha negado que la organización supiera nada de tales hechos. Ésta es una verdad a medias. Una de esas verdades que se dicen para cubrir con ella la mentira. Pero el caso es, repito, que se trata de una verdad a medias.

»La organización, cierto es, nada sabía de los atentados que se cometían. Ni la organización ni sus militantes, salvando algún caso de legítima defensa, como después del asesinato de Seguí y “Paronas” y de algún otro caso de menor eco en la opinión, no se reunió, no trató, no organizó los atentados personales. Ni contra patronos ni contra nadie. Pero si efectivamente la organización no se reunió nunca para acordar los atentados, todo el mundo estaba convencido de que los autores de los atentados eran sostenidos y pagados por la organización y que las víctimas caían después de haber sido señaladas a los ejecutores por quienes tenían interés en que cayeran. Hay casos aislados que no son así; pero, desgraciadamente, son los menos; los más son otros: los que se pagaban y en los que se mataba a tanto la pieza.

»El procedimiento era el del grupo de acción que cobraba por matar, y el de los dos o tres individuos, a veces uno solo, que lo ordenaba. Éste era el inductor, el verdadero responsable moral; los otros eran meros ejecutores, instrumentos de un acto cuyo alcance no comprendían. Repito que hubo casos desinteresados; pero repito también que fueron los menos.

»Hasta aquí uno de los aspectos del terrorismo barcelonés imputable a la organización. ¿Pero hubo éste sólo? ¿No se desdobló en varios? Quizá sería más exacta la expresión si dijéramos que tiene matices variados y toma formas diversas, según quién y cómo se practique.

»Su primer desdoble, la modalidad que ocupa el segundo lugar en la época terrorista es la inaugurada por la clase patronal. Atentos siempre a decir la verdad, confesemos que fue la reacción que la clase patronal opuso al terrorismo de la clase trabajadora. Y, como ésta, la clase patronal tuvo sus hombres a sueldo, pagó *salarios* elevados, cotizó alto la importancia de la *pieza cobrada*.»

* * *

Bravo Portillo tenía una amante en la calle del Bruch. Cada día, a eso de las tres de la tarde, abandonaba la casa de la mujer y se dirigía

a pie, por la calle de Córcega, hacia el Paseo de Gracia, puro en boca, bastón en mano, jacarandoso y petulante. Una de aquellas tardes, la última de su cuenta, le salieron al paso, en la esquina de la calle de Santa Tecla, dos jóvenes que la emprendieron a tiros con él. Bravo Portillo cayó al suelo y trató de parapetarse tras un coche, pero sus asesinos continuaron disparando por debajo del vehículo hasta que aquél, acribillado a balazos, se derrumbó finalmente, muerto.

Cuando cesó el tiroteo, la gente se asomó a puertas y ventanas y salieron a la calle, para averiguar lo ocurrido, los obreros de un taller de imprenta inmediato al lugar del suceso. Alguien reconoció a la víctima y, al saberse, fue tal la alegría entre los curiosos que se agotaron en un santiamén las existencias de cigarros puros en el estanco más próximo. Esto lo cuenta un testigo presencial, Adolfo Bueso, quien añade:

«Como una buena nueva, la noticia se corrió por toda la ciudad, como reguero de pólvora.

»—Han matado a Bravo Portillo —decía la gente, y se abrazaban unos a otros llenos de alegría. Los diarios de la noche agotaron todo el papel en pocos minutos.

»Como era de esperar, la policía procedió a detener a troche y moche, pero sin resultado alguno. Como el hecho ocurrió a la hora de entrar al trabajo, todos los detenidos podían demostrar que estaban en sus lugares de trabajo a la hora del atentado. La gorra encontrada en la calle era la única pieza de convicción, pero resultó ser una gorra universal, porque le venía bien a todo el mundo. Fuera por lo que fuera, la policía dejó muy pronto de hacer pesquisas, soltó a los detenidos y el asunto quedó muerto al poco tiempo.»

La muerte de Bravo Portillo, además de frenar por el momento la actividad de su banda, produjo, a corto plazo, la confusión y las disensiones en el seno de la misma. Se desmembró en varios grupos que obraban sin conexión entre sí por falta de un mando único, al servicio, en la mayoría de los casos, de determinados patronos que los empleaban como guardaespaldas y elementos de intimidación

frente a sus obreros.

Por otra parte, los hombres responsables de la CNT, entre los que se contaban Pestaña, Seguí y otros, con sus enérgicas condenas de la violencia sistemática y el repudio moral de los profesionales de la misma, habían logrado que el terrorismo de los obreros languidciera sensiblemente. Por la coincidencia de lo uno y de lo otro —la disolución de la banda de Bravo Portillo y el apaciguamiento de la violencia obrera— el pistolerismo en Barcelona bajó de tono y quedó como una endemia sin erupciones estridentes hasta que, como veremos más adelante, se iniciara, por una acumulación de acontecimientos, su período crítico y más virulento.

2. POSICIÓN DE PESTAÑA

Ya hemos visto cómo rechazó la sugerencia de aquellos jóvenes para que aceptase el hecho de la respuesta terrorista y lo apadrinara dentro de los sindicatos. En un principio, fue para «el Ángel» una cuestión de conciencia. Por un lado, no podía de ninguna manera consentir que la lucha del proletariado se tradujera en una disputa de bandas armadas. El hecho brutal del atentado hería su sensibilidad y sublevaba su conciencia. Además, no creía en su eficacia, y presentía claramente que, dado el primer paso en aquel camino, no se podría ya prever el final de la andadura. Pero, por otra parte, se veía obligado a guardar silencio de puertas afuera de la organización por no comprometer a ésta ante la opinión general.

«Frente a la complicidad colectiva —son sus palabras—, sólo unos cuantos resistimos a dar nuestra conformidad. Pero era igual. Se nos compadecía, se nos escuchaba y, cuando terminábamos de hablar, se nos daba la razón. Pero, a las pocas horas, al día o a la semana siguiente, otro atentado, otro patrono, encargado o jefe de fábrica que caía muerto o herido gravemente. Y nada más. Se sabía, por otra parte, que, ligados por nuestro amor a la organización, no sólo no

denunciaríamos tales desafueros, sino que, si fuera preciso, saldríamos a la calle a defender la organización cuando se la atacase. Se contaba, además, con nuestra educación social y con nuestra sensibilidad de hombres. Sensibilidad y educación que nos colocaba ante un dilema terrible: o callar, apareciendo entonces, y así ha sido, como cómplices de los que pasaba, o hablar, y entonces apareceríamos como delatores, como acusadores de individuos a quienes la Justicia llevaría quizás al patíbulo. Sin contar que, dado el ambiente favorable a tales hechos, pues la actitud de la clase patronal, ya señalada, accediendo a las demandas de los trabajadores por el miedo y no por la razón, la justificaba. El hablar en aquellos momentos nos hubiese colocado en el plano de defensores de la burguesía y en contra de las aspiraciones de la clase trabajadora. Pero esta última consideración no nos hubiese hecho callar. Lo que nos impuso silencio fue no aparecer como proveedores de carne de presidio y, en algunos casos, de patíbulo, y como promotores de una desorganización total de la clase trabajadora, que se agrupaba en torno de la Confederación Nacional del Trabajo, pues esto hubiera ocurrido irremisiblemente. Hubiera sido uno de los resultados de decir la verdad.»

Más adelante, refiriéndose a la índole de los individuos que ejecutaban los atentados, dejó escrito:

«No puede negarse que los promotores del terrorismo obedecieron, al iniciarse, a un criterio doctrinal. Falso en su base, sin duda; pero iluminado en su pensamiento por los destellos de una idea, de un sentimiento de justicia, de un convencimiento de sacrificio. El mercantilismo que lo rodeaba era indispensable para que su realización ofreciese el menor riesgo posible.

»Pero, con el crecimiento, vino su desnaturalización. A los primeros elementos que los practicaron en nombre del ideal se unió otra serie de elementos turbios, aquellos elementos que, al venir los trabajadores de buena fe en avalancha a los sindicatos, se unieron a ellos, y que son esos individuos que viven en ese claroscuro, en esta especie de penumbra que proyecta una parte del pueblo, pequeña si se

quiere, pero no despreciable por los daños que causa, que ni es trabajadora y es delincuente habitual. Que un día, una temporada, trabajaban, otro día, u otra temporada, dejaban de trabajar y, como no tienen bienes de fortuna, de algo han de vivir. Que un día cogen una desgraciada y la explotan, y que al otro día se van al taller y dan la sensación de buenos y dignos trabajadores. Y que en el fondo de su conciencia sólo existe una preocupación: satisfacer sus deseos sensuales de vivir al precio que sea, al del crimen, al del robo, al de la explotación de mujeres, o lo que sea. Pues no tienen escrúpulos en la materia. Parte de pueblo que es más numerosa de lo que parece, sobre todo en las ciudades de intensa vida industrial.

»En Barcelona, muchos de estos individuos se incorporaron a los grupos de acción que practicaban el terrorismo, por lo que éste descendió a hechos verdaderamente repugnantes, sin justificación alguna, ni por una causa ni por otra; y se mercantilizó de tal manera que se mataba a tanto la pieza; según la importancia o la jerarquía que ésta ocupaba, así la tarifa de coste que se establecía para su ejecución.»

Pestaña describe perfectamente la catadura moral de los pistoleros, idéntica en los de ambos bandos, hasta el punto de que algunos de ellos cambiaban de bandera sin ningún esfuerzo — su fidelidad a la causa dependía exclusivamente de la prima que cobrasen por el «encargo»—, como mercenarios que eran realmente. Lo que no aclara «el Ángel», por pudor, sin duda, es el origen de los fondos con que se pagaban las fechorías de esos desalmados. No obstante se deduce, entre líneas, de sus propias declaraciones. El dinero procedía, como dijimos antes, de las cajas sindicales, de las cotizaciones de los afiliados a la organización para subvenir a los gastos de la misma. Naturalmente, las partidas de dinero destinadas a pagar a los matones no figuraban en los libros de contabilidad de los sindicatos, dado que existiesen. Y se disponía de tales haberes sin dar conocimiento de ello a la base societaria. Con el tiempo se destinarían también a estos fines ilícitos las recolectas de los Comités Pro-presos que desplegaron siempre gran actividad recaudatoria.

Sólo pueden explicarse y comprenderse esas contradicciones y esa

falta de un mínimo control en el manejo de la hacienda sindical teniendo en cuenta, y no olvidando nunca, que la CNT carecía de un aparato orgánico y burocrático mínimamente estable. Los cargos sindicales fueron siempre gratuitos en sus sindicatos, fuese cual fuese el nivel del organismo dirigente, lo cual eximía ya de gran parte de responsabilidad a sus titulares, quienes sólo podrían dedicar a su labor en los comités el tiempo que excediera al de su jornada laboral y de sus necesidades personales imprescindibles, como comer, dormir, desplazarse etc., en total dos o tres horas al día. ¿Cómo es posible que, sin tiempo apenas para calentar el asiento, se pudiera desempeñar con eficacia la secretaría de un sindicato con ciento o miles de afiliados, en los períodos de intensa agitación social? Los sindicatos se llenaban y se vaciaban intermitentemente, al vaivén de los acontecimientos. Por los frecuentes paréntesis de ilegalidad, no podían celebrarse las asambleas reglamentarias —democracia de abajo arriba— y los asuntos graves y perentorios caían en manos de las «reuniones de militantes», cuya capacidad de decisión nadie fiscalizaba y, sin embargo, suplantaba la que, estatutariamente, correspondía a la base, imponiendo así un gobierno irresponsable de arriba abajo. De tal manera, la «organización» por antonomasia, a la que se apelaba constantemente y en nombre de la cual se emitían resoluciones, acuerdos y órdenes, era todo lo contrario a lo que se entiende por organización en el verdadero sentido de la palabra y sin ningún acento o énfasis especial. La CNT carecía de locales propios, de verdaderos archivos y de verdaderas oficinas. Todo el aparato burocrático- administrativo se concretaba en el sello de caucho y su tampón. El sello de caucho representaba, mejor que ningún otro símbolo, a la «organización». Ella era el sello y el sello era ella. Su estampación en tinta negra o morada legitimaba cualquier documento, y ante él y por él se imponía el acatamiento inerme a súbditos y creyentes. Omnipotente y sacralizado, el sello de caucho tenía tanto valor como antaño el sello real en las monarquías absolutas. Así, pues, el depositario del sello, el guardasello, diríamos, gozaba de la suprema autoridad orgánica. Tenía, en una palabra, a la organización en su mano.

¿Y la contabilidad? Nada más convincente a este respecto que el testimonio que nos dejó escrito un militante de tanta autoridad como Manuel Buenacasa. Dice así: «Los cuatro organismos de la CNT que más fondos recaudaban en España por los años 1916-1919 tenían a Pey por depositario general, con libertad completa para administrarlos según su buen entender. De ellos, el más fuerte en recursos financieros era, al principio, el Sindicato Único del Ramo de elaborar Madera, de Barcelona, el primero constituido en España conforme a tal modalidad.

»Pey no sabía mucho de letras ni de números. ¿Qué hacía de los fondos que le entregaban los contadores de los organismos mencionados? ¿Cómo se las arreglaba para contabilizar y administrar tan complicado movimiento de fondos? Nadie sino él mismo lo supo nunca. Lo cierto es que jamás se le pidieron cuentas, pues todos estábamos seguros de que el tesoro metálico de la CNT se hallaba en buenas manos y de que era administrado rigurosamente con arreglo a las estrictas necesidades de solidaridad para con los presos y perseguidos y a la actividad confederal, muy intensa en aquella época.» Buenacasa nos cuenta a renglón seguido la siguiente anécdota: «En una reunión de la Junta del sindicato nos rogó Pey que le relevásemos del cargo de tesorero; en realidad había dos: además de Pey, era *cajero legal* Villaplana (inculgado que fue en los procesos de Montjuich). Accedimos a la petición para descargarle de su enorme trabajo.

»Entonces, Pey sacó de un bolsillo su *libro de contabilidad* —pequeño carnet con innumerables jeroglíficos sólo por él descifrables—, rindió cuentas entregándonos el dinero que, según él, pertenecía al sindicato, y dijo:

»—Cuando haya necesidad, ya os pediré lo que haga falta.

»Villaplana convocó tres días más tarde la Junta Sindical para comunicar que, al revisar las *cuentas generales* del sindicato, había comprobado que Pey le había entregado once mil quinientas pesetas de más.

»A la reunión siguiente, Pey se presentó apesadumbrado y mohíno,

mas con inalterable serenidad. Y, sin rodeos, manifestó que, comprobadas de nuevo las cuentas, se encontraba con once mil quinientas pesetas de menos.

»—¿No las perdería la otra noche por aquí? —preguntó.

»—Sí — le contestó riendo Villaplana —, las encontré yo debajo de esa silla; tómalas y vete tranquilo.»

Buenacasa, con la buena intención, sin duda, de resaltar y elogiar a su amigo y compañero Pey, nos revela uno de los grandes fallos de la organización y nos señala, sin quererlo, una de las puertas donde se colaría la podredumbre de las cloacas de la ciudad. Su ingenuo relato despierta en el lector toda clase de sospechas. ¿Si así se llevaban las cuentas en las alturas de la organización, qué pasaría en sus escalones inferiores? Por otra parte, ¿es admisible que un simple obrero como Pey se equivocase en una cantidad tan importante en aquel tiempo, equivalente hoy a medio millón de pesetas, y que, a la postre, resultara ser de su propiedad?

En esos términos son comprensibles cualesquiera impurezas y corrupciones. No es de extrañar, pues, que los sindicatos fueran muchas veces refugio de malhechores y tapadera de acciones inconfesables. Lo sorprendente hubiera sido lo contrario, dada la condición humana.

* * *

Llegó un momento en que, desbordados los hombres honestos y responsables de la CNT por la turba de advenedizos e indeseables que se había colado de rondón en los sindicatos y convertido éstos en verdaderos antros donde se organizaba y se financiaba el crimen, la violencia desatada en las calles de Barcelona deshonraba a la organización y amenazaba con destruirla. Fue entonces cuando Pestaña, vencidos todos sus escrúpulos de conciencia, se lanzó a denunciar públicamente el terrorismo sin importarle las consecuencias que ello

podiera acarrearle. Ahora bien, no fue la suya una acción impremeditada, sino, como todas sus decisiones, resultado de profundas reflexiones. En una serie de artículos que vieron la luz en el periódico *España Nueva*, de Madrid, repudió y condenó el terrorismo, tras analizarlo desde todos los puntos de vista y sin que escapase a su trituradora argumentación ninguno de los aspectos del problema, y distinguiendo siempre la doctrina y la organización de las desviaciones a que hubiera dado lugar el comportamiento de algunos de sus militantes. Además de estigmatizar el atentado, demostraba su ineficacia revolucionaria.

«Ya está muerto el patrono de la fábrica donde prestábamos nuestros servicios; ya no nos explota. El compañero que nos fastidiaba no podrá hacerlo más, ya que reposan sus restos en el cementerio. De madrugada, cuando reposamos tranquilos, no vendrá a turbar nuestro sueño el agente (de policía) que tantas veces lo hizo: la muerte ha detenido sus pasos; y bien ¿qué? ¿Se han acabado los burgueses que explotan? ¿Los obreros que son malos compañeros? ¿Los agentes que detienen? No.

»Y las injusticias que la sociedad comete, ¿quieres que queden impunes?, me dirán. Se suprimen, respondo yo. ¡Se vengan!, podrán contestarme. ¿La venganza es justicia?, arguyo. No. ¡Y bien! ¿Para qué vale la venganza entonces? Nosotros necesitamos justicia, y no venganza.

»Si ni como principio equitativo de justicia, ni como bálsamo consolador de nuestro sufrimiento, ni como aminorador de la explotación de que se nos hace víctimas tiene el atentado personal aplicación, ¿por qué hemos de cometerlo? Y si, además, nuestra conciencia lo rechaza, ¿cómo creer que puedan hermanarse todas estas contrariedades, constituir con ellas un sistema y luego aplicarlo? Imposible, mil veces imposible. El atentado personal, como principio o método de propaganda, es inadmisibile.

»Para convencer a un hombre, a dos hombres, a muchos hombres, de la bondad de una idea cualquiera, yo me pregunto si sería lógico tratar de conseguirlo a puñetazos o a tiros. Por loco se tomaría a un

comerciante que, al entrar en su casa un parroquiano a efectuar compras, pretendiera aquél convencer a éste de la buena calidad de los géneros que le ofrece dándole bofetadas. Igual nos pasaría a nosotros si, para convencer a los obreros de que el sindicalismo es bueno, fuéramos por las obras, fábricas o talleres, repartiendo palos, disparando tiros o colocando bombas. La propaganda de las ideas se dirige al cerebro y el cerebro no admite violencias. Cuando se le violenta, el esfuerzo para que comprenda es negativo. De nada sirve, pues, el terrorismo para obtener prosélitos.

»Si el obrero trabaja muchas horas y gana salarios mínimos, no es así porque un burgués sea mejor o peor; es porque todos los aspectos de la vida social convergen a que ello suceda, y sólo podrá aminorarse por acciones colectivas que resistan a esos males y con su fuerza modifiquen, aunque sea poco, el curso que la organización económica les da. A una fuerza organizada debe oponerse otra fuerza organizada; a una corriente social de opinión, otra corriente; a la organización social burguesa para la explotación del obrero hemos de oponerle la organización sindical de los trabajadores. El acto individual, aun cuando llegue a la destrucción de la persona, no modificará las leyes que determinan la explotación de los trabajadores por la burguesía. Luego el terrorismo, para obtener ventajas económicas, no es útil ni necesario. Debemos, pues, rechazarlo.

»¿Qué beneficios obtendríamos con el terrorismo para elevar el nivel moral de los obreros sindicados? ¿Elevaríamos su moral con la amenaza, con la violencia, aun cuando se disfrace de violencia benéfica para la clase trabajadora? No; no elevaríamos la moral de los trabajadores; al contrario, contribuiríamos a degradarlo aún más de lo que le degrada el régimen de explotación del hombre por el hombre. El terrorismo, moralmente considerado, es antimoral y, por ser antimoral, es negativo de la verdadera acción que en moral debe ejercer el sindicalismo.

»Hemos examinado, confrontándola, la conexión o concomitancia que pudiera existir entre el terrorismo y el sindicalismo. Y, a pesar de reconocer la pobreza de nuestra capacidad intelectual para aducir a razones trascendentalísimas, demostradoras de lo separados que

están uno y otro procedimiento, de los profundamente distanciados y de lo antagónico de intereses de uno y otro, nos parece haber dicho lo suficiente para que aquellos obreros que nos leen, y más directamente los sindicalistas y anarquistas, puedan, si alguna duda tenían acerca de la inutilidad del terrorismo, convencerse de que sindicalismo y terrorismo son como dos corrientes que, compuestas de elementos diferentes, opuestos, antagónicos, al mezclarse y ponerse en contacto los elementos de la una con los elementos de la otra, se descomponen y producen el aniquilamiento de entrambas a dos. El sindicalismo es obra de multitudes, acciones de conjunto, movimiento de actividades. El terrorismo, en cambio, obedeciendo a la significación de sí mismo, a las leyes que lo determinan, es obra de individuos aislados, de grupos de afinidad cuando más, y que puede obedecer a causas colectivas o a causas individuales, pero que de ningún modo contribuye a resolver el problema social. Por esa razón, que para vosotros es fundamental, el terrorismo y el sindicalismo nada tienen de común entre sí. Ahora bien, siendo esto verdad, como lo es, ¿qué interés o qué beneficio podemos tener y obtener los sindicalistas en practicar el terrorismo? Ninguno. El terrorismo irroga graves y enormes perjuicios; de aquí que pensemos en lo estéril de tal procedimiento y que afirmemos la incompatibilidad de uno y de otro para condenar el terrorismo.

»El terrorismo vive porque existe una corriente de opinión que lo sostiene, que lo ampara, que lo encubre, que le da beligerancia. Pues bien, para destruirlo, para aniquilarlo, basta combatir ese estado de opinión: demostrar con razones que el terrorismo no es ni puede ser arma de combate y de lucha. Por amor a la causa que todos defendemos, sindicalistas y anarquistas, empecemos la cruzada; cuanto antes, mejor. Cada hora, cada día perdido, representa una semana, un mes, y aún, quizá, más de tiempo perdido para llegar a la revolución que todos anhelamos.»

Estos pensamientos, entresacados literalmente de sus artículos, demuestran paladinamente la posición de Pestaña frente al terrorismo. Como ya señalábamos anteriormente, no es la suya una condena for-

mulada en términos patéticos y absolutos, sino razonada, pragmática, realista. No insulta ni acrimina, sino que trata de persuadir. Coge el tema y lo presenta por todas sus caras, lo desmenuza, y va mostrando por partes la irracionalidad de la violencia, encerrando a ésta finalmente en un círculo de negativas inflexibles. Su dialéctica no es frontal. Es más inteligente. Opera por los flancos. Corta una a una las raíces que alimentan el tronco de la tesis contraria hasta dejarlo al aire, sin base alguna de sustentación, es decir, sin razones ni argumentos en que apoyarse. Así no hiere a nadie de alrededor, pero apuntilla al monstruo, que es lo que se propone.

3. EL MANDARINATO ANIDO-ARLEGUI

Un día de enero de 1920 tuvo lugar en la Vía Layetana, entre la plaza de Urquinaona y el puerto, un atentado contra la vida del empresario Graupera, célebre por haber dirigido el famoso «lock out» de la Federación Patronal catalana contra los obreros organizados, a raíz de la huelga de La Canadiense. Graupera resultó ileso, pero murió uno de los agentes de policía que le acompañaban. Se supuso que los autores pertenecían a un grupo de acción sindicalista, y, en consecuencia, el gobernador decretó al día siguiente la clausura de los sindicatos y ordenó la detención de numerosos individuos fichados como peligrosos. Por otra parte, la respuesta de los patronos no se hizo esperar. Al mes siguiente se constituyeron los «Sindicatos Libres» que, en muy poco tiempo, llegarían a alcanzar una siniestra nombradía.

Los «Sindicatos Libres» nacieron en el Ateneo Obrero Legitimista de la calle Tapicería, organización dependiente del Centro Tradicionalista y, por consiguiente, inspirados, dirigidos y financiados por los elementos más reaccionarios de Cataluña: patronos, clericales e integristas. El pretexto en que se apoyaron sus fundadores fue la creación de unos sindicatos opuestos a los de la CNT, por lo que se

titularon «libres» en contraposición a los «únicos», pero su verdadero propósito fue el de aniquilar por el soborno, la intimidación y el recurso de las pistolas, los sindicatos anarcosindicalistas. Pese al disimulo y a la falacia quedó bien pronto al descubierto su verdadero rostro y los fines que perseguían. Por eso, tanto los sindicatos de la UGT como los católicos se negaron desde un principio a toda clase de inteligencia y colaboración con ellos.

Su primera fase, la del proselitismo, fue dirigida a los obreros no sindicados, indiferentes, esquiroles o inconformes con los procedimientos del Único, mediante promesas, coacciones y amenazas. El segundo paso consistió en el reclutamiento de hampones para sus bandas de pistoleros mercenarios, cuya actuación estuvo protegida desde el primer momento por Martínez Anido, entonces gobernador militar de Barcelona, y por el general Milans del Bosch, capitán general de Cataluña.

El atentado contra el patrono Graupera reavivó de nuevo la violencia en las calles de Barcelona en un grado no alcanzado hasta entonces. Los atentados se sucedieron ya sin interrupción. Un día era asesinado un patrono; al siguiente lo eran dos sindicalistas; después, indistintamente, pistoleros del Libre, del Único y policías. Los periódicos daban cuenta cada jomada de los resultados de aquella caza del hombre por el hombre, mientras los ciudadanos ajenos a la disputa veían, espantados, cómo la inseguridad y el terror señoreaban las calles de Barcelona, con el consiguiente peligro para sus vidas.

Muchas veces se erraba el golpe o se confundía la identidad de la víctima, es decir, escapaba el condenado y sucumbía quien estaba por completo al margen del conflicto. Por otra parte, los pistoleros cambiaban de bando, por miedo o por codicia. Así, la confusión era enorme, hasta el punto de que, cuando se producía un atentado, no se supiera en el primer momento de dónde partían los tiros, quién había sido el brazo ejecutor ni por qué. Por supuesto, la posesión de armas de fuego se había generalizado entre quienes ostentaban algún cargo en los sindicatos o se habían distinguido como militantes

en las últimas huelgas. Cuenta Bueso cómo cierta noche, al abandonar la casa de unos amigos que vivían en la calle del Pino, oyó unos disparos en dirección a la de Portaferrisa. Intimidado, volvió a ocultarse en el hueco de la escalera del edificio, y, al percibir el ruido de unos pasos precipitados, echó mano a su arma. Transcurridos unos segundos, pasaron por delante de la puerta las sombras de dos individuos que todavía empuñaban sendas pistolas. Pudo disparar contra ellos, con grandes probabilidades de dar en el blanco, pero no lo hizo. ¿Quiénes eran, a qué bando pertenecían? He ahí la cuestión. Por eso se abstuvo de disparar. Luego, cuando salió a la calle y se dirigió hacia donde sonaran los disparos, encontró a la víctima, acribillada a balazos, cerca de las Ramblas. Y la reconoció. Era Pey, del Sindicato de la Madera, en otro tiempo «cajero general» de la CNT. Un funcionario del gobierno civil de Barcelona, el periodista Francisco Madrid, dejó constancia en un libro de esta escena de que fue testigo. He aquí su relato:

«Martínez Anido se presentó un día en el despacho del gobernador y le dijo:

»—Señor gobernador, siguen los atentados. Los métodos pacíficos no dan resultado. La paz renacerá si manda fusilar sin formación de causa a unos cuantos cabezas visibles.

»El general hizo mención de los líderes sindicalistas Seguí, Pestaña y otros, y de los republicanos Luis Companys y Francisco Layret, que eran abogados de la CNT.

»El gobernador replicó con energía:

»—Mi general, yo soy gobernador, pero no asesino.

»—Pues abandone el puesto, que yo lo haré. Mañana ocuparé su cargo.

»Minutos después, el ministro de Gobernación, a quien había referido esta entrevista, le conminaba a presentar la dimisión.»

El gobernador se llamaba Carlos Bas, quien antes de abandonar el gobierno llamó a su despacho a los líderes de la CNT para advertirles acerca del peligro que les amenazaba. Desgraciadamente, sus

pronósticos pesimistas se cumplieron con creces, mucho más allá, incluso, de lo que él entonces imaginara.

Y entraron en funciones el general Martínez Anido, como gobernador civil de la provincia, y el también general Arlegui, como jefe superior de policía. Como primera providencia, arreció la persecución a tiros de los sindicalistas, se institucionalizó la tortura en los sótanos de la Jefatura de policía y del Gobierno Civil y se empezó a aplicar rigurosamente la llamada «ley de fugas».

A los pocos días de tomar posesión del mando los dos generales, fueron detenidos por orden gubernativa más de medio centenar de dirigentes cenetistas, entre ellos Salvador Seguí, a los que se unió Luis Companys, y embarcados en un navío de guerra, con órdenes selladas para su comandante con respecto a rumbo y destino. El buque arribó a la isla de Menorca y los presos fueron internados en la fortaleza de Mahón. Pero, antes de que zarpara del puerto de Barcelona, acaeció un hecho en la ciudad que provocó un movimiento general de protesta, a pesar de que el crimen anduviera suelto por sus calles.

Hemos mencionado en otro lugar el nombre de Francisco Layret, abogado de los sindicalistas. Era un hombre de conducta intachable y un profesional que gozaba de gran prestigio y de simpatía tanto entre las clases populares como entre sus colegas y en los estrados de la justicia. Vivía en la calle Balmes y estaba aquejado de una enfermedad que le impedía el uso de las piernas, por lo que tenía que valerse de muletas para andar. El día en que detuvieron a Companys recibió una llamada telefónica para comunicarle que su amigo había sido sacado de la cama por la policía, sin que se supiera cuáles eran su situación ni su paradero. Layret se dispuso a acudir inmediatamente a la Jefatura de policía con el fin de averiguarlo y avisó a un coche para que fuera a recogerle a su domicilio y así efectuar la gestión con la mayor rapidez posible. Llegó el coche, que Layret estaba ya esperando en el portal de su casa, pero, apenas se dejó ver en la calle, cayó muerto por los disparos de unos pistoleros apostados allí para asesinarle. Las gentes, los periódicos, las entidades cul-

turales y profesionales, y hasta algunos de sus adversarios ideológicos, corearon una estruendosa manifestación de condena al vil asesinato. Fue un clamor unánime de indignación que se exteriorizó el día de su entierro por más de cinco mil personas pertenecientes a todas las clases sociales de la ciudad y que dio lugar a numerosos incidentes con la fuerza pública.

No obstante, Martínez Anido y Arlegui prosiguieron imperturbablemente su campaña exterminadora, correspondida, a la desesperada, por los grupos anarcosindicalistas de defensa. Bombas, atentados, celadas y ejecuciones, de día y de noche. En presencia del gobernador y del jefe de policía se aplicaban a los detenidos métodos, a veces brutales y a veces refinados, de la tortura física para arrancar confesiones y delaciones, o con el solo fin de infligirles un duro castigo inolvidable. A altas horas de la noche se ponía en libertad o se trasladaba a uno o a varios presos que, minutos después, eran rematados a tiros desde las sombras o fusilados por los guardias de escolta so pretexto de que habían intentado huir. Víctimas de estas artimañas sucumbieron, entre otros muchos, militantes tan destacados como Evelio Boal y Antonio Feliú, secretario y tesorero, respectivamente, de la CNT.

Las ejecuciones de los obreros cenetistas corrían a cargo de los pistoleros del «Libre», auxiliados en su tarea, o encubiertos generalmente, por guardias y policías. También se daba el caso de que fueran estos últimos quienes llevaran a cabo la acción por sí solos, actuando como pistoleros, aplicando la «ley de fugas» o torturando hasta la muerte a los detenidos; e igualmente, en otras ocasiones, eran los esbirros de Sales quienes obraban por su cuenta y riesgo. De todas maneras, unos y otros, policías y asesinos, se amparaban en la impunidad que les dispensaban los mandarines oficiales de la represión: Martínez Anido y Arlegui.

Por lo que respecta a las represalias ejercidas por los anarcosindicalistas contra patronos, pistoleros del «Libre», policías, esquiroles y confidentes, cabe decir que las llevaban a cabo también individuos especializados y profesionalizados en el manejo de la pistola y en el ejercicio del asesinato; con la connivencia o bajo la dirección de

miembros de las Juntas o Comités del «Único». Aunque la CNT, como tal entidad, no interviniera directamente, es decir, por medio de sus órganos representativos, en la preparación y práctica de los atentados, no cabe duda ya, a tenor de los testimonios escritos que nos han dejado algunos de sus militantes más prestigiosos, de que, indirectamente al menos, sí tenían conocimiento de que se fraguaban en el trasfondo de sus sindicatos. También ha quedado asimismo indiscutible que la financiación de los mercenarios del crimen y de los gastos que ocasionaba la logística de la guerra urbana procedía de las arcas de la Patronal y de los fondos del Gobierno Civil, por un lado, y de las cajas sindicales, por otro.

Al atentado, la «ley de fugas» y la sevicia hay que añadir el invento de la «conducción por carreteras». Consistía esta modalidad de aflicción en formar pelotones de presos y ponerlos en camino desde la mañana a la noche, bajo la custodia de guardias civiles, de pueblo en pueblo, durante semanas y meses. Salían al amanecer, en grupos de cuarenta o cincuenta, lloviese, nevase o helara, con un viático de veinticinco o treinta céntimos para su alimentación, y recorrían a pie kilómetros y kilómetros, hasta que, llegada la noche, eran encerrados en el calabozo infecto de algún villorrio, entre piojos y ratas, exhaustos, enfermos, con los pies sangrantes y el estómago vacío. A la mañana siguiente, otra vez el camino. Pueblos y más pueblos. Las gentes, a su paso, les miraban, a veces hostiles, a veces compasivas, y siempre, amedrentadas por su presencia. Si alguno desfallecía, quedaba abandonado en ruta, con la orden terminante de no abandonar la población y, naturalmente, bajo la vigilancia de las autoridades lugareñas. Los demás continuaban el viaje. La escolta se relevaba al final de cada día. Por consiguiente, aparecía siempre con nuevos bríos, al revés que los deportados, cuyas fuerzas disminuían jomada a jornada. ¿Hasta dónde? ¿Hasta cuándo? Ninguno lo sabía. Al fin eran abandonados en cualquier mísera aldea, sin dinero, sin trabajo y con la obligación de presentarse cada mañana en el puesto de la Guardia Civil más cercano.

Ante la perspectiva de destrucción inexorable, en los medios anar-

cosindicalistas surgió la idea de elevar el tiro por encima de los mandarines de Barcelona y tomarse el desquite en la figura del presidente del Consejo de Ministros, máximo responsable, sin duda, de la represión. Era entonces jefe del Gobierno Eduardo Dato, quien tenía en su haber la promulgación de las primeras leyes sociales en España y, en su contra, el sostener a los siniestros generales Martínez Anido y Arlegui. No fue fácil tomar una decisión de tan grave responsabilidad, pero había que dar una campanada que sonase en toda la Península, y Dato fue condenado. La preparación técnica del golpe se confió a Arch, miembro del Comité de Defensa de la CNT, quien, tras desplazarse a Madrid, discusiones y aplazamientos, encontró y designó a los ejecutores. Fueron estos Mateu, Casanellas y Nicolau. Parece que hubo un cuarto autor, pero su nombre jamás fue revelado por nadie.

Después de algunos contratiempos y largos y complicados preparativos quedó todo coordinado para consumir el magnicidio en Madrid. Por fin llegó la fecha señalada, el 8 de marzo de 1921. Dato volvía a su domicilio. En la calle de Alcalá se colocó detrás del coche oficial en que viajaba una motocicleta con «sidecar», conducida por Casanellas y ocupada con él por Nicolau y Mateu. Poco después, al alcanzar la plaza de la Independencia el automóvil del presidente, se oyeron unos disparos de pistola, confundidos con las explosiones del tubo de escape de la motocicleta. Dato resultó muerto y herido de gravedad el policía de escolta que llevaba al lado. El otro policía y el conductor resultaron ilesos. Cuando este segundo agente quiso reaccionar, ya la motocicleta se perdía de vista a lo largo de la calle de Alcalá.

* * *

«El de los obreros iba contra los patronos —Pestaña se refiere al terrorismo de aquellos tiempos—; el de los patronos contra los obreros; posición comprensible, y lógica, y explicable, si se quiere; pero

el terrorismo gubernamental, ¿contra quién iba? ¿Contra los obreros? ¿Contra los patronos? Contra unos y contra otros. Y ni contra unos ni contra otros. Por paradójico que parezca, el terrorismo gubernativo iba contra obreros y contra patronos, y no iba contra patronos ni contra obreros. La explicación de esto, que parece un rompecabezas o una charada de semanario humorístico, es clara: iba y no iba contra unos y contra otros porque el terrorismo gubernativo era al revés del terrorismo patronal o del terrorismo obrero; éstos eran terrorismos de clase, y el que nacía, amamantado en los senos ubérrimos del Poder, era fundamental y esencialmente político. El terrorismo barcelonés cambiaba, pues, de color. Entraba en su tercer avatar. La pasión política iba a iluminarlo con sus resplandores.»

Pestaña se extiende en razonamientos para demostrar que la contradicción que encierran sus palabras es sólo aparente y que recurre a ella para descartar las falsas interpretaciones a que se presta el terrorismo gubernamental, que encubrirían sus verdaderos motivos y fines. Se trataba, en realidad, de una vasta maniobra política, inspirada y dirigida por las ideologías más reaccionarias de Cataluña contra las corrientes liberales y progresistas que se perfilaban en la región. La idea de los «Sindicatos Libres», poniendo al frente de ellos a miembros del Requeté, demuestra una intencionalidad política y no una simple maniobra sindical. Lo que era una pugna socioeconómica entre patronos y obreros se convertiría en una guerra ideológica. El nombramiento de Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona deriva de la índole misma de la conspiración. Se buscaba un líder capaz de aniquilar al enemigo por cualquier medio, sin escrúpulos ni freno, y se pensó que nadie mejor para ello que Martínez Anido, dados su contextura mental y su carácter atrabiliario.

El plan —dice Pestaña— consistía en «detener durante una noche, valiéndose de la policía de todos los cuerpos, de la Guardia Civil y de los mozos de escuadra, a cerca de quinientas personas entre elementos de la organización y partidos de izquierda, radicales, republicanos catalanes, separatistas, etc., etc., y aplicarles a todos en la misma noche la ley de fugas. Éste era el plan concebido fríamente por Martínez Anido y Arlegui, pero que no ejecutaron porque ellos

mismos se asustaron de su obra. El autor de la proposición de aplicar la ley de fugas fue Arlegui, quien, durante su mando al frente de la Guardia Civil en Cuba, la había aplicado muchas veces».

Más adelante precisa: «Por razones complejas y difíciles de señalar abandonó (Martínez Anido) sus planes primitivos, y lo que comenzó queriendo ser una noche de San Bartolomé de políticos de la política izquierdista barcelonesa, y del sindicato más principalmente, acabó siendo lo último nada más, y las pistolas del “Sindicato Libre”, amparadas, y pagadas, en algunos casos, por el Gobierno Civil, protegidas por la Jefatura de policía y sostenidas y mantenidas espléndidamente por la burguesía catalana, entablaron lucha fratricida, asesinando a trabajadores que no pensarán como ellos, justificando su actitud en que antes, los del “Único”, habían matado a obreros que no compartían el modo de pensar de los dirigentes de aquella organización.

»El terrorismo gubernamental no vino, pues, como pomposamente se ha dicho, a acabar con el terrorismo sindicalista. Esto es faltar descaradamente a la verdad. El terrorismo gubernamental vino a desplazar la lucha terrorista, prestándole nuevos incentivos, vitalizándola, por atraer a su órbita a elementos que nunca habían pensado en intervenir, y porque, obligados a batirse en legítima defensa, los elementos obreros se vieron precisados a que la organización, oficialmente entonces, interviniera y se aprestara a la defensa y al ataque.»

Años después, a la caída del dictador Primo de Rivera, algunos confidentes de la policía barcelonesa en los tiempos de Martínez Anido revelaron públicamente cómo funcionaba el terrorismo gubernamental con la ayuda de los «Sindicatos Libres». Uno de ellos, apellidado Feced, dejó dicho, entre otros pormenores:

«Martínez Anido obraba de acuerdo con Sales y Laguía; era él quien ponía precio a los atentados que se cometían. Algunos los pagaba Arlegui. Por Leyret dio Anido 40.000 pesetas, que entregó Muntadas, el de la “España Industrial”... Los pistoleros iban provistos de

un carnet “azul”. Cuando cometían algún atentado y se les perseguía, con sólo mostrar el carnet se les dejaba en libertad.

»En la mayoría de los atentados les guardaban la salida los policías que tenía designados Arlegui; entre ellos Escartín, Martínez y Pérez. Con el carnet de que iban provistos, si querían el auxilio de los guardias de Seguridad para efectuar registros domiciliarios, así como para aplicar la “ley de fugas” y detener con toda impunidad, eran obedecidos. Sales era el encargado de repartir el dinero para los atentados, entregaba el retrato de las víctimas y a menudo convertíase en ejecutor. Homs se encargaba de “marcar” las víctimas a los pistoleros, y su querida, la “Payesa” les ayudaba cuando el sentenciado salía de su casa. En el “Bar Izquierda” había siempre algún pistolero que aguardaba a los que salían de su casa, a los cuales “marcaba” la “Payesa”. Homs no tenía tratos con Arlegui; se entendía con Andiso, y nada más.

»Pita se encargaba de entregar fichas y domicilios, por orden de Arlegui, a Sales, el cual, ayudado por la policía y pistoleros, efectuaba registros, detenciones y asesinatos. Estos hechos los pagaba Arlegui con el dinero que entregaban Miró y Trepát y Muntadas. Cuando se cometía un hecho, Laguía lo cobraba a Subirana, Marsá, Sert y otros patronos; este dinero era repartido entre los miembros del Comité Ejecutivo, formado por Sales, Laguía, Lorenzo Martínez, Anselmo Roig, Marco Rubio y Antonio Olivares.»

4. EL ATENTADO DE MANRESA

Pestaña pasó en la cárcel esos años cruciales del terrorismo gubernamental, pues, como ya sabemos, fue detenido a poco de llegar de Italia, a la vuelta de Rusia, e ingresado en prisión en calidad de preso gubernativo, y no recobró la libertad hasta que fueron restablecidas las garantías constitucionales. Quizá debiera la vida a esa circunstancia, si bien es cierto que la cárcel tampoco era entonces un lugar enteramente seguro, como lo prueba el final trágico de Boal, Feliú

y otros, excarcelados a medianoche para ser asesinados, después, en plena calle. De todas maneras, el estar fuera de la circulación le evitó posiblemente uno de aquellos contratiempos fatales y definitivos de que fueron víctimas muchos de sus amigos y compañeros. No es que fuera olvidado, sino que el hecho de constituir una presa disponible en cualquier momento influyó tal vez para que sus enemigos no tuvieran prisa en sacrificarla y aguardasen una mejor ocasión para ello. Su nombre, sin duda, estaba en la lista, al igual que el de Salvador Seguí, como lo demuestra el amago de atentado que tuvo antes de partir para Rusia. En aquella ocasión, primeros meses de 1920, Muntadas, el de la «España Industrial», bien conocido como instigador de los crímenes de la patronal, ofreció 23.000 pesetas por la cabeza de «el Ángel», encargándose Ramón Sales, requeté y presidente del «Libre», de coordinar todos los preparativos para llegar a la consumación del asesinato. Sales y los suyos emplearon entonces procedimientos novelescos. Mediante una gratificación lograron que el inquilino más próximo a la vivienda de Pestaña abandonase su piso y lo dejase a disposición de sus enemigos. ¿Cuál era el plan de éstos: asesinarle en la escalera, penetrar bruscamente en su casa y matarle allí sin más contemplaciones, o tan sólo vigilar sus movimientos para elegir con toda seguridad el momento, la situación y la hora más propicios para acabar con él sin riesgo alguno para sus ejecutores? Nunca se ha sabido. Por fortuna, Pestaña, perseguido por la policía, tuvo que abandonar precipitadamente Barcelona e irse a esconder en Tarragona, desapareciendo, por consiguiente, de su domicilio. Después, marcharía a Rusia. Tales coincidencias impidieron que Ramón Sales pudiera culminar su siniestra aventura.

Al restablecerse la normalidad, Pestaña abandonó la cárcel y pudo reanudar sus actividades de dirigente sindicalista. Al poco tiempo le vemos en la Conferencia de Zaragoza, en la que, después de informar ampliamente sobre su cometido en Rusia, propone y obtiene que la CNT revoque su adhesión provisional a la Tercera Internacional, y firma con Seguí la célebre propuesta en que se afirma el politicismo de la Confederación, si bien fuese extraparlamentario y

opuesto a la colaboración con los partidos políticos. También presentó un dictamen sobre los procedimientos que debería adoptar la CNT contra la ofensiva patronal. Por último denunciaría públicamente, en el mitin de clausura de la Conferencia, la conducta criminal de Martínez Anido.

En aquellas fechas, Pestaña logró alcanzar la cumbre de su prestigio dentro de la organización cenetista. Incluso llegó a eclipsar un tanto la figura del «Noi de Sucre». Los anarquistas aún no le atacaban. Su experiencia en la Rusia soviética le acreditaba como dirigente de talla internacional. Su postura decidida y valerosa frente al terrorismo oficial en Barcelona consolidó su fama de hombre íntegro y resuelto. Su conducta austera y transparente como el cristal le hacían aparecer inmune a las tentaciones del poder y del lucro, de la soberbia y de la arrogancia. Su misma frialdad de carácter convencía de la ausencia de ambiciones en su corazón. Tal era la imagen que daba a sus compañeros.

La Conferencia de Zaragoza fue su consagración como «guía» indiscutible de la CNT, pero, al destacarse de tal manera, atrajo también hacia su persona la atención de sus enemigos que no le habían olvidado, aunque pareciera que se hubiesen desentendido de él.

A instancia de la Federación Local de Sindicatos de Manresa, Pestaña se comprometió a desplazarse a aquella ciudad para pronunciar una conferencia en su Teatro Nuevo.

Cuenta Pere Foix, que, al apearse Pestaña del tren en la estación de Manresa, los compañeros que le esperaban le informaron de la presencia en las calles de la ciudad de ciertos individuos sospechosos llegados recientemente de fuera, y que su amigo Espinalt quiso hacerle ver el peligro que corría y le aconsejó que se volviera inmediatamente a Barcelona. Pestaña miró fijamente a su interlocutor y le dijo:

«—¿Marcharme de Manresa sin dar la conferencia? ¡Imposible! Hala, vamos a dar una vuelta por la Rambla.»

Al día siguiente, el diario de Barcelona *El Diluvio* relataría así los hechos:

«De la fonda donde se hospedaba salió Pestaña en compañía de varios compañeros y amigos.

»Serían las siete de la tarde cuando, inopinadamente y al cruzar el torrente de San Ignacio, junto a la calle de Cantarell, sitio poco frecuentado, salieron al paso del grupo que formaban Pestaña y sus amigos tres desconocidos que, casi a quemarropa, dispararon seis veces sus pistolas, dándose inmediatamente a la fuga.

»Los que acompañaban a Pestaña salieron ilesos y escaparon al punto.

»Sólo el líder cayó al suelo bañado en sangre.»

Parece ser que una primera tanda de disparos por detrás no hizo blanco y que entonces uno de los pistoleros gritó: «¡A ti te busco!» Pestaña se volvió y, en ese momento, una nueva descarga recibida de frente le abatió. La primera persona que acudió en su auxilio fue la pupila de un cercano prostíbulo, a la que ayudaron unos soldados del batallón de Reus. Entre ella y ellos le trasladaron rápidamente al hospital de Nuestra Señora de Manresa.

La crónica de *El Diluvio* proseguía transcribiendo la nota oficial de la Jefatura de policía:

«Al salir del hotel donde se hospedaba en Manresa, y dirigirse al Teatro Moderno para dar una conferencia, el conocido sindicalista Ángel Pestaña fue agredido en el torrente de San Ignacio por tres sujetos desconocidos que le hicieron varios disparos casi a quemarropa, causándole cuatro heridas: una en la cabeza, otra en la garganta, otra en el pecho y la cuarta en un brazo, de pronóstico gravísimo.»

Finalmente, el cronista de *El Diluvio* resaltaba la personalidad de la víctima:

«Puede decirse sin hipérbole que si la muerte de Pestaña acaeciese, desaparecería la figura más preeminente del sindicalismo barcelonés. Dotado de una gran sangre fría y de un temperamento ponderado y ecuánime, sus consejos y sus resoluciones pesaban mucho en el ánimo del elemento obrero, que tenía una absoluta confianza en

su líder. Pestaña, más que hombre de acción, era hombre de gabinete. Su oratoria, de más fondo que forma, era contundente. Los más difíciles problemas eran expuestos por Pestaña con tanta sencillez, con claridad tal, que llegaban a ser asimilados hasta por los cerebros más obtusos, por los cretinos también.

»La moralidad de Pestaña ha sido reconocida por sus mismos adversarios, los cuales, al hablar de él, decían que era la honradez personificada, incapaz de llevar a cabo ninguna acción reprochable. Su austeridad era generalmente reconocida.

»Cuando se presentó en la estación de Atocha de Madrid para dar la conferencia en el teatro de la Zarzuela, el asombro y la decepción de los reporteros y del público fue enorme. Esperaban ver en Pestaña a un hombre de gran empaque, de no poca prestancia, y, al encontrarse con la figura ascética, escuálida, humilde del líder del sindicalismo catalán, no podían creerlo. Pestaña descendió de su coche de tercera clase y por todo equipaje llevaba un minúsculo maletín.»

Pestaña fue operado sin pérdida de tiempo y con fortuna en el hospital, y puesto fuera de peligro al menos clínicamente. Tan pronto tuvo noticia de la desgracia acudió a cuidarle María, su compañera. Sin embargo la amenaza seguía pendiendo sobre la vida de «el Ángel». Los asesinos, en contra de lo que se supuso al principio, no huyeron, sino que, por el contrario, se quedaron en Manresa y pusieron cerco al hospital con la intención, manifestada sin rebozo en los burdeles y tabernas de la ciudad, de penetrar en él y rematar en la cama al herido o de esperar a que saliera de allí para hacerlo.

El único recuerdo que Pestaña dedica en sus memorias a este importante accidente que pudo costarle la vida es el que se contiene en estas palabras: «Cuando, ya en el hospital, me di cuenta de la gravedad de mis heridas, y que, como consecuencia de ellas, podía morir, nada me inquietaba, salvo mis hijos y mi compañera. Pero, conocedor de lo que ésta es, sabía que a mis hijos no les faltaría el pan mientras ella viviese. Por lo mismo, podía morir tranquilo. Y con la serenidad íntima que da el haber cumplido, no un deber, sino todos

los deberes, como ha podido y ha sabido cumplirlos, esperaba tranquilo la muerte. Estado de ánimo en el que viví unas horas, desde que se me hizo la primera cura hasta el amanecer del siguiente día, en que, por reacción natural, presentí que la muerte no estaba próxima y que aún podía luchar para vencerla.» Simplemente esto, de pasada, hablando de las enseñanzas que obtuvo en su viaje a Rusia, como «la impresión más indefinida de mi vida» —dice.

Pero los disparos de Manresa repercutieron en toda España. Partidos políticos, ateneos, sindicatos, hombres públicos, intelectuales o simples ciudadanos anónimos, se conjuntaron en una protesta clamorosa contra los métodos represivos empleados por los generales Martínez Anido y Arlegui. Los periódicos, en su mayoría, se solidarizaron con la opinión generalizada y en algunos medios apareció la patética fotografía que mostraba a María y a la pequeña Azucena —hija menor de ambos— junto al lecho de «el Ángel» herido, en el hospital. Entonces el gran público conoció algunos valiosos detalles de la vida íntima del dirigente de la CNT, que le honraban. Vivía con espartana modestia en el mismo piso de la calle de San Jerónimo que ocupara en 1914 al arribar a Barcelona, en compañía de su mujer y de sus tres hijos menores: Josefina, de diecisiete años; Elíseo, de seis, y Azucena, de tres. Su hija mayor, Carmen, de dieciocho años y ya casada, residía en Madrid. Josefina confesó a un redactor de *El Diluvio* lo siguiente: «En mi casa no hay un céntimo. Hemos de trabajar todos para poder comer y vivir, tan modestamente como el más humilde de los obreros. Ya ve usted, yo, después de trabajar la jornada semanal en la fábrica, vengo a ganar a destajo de quince a veinte pesetas...» María, que más tarde adquirió un puesto de ropas en Els Encants, estuvo trabajando de lavandera hasta que su salud quebradiza se lo impidió. Pestaña, por su parte, no tenía más ingresos que los provenientes de su oficio de relojero, inseguros e intermitentes a causa de sus numerosas y prolongadas prisiones. En resumidas cuentas, el hogar de Pestaña rayaba en la miseria.

Pronto se supo también que los médicos del hospital de Manresa se habían visto obligados a pedir protección a las autoridades por la actitud de los pistoleros, decididos a acabar con la vida de Pestaña.

La indignación general arreció y un diputado socialista, Indalecio Prieto, interpelló en las Cortes al presidente del Gobierno, que lo era entonces Sánchez Guerra, acusándole de complicidad con los asesinatos que campaban libremente por Cataluña. Otros políticos de izquierda unieron su voz a la de Indalecio Prieto y, ante la posibilidad de que el escándalo alcanzara aún mayores proporciones, Sánchez Guerra comunicó por teléfono a Martínez Anido que le hacía responsable personalmente de la vida de Ángel Pestaña. A consecuencia de ello, los pistoleros desaparecieron de Manresa, aunque no fueran detenidos, y la custodia del hospital fue confiada a la Guardia Civil. Según la versión más extendida, Indalecio Prieto recibió informes confidenciales de que, a pesar de su interpelación parlamentaria, las autoridades de Barcelona no interferirían la acción de los pistoleros que asediaban el hospital de Manresa hasta que llevaran a cabo su amenaza de rematar al herido. Urgía el tiempo. Entonces, el diputado socialista, pensando que la única posibilidad de impedir la consumación del crimen dependía de Sánchez Guerra, pretendió entrevistarse con él. Pero no lo encontró en su despacho oficial. Sin embargo, no se dio por vencido y se echó a la calle en su busca, recorriendo todos aquellos lugares en que pudiera encontrarse el presidente. Al fin, ya de madrugada, dio con él en «Villa Rosa», un establecimiento público muy famoso en aquella época, donde concurrían, de noche, las personalidades más destacadas de la vida madrileña: políticos, toreros, artistas, hombres de negocios y mujeres de postín. Sánchez Guerra, después de escuchar los temores y las razones de Prieto, decidió intervenir personalmente sin pérdida de tiempo y fue entonces y así cuando tuvo lugar la conferencia telefónica con Martínez Anido. A consecuencia de esta feliz gestión que salvó la vida al dirigente cenetista, nació entre él y Prieto una amistad sincera que se acrecentaría con el paso de los años y no se interrumpiría más que con la muerte de aquél.

Los pistoleros que atentaron contra la vida de Pestaña no fueron nunca detenidos por ese hecho. Pertenecían a la banda del «Libre» que capitaneaba Honorio Ingles y sus nombres eran Viñals, Juan de la Manta, Carlos Baldrich y Ramón Rodenas. El que le gritó: «¡A ti

te busco!» y disparó seguidamente fue Viñals. También en este caso hubo dinero por medio, que salió de la «Hispano-Suiza» y pasó por las manos de quien ordenó la ejecución: Martínez Anido.

Apenas restablecido de sus heridas, Pestaña fue a Madrid para ocupar la tribuna del Ateneo. Desde ella, con la autoridad que le confería el haber sido tan recientemente una de sus víctimas, explicó y condenó, una vez más, con claridad y precisión insuperables, el fenómeno del terrorismo gubernamental en Barcelona. Obtuvo un éxito resonante. Así como la Conferencia de Zaragoza elevó a Pestaña al rango de supremo dirigente de la CNT, junto a Salvador Seguí, el atentado de Manresa sirvió para convertirle en una figura nacional. Era la llegada de la gloria para él, sellada con su propia sangre. La popularidad alcanzada entonces no decaería nunca. En adelante, su nombre sería como una bandera y su actuación pasaría a un primer plano en la escena de la política española, para ser elogiada o combatida apasionadamente.

Poco tiempo después de los sucesos de Manresa, Martínez Anido, para justificarse ante la opinión pública que condenaba sus métodos represivos y presionaba a los altos poderes de Madrid para que le relevasen de su cargo, preparó un atentado contra sí mismo por medio de policías y agentes provocadores. Tuvo lugar el día 22 de octubre de 1922, en la calle Nueva de San Francisco, cuando se dirigía al teatro del Liceo, con un saldo de dos muertos: un policía infiltrado entre los conjurados y uno de éstos. La opinión, sin embargo, no se dejó engañar y comprendió en seguida que el frustrado golpe serviría de pretexto al gobernador para efectuar nuevas y más sangrientas represalias contra los sindicalistas. Consciente de ello también el Gobierno, Sánchez Guerra no esperó más y destituyó fulminantemente, por teléfono, a Martínez Anido y a su jefe de policía, Arlegui, restableciendo, a la vez, las garantías constitucionales en la región.

5. LOS ATRACOS

El cese en sus cargos de Martínez Anido y Arlegui procuró a los sindicalistas del «Único» un gran alivio. De pronto, aflojaron su presa las garras de los generales que tenían cogida por el cuello a la organización. Sin embargo, no por ello se restablecieron el orden y la paz social en Cataluña, porque las bandas armadas del «Libre», al servicio de los intereses patronales, por un lado, y los grupos de acción del «Único», por otro, continuaron la guerra. La violencia generaba violencia. Los pistoleros de una y otra facción, habituados al riesgo y a la aventura, al dinero fácil y a la holganza, eran ya, en su mayoría, irrecuperables para el trabajo monótono y mal retribuido en fábricas y talleres. Su profesión era la de matar, y su salario, el de la sangre.

La CNT trató de reorganizar sus sindicatos, y lo consiguió en parte bajo el impulso de sus dirigentes opuestos a las tácticas del terrorismo, como Seguí y Pestaña. La vida sindical, propiamente dicha, estrangulada durante largos períodos de persecución e ilegalidad, comenzó de nuevo a desarrollarse, si bien a costa de luchar denodadamente contra los vicios que habían prosperado dentro de ella durante la clandestinidad. Se abrieron locales, se normalizaron las cotizaciones, se celebraron asambleas y reuniones con participación de la base societaria, se reavivó la propaganda escrita y oral y, naturalmente, se atendió a los problemas y conflictos de carácter estrictamente laboral y profesional. Pero el ambiente había llegado a un grado tal de descomposición que no fue posible desintoxicarlo ni hacer tomar a sus cauces orgánicos el torrente que los desbordara. Eran ya muy poderosos los grupos de jóvenes anarquistas que no entendían ni admitían otra táctica reivindicativa que la de la violencia llevada a sus últimos extremos.

Sin embargo, «llegó un momento —dice Pestaña— en que el atentado se hacía difícil. Por varias razones: que el decaimiento de la organización ya no permitía pagar a los ejecutores y que la policía, ante la presión de la opinión pública, localizaba el origen del mal,

pisando a diario los talones a los autores». Entonces, a los males ya conocidos hubo que añadir uno nuevo: el de los atracos.

Dice Pestaña: «La conjunción de estos elementos: el hombre idealista que mataba creyendo servir a sus ideas, a la causa, y el amoral y propenso al delito que mataba por dinero, daría otro producto más absurdo todavía, el del atracador. No es que todos los individuos que intervenían en los atentados se hiciesen atracadores, no; esto no puede decirse porque no es verdad; pero sí lo es que del seno de los grupos de acción para los atentados salieron los primeros atracadores. Fue una consecuencia, si no lógica y natural, cierta.»

En cuanto a los efectos que tal desviación de los fines sindicales producía contra el prestigio de la organización, Pestaña no fue menos claro. «En múltiples y variados aspectos podíamos ver esos resultados. Lo primero y más principal fue que la organización perdió el control de sí misma, que no pudo orientar sus actividades hacia donde debió orientarlas. Después, perdió su crédito moral ante la opinión. Aspecto interesante que no puede desconocerse ni olvidarse. La CNT llegó a caer tan bajo en el crédito público que decirse sindicalista era sinónimo, y es hoy aún, desgraciadamente, de pistolero, de malhechor, de forajido, de delincuente ya habitual, puesto que los casos por los cuales se nos conceptuó así siguen produciéndose.

»Después, por ese procedimiento, todos los ingresos de la administración sindical se dedicaban a sostener un ejército de gente que no quería trabajar, buscando por todos los procedimientos justificar jornales en la organización. Además, se creó el mito de la revolución. Había que prepararse para la revolución, y prepararse para la revolución era gastar en comprar pistolas todos los fondos de los sindicatos, el importe total de los ingresos por las cotizaciones. Cierto es que planeábamos obras de cultura, que se llegó a estudiar la necesidad de fundar una Escuela Normal para la formación de maestros racionalistas; pero no pasó de entretenimiento. Para cultura no había pesetas, pero las había para comprar pistolas. Si la organización pudiera reunir hoy —1933— la totalidad de lo gastado en pistolas en aquel y en otros tiempos, los trabajadores que han cotizado verían

alzarse ante sus ojos asombrados montañas de dinero. Y al fin y al cabo, la mayoría de esas pistolas las recogía la policía, sin perjuicio de que más tarde volvieran a manos de aquellos a quienes se las habían quitado.»

Ya antes de su partida para Rusia Pestaña tuvo que acudir urgentemente desde Tarragona, donde estaba escondido, a Barcelona, a requerimiento de Seguí, para tomar parte en una reunión clandestina donde iba a discutirse el problema del terrorismo, siendo Arlegui jefe de la policía. Comparecieron en ella más de trescientos delegados sindicales. Como era a puerta cerrada, «el Ángel» estigmatizó claramente «la matanza premeditada, el crimen organizado, el terrorismo por placer». Seguí se mostró igualmente severo en el enjuiciamiento y condena de tales procedimientos y se consiguió, tras largas deliberaciones, que la mayoría votase el acuerdo de poner fin a tal estado de cosas y volver a las prácticas sindicales y revolucionarias de siempre, ajenas a la dialéctica de las pistolas. Sin embargo, los intereses creados por el terrorismo prevalecieron sobre los específicamente sindicales y la CNT se vio más y más comprometida en aquel trágico proceso de degradación.

Después del mandato de Martínez Anido y Arlegui, la organización se encontró en pleno desastre organizativo y económico. Al ponerse mano a la obra de reconstrucción de los sindicatos se hizo sentir ominosamente la penuria financiera que agarrotaba los planes de expansión. Por otra parte los Comités Pro-presos se veían en la imposibilidad de atender a tantos compañeros encarcelados por la represión. Faltaba dinero en grandes cantidades y urgentemente. Entonces aparecieron los atracadores. Los hubo que se lanzaron a los «golpes económicos» para aliviar la situación de los sindicatos y contribuir, efectivamente, al sostenimiento de los presos, pero los hubo también que se valían de tales excusas para encubrir su comportamiento de verdaderos forajidos. Es cierto que algunos entregaban a la organización el producto íntegro de sus depredaciones, pero eran más los que se reservaban la parte del león y sólo daban una pequeña limosna a los comités a cambio, naturalmente, de protección ideológica. Hubo así dinero, pero un dinero sucio que sólo servía para

encenagar las conciencias de todos: ejecutores, encubridores y organismos beneficiarios.

A todo esto, aunque en menor escala, seguía la racha de crímenes. La vida en la ciudad era peligrosa y las gentes pacíficas clamaban —venían clamando desde años atrás inútilmente— contra la falta de autoridad, causa, a su juicio, de aquella situación intolerable. Se les olvidaba que la culpa incumbía por igual a las fuerzas sociales en pugna y a la autoridad mal entendida y practicada, cómplice muchas veces, cuando no instigadora, de la mayor parte de los delitos de sangre que se cometían y que quedaban impunes. Pero cada día era más fuerte la presión que esas gentes ejercían sobre los poderes públicos y, por ello, el instinto avisaba de que algo se urdía en las alturas para impedir el caos absoluto y emprender el retorno a posiciones de firmeza desde las que se pudiera someter la vida social de Cataluña a la más rigurosa disciplina.

No obstante, el año 1923 se presentaba con las mismas características que los anteriores. El día 10 de marzo, en plena tensión, se produjo un acontecimiento que estremeció a la ciudad entera. Fue el más grande de todos los crímenes cometidos hasta entonces, a cargo de las pistolas del «Libre». Tuvo lugar, a eso de las siete de la tarde, en la calle Cadenas. Su víctima, el hombre que gozaba de mayor popularidad en Cataluña, Salvador Seguí, abatido a balazos junto a su amigo Francisco Comes, familiarmente llamado «Peronas», que quedó herido de muerte también. El estupor fue general:

—¡Han matado al Noi! ¡Han matado al Noi! —se gritaba en la calle, en los cafés, en los sindicatos, en los hogares, en los ateneos y en cualquier reunión o tertulia.

Parecía mentira. Pero era cierto. Gentes anónimas acudieron al lugar del crimen y espontáneamente empezaron a amontonarse coronas y ramos de flores sobre el sitio donde cayera el cuerpo del Noi, marcado con su sangre, porque las autoridades, temerosas de lo que pudiera ocurrir, se habían adelantado a retirar el cadáver y depositario en el Hospital Clínico, donde permaneció hasta la madrugada del día 12, en que fue conducido clandestinamente al cementerio para

darle sepultura. Así se le hurtó al pueblo la ocasión de manifestar por última vez la devoción que sentía por su gran hombre.

El asesinato de Salvador Seguí fue un cataclismo para la CNT. Hasta los militantes más pacíficos pidieron venganza y un ramalazo de pánico recorrió de punta a punta la ciudad. El eco de la tragedia alcanzó hasta los últimos límites de España. Sólo la voz de los intelectuales catalanes, salvo la de Gabriel Alomar, permaneció muda en medio del gran clamor dolorido de su pueblo. Un periódico obrero recriminó la cobardía de los intelectuales catalanes en estos términos: «Pensaron que, siendo uno de la plebe la víctima de las pistolas mercenarias, no era merecedor de su desasosiego ni valía la pena, por lo tanto, dedicarle una sola línea, ni siquiera condenar el crimen.»

Tampoco aparecieron los asesinos del Noi, pero se señaló a los que se suponía sus instigadores y financieros: el diputado Miró y Trepal y el fabricante de vidrio Lletget. Y el cardenal Soldevila, de Zaragoza, y el ex gobernador de Bilbao, Regueras, pagaron la deuda de sangre con sus vidas. Los grupos de anarquistas intransigentes, dirigidos por Durruti, Ascaso, García Oliver, Jover, Torres Escartín y otros, que fundarían la FAI (Federación Anarquista Ibérica) en 1927, irrumpieron también entonces, con una fuerza realmente arrolladora, en el escenario de las luchas sociales en Cataluña y en España, como adalides de la revolución quimérica, absoluta y total, por el camino de la violencia y de la taumaturgia de las ideas.

VI.

EL CAMINO DE DAMASCO

1. EL GOLPE DE ESTADO

La misma descomposición social que se mostraba con tanta crudeza en Barcelona impulsaba a cualquiera a pensar que se habían sobrepasado los límites de tolerancia y era ya de pura urgencia vital arbitrar alguna medida que pusiera término al caos.

Por otro lado, los desastres de la guerra en Marruecos y el expediente Picasso, del que se desprendían gravísimas responsabilidades para los altos mandos de la nación, incluido el rey, presagiaban un brusco golpe de timón que cambiase el rumbo de los acontecimientos en España. Era evidente, además, que los métodos de gobierno empleados por la Restauración habían llegado a un extremo de desgaste e inoperancia que no permitía prolongar su vigencia por más tiempo. Estaban agotados, desacreditados, definitivamente inservibles.

El turno pacífico de los partidos ya no era posible porque las grandes concentraciones polarizadas en torno a Cánovas y Sagasta se habían subdividido en múltiples facciones, incapaces, cada una de ellos por sí, de encarnar el poder y de llevar adelante una política congruente. En realidad, ya no existían partidos políticos en el sentido tradicional y ortodoxo de la palabra, sino grupos, taifas, partidas. España era prácticamente gobernada por una especie nacida del feudalismo rural, ilegítima desde luego, pero con todo el poder efectivo en sus manos: los caciques. Los caciques eran los jefes irresponsables en pueblos, comarcas y provincias, sin más ideología que el placer del mando, sin más programa que asegurar los privilegios oligárquicos a sus respectivas clientelas. Minado por estos vicios, el Estado se cuarteaba y el régimen monárquico perdía sus últimas posibilidades

de supervivencia.

Pero, ¿quién podría, en tales circunstancias, tomar sobre sí la responsabilidad de buscar una salida, y hallarla, a tan conflictiva situación? En la charca política y en el cenagal de los estamentos sociales, las ranas clamaban por un mandón que impusiese el orden y la autoridad a toda costa. Pero, ¿dónde encontrar ese «hombre providencial», porque, como siempre ocurre en nuestro país, se pensaba más en el milagro que en el esfuerzo colectivo? Entre los políticos, desde luego que no, porque ninguno de los posibles tenía talla ni vocación de caudillo. Descartados los profesionales de la política, sólo quedaban los soldados. Sí, un milite glorioso. Pero los militares con aura heroica se hallaban en Marruecos y no eran generales. Naturalmente, el elegido para la misión, siempre repetida, de salvar España, tenía que ser general. Aún estaba fresca en la memoria la imagen de Prim, el de los Castillejos, malogrado prematuramente por la conjura de los émulos resentidos. Más atrás quedaban en el recuerdo los nombres de Espartero, O'Donnell y Narváez. En realidad, todavía era siglo xix en España. Todavía el «pronunciamiento», versión peninsular del Brumario, disfrutaba de vehementes nostalgias y adhesiones entre los españoles. Era preciso, pues, buscar un «espadón» que cortase de un tajo el nudo gordiano que estrangulaba la vida del país. Y se empezó a pensar, por unos y por otros, que el advenimiento del mesías vestido de uniforme estaba ya próximo y era inevitable.

También los anarquistas presintieron el peligro y trataron de adelantarse al temido golpe militar mediante el desencadenamiento de un movimiento revolucionario. A este fin, se convino por los grupos anarquistas de acción pasar a la clandestinidad y constituir un Comité nacional Revolucionario en el que estuvieran representadas la CNT y la Federación de Grupos Anarquistas, y se invitó a Pestaña a que formase parte de él. Se pretendía, nada menos, desde posiciones tan minoritarias —al igual que se haría después, durante la República— arrastrar a la ciudadanía a una «insurrección popular» contra el Estado, preludeo, naturalmente, de la soñada revolución social entrevista por los profetas del anarquismo. Pestaña accedió a

participar en las reuniones del Comité junto a García Oliver, Gregorio Superviela, Francisco Ortega y otros, todos ellos en trance psíquico de «médiums» e iluminados del misticismo revolucionario. Pero pronto le distanció de estos compañeros su espíritu crítico, su cordura y su conocimiento de la realidad. Sus cómo y para qué, es decir, sus reticencias y su oposición a la teoría de la espontaneidad revolucionaria decidieron a los extremistas expulsarle del Comité.

Así comenzó el alejamiento definitivo de Pestaña del anarquismo militante, aunque nunca dejara en el fondo de ser anarquista. En adelante dedicaría todos sus esfuerzos, su actividad y su inteligencia a los sindicatos exclusivamente. A partir de entonces ocupará, con mayor o menor suerte, el puesto que dejara vacante Seguí en el movimiento sindicalista. Y desde ese momento también comenzaría a reflexionar sobre las experiencias vividas en los años de lucha, a revisar tácticas y objetivos y, como consecuencia, a buscar nuevos derroteros para llegar al fin propuesto. Se hará más reservado, más precavido, mucho más prudente. El proceso de decantamiento de sus ideas será largo, penoso, difícil, y exigirá de él un valor moral inflexible, capaz de superar y vencer toda clase de pruebas. Poco a poco, paso a paso, irá alumbrando sus propias concepciones y se atenderá a ellas aunque se quede solo. Los acontecimientos que en breve se producirían iban a poner fin a una etapa de su vida y a abrir otra nueva que nos mostrará al hombre que viene de la utopía y de lo imposible y marcha decididamente hacia la realidad para hacerla posible.

A pesar de todos los augurios, los barceloneses y España entera fueron sorprendidos por el manifiesto del general Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en el que anunciaba su propósito de asumir el poder del Estado. Daba por dimitido al gobierno de García Prieto, disolvía las Cortes de la nación, suspendía las garantías constitucionales y adelantaba su propósito de constituir un directorio militar que gobernaría por decreto. Era el 13 de septiembre de 1923. Al día siguiente, Primo de Rivera, que ya contaba con el beneplácito del rey, salió en tren para Madrid, con objeto de obtener oficialmente la sanción real y tomar posesión del mando supremo. Había

hecho su aparición el «hombre providencial» dispuesto a «salvar a España», y comenzaba el período que se denominaría, por antonomasia, la Dictadura.

También los sindicalistas y anarquistas fueron cogidos de improviso por el cuartelazo de Primo de Rivera, pese a sus inquietudes y barruntos. Su puericida política les engañó. Cuando creían que aún estaba formándose la tormenta en el horizonte, empezaron a recibir, en pleno descampado, sus truenos, relámpagos y el consiguiente chaparrón. El mismo Pestaña había enviado en la noche del 12 al 13 a *Solidaridad Obrera*, un inocuo artículo en que trataba de la necesidad de que fuese reformada la ortografía.

De momento, los militantes buscaron cobijo en el escondite. Los locales de los sindicatos se quedaron vacíos ante la eventualidad de su fulminante clausura por parte de las autoridades militares. La vida sindical se paralizó. Se temía el desencadenamiento de una nueva represión que superase en dureza a todas las anteriores. Sin embargo, nada de todo ello ocurrió. Asombrosamente, el nuevo régimen parecía haberse olvidado de la CNT y de los anarquistas. Así que, pasados unos días, dejáronse ver los desaparecidos y, si bien no recobraron su tono normal las organizaciones sindicales, sí se reanudaron las cotizaciones, y la «Soli» siguió saliendo a la luz cada día, mostrando, eso también, como heridas, los negros manchones de la censura militar.

Efectivamente, la Dictadura, a pesar de contar en su gobierno a Martínez Anido, el verdugo de los sindicalistas, como ministro de la Gobernación, parecía no querer utilizar su puño de hierro contra las organizaciones obreras, bien porque el dictador pretendiera aparecer como un hombre liberal, o bien porque hubiese comprendido que no podría llevar adelante ninguna política social sin su concurso. El hecho de que eligiese a Largo Caballero y éste ocupase con el beneplácito de la UGT un puesto en el Consejo de Estado dejaba entrever las intenciones de Primo de Rivera de conseguir una apoyatura popular para su régimen.

Obviamente, la conducta de la UGT aceptando colaborar con la Dictadura acabó de desconcertar a los anarcosindicalistas, nuevamente sorprendidos por los acontecimientos y nuevamente engañados por su falta de instinto político. ¿Qué hacer?, se preguntaban atónitos, aunque, por supuesto, condenasen enérgicamente lo que consideraban una traición del sindicalismo socialista. Y no hicieron nada. Tal era su confusión que no sospecharon siquiera cuál era el objetivo táctico de aquella maniobra. Olvidaban que Primo de Rivera había sido, antes que dictador supremo, capitán general de Cataluña y que, por lo tanto, conocía perfectamente los factores que perturbaban el orden social en la región, y olvidaban, sobre todo, que fue uno de esos factores, la burguesía catalana, quien, con motivo de inaugurarse la Feria del Mueble, pidió públicamente a Primo de Rivera que tomase cartas en el asunto y acabase con aquella situación de inestabilidad a cualquier precio. La maniobra obedecía a la vieja y conocida conseja: divide y vencerás. Si se atraía a la UGT, el dictador quedaba con las manos libres para enfrentarse, por separado, con la CNT, hasta destruirla o someterla. Por otra parte, la CNT carecía de la ductilidad suficiente para adaptarse a las nuevas condiciones. Por eso no maniobró a su vez y se quedó a la espera, como si no hubiese pasado nada, ignorando que uno de los objetivos principales de la Dictadura consistía en desmontar el poder hegemónico de la CNT en el movimiento obrero español y que, desde las alturas, el general Martínez Anido seguía teniéndola enfilada.

Ángel Pestaña explicó así, después, el advenimiento de la Dictadura:

«La Dictadura justificó su existencia en el disgusto de los militares ante la política que se seguía. Pero no hubiesen llegado a su implantación sin la anestesia, sin la indiferencia con que la opinión pública veía lo que pasaba, sin el deseo que ésta sentía de salir de aquella situación a la que nadie veía solución. No hubiera sido posible tampoco sin que el concepto de libertad se olvidase por completo. Y en aquel momento la opinión lo había olvidado. Baste pensar cómo una parte de la opinión catalana se echó en brazos de Primo de Rivera en la famosa tarde de la inauguración de la Exposición del Mueble,

en la que pedía que, fuese como fuese, acabase con aquella situación. ¿Que eran tenderos, comerciantes, pequeños y grandes burgueses? Ciertamente. De toda evidencia. Pero mientras el mundo no cambie, mientras no se llegue a socializar la riqueza y la sociedad esté organizada como hoy lo está, los tenderos, los comerciantes y los pequeños burgueses son también opinión pública a la que no puede despreciarse en absoluto y a la que ha de colocarse en lugar neutral mientras que no se pueda atraerla hacia nosotros.

»Sin esta circunstancia, el intento de Primo de Rivera hubiese fracasado. Pues no era concebible una reacción pujante del poderío militar en un país de vieja, antigua y tradicional tendencia antimilitarista. Y, sin embargo, en este país donde el ser soldado se consideraba como la más denigrante de las esclavitudes, se daba la paradoja de dar un golpe de Estado los militares, sin ninguna asistencia de hombre civiles. Ni para cubrir las apariencias siquiera. ¿Las necesitaba?

»Por paralelismo engañoso, el hombre, cuando no quiere, o no sabe, o no puede estudiar los fenómenos que se producen, buscarles un origen, lo primero que se le ocurre es oponer un hecho a otro hecho. ¿Que la deducción es falsa? Naturalmente. Pero la acepta. Y, al aceptarla, cae de lleno en una aberración monstruosa. Por eso la opinión pública cayó en la de aceptar que a un terrorismo se contestase con otro terrorismo. Por eso aceptó el terrorismo oficial para combatir al que se hacía en la calle. Pero el simplismo de la gente lo ve así y cree que puede resolverlo. De aquí que el golpe de Estado de Primo de Rivera tuviese la aceptación que tuvo, que fuese acogido como lo fue. Si en vez de Primo de Rivera hubiese sido Perico el de los Palotes el que lo hubiera intentado, lo hubiesen seguido igualmente, se hubiesen entregado a él, le habría seguido la opinión pública española, aunque más particularmente la catalana.

»Por otra parte, apremiaba hacerlo. La guerra había terminado. Los pedidos disminuían. No se vendía ya a precios tan remuneradores como antes. La balanza comercial se desnivelaba en perjuicio de la clase patronal. Había que resistir. La situación que la existencia de todos estos problemas creaba produjo la reacción que facilitó, no

solamente la implantación de la Dictadura, sino el que se desarrollara con tranquilidad los primeros años, en los que no tuvo enemigos serios a quienes combatir, que le preocupasen.»

Por su lado, el celeberrimo escritor Vicente Blasco Ibáñez escribiría pocos meses después de instaurada la Dictadura sobre las verdaderas razones de ésta: «Uno de los primeros actos de los militares triunfantes fue enviar un oficial de toda confianza, con fuerte escolta, a la Cámara de Diputados. En una de las salas del Congreso, la misma en la que se había reunido la Comisión de los veintiuno, estaba guardado el *dossier* sobre las *responsabilidades del desastre de Annual*. El enviado del Directorio se apoderó de él y nadie supo nunca más de aquellos importantes documentos.»

Muchos años después, de vuelta de los campos de concentración alemanes en la segunda guerra mundial, Francisco Largo Caballero justificó en su libro «Mis recuerdos» el haber aceptado el cargo de Consejero de Estado durante la Dictadura, con estas palabras: «El Consejo de Estado, desde tiempo inmemorial, era constituido por miembros nombrados por Real Orden; representaba al Gobierno y no al país, pero nunca era sustitutivo del Parlamento. Era un cuerpo consultivo, no democrático, como otros muchos de la nación. La Dictadura abrió las puertas del Consejo a la representación corporativa libremente elegida por las corporaciones. Esto no es tampoco democracia pura, pero era un progreso respectivo de lo anterior; era un avance político, y es por esto por lo que la Unión (UGT) y el Partido (Socialista) aceptaron tener representación en aquel organismo, como lo tenían en el Consejo del Trabajo, Junta de Aduanas y Valoraciones, Oficina Internacional del Trabajo y otros.»

Un político conservador, por su parte, Ángel Ossorio y Gallardo, juzgó así el hecho: «Pero el Partido (Socialista), como tal partido, lejos de condenar el pronunciamiento, lo secundó, suprimiendo sus compañías, aceptando Largo Caballero el cargo de Consejero de Estado, prohibiendo el órgano del Partido cualquier acto oral o escrito de violenta protesta y ordenando, en fin, que la colectividad se pusiera en línea con los príncipes de la Iglesia y con la aristocracia de la sangre».

Desde distintos puntos de vista, pues, se señalan los fines que la Dictadura se propuso desde el primer momento: absolver a la Corona y a los altos mandos militares que dirigían la guerra en África de las culpas que les imputaba el expediente Picasso; defender y consolidar los intereses de la burguesía, especialmente la catalana, y montar, a imitación del fascismo italiano, unas estructuras de tipo corporativista que le garantizaran el control del movimiento obrero. Para eso último neutralizó a la UGT y al Partido Socialista, comprometiéndolos en su política social, y declaró ilegal a la CNT, el adversario indomable, aunque haya que aceptar que los anarquistas le ayudaron involuntariamente a ello con su disparatado proceder, su falta de visión política y su infantilismo revolucionario, pudiéndose añadir también su eterno pecado, en el que reincidirán irremediablemente en el futuro, que consistió en anteponer o sobreponer la demagogia y las demandas de la utopía a los intereses reales y objetivos de la clase trabajadora en su circunstancia histórica.

¿Cómo realizaron los anarquistas esa ayuda a Primo de Rivera para destruir su propia organización? Veamos. No obstante el estupor producido por el golpe del general en los medios responsables de la CNT, los pistoleros profesionales que operaban a su sombra, prosiguieron sus fechorías. Atracaron la Caja de Ahorros de Tarrasa, dos de cuyos autores fueron hechos prisioneros y ejecutados; el Banco Padrón, de Manresa; la «Fonda de Francia», situada frente al Gobierno Civil de Barcelona, y la Sucursal del Banco de España, en Gijón, cuyo botín ascendió a la entonces fabulosa cantidad de 675.000 pesetas. Por otra parte, los grupos anarquistas, pasado el pasmo inicial, comenzaron a moverse y en diciembre de aquel mismo año convocaron y celebraron la asamblea de Granollers, en la que se reafirmó que la «Confederación camina hacia la anarquía», lo que provoca el disenso de algunos asistentes. Pero se vota y ganan los anarquistas y, poco más tarde, éstos consiguen que se ratifique la misma proposición en la Asamblea de Sabadell. Eso es todo lo que se les ocurrió hacer entonces, sin sospechar siquiera que el enemigo, más poderoso que nunca, observaba sus movimientos en espera de poder darles el jaque mate.

Por aquellas mismas fechas se produjo el inverosímil asalto al cuartel de Atarazanas, más propio de adolescentes y neófitos que de avezados revolucionarios, y tuvo lugar la insensata aventura de la incursión anarquista por Vera del Bidasoa, verdaderamente demencial, sólo concebible en mentes disociadas en absoluto de la realidad. Como era lógico, ambas tentativas fracasaron lamentablemente, entre el ridículo y la tragedia, pues se llevaron por delante vidas humanas, entre ellas las de varios ilusos que fueron ejecutados.

Entretanto, la Dictadura se contentaba con endurecer la acción de la justicia y someter a los sindicatos al control oficial de sus documentos, de sus fondos y de sus actos públicos. Pero el 4 de mayo de 1924 un grupo anarquista asesinó al verdugo de Barcelona, Rogelio Pérez, al salir de su casa, en la calle Riereta, en compañía de dos guardias que resultaron ilesos pese a los numerosos disparos que hicieron los sicarios. Según Bueso, se trataba de un verdugo nuevo, desconocido. Por lo tanto, ¿a quién importaba su muerte? ¿Fue entonces una acción de fanáticos incontrolados o un acto concebido por Martínez Anido y llevado a efecto con la intervención de sus agentes provocadores? Nunca se sabría. En cualquier caso, sirvió de pretexto al ministro de la Gobernación para clausurar aquella misma noche los sindicatos y proceder a la detención inmediata de los sindicalistas más conspicuos, de los que unos pudieron huir a Francia y otros pasaron a los calabozos de las prisiones barcelonesas. Clausurados los sindicatos y puesta fuera de la ley la CNT, la Dictadura cargó con todas sus fuerzas contra el movimiento anarcosindicalista. Comenzaba así el largo túnel de tinieblas e incertidumbre para la CNT, cuya duración era entonces imprevisible, y del que saldría malparada, con todas las enfermedades que proliferan en la clandestinidad: la discordia, el cisma, el fanatismo, el escisionismo y la herejía, de las que ni el tiempo, ni la heroicidad en otros combates, ni el esplendor de otras victorias, lograrían sanarla.

2. LA DESBANDADA

«La Dictadura —escribió Pestaña— puso fin a un estado de cosas que resultaba ya intolerable. Públicamente en nuestra Prensa yo había condenado los atracos, lo mismo que privadamente condené un día los atentados. La atmósfera que se formó contra mí en los medios donde esos elementos predominaban era irrespirable. Se hablaba de actitudes enérgicas a adoptar, de imponerme silencio aunque fuera por la fuerza. Yo conocía sus propósitos, en parte deducidos de sus palabras, y en parte porque no faltaban quienes me lo comunicaran. Pero no me acobardé. Y cuando la tensión entre unos y otros llegaba al límite de resistencia propenso a estallar, vino la dictadura de Primo de Rivera, y, como Alejandro, en vez de deshacer el nudo, lo cortó con el filo de la espada. El nuevo estado de cosas que del golpe de Estado resultaba exigió poner, en remediarlo, toda la atención de que fuéramos capaces, dejando aparte cuestiones como éstas, que por el momento pasaban a término secundario. Y así fue. El hecho de fuerza que la organización, minada por las luchas interiores, no intentó siquiera evitar, no sirvió tampoco para que alguno de los valientes que manejaban la pistola con desgaire en atracos y atentados personales, supiese borrar con un gesto digno una actuación pasada, cubierta de horrores y vergüenzas. El liberticida campó por sus respetos, y los que en los centros obreros y en las reuniones clandestinas de militantes de la organización, de vez en cuando, hacían funcionar el cerrojo de la pistola, por prudencia, sin duda, y para mostrar su valor, tomaron las rutas que conducen a Francia y a otros países. Muy comprensible todo esto. Las vidas preciosas hay que reservarlas y sólo deben exponerse en los momentos difíciles, cuando las libertades y la justicia conquistadas peligran. Pero entonces nada de eso peligraba, ¿verdad?»

«El Ángel» arremete contra los valentones de oficio que presumían de héroes, los mismos que estuvieron a punto de utilizar la violencia contra él por hablar claro y condenar sus actos, y que huyeron cobardemente a Francia o a otros lugares seguros de más allá de las fronteras en el momento de la verdad, cuando la Dictadura se arrojó

como un ave de presa sobre la organización sindical. Ellos se reservaban para resolver a pistoletazos las situaciones difíciles, con desprecio de sus vidas y de sus intereses personales. Eso decían para justificar sus asesinatos y latrocinios. Sin embargo, cuando el enemigo planteó su batalla decisiva contra la CNT y se lanzó al combate con todas sus armas para arrancarla de la vida social como se extirpa un cáncer, sin piedad y a punta de bayoneta, los que tanto alardeaban de valor, en vez de afrontar el peligro prefirieron poner a salvo sus preciosas vidas y dejar que la organización, indefensa, fuese desbaratada. Por eso pregunta Pestaña si entonces, en ese trance, no existía nada digno que defender, cuando era la vida misma de la Confederación lo que estaba en juego.

«Toda la labor de años —prosigue— fue malbaratada en un momento. Los trabajadores que, en principio, toleraron con su actitud pasiva lo que en la organización se hacía, cuando vieron que ésta sufría desdoro por faltas cometidas, en vez de reaccionar extirpando el mal que la aquejaba, optaron por abandonarla. Facilitó esta huida la dureza con que Primo de Rivera la trató. Comenzaron los obreros a negarse a cotizar, pretextando que parte del dinero recaudado se invertía en cosas que no eran de su agrado. Más tarde, a este pretexto añadieron otro: el de las persecuciones si se cotizaba. Y, por último, que, estando clausurados los sindicatos, lo mejor era esperar a que se abrieran para recomenzar el funcionamiento de la actividad sindical. No puede negarse que las razones expuestas eran atendibles y, además, veraces, puesto que se perseguía a quienes cotizaban y se amenazaba a quienes cotizasen; pero también, anteriormente, habían existido esas amenazas, y en épocas verdaderamente terribles, las del apogeo de Martínez Anido y Arlegui, una de ellas, y, sin embargo, los trabajadores no dejaron de cotizar ni se desentendieron de la organización.

»Pero no fue eso sólo lo más grave, con serlo mucho. Lo más grave fue ver cómo los trabajadores que habían pertenecido a la Confederación formaron parte de los Sindicatos Libres, y cómo cotizaban en dichos sindicatos sabiendo que con sus pesetas, con el dinero que

daban, los forajidos que se escondían en aquella organización asesinarían a los del Único, sin que por parte de los trabajadores hubiera un gesto de rebeldía contra aquella situación. ¿No les interesaba el pleito o lo consideraban cosa de familia? ¿Pensaban quizá que se trataba nada más que del predominio de uno o de otros? Pensasen lo que pensasen, el caso es que así ocurrió y que los hechos no pueden negarse.

»Y, sin negar que el temor contribuyese a la desbandada de los núcleos que integraban la organización sindical, confesamos que nuestra creencia es que también la provocó el deseo de romper definitivamente con el pasado, que era mejor cubrir con la tela del olvido, y, aprovechando la circunstancia que se ofrecía, recomenzar, como si ya nada nos ligara con lo que fue.

»Mientras tanto, quedamos aquí, en España, haciendo frente a una situación de la que ellos eran responsables —los de la pistola y la bomba—, quizás en su mayor parte, los que, víctimas de unos y otros, ofrendábamos lo poco que valemos a las ideas que sinceramente hemos defendido toda la vida.

»La Dictadura, como se comprenderá, divide con trazo preciso la orientación de nuestras actividades, dando otra personalidad, otro carácter, otra dirección a la participación que en los sucesos que puedan ocurrir tengamos personalmente.»

Pestaña fue detenido y encarcelado, junto con otros militantes, a raíz de los episodios de Vera del Bidasoa y del intento de asalto al cuartel de Atarazanas, permaneciendo continuamente en prisión hasta finales del año 1926. Estos dos largos años de inmovilidad y reposo forzados le sirvieron para instruirse, leyendo incansablemente cuanto libro caía en sus manos, y, a la vez, para repasar y ordenar su acervo ideológico, revisando doctrinas, rectificando posiciones y elaborando proyectos para el futuro, con arreglo a las enseñanzas que pudo deducir de su rica experiencia de luchador.

En cuanto a lo primero, él mismo nos dice, con la sinceridad y la ingenuidad que le son habituales, y en un tono en el que aflora inconscientemente un tímido reproche a su destino, que su formación

cultural era deficientísima. «Y que, además de ser deficiente, es caótica, desordenada. Yo soy realmente lo que se llama un autodidacto. Pero soy un autodidacto que para saber lo que sabe no ha seguido ninguna regla, patrón norma ni procedimiento. Que no hay ni el menor asomo de ordenación. Y que, por no haber, no hay ni siquiera la influencia personal de un hombre con cultura que hubiera podido guiarme con acierto.»

Podría decirse que su verdadera maestra fue la vida y, la observación, su único sistema de aprendizaje. Fue un niño y un joven atento, reflexivo y sensible, con una avidez enorme de saber y entender, absorbente como una esponja, impresionable como una película para todo cuanto a su alrededor sucediera, se dijera o se manifestara, acompañado todo ello de una gran capacidad de análisis y de un raro talento sintetizador. «La observación de todo cuanto me rodeaba y de lo que veía y oía era mi única fuente de enseñanza. Y me preocupaba de saber el cómo y el porqué de las cosas; ver cómo se hacían y cómo pudieran hacerse; en una palabra, explicármelo todo. Pero la falta de conocimientos, de los más elementales, cuando menos, era y sigue siendo el obstáculo contra el que he chocado toda mi vida.» Vio a los hombres viviendo «en condiciones morales de vida propias de bestias y no de personas humanas. Mal vestidos, mal alojados, mal cuidados, mal tratados y peor considerados por parte de los capataces y encargados». Del trabajo, dice: «Bajo tierra, en túneles y galerías subterráneas, la jornada era de doce horas diarias, de seis de la mañana a seis de la tarde; y en las explotaciones mineras a cantera abierta, la jornada era de sol a sol. Que en invierno se prolongaba hasta bien entrada la noche, cuando los días no eran muy oscuros, y, en verano, desde la salida hasta la puesta del sol.»

Su infancia se desarrolla en un ambiente corrosivo, destructor, «entre blasfemias, juramentos, palabras y frases groseras y soeces, cuentos y sentencias inmorales, pero dicho todo sin malicia, con la mayor naturalidad del mundo, aunque como satisfacción a las continencias sexuales que la falta de mujeres imponía, iba yo creciendo y conociendo la vida y a los hombres, educándome y aprendiendo.

Lo único a estudiar en aquel ambiente eran los hombres. Y se presentaban al desnudo. Tal cual eran. Pues su ignorancia, que era extrema, les impedía saber fingir, salvo el caso de esos individuos simuladores por temperamento, verdaderos artistas de la hipocresía, que para simular no necesitan estudio ni preparación alguna, sino dejar libres sus condiciones naturales. Ante mi vista desfilaban, pues, a diario tipos dignos de la máxima atención. Vizcaínos, asturianos, aragoneses, navarros, gallegos...» Y descubrió el odio de razas que prevalecía entre ellos, siendo los gallegos los peor librados, contra los que se aliaban todos los demás, aunque en cada grupo hubiese, a su vez, disensiones y riñas, porque la característica general entre aquellos seres marginados era el individualismo, un individualismo casi salvaje. Oía sus relatos que ordinariamente se circunscribían a sus aventuras cuartelarias durante el servicio militar. De todas esas historias la que más le impresionó fue la de un joven tolosano que, por apuesta con unos amigos, entró en un cementerio a media noche, sacó de un nicho una caja con su cadáver dentro, la llevó a hombros hasta la carretera y allí, ante el asombro de los apostadores contra él, puso en pie el cadáver y luego lo echó a rodar por el suelo de un empujón. «Generalmente —dice—, a los que escuchaban este relato, les causaba profundo terror religioso; a mí, no; lo que me causaba era admiración por la serenidad y sangre fría que demostró al realizarlo.»

Aún llegó más adentro en el conocimiento de los hombres por el camino de las confidencias más íntimas. «Empecé a conocer lo íntimo de los sentimientos humanos por las cartas que la mayoría de aquellos hombres rudos, entre los que vivía, me hacían que escribiese a sus familiares y deudos. En aquellos coloquios íntimos, ellos confiaban al papel y, por lo tanto, a mí, sus ansias y sus esperanzas, sus anhelos y ambiciones. ¡Cuántos deseos insanos conocí! ¡Cuántas ambiciones infames me explicaron para que yo las trasladara al papel! Pero, ¿cómo se atrevían, diréis vosotros, a desnudar su conciencia ante una criatura que podría descubrirles? Porque, después de algún tiempo en que me trataban y decían cosas para que las pusiera en las cartas que les escribía, se convencían de que yo no decía

a uno lo que me confiaba otro, que yo no traicionaba sus intenciones. Cuando se convencían, confiaban en mí para expresar sus deseos ocultos. Para tales menesteres era yo el convidado de piedra. Mi padre mismo, que sabía que yo era el amanuense de la mayoría de individuos, nunca tuvo la malsana curiosidad de preguntarme lo que ponía en las cartas. Quizás esta conducta de mi padre me servía a mí de lección. Ya desde aquellos tiempos me sentí siempre inclinado a juzgar a los hombres, más por sus obras que por sus palabras. Me fijaba siempre en lo que hacían, comparándolo después con lo que hablaban, y deducía. Así aprendí a conocer a mis semejantes y a saber qué valor tienen las palabras y el que tienen los hechos.»

Fue por entonces cuando nació su irrefrenable afición a leer. Hasta la mina o el ferrocarril donde trabaja llegan hojas volanderas de propaganda sindical o anarquista, folletos y periódicos, que él lee en alta voz a los trabajadores sentados en corro a su alrededor, porque es el único de entre ellos que «entiende algo de letras y lee de corrido», para orgullo de su padre y asombro de los demás. «Yo sentía viva curiosidad por aquellas hojas que hablaban de todo; pero me gustaba leerlas estando solo y por lo bajo. Quería enterarme para mí. Por eso, cuando leía en voz alta, no me satisfacía» Más tarde, en el depósito de máquinas de Portugalete hará lo mismo y ello le costará el empleo. En Francia y en Argel seguirá a la caza y lectura del papel impreso, en su mesa de trabajo se verá siempre herramientas y relojes mezclados con periódicos y, asimismo, los bolsillos de su chaqueta o de su gabán rebosarán recortes de Prensa y panfletos. Pero será en sus largas estadías en la cárcel donde su espíritu, ávido de conocimientos, hallará las mejores condiciones para abastecer su inagotable curiosidad intelectual. Leerá de todo: historia, economía, marxismo, literatura, geografía, gramática, fisiología... Todas estas materias en diversos grados, entremezcladas, sin orden y sin plan. Para su espíritu es como entrar en una selva virgen, donde no tiene más guías que su talento natural y su sentido común para no confundirse ni extraviarse. Asimila con rapidez y con detalle. Ordena luego instintivamente los conocimientos, como piezas de un rompecabezas, para obtener un resultado coherente, en que cada noción

ocupe su lugar y todas juntas compongan un total armónico. No puede evitar, sin embargo, esas lagunas e insuficiencias de que era consciente, que tanto le mortificaban y que atribuía con justeza a su autodidactismo apresurado y sin método. Puede decirse, pues, que, en su caso, la cárcel suplió al colegio y a la universidad.

El período de encarcelamiento que subsigue a la implantación de la dictadura de Primo de Rivera le permite reflexionar profunda y sosegadamente sobre sus últimas experiencias, analizar sus causas y sus efectos y poner orden en sus conclusiones. Son días y meses de examen de conciencia y ocasión óptima para revisar su pasado y proyectar su futuro, esto último a su manera, es decir, sin encerrarse en posiciones intransigentes y monolíticas. Siempre ha actuado como un explorador tanteando el terreno, rodeando los obstáculos, retrocediendo cuando ha sido preciso para no caer en alguna trampa, pero sin renunciar nunca a sus fines. De ahora en adelante, su flexibilidad será aún mayor. Conoce el terreno que pisa, es consciente de los peligros que le acechan y sabe que habrá de luchar racionalmente contra los impulsos de irracionalidad y emotividad que mueven a las masas. Desde ahora trazará las líneas maestras de su futura conducta, que se acomodará a las circunstancias según vayan revelándose, cautelosamente, zigzagueando, avanzando y retrocediendo para volver a avanzar —un paso atrás; dos adelante—, contemporizando a veces en lo adjetivo y aparente y manteniéndose firme en lo esencial. Parecerá que duda, que titubea, cuando lo que hace, en realidad, es probar las resistencias para descubrir su punto más débil y concentrar sobre él toda la fuerza de sus razonamientos. Se acentuará el pragmatismo consustancial con su carácter y su estilo, su paciencia sobrepasará todos los límites y su perseverancia no tendrá quiebras. Pestaña no será ya sólo un militante señero y un guía en las luchas sociales, sino que encarnará un modo, un estilo y una interpretación personalismos de lo que se ha dado en llamar abstractamente «revolución social». Él detraerá de la utopía ese fenómeno para ponerlo al alcance de los hombres, ajustándolo a la naturaleza humana y poniéndolo a su servicio. «Las ideas, al servicio de los hombres, y no lo contrario», revelará, en síntesis, su pensamiento.

Todo lo contrario de lo que preconizan los teóricos de la emancipación. Para él valdrán más los fines que los «sagrados principios», el «contenido» que el «continente» y los resultados más que todos los supuestos apriorísticos. Así, su nombre se convierte en bandera y, más tarde, como los acontecimientos le dan la razón, en un mito que conserva toda su lozanía aún y que quizá tenga más fuerza que nunca en esta etapa de neodemocracia española cuando, tras tantos años de seudosindicalismo letal, las organizaciones sindicales buscan su camino en los nuevos tiempos, y los obreros un «guía» que sepa conducirlos en medio de tantas contradicciones doctrinarias en el terreno de la praxis sindicalista. El primer gran hecho histórico con el que se enfrenta en su vida y que le permite contemplar en vivo un proceso revolucionario triunfante es la revolución rusa. Ella le enseña algo que ya no olvidará nunca, y es la incapacidad de la masa amorfa y analfabeta para erigirse en elemento transformador de la sociedad. Al comprobar los resultados efectivos de la revolución bolchevique, ve a un pueblo completamente dissociado de su destino, llevado y traído por una minoría activista inexorable. El pueblo ruso es ignorante, pasivo y fatalista, y sobre él se ha levantado un grupo de hombres que se sirve de su masa física, como ariete, para derrumbar las estructuras zaristas, y que luego pasa a ser presa fácil de Lenin, el nuevo zar, y de sus conmlitonos, los nuevos boyardos. Como el zar, Lenin habla en su nombre y reemplaza a aquél en su condición de «padrecito» y providencia, a cambio de una sumisión incondicional, voluntaria o a la fuerza. El pueblo ruso no participa, no puede participar conscientemente, en la aventura revolucionaria. Es un huérfano menor de edad, para el que sólo ha cambiado el nombre de su tutor omnipotente. Nada tenía y sigue sin tener nada, sin poder disponer de su herencia, sin voz ni voto, a merced de lo que se disponga en el olimpo. Por consiguiente, no hay tal revolución rusa, sino un golpe de Estado del partido bolchevique. No puede hacer la revolución un pueblo que no es revolucionario, es decir, que no ha sido previamente educado para la nueva sociedad, que no sabe en qué consiste esa nueva sociedad ni posee una conciencia acorde con ella. Un erial no puede dar ninguna cosecha

—y la revolución es una cosecha—, si no ha sido roturado y sembrado a tiempo y en las condiciones debidas.

Pestaña deduce de todo ello el principio de que la revolución será imposible mientras no se cuente con un pueblo preparado que la entienda, la sienta y la interprete correctamente. Para ello, es primordial y básico la culturización de las masas. De ahí que para él constituya este punto una verdadera obsesión y que, como corolario, postule incansablemente la incorporación de las clases medias —poseedoras tradicionales de la cultura— al movimiento obrero.

Por otra parte, el espectáculo de las luchas ideológicas que desgarraban por dentro a la organización sindical, entre anarquistas «puros» y sindicalistas, agravado en los últimos años por el pistolerismo, le conduce a la convicción, cada día más firme, de que los sindicatos deben quedar al margen de las trifulcas teóricas y doctrinales y de que la violencia engendra violencia y degenera finalmente en puro matonismo a sueldo. De deducción en deducción, sus ideas se esclarecen, toman cuerpo y se afirman. Así llega a concebir los sindicatos como organizaciones autónomas, cuya finalidad es conseguir las reivindicaciones sociales y económicas de los trabajadores, preparar a éstos para la nueva sociedad donde el trabajo constituya la máxima dignidad y donde impere una nueva moral que impida la explotación del hombre por el hombre y, finalmente, transformarse en los órganos que puedan sustituir un día a los creados por el capitalismo para la producción, la distribución y el consumo. El sindicato, por consiguiente, deberá acoger a todo trabajador, sea cual sea su ideología política. Es absurdo proponer un sindicato con unanimidad ideológica. Los grupos ideológicos podrán influir en los sindicatos, pero, en ningún caso, someterlos y dirigirlos y hacer de ellos una simple fuerza de choque en la pugna por el poder político, como en la práctica pretenden los anarquistas y los marxistas. Ello no quiere decir que los sindicatos hayan de ser absolutamente apolíticos. Se quiera o no, el sindicato, en su calidad de tal, como toda comunidad humana, genera su propia política, la política sindical, que influye inevitablemente en la general de la nación, tal como se reconoció en la Conferencia de Zaragoza. El apoliticismo de los

anarquistas, que presupone la creencia en que la revolución puede producirse espontáneamente y por sólo el impulso de sus ideas, es un supuesto ilusorio, cuando no una hipocresía o una falacia por parte de quienes lo predicán. El problema consiste en cómo concretar esa política de los sindicatos, cómo expresarla y cómo instrumentarla adecuadamente. ¿Haciendo participar a los sindicatos en el juego político de los partidos y los grupos? De ninguna manera. Ni por su estructura orgánica ni por la heterogeneidad ideológica de su componente humano podrá nunca el sindicato competir con las agrupaciones específicamente políticas en la lucha electoral y, luego, en los municipios y en el Parlamento. Supondría una distorsión de su método y de sus fines, una contradicción esencial que acarrearía fatalmente su fracaso. Siendo así, ¿qué hacer?

Pestaña fue un hombre de mente rápida y ágil en los juegos del pensamiento. Poseía una gran intuición que le alumbraba instantáneamente las verdades, pero luego era lento en los análisis y lentísimo en las comprobaciones. De ahí sus morosas y dubitativas reflexiones que retardaban largo tiempo la acción consecuente, es decir, sus decisiones. Él ya intuyó entonces la respuesta, pero tardaría varios años en proclamarla y en adecuar a ella su conducta. Seguramente la concibió o la maduró entonces y comenzó a analizarla exponiéndosela cautamente a sus compañeros de cárcel mediante preguntas, según su estilo dialéctico, como lo demuestra la siguiente conversación que nos ha transmitido Pere Foix:

«Una tarde, Ángel Pestaña promovió una acalorada controversia entre los compañeros. Después de pintar con negras tintas el cuadro de la política española, preguntó:

»—¿Creéis necesario que los trabajadores encuentren la manera de unirse con la clase media, es decir, con los técnicos y el campesinado?

»Y, sin dejar tiempo a que fuera contestada su pregunta, continuó diciendo:

»—Yo creo que sí. Supongamos que los trabajadores piensan que es inaplazable unirse a la clase media, tan numerosa en Cataluña, para

dar la batalla a la reacción con más facilidad. ¿De qué manera se podría realizar esa unión de obreros, técnicos y campesinos? No se ha de olvidar que la clase media se resiste a ingresar en los sindicatos. Y si, como ya se ha intentado alguna vez, volviéramos a insistir en la fuerza para lograr su ingreso en la CNT, correríamos el riesgo de enfrentarla con la organización obrera. Nuestro error, hay que decirlo de una vez, proviene de confiar demasiado en nuestra propia fuerza.

»Al llegar a este punto —sigue Pere Foix—, Ángel Pestaña, con mucha habilidad, insinuó que tal vez sería necesario crear un organismo que permitiese aliar a los trabajadores y a la clase media, el cual podría impedir el desastre que planeaban nuestros adversarios para nuestras concepciones, precisamente cuando se abriera el camino para los avances económicos y sociales.»

Como era en él habitual, Pestaña se limitó a sugerir, a insinuar, ver qué reacciones provocaba, oír las objeciones y los asentimientos y, de ese modo, probar con cautela si el terreno estaba o no preparado para recibir enteramente su pensamiento. De entre los que le escuchaban aquella tarde, algunos captaron su intención de formar un partido obrero; otros, anarquistas acérrimos, dispuestos a provocar un movimiento general revolucionario aprovechándose del estado de general confusión que seguiría a la caída de la dictadura de Primo de Rivera, se indignaron al oír sus proposiciones y le acusaron con acritud de pretender acomodarse a la política; los demás interpretaron sus palabras con arreglo a su saber y entender, cada cual a su manera.

Pere Foix observa que la evolución del pensamiento de Pestaña era todavía vacilante e imprecisa. En cambio, cuando se trataba de trabajar para el derrumbamiento de la monarquía, se mostraba siempre enérgico y decidido. Cuando, por ejemplo, se discutía acerca de la conducta que se debería seguir con los que, partidarios en un principio de la Dictadura, empezaban a desertar de su campamento, pesarosos de haber colaborado con ella, la opinión de «el Ángel» era la de ponerlos ciertamente en cuarentena, pero sin rechazarlos brutalmente.

—Nuestra misión —decía— es ambientar el país contra la Monarquía y la Dictadura y sería una gran torpeza por nuestra parte desechar a los desengañados de Primo de Rivera y de Alfonso XIII. Por lo demás, el comportamiento de Pestaña en prisión era el de un verdadero amigo para todos los compañeros. «La delicadeza de sus palabras, su manera de ser y obrar —dice Pere Foix— encantaban a los presos.»

La calma y el vacío de muchas horas en prisión le invitaban a soñar despierto y a mostrarse comunicativo. Así, contra su costumbre, dominado por la melancolía, recordaba ante sus compañeros pasajes de su infancia en Ponferrada y de su juventud errante. Alguna vez confesaba asimismo su amor a Cataluña, cuyas bellezas naturales exaltaba como un poeta. Y en alguna ocasión la nostalgia de su familia, de su hogar, de su barrio y de sus quehaceres normales, se traslucía en sus palabras. Sucedió en esos momentos en que la tristeza de la cárcel propicia las confidencias entre los hombres que sufren el mismo tedio, porque es el único camino para evadirse del ingrato contorno y de protegerse contra los fantasmas de la soledad. En la cárcel no existe más tiempo que el pretérito. Por eso, el recluso tiene siempre puesta la vista en el pasado, lo evoca constantemente, como una obsesión para cerciorarse de que vive.

Pero no siempre se deja dominar el preso por la añoranza y la pena. La jomada es larga y da tiempo para todo: reflexionar, recordar, reír, bromear y hasta jugar y divertirse. La reacción más humana contra la tristeza es el humor. Y aquellos hombres de acción, condenados a la inactividad, hallaron la manera de librarse de sus obsesiones mediante la crítica, la burla, la sátira y el chiste. Crearon un diario mural de carácter humorístico, titulado *El Krotólogo*, que se publicó durante varios meses y en que colaboraron, junto a Pestaña, otros destacados cenetistas como Peiró, Oscar Pérez Solís — después jefe del partido comunista y finalmente vuelto al redil católico y reaccionario—, Felipe Alaiz, Abelló, Tusó, Bonet, etc.

Poco a poco, no obstante el clima cerrado de la prisión, Pestaña iba asumiendo la responsabilidad y la representación que arrostrara

hasta su muerte Salvador Seguí. Mientras vivió, era él quien aparecía a la cabeza de los que preconizaban un cambio en las tácticas de lucha y en la estrategia final de la CNT. Seguí significaba la moderación, el realismo, la inteligencia política y maniobrera y, por consiguiente, la oposición a los métodos desenfrenados e irresponsables de los anarquistas dogmáticos e intransigentes. Tras él, Pestaña mantenía una postura equidistante entre ambas tendencias, si bien con una inclinación creciente en favor de la de aquél.

Al analizar la actuación de los dos grandes hombres de la CNT, se llega a la hipótesis de que Pestaña confiaba más en Seguí que en sí mismo para dirigir la maniobra que hiciera tomar a la CNT otros derroteros, y que por tal motivo se quedó en un segundo plano. Por otra parte, esperaba ingenuamente que los extremistas rectificaran su conducta, a pesar de las decepciones que continuamente les deparaba la experiencia, y no quería, por lo tanto, una ruptura peligrosa para el porvenir de la organización. Prefería ser el armonizador, el punto de confluencia y de equilibrio. De ahí sus dudas, vacilaciones y vaivenes. Todo en el terreno táctico, por supuesto. Era otra forma de conseguir los mismos fines. Estaba con el «Noi», pero trataba de evitar la escisión. Fue sin duda el temor a esta eventualidad lo que le cohibía y frenaba y le mantuvo suspenso durante muchos años. Pero, desaparecido Salvador Seguí, que le tapaba, quedó él al descubierto, solo sobre el podium. Ninguna otra personalidad podía discutirle el puesto. Gran honor, verdaderamente, pero también grave responsabilidad. Y ocupó el lugar del «Noi», pero fiel a su carácter, tomando todas las precauciones posibles a fin de que no se le rompiera la CNT entre las manos, procurando eludir a toda costa un enfrentamiento radical de posiciones que condujera fatalmente a la tan temida quiebra de la organización.

3. PROCESO REVISIONISTA

Ya antes de caer en prisión por orden de la Dictadura, Pestaña, junto con Peiró y otros dirigentes de menor prestigio, había expuesto vigorosamente la idea del mantenimiento y legalización de los sindicatos dentro de las concepciones del «sindicalismo revolucionario» a fin de consolidar su cohesión interna y eludir el mangoneo y las desviaciones de los anarquistas. En diciembre de 1923 publicó un artículo en *Solidaridad Obrera* oponiéndose a la determinación de la Federación Local de Barcelona de clausurar los sindicatos y suspender la edición del órgano confederal. En otro posterior, ante el hecho de la creación por parte de la Dictadura de un nuevo partido con carácter de único, la Unión Patriótica, al servicio de su política, propuso la alianza de todas las izquierdas, en que cada partido, organización y grupo, sin perder sus propias características ni abandonar su campo de acción natural, coincidiesen en el esfuerzo común de luchar contra la Dictadura hasta derribarla. «Frente a una fuerza hay que oponer otra. Frente a un movimiento regresivo, otro progresivo. Frente a una captación de todas las fuentes de la libertad y del progreso de las derechas, hay que oponer una rotunda y bien orientada oposición de las izquierdas que impida esa captación que se pretende.» Previendo acertadamente que su proposición de una alianza de izquierdas provocaría en los anarquistas, contrarios a cualquier tipo de frente común con otras fuerzas, una rabiosa oposición, recabó para sí toda la responsabilidad que por ello contrajera, dejando dicho bien claro, además, que se trataba de un criterio estrictamente personal.

En la cárcel no se limitó a meros escauceos con sus amigos en las tertulias de patio o de celda, sino que, consecuente con las conclusiones a que le llevaba su análisis crítico del pasado y del presente de la CNT con vistas a su futuro, escribió para *Solidaridad Proletaria*, órgano sustitutivo de *Solidaridad Obrera*, largos artículos en los que expuso con toda claridad sus pensamientos. En el titulado «¿Revisionismo?», justifica la revisión de las ideas como un fenómeno histórico aplicable también al anarquismo, en tanto en cuanto

adecuación de la teoría a la práctica, y repudia, por supuesto, la sublimación del individuo, por encima de todo otro valor humano y social, que preconiza el anarquismo clásico, y que, en definitiva, era un postulado de la filosofía liberal burguesa del siglo xix. «La educación que en los grupos anarquistas españoles se ha dado ha sido la exaltación del individuo. Y los resultados ya los vemos. El individuo así educado se ha creído ser él un centro de gravitación, algo así como un sol con sus satélites, y ha llegado a convertirse en fuerza disgregadora. Se ha creído, más que el depositario de un contenido espiritual que debe guardar y ampliar para transmitirlo, el propietario único e indiscutible de ese depósito, pudiendo disponer de él a su antojo.

»Así entendemos la educación de los individuos en el seno de los grupos anarquistas. Hay que rectificar el concepto de que el individuo lo es todo. La exaltación individual practicada como hasta hoy, lo mismo puede darnos buenos y abnegados camaradas que ególatras y usureros, sin otra visión que sus satisfacciones personales.

»El anarquismo, según yo lo entiendo, es teoría de multitud, de agrupación, de colectividad; pero si bien comienza por educar al individuo como base de influencia en los destinos humanos, no pretende, ni mucho menos, exaltar al individuo como único valor del progreso. De ser así, la contradicción no podría ser más patente: ser teoría de multitudes, pero practicando enseñanzas individualistas que, en realidad, es lo que se hace en la mayoría de los grupos. Y el resultado de esta contradicción hace que, temiendo enajenar nuestra libertad individual, no respetemos la de los otros, y proclamándonos antiautoritarios perfectos, pretendemos que los demás giren alrededor de nuestra libertad individual, sin reciprocidad de ninguna clase.»

En otro artículo trazaba la línea de separación entre los grupos anarquistas y los sindicatos. Era preciso delimitar el campo de acción respectivo para llegar a la conclusión de que en ningún caso podía admitirse que el grupo anarquista usurpara la personalidad de los sindicatos, los suplantase y, finalmente, los condujese en persecución de sus fines específicos, contrarios a veces a los estrictamente

sindicales, como pretendían los anarquistas y como, por desgracia, había venido sucediendo hasta entonces. No, los sindicatos no debían seguir siendo un simple instrumento, una herramienta, en manos de los anarquistas para imponer éstos su criterio a una mayoría no adscrita a su ideario. En resumen, Pestaña quería rescatar a los sindicatos de la dictadura anarquista, tan ominosa como cualquier otra y cada día con pretensiones más absorbentes. Para ello explicó claramente las diferencias constitutivas, orgánicas, intencionales y teleológicas de ambas entidades, de las que deducía obviamente distintos comportamientos e identidades inconfundibles, si bien coordinables y complementarias.

«No puede ponerse ya en duda que el sindicato tiene un radio de acción característico y propio, como propio y característico es el del grupo anarquista.

»Al grupo anarquista pueden pertenecer individuos que de ninguna manera podrían pertenecer a un sindicato, así como pertenecerán a un sindicato quienes no podrían pertenecer a un grupo anarquista. Porque el sindicato tiene una misión a cumplir muchísimo más limitada que la del grupo. Porque el sindicato persigue únicamente un ideal de clase, económico, materialista, obviando las cuestiones de moral y ética colectivas, de secta o de partido, que son las definidas por el grupo. Y si bien parece —de aquí ha nacido el equívoco de todos esos anarquistas que proclaman que todos los sindicatos han de ser anarquistas— que, puesto que se complementan la acción del sindicato y la del grupo, nada cuesta confundirlo en una misma apreciación, lo cierto es que son inconfundibles.

»En el grupo anarquista caben todos los hombres que piensen, que sientan y obren en anarquista; todos los seres que rechacen las desigualdades, la injusticia e iniquidades humanas, sea cualquiera su posición económica en la sociedad. Y, si bien es verdad que la mayoría de los anarquistas son proletarios, débese sólo a que, siendo ellos quienes sufren más directamente la injusticia, sienten también una mayor necesidad de rebelarse. Ésta es la razón. A un grupo anarquista —insiste— pueden pertenecer un burgués, un patrono, un hombre que vive independiente, que no haya de someterse al salario,

que no preste sus servicios en fábrica, obra o taller alguno. ¿Este mismo individuo puede pertenecer a un sindicato?»

Y contesta: «En cambio, en el sindicato, en la organización profesional o industrial, no caben más que los trabajadores, los asalariados, los que sufren la explotación del hombre por el hombre y quieren unirse para evitarla. La diferencia es, pues, apreciable. Los límites, inconfundibles.»

Sus conclusiones son irrefutables: «Cabe, pues, que quienes sostienen que los sindicatos han de ser anarquistas, salgan de su error. Los sindicatos pueden hacer labor anarquizante, eso sí, y de que la hagan deben encargarse los grupos, pero nada más. Pretender otra cosa como, por ejemplo, que los sindicatos sean anarquistas o que hagan labor eminentemente anarquista, resultará una incongruencia... No podría decirse entonces, como se dice hoy, que todos los obreros, sin «distinción» de ideas, sean cuales sean sus «creencias», caben en el sindicato. Habría que llamar a los que fuesen exclusivamente anarquistas, a los que pensasen en anarquista. Otra cosa sería incongruente, y el obrero se llamaría a engaño, y con razón.»

Por último, advierte: «Invitados quedan todos los compañeros a meditar sobre ello y a obrar como su juicio les dicte. Procuren no olvidar, empero, las enseñanzas de los tiempos que vivimos. Son ricas en matices, pictóricas de facetas que nos demuestran bien claro los errores cometidos... Si persistimos como hasta hoy, el mal irá agravándose hasta alcanzar, acaso, proporciones aterradoras.»

Después de leer estos párrafos podría pensarse que Pestaña se declara antianarquista y se erige en martillo pilón de los anarquistas. Nada, sin embargo, más lejos de la verdad. Pestaña era entonces y seguirá siendo toda su vida un anarquista convencido, si bien entendiendo dicha doctrina de la manera más pura y racional, como «la teoría que tiende a desarrollar todas las particularidades que caracterizan al hombre, que lo hacen sociable, que lo destacan, biológicamente considerado, y viene, en consecuencia, a desarrollar su personalidad prescindiendo de todo elemento coercitivo que no sea el

de su propia conciencia y el derivado de la convivencia social, natural y libremente consentida». El anarquismo fue para él una escuela de virtudes éticas, de dignificación del hombre, de respeto al hombre; una forma de ser y comportarse, una doctrina para la formación de una conciencia humana más generosa, más compasiva y solidaria y, en fin, un camino de perfección.

Su cambio de posición con respecto al anarquismo, que sí lo hubo, consistió en dejar de creer que pudiera profesarse como una idea política aplicable por coacción en una sociedad, como la de su tiempo, que no había alcanzado aún el grado de conciencia mínimo necesario para aceptarlo y realizarlo. Con otras palabras, rechazaba de plano el supuesto de la implantación del anarquismo en virtud de un acto de fuerza como el de los bolcheviques en Rusia. Dejaba el anarquismo como un «desiderátum» último en el proceso evolutivo de la humanidad y, en el entretanto, como una levadura moral que fuera formando y preparando al hombre para acceder, por la vía del convencimiento y del consentimiento, al estado superior de convivencia humana que proponía la teoría ácrata. El anarquismo, en suma, debía permanecer en el terreno de las especulaciones filosóficas y ser una aspiración quizá nunca realizable, aunque sí deseable.

A los que «el Ángel» combatía era a los sedicentes anarquistas de los grupos que pululaban por los entresijos de la CNT con el fin de hacer de ella una plataforma de su vanidad, de su egoísmo o de su paranoia. Él había militado muchos años en los grupos y conocía muy bien la calidad de los individuos que los componían, y las mezquindades, miserias humanas y deleznales y sucios intereses que, en muchos casos, encubría la etiqueta. Con las excepciones de rigor —los Seguí, Peiró, Villaverde, Quintanilla, Foix, Viadiu y otros innominados—, nobilísimas, la mayoría de los militantes profesaban un anarquismo encorsetado en un simple formulario ritual sin contenido y que era, con respecto a la esencia de la idea, lo que el catolicismo en relación con el cristianismo evangélico, sólo cáscara. No podía imaginarse nada más antitético del anarquismo que el dogmatismo, y en dogmas y axiomas indemostrables había degenerado para la mayoría de los que lo invocaban.

Por otra parte, había descubierto mucha arrogancia, desprecio por la masa, soberbia intelectual, envidia y frustraciones de toda índole, en ese tipo de insurgentes energuménicos que a cada paso apelaban a la revolución como si fuera una palabra mágica que transformaría, a su conjuro, súbitamente, a la sociedad, unas veces porque lo creían así, y las más de ellas, sin creerlo y sin más fin que el profesional y utilitario. ¿No era la familia Urales, por ejemplo, un caso inequívoco de industrialización del ideario anarquista? ¿De qué vivía, tan a lo burgués, dicho clan familiar —Federico Urales, su mujer, Soledad Gustavo y su hija, Federica Montseny— sino de la empresa editorial de literatura anarquista para consumo de la ignorancia popular, que había montado en su propio y exclusivo provecho? La organización obrera les ofrecía un gran mercado, propaganda y distribución gratuita, mientras ellos, asentados sólidamente en su margen, cuidaban la buena marcha del negocio interviniendo a gritos siempre que algo amenazaba alterar sus beneficios, en nombre de la sagrada ortodoxia, tal como la entendían y exigían, y sin ningún riesgo por su parte. ¿Qué les importaba una huelga o un «lockout» que arrasaran los sindicatos si ellos permanecían a flote, indemnes, alejados del conflicto por su condición de «intelectuales» y «orientadores»? No podía olvidarse tampoco a los que acampaban en el anarquismo para justificar su bohemia, su vida a salto de mata, sableando a la organización y a los ingenuos camaradas, sacrificando a sus compañeros e, incluso, explotando a pobres mujeres. Los que confundían la rebelión social con su repugnancia por el trabajo, las ideas con la ganzúa. Tipos que olvidaron su profesión, o que nunca la tuvieron, haraganes de oficio, verdadera chusma indeseable que creció y se multiplicó alarmantemente cuando se generalizaron el crimen y el expolio durante la etapa del pistolero.

Contra esos falsos anarquistas —verdaderos mercaderes del templo— que tanto dañaban el crédito y la eficacia de los sindicatos esgrimía Pestaña su látigo. Quería evitar, sobre todo, que mango-neasen la organización y la condujeran a la catástrofe. La batalla contra ellos durará lo que su vida, con suerte varia, pero, en cualquier caso, sostenido siempre en su actitud por la lógica irrefutable

de los hechos. Será su gloria y su martirio y deberá a esa lucha, en definitiva, el honor y la gloria de haber sido, desde la muerte de Seguí, el hombre más clarividente en el movimiento obrero más importante de España.

Anarquista integral, dedicará, no obstante, todos sus esfuerzos a la consolidación, fortalecimiento e independencia de los sindicatos, desde dentro de ellos, por ser, a su juicio, motores de la revolución económica y generadores de una política original cuya expresión debería confiarse a un instrumento específicamente estructurado para ello, pero supeditado a los fines de la organización, y no a la inversa, como pretendían los grupos anarquistas o como operaban los partidos marxistas, para los que el sindicato era sólo la masa de maniobra para el asalto al poder.

4. CONTROVERSIAS Y CONSPIRACIONES

A la salida de la cárcel, Pestaña se encuentra frente a un panorama desolador. Por un lado, la Dictadura está en el cénit de su popularidad. El plan de obras públicas —pantanos, carreteras, ferrocarriles, etc.— que lleva a cabo en toda la Península absorbe el peonaje temporero normalmente en paro estacional. La pacificación del Rif es un logro que ni aun sus enemigos le discuten. La gran burguesía aplaude, contenta, porque le garantiza el orden y la disciplina en el trabajo y la prosperidad en los negocios. Se han sentado las bases teóricas de un Estado corporativista, a imitación del italiano de Mussolini, en el que participa, desde posiciones de ventaja, la UGT socialista y, por supuesto, los sindicatos del «Libre». Los Comités Paritarios arbitran las relaciones entre el capital y el trabajo. Fuera de España, las naciones atraviesan uno de los ciclos periódicos de triunfalismo capitalista. Son los dividendos de la victoria del 18 con que las potencias democráticas se desquitan de los terrores y penurias de la guerra mundial. Parece que se ha acabado el miedo y que el mundo, bajo el patrocinio de la Sociedad de Naciones, ha entrado

definitivamente en una era de paz, trabajo y concordia. Una especie de furor vital se ha apoderado de las generaciones jóvenes, que tratan de innovarlo todo y de levantar nuevos mitos sobre los que yacen en las trincheras de Verdún y del Mame. Estallan las modas. Relampaguea el optimismo. Se vive alocada e intensamente. Triunfa París y se imponen el tango, el champán y los cigarrillos egipcios. Irrumpen hasta la plaza pública, como corceles desbocados, el cubismo, el dadaísmo y el futurismo. Las mujeres se cortan el cabello y las faldas. Todavía no se barrunta la tormenta del 29 y la bolsa de Nueva York registra sus más espectaculares alzas de valores. Con el tiempo y la vista atrás, se llamarán «locos años veinte» a los de esta década. Pero, por otro lado, la CNT está prácticamente fuera de combate como tal organización. Subsisten algunos vestigios de ella en el Norte de España y Andalucía, que han sabido capear el temporal, y en Cataluña, su feudo, sólo algún que otro sindicato en localidades de segundo orden. La organización ha desaparecido en Barcelona, donde sólo actúan, en la sombra, algunos grupos de militantes, empeñados más en discutir que en obrar. La clandestinidad favorece el activismo de los grupos anarquistas, algunos de los cuales, instalados cómodamente en Francia, manejan desde allí la información y ejercen gran influencia en los restos dispersos u ocultos de la organización.

El dilema que se le presenta a Pestaña es terminante: ¿debe o no intentarse la reorganización de las bases sindicales? No lo duda y desde el primer momento se muestra partidario de una respuesta afirmativa a la primera parte. Los anarquistas, por el contrario, apoyándose en la argucia de «los sagrados principios» y en el «todo o nada», prefieren la clandestinidad, en la que los grupos se mueven a sus anchas. Ahora bien, se pregunta «el Ángel», ¿cómo hemos de proceder en las difíciles circunstancias actuales para poner en pie los sindicatos?

Pestaña, ya que no puede hacer otra cosa, utiliza la pluma como una lanza, aprovechando las precarias publicaciones que aparecen y desaparecen de cuando en cuando en algunas provincias. No da tregua a sus oponentes y va señalando el nuevo rumbo que debe tomar la

CNT en la Dictadura para encontrarse preparada y asentada en buenas posiciones de partida cuando concluya el estado de excepción y se restaure la normalidad jurídica, política y social en España. Ve, angustiado, que si no se comienza a recoger y ordenar los restos de la organización, la caída de la Dictadura les sorprenderá inermes y sin ninguna base operativa para influir en la nueva etapa histórica que se inaugure. Será tarde entonces para organizarse mientras que la UGT, los sindicatos católicos e, incluso, los «Libres», partirán de posiciones de ventaja, con sus bases en orden y sus cuadros dirigentes en funciones. En su artículo «Pido la palabra» desbroza dialécticamente el camino de los inconvenientes que él mismo plantea para llegar a la conclusión que para reorganizar los sindicatos es preciso hacer las concesiones que impongan las circunstancias. «Soy de los que creen que pueden hacerse muchas cosas. Como lo soy también de los que no cierran los ojos, de los que pretenden que los acontecimientos no nos cojan desprevenidos, por lo menos hasta donde el límite de mis facultades me permita observarlos. Vale más jugar a cartas descubiertas. Así puede obrarse con la máxima sinceridad.»

Se inicia así una larga y ardua polémica entre el sector sindicalista que él encabezaba, partidario de la legalización de los sindicatos «como entidades económicas inalterables en sus características de neutralidad en la lucha de los partidos políticos por el poder», y los anarquistas individualistas, opuestos a cualquier intento en ese sentido. Esta polémica, que se desarrolla en circunstancias de aislamiento y desconexión entre los participantes en ella, sufrirá diversas fluctuaciones impuestas por el terreno movedizo y cambiante que pisan sus protagonistas y por la incidencia de una serie de factores que se suman a ella en el proceso de descomposición de la Dictadura. Los opinantes, en prisión o en la clandestinidad, exponen simplemente criterios personales y, aunque se trata de dirigentes más o menos notorios, ninguno de ellos cuenta con el apoyo de la base, porque la base no existe. Así pues, son voces aisladas, sujetas, como es natural, al vaivén de las posibilidades, unas reales y otras supuestas, que apuntan en el confuso teatro de operaciones. Los sindicalis-

tas saben que cada paso que dan levanta airadas réplicas de los anarquistas. La posición de aquéllos es mucho más difícil que la de éstos, ya que los primeros proponen reformas más o menos audaces, mientras los segundos se limitan a sostener los viejos tópicos. Los unos luchan contra corriente; los otros a favor de la inercia. Por otra parte, los sindicalistas se baten en un terreno pantanoso, lleno de asechanzas, y han de arrostrar el peligro de equivocarse y de mancharse de barro, en tanto que los anarquistas se aferran a principios inamovibles y desdeñan olímpicamente toda toma de contacto con la realidad. Para los sindicalistas, lo primero es salvar la CNT, a un precio razonable, de su destrucción; a los anarquistas les interesa primordialmente su hegemonía ideológica y, entre una CNT poderosa, pero independiente, y una CNT hipotética, pero bajo su dominio, se inclinan decididamente por esto último.

Como los sindicalistas tienen que inventar una fórmula que haga posible la legalización de los sindicatos sin demasiadas concesiones, fórmula que haga compatible a la CNT con las leyes de la Dictadura, se suscitan entre ellos mismos divergencias que les hacen vacilar y contradecirse a la hora de concretar una solución. Por eso, veremos a Pestaña y a Peiró coincidir, discordar y volver a estar de acuerdo o distanciados.

En medio de estas tensiones se producen los primeros intentos conspiratorios contra la Dictadura que culminan en golpes fallidos como la «Sanjuanada» y la operación militar de Prats de Molió, dirigida por el viejo coronel retirado Francisco Maciá, fundador del partido separatista catalán «Estat Catalá», con la participación en ambos casos de sindicalistas y anarquistas. Estos hechos producen bruscas reacciones por parte del poder, con las naturales consecuencias punitivas contra los elementos fichados como peligrosos, con lo que los comités fantasmas de la CNT son continuamente desarbolados y sus componentes varados en las cárceles o proscritos.

El año 27 tuvo lugar en Valencia, durante una simulada jira campestre con paella y jolgorio, un acontecimiento que tendría una importancia capital no sólo en el movimiento anarcosindicalista, sino en todo el proceso revolucionario español. Ello fue la constitución

de la Federación Anarquista Ibérica, más comúnmente conocida por sus siglas, FAI, por los grupos anarquistas españoles y portugueses. Hasta esa fecha, los grupos anarquistas, compuestos por un reducido número de militantes afines en ideas y tácticas, operaban en forma de guerrillas independientes a pesar de un primer intento de federación que no llegó a cuajar. Pero a partir de entonces, la solidaridad teórica entre los grupos se articuló orgánicamente en una gran unidad operativa, con disciplina interna y estrategia concordada. La FAI nació con el propósito aparente de oponerse a la infiltración de criptocomunistas en los sindicatos confederales, pero, en realidad, para situar a sus militantes en los círculos de decisión de la CNT y desplazar de ellos a los reformistas —sindicalistas—, o al menos, neutralizarlos, e identificar los fines de la CNT con los suyos propios, fenómeno de osmosis ideológica que tomó el nombre de «trabazón». Paralelamente a la FAI apareció y comenzó a actuar en defensa de las mismas pretensiones el grupo editorial argentino del diario anarquista *La Protesta* que dirigía un navegante español en aguas seudointelectuales, que ocultaba bajo el pomposo y visigótico seudónimo de Diego Abad de Santillán su verdadero nombre: Sinesio García Fernández.

El mismo año se inicia el declive del régimen dictatorial, minado por las conspiraciones y la ceguera del dictador, que no advierte los estragos que ha causado su política, incluso en el ejército. Como consecuencia de ello, el malestar crece y se manifiesta de mil modos, creando una atmósfera asfixiante alrededor de la cúspide del poder, en la que se encuentra cada vez más solo Primo de Rivera. En realidad, se trata de una sola conspiración con mil cabezas. Conspira todo el mundo: partidos políticos, sindicatos, militares jóvenes, personalidades de la política predictatorial, y en todas partes, aunque sean París y las ciudades fronterizas de Francia de donde parten las órdenes, las consignas y los panfletos. Naturalmente, al ser tan vasta y heterogénea, no hay posibilidad de secreto ni de coordinación y, por lo tanto, resulta transparente a los ojos de la policía, por un lado, e inoperante, por otro. Pero de todas maneras es un indicativo del estado de descomposición en que se encuentra el régimen

surgido del cuartelazo de 1923. El dictador golpeaba a ciegas, consciente de una sola cosa: que poco a poco perdía estabilidad porque empezaba a faltarle la tierra bajo los pies.

Es un período confuso y no es posible, por lo tanto, establecer un orden en la maraña de actividades conspirativas, a veces paralelas, otras, coincidentes, y, a menudo, inconexas y aún divergentes. Lo que está fuera de toda duda es que en la conspiración intervinieron, a mayor o menor altura, los militantes más prestigiosos de la CNT e, incluso, de la FAI. Por supuesto, también Pestaña, quien en alguna ocasión fue a París comisionado por algún grupo de interior cerca de personalidades o núcleos directivos que operaban desde fuera.

Pestaña conspira, porque, como ha sostenido alguna vez ante sus compañeros, la tarea más urgente era derrocar la Dictadura, volver a la legalidad y así disfrutar de las libertades básicas de asociación y expresión, indispensables para el pleno desarrollo de las actividades sindicales. Conspira y conspirará hasta la proclamación de la República, pero no por eso se olvida de la que considera su primordial obligación: la de poner en pie los sindicatos cuanto antes, sin esperar la caída de la Dictadura, a fin de que, cuando eso llegase, la CNT se hallara en óptimas condiciones de desarrollo y con la máxima potencia posible para intervenir en el período revolucionario que indefectiblemente se abriría entonces. En una serie de artículos titulados «En torno a la unión moral» propugna la constitución de una especie de liga de militantes confederales, cuyo objeto sería estudiar y analizar los problemas de la CNT y, luego, proponer las mejores soluciones que se les ocurrieran. También abogó porque, sin detenerse ante los obstáculos doctrinarios, se organizaran los trabajadores por profesiones, en sindicatos autónomos, como ya, por iniciativa propia, habían hecho algunos sectores en Barcelona.

Ya había entonces comités y juntas sindicales, pero apenas sin base y, por supuesto, sin que existiese la debida correlación entre aquellos organismos y ésta. A Pestaña le preocupa grandemente este divorcio que esteriliza toda verdadera acción sindical. Por eso acucia constantemente para que se lleve a efecto la reorganización de los

sindicatos, aun a trueque de aceptar temporalmente la legalidad oficial con todos sus inconvenientes. Concreta en estos puntos su criterio:

«Primero. Dejando aparte todo lo pasado, considerar que el sindicalismo es movimiento de multitudes y no elucubraciones de minorías, por muy selectas que éstas sean.

»Segundo. Que como tal, toda actuación clandestina que no sea circunstancial y transitoria, terminará por convertirse en elemento negativo y disolvente.

»Tercero. Que la organización ha de intentarse con miras a realizar labor de cultura, de educación de la clase trabajadora, de despertar el sentimiento de solidaridad de clase, de plena responsabilidad de cada uno de los componentes de la organización, y más particularmente de los que ostenten cargos representativos y de conservar y hacer respetar por la dase patronal todas las mejoras y ventajas conquistadas en luchas y movimientos pasados.

»Cuarto. Que entren a formar parte de esta organización los que voluntariamente lo quieran y se encuentren dispuestos a trabajar por los extremos apuntados y todos aquellos que la actuación de cada día fuera planteando, sin preocuparles que el número de los adherentes sea grande o pequeño.»

A los que se oponen les advierte del peligro de «haber cerrado las puertas de los sindicatos», añadiendo:

«¿Pero, vamos a dejar de ser explotados? ¿No tendremos que seguir yendo todos los días al taller y aguantar las insolencias de encargados sin educación? ¿No nos reducirán más el salario ni cambiarán a costa nuestra los métodos de trabajo? ¿Ya no nos obligarán a trabajar horas extraordinarias y a cobrar la paga corriente? ¿Ya no nos va a obligar el patrono a que entre dos hagamos lo de tres para decirnos luego: *Si no os gusta, os podéis marchar?*

»Evidentemente, todo eso es verdad y sucede cada día. Por consiguiente, la única manera de evitarlo es la de siempre: agruparse los trabajadores en su respectivo sindicato a fin de tener fuerza para oponerse a los abusos patronales.»

El mayor inconveniente lo representan los Comités Paritarios y Pestaña dice: «El pertenecer al Comité Paritario no es obligatorio. Un sindicato puede actuar, y con cierto margen de ventaja, sin aceptar dicho organismo. En Barcelona tenemos varios ejemplos... Con que eviten planear un conflicto, paro, huelgas o algo parecido, obvian el inconveniente del Comité Paritario. ¿Que sin conflictos no se pueden obtener ventajas? No importa; no se plantea. Y lo que con esto pueda perderse, se ganará con la relación y el contacto de todos los camaradas y de los simpatizantes que forman esos sindicatos. Se ve, pues, claramente, por lo dicho, que si no se hace más labor en beneficio de las ideas y de una preparación y coordinación para el mañana, es porque no se quiere, no porque no se pueda.»

Y termina diciendo: «De una vez, y decididos a obrar, situémonos. Cada cual donde mejor le acomode: cuadros sindicales, minoría de oposición, sindicatos de oficios varios, cualquier cosa menos ese despego, ese abandono, esa incuria por un presente que, a despecho de sofismas, está preñado de un porvenir. Coordinemos nuestras actividades, y la influencia de nuestras ideas y principios harán que, aunque sólo sea espiritualmente, viva presente en todo esa Confederación que tanto amamos.» Fue entonces cuando Peiró, inopinadamente, saltó a la palestra para oponerse al «posibilismo» de Pestaña, empleando unos términos y un estilo de brusquedad y violencia lindantes con el insulto y la provocación: «... hace ya cerca de dos años vengo demostrando que la CNT no debe ni puede adaptarse al sistema corporativo y a la colaboración de clase, y ni Pestaña ni nadie ha tenido la delicadeza, obligada por el más elemental deber de amistad, de probarme que estoy en un error... Parece que Pestaña no se da cuenta de que la legalidad de hoy nada tiene que ver con la legalización que disfrutábamos en otro tiempo». Apela a la ortodoxia más escrupulosa de los «principios» y proclama que la razón de ser de la CNT es el antiparlamentarismo y la acción directa. Su acusación más grave contra Pestaña y contra sus compañeros del Comité Nacional —por entonces Pestaña formaba parte de dicho Comité— consistió en señalarles como partidarios de la sindicación profesional y de los Comités Paritarios. Por último, señalaba dos

caminos a esos compañeros descarriados: o dentro de la Confederación sin reformismo, o con reformismo, pero fuera de la CNT.

La réplica de Pestaña fue comedida, si bien enérgica y contundente:

«Dejando aparte el lenguaje agresivo de los artículos de Peiró, ¿qué es, en definitiva, lo que contienen? Unas cuantas afirmaciones que Peiró hace, pero que Peiró no prueba. Peiró afirma que yo soy el propulsor, el organizador y consejero de los sindicatos legalmente constituidos y que, según él, representan una desviación de los principios fundamentales de la Confederación. No quiero discutir ahora si existe o no esa desviación. No lo quiero discutir porque no me interesa para la cuestión que se debate.»

Niega a continuación las acusaciones de Peiró y, finalmente, le emplaza a que las pruebe:

«Yo emplazo a Peiró y a sus informadores, y a *cuantos quieran unirse a ellos*, para que designen a los individuos que quieran, representantes de la organización o individuos particulares, uno, dos, tres, cuatro, diez o veinte, el número no me importa, para que hagan una información, examinen los hechos y comprueben las afirmaciones de Peiró. Los individuos pueden ser de Barcelona o de fuera de Barcelona. También esto me tiene sin cuidado.»

Y termina diciendo:

«Como digo al comenzar el artículo, no estoy dispuesto a polemizar sobre esta cuestión. Pertenezco a una organización y es a ella a quien, en todo momento, vengo obligado a dar cuenta de mis actividades, si alguna despliego. Porque creo también que las columnas de la Prensa han de servir para otra cosa que para ocuparse de los chismes que los viajeros de la calumnia se entretienen en llevar de un lado para otro, es por lo que no quiero descender al terreno al que Peiró ha descendido.»

Sin embargo, produjo tal conmoción el debate que el Comité Nacional dimitió en pleno. Ésa fue y así terminó la famosa polémica entre Pestaña y Peiró.

Es curioso observar cómo en las ambiguas y contradictorias relaciones entre Pestaña y Peiró deja verse pronto una cierta oposición y rivalidad que recuerdan las que, años atrás, se dieran entre aquél y Seguí, pero con un cambio de papeles, pues, con ligeras diferencias, es Pestaña quien defiende ahora las posiciones del «Noi del Sucre» mientras que Peiró mantiene las de Pestaña en aquel entonces.

En adelante, sus destinos marcharán paralelos, unas veces se entrecruzarán, otras, y, al fin, los distanciarán los acontecimientos históricos. Son dos personalidades que se atraen y se repelen alternativamente. Ambos son autodidactas, hombres de realidades, obreros ilustrados, inteligentes, pero no intelectuales, formados igualmente en el anarquismo y en la práctica sindical, fieles y honestos en grado superlativo. Pestaña aventaja a Peiró en imaginación y en finura espiritual. Es más dialéctico, más reflexivo, razona más fríamente y evoluciona con mayor lentitud, pero también con mayor inexorabilidad, hacia los fines propuestos. En cambio, Peiró supera a Pestaña en impetuosidad, pero es hombre de visión corta, irresoluto en el momento decisivo. Razona a saltos y se contradice. Así, Pestaña, tras largas meditaciones, después de apurar todas sus posibilidades de producir el cambio desde dentro de la CNT, se decide al fin a actuar en política y funda un partido, y Peiró, que parte de las mismas premisas, no se atreve a aceptar la conclusión lógica que de ellas se deduce. A pesar de ello, Pestaña rechaza por dos veces una cartera ministerial — en el gobierno de Cataluña y en el de Madrid, respectivamente— por no contravenir, en ambas circunstancias, la trayectoria que se ha marcado, y, en cambio, Peiró será ministro de la República en el momento más inoportuno y en contra de sus personales convicciones. Por último, Pestaña morirá antes de que acabe la guerra civil, herido mortalmente en el alma y en la carne por el dolor de los presentimientos sobre el fin de la República y por las secuelas del atentado de Manresa, y Peiró, huido a Francia tras la derrota y entregado después por la Gestapo a la policía franquista, caerá valientemente ante un pelotón de ejecución por negarse a colaborar con el enemigo. Uno morirá por el espíritu y el otro por el corazón, y los dos por la misma causa.

Uno de esos cambios bruscos de opinión, tan característicos de Peiró, nos lo demuestra su actitud en el Pleno clandestino convocado por el Comité Nacional de la CNT el día 19 de jímio de 1929, en el que, entre otras cuestiones de menor calibre, debería fijarse la actitud de la CNT respecto a los movimientos conspirativos contra el régimen dictatorial. «Finalmente, y en nombre del Comité Nacional —cuenta Bueso—, habló Joan Peiró, quien, sin duda, había evolucionado mucho desde los tiempos en que se enfrentaba con Pestaña, motejándole de posibilista... Peiró se dedicó primero a combatir a los sostenedores de los principios puros, deshaciendo las falacias empleadas que, afirmó, *no nos llevarán más que a atar de pies y manos a la CNT ante los acontecimientos que, irremisiblemente, se tenían que producir, si no interveníamos, sin nosotros, acaso contra nosotros.* Seguramente fue aquél el mejor discurso, lleno de lógica y de persuasión, de cuantos hasta entonces había pronunciado Peiró.» Según dijo después Bueso a Pestaña y a Peiró, el relojero —Pestaña — había prestado su discurso al vidriero Peiró.

5. LA DICTABLANDA

Al fin, torpedeado por el rey —diríamos «borboneado»— y abandonado por los capitanes generales del Ejército, Primo de Rivera se vio obligado a declinar sus poderes absolutos ante Alfonso XIII, quien le tomó inmediatamente la palabra y le destituyó de su cargo. Pasó entonces a ocupar la presidencia del Gobierno de la nación otro general, Dámaso Berenguer, Alto Comisario en Marruecos cuando el desastre de Annual e implicado, por consiguiente, en las responsabilidades derivadas del trágico episodio militar que costó la vida a más de veinte mil soldados españoles. Y comenzó así el período de la «Dictablanda», llamado de ese modo en oposición al de la «Dictadura» primorriverista, mucho más autoritario y riguroso. En palabras del propio Berenguer, «a más de la vuelta a la normalidad constitucional en el más breve plazo posible, imperativo inmediato

de aquellas circunstancias, aparecían también otros problemas que habían de abordarse desde luego para calmar los espíritus y devolver a la vida política de la nación su dinámica normal, desarmando la nutrida y agresiva oposición que contra la Corona se manifestaba».

El informe que recibe Berenguer de la Dirección General de Seguridad señala a los socialistas como una fuerza favorable al Gobierno. «La actuación socialista durante los seis últimos años —decía textualmente el informe— ha sido francamente gubernamental. La legislación obrera, y más especialmente la creación de los Comités Paritarios, han sido causa determinante de que, pese a la enorme crisis de trabajo, los obreros afiliados al Socialismo hayan resistido insinuaciones y gestiones, y se hayan negado sus jefes en repetidas ocasiones a cooperar en los movimientos de revuelta y agitación política para los que muchas veces fueron requeridos.» En cuanto al sindicalismo, advierte que intenta «al amparo de la legislación obrera actual» organizarse legalmente, para, «copando los puestos de los Comités Paritarios», no consentir tomen sobre ellos ventaja los demás partidos obreros, lo que podía constituir un peligro para el país por su actuación siempre revolucionaria, y porque su fuerza está callada, pero puede manifestarse con la mayor intensidad al menor descuido. Calcula en 200.000 sus adeptos en la región catalana, a los que habría que sumar los 45.000 de Vizcaya, la casi totalidad de la masa obrera en Valencia y Zaragoza y una proporción similar a la de los socialistas en Asturias. También advierte la presencia de la FAI que «sin predominio de masa obrera en ninguna región española, pacta constantemente con todo partido de actuación revolucionaria, y tiene gran importancia por su fácil adaptación a todo ambiente que signifique revuelta y terror». Como bien se ve, a los informadores oficiales se les escapa, al hablar de la FAI, la verdadera finalidad de esta organización, que no era otra, como ya hemos visto, que la «trabazón» con la CNT, a fin de dominar y dirigir la gran masa sindical de la Confederación.

Páginas adelante, al tratar de las reacciones provocadas en las organizaciones obreras por la caída de la Dictadura, escribió Berenguer:

«Desde las primeras semanas de nuestra gestión gubernamental trataron los sindicalistas, la CNT, de tomar contacto con el Gobierno para exponer sus quejas y sus deseos de regularizar sus relaciones, reintegrándose a la vida normal y controlada, saliendo de la clandestinidad en que vivían por no estar reconocidos por el Estado. En este sentido me visitaron en Madrid los dos directores principales de estos núcleos, Pestaña y Peiró.»

«Aplazada la resolución hasta un mayor conocimiento de la situación por parte del Gobierno y recibir los indispensables informes del Ministerio de Trabajo, en el mes de mayo, con ocasión de un viaje a Barcelona del director general de Seguridad, general Mola, se volvieron a entrevistar con él ambos dirigentes, reiterándole sus deseos de normalización.

»Este viaje del director general de Seguridad puso también de manifiesto, al estudiar el general Mola el problema del Orden Público en Cataluña, la imprescindible necesidad de tomar contacto y controlar la enorme masa obrera que allí vivía fuera de la ley, constituyendo un serio peligro para el mantenimiento del orden.

^Resultado de estos estudios fue que en el mes de mayo se autorizara a los gobernadores civiles para ir reconociendo a las agrupaciones de la CNT que lo solicitaran, previo examen de sus estatutos, en las condiciones establecidas por la ley de Asociaciones de 30 de junio de 1887.»

Antes de llegar a esta decisión del poder tuvo lugar en el Teatro Nuevo de Barcelona el primer mitin de carácter nacional con que la CNT se presentaba ante la opinión pública después del largo período de silencio impuesto por la Dictadura. Fue tal la afluencia de público que gran parte del mismo tuvo que quedarse fuera, formando grupos por los alrededores del local. Hablaron Sebastián Clará, Juan Peiró y Ángel Pestaña. Cuando le llegó su turno, Pestaña se adelantó lentamente hasta las candilejas y, en medio de una gran expectación, comenzó su discurso con la célebre frase de fray Luis de León: «Decíamos ayer...», que produjo en el auditorio un estallido de entusiasmo delirante, rompiendo una vez más la vieja costumbre de los

anarquistas de no aplaudir a los oradores. Así, sencillamente, el orador pasaba la esponja y borraba de la pizarra del tiempo, ante sus oyentes, el paréntesis de la Dictadura y volvía a anudar la Historia en el punto en que aquélla la interrumpiera. La Dictadura se había ido por el foro y quedaba en el escenario el espectáculo de siempre. Efectivamente, tuvo lugar una entrevista entre Mola y Pestaña que aquél dejó reflejada en su libro «Lo que yo supe», en estos términos: «A las siete de la tarde, día 4 de abril de 1930, acudí al despacho del general Despujols (gobernador civil de la provincia de Barcelona), al que encontré solo, puestas sus gafas de concha, leyendo unos papeles; inmediatamente me acompañó a una salita donde ya aguardaba el líder del sindicalismo español Ángel Pestaña. Éste me pareció un hombre de treinta y cinco a cuarenta años, más bien alto, cenecño, nariz afilada, mirada recelosa e inquisitiva, afeitado, de movimientos torpes, palabra fácil, un poco impregnada del deje catalán; vestía con pulcritud, dejando entrever con cierta habilidad su condición de trabajador, procurando guardar durante su visita una actitud extremadamente correcta. Tras unos brevísimos instantes de silencio, en que nos examinamos mutuamente, inicié la conversación, diciéndole que era resolución firme del Gobierno reintegrar la vida nacional a la normalidad, por lo cual serían autorizadas en lo sucesivo las sociedades y propagandas de todas clases, siempre y cuando cumpliesen los requisitos marcados por las leyes. Ahora bien, que yo quería saber los propósitos, las aspiraciones y los métodos que iba a seguir la CNT, así como las relaciones que pensaba mantener ésta con las demás organizaciones obreras, y si los directivos persistían en la misma ideología de siempre o proyectaban desviarse hacia el campo de los comunistas. Ángel Pestaña, acostumbrado a interrogatorios de esta índole —que no siempre deben ir acompañados de buena fe en el que pregunta—, se mostró en un principio desconfiado, al punto de no decir más que hosquedades, que ni a mí me sacaban de dudas ni a él mismo satisfacían; sin embargo, poco a poco fue manifestándose más explícito, sin llegar a ser sincero. Y es que los hombres batalladores, acostumbrados a las actuaciones secretas, a las persecuciones, no siempre fundadas, y a ser traicionados

constantemente, dudan de todo y de todos. Según él, la Confederación quería salir de la clandestinidad en la que se había visto forzada a vivir durante la Dictadura, con objeto de actuar a la luz pública, pues la organización anarcosindicalista tenía tanto derecho a la vida como las demás; en cuanto a sus aspiraciones, no eran otras que conseguir para la clase trabajadora aquellas reivindicaciones a que en ley de derecho era acreedora como elemento productor, acabando con el capitalismo que representaba la explotación feroz del hombre por el hombre; desde luego comprendía que tal problema no era posible resolverlo en corto plazo, pero se imponía la gestión continua y la presión constante para ir avanzando poco a poco, ya que las treguas en la lucha sólo sirven para que la burguesía tomase muchas medidas defensivas y represalias; en cuanto a métodos a seguir, no sabía más que uno: la acción directa. Y la clase trabajadora libre, consciente, con pleno derecho para resolver sus pleitos, sin intermediarios ni tutelas. Los Comités Paritarios no le interesaban.

»—No nos interesan —me dijo— porque son contrarios a nuestra táctica sindical. Los Comités Paritarios son una monstruosidad, o por lo menos nosotros los entendemos así. Tienen, además, una organización y un funcionamiento absurdos. Los presidentes, elementos ajenos al pleito entre el capital y el trabajo, no saben de nuestras costumbres ni tienen interés en saberlas, y generalmente se dejan guiar por la representación patronal; los miembros obreros, como perciben un sueldo remunerado, pierden el hábito del taller y olvidan las necesidades de sus compañeros; no los defienden... ¿Para qué más explicaciones? La Confederación no puede transigir con la llamada *organización corporativa*.

»El líder sindicalista evitó con hábil discreción toda conversación sobre la UGT y el Sindicato Libre; tampoco le interesaban. Luego prosiguió diciendo que no era un secreto que el comunismo nacido de la Internacional tenía sus partidarios entre los afiliados a la CNT, pero que él, por cuestiones de principios, pertenecía a un sector de opinión muy distinto; era enemigo de toda clase de dictaduras, de ricos y de pobres, de intelectuales y de analfabetos, de curas y de

laicos... Por otra parte, la CNT era, como organización, radicalmente apolítica; sus militantes, particularmente, podían ser lo que les viniese en gana.

»—Ya sé —añadió— que se ha dicho por ahí, no importa dónde, ni cuándo, ni con qué fines, que existe inteligencia y compromiso con determinado sector político, y esto, sobre ser falso, es absurdo; basta conocer la historia de la CNT, su norma, su conducta. La Confederación no puede pactar ni con unos ni con otros, pero claro es que verá con mayor simpatía aquel régimen que más cerca la coloque de su ideal. Eso es todo.»

Mola, en este dúo de dos hombres en posiciones opuestas y tan distintos por razones de origen, cultura y vocación, hace un retrato físico y moral de Pestaña que acredita sus excelentes dotes de observador. Mola mira a Pestaña con lupa y anota cuidadosamente sus gestos, sus posturas, sus reacciones y sus palabras, como un escribano inquisitorial, sin perder detalle. El director general de Seguridad sabe que tiene ante sí a un hombre que posee todas las claves misteriosas de un movimiento obrero que escapa a su control y se esfuerza en descubrirlas empleando todos los medios a su alcance, incluso las preguntas capciosas. Pestaña, que lo sabe y que está acostumbrado a esa clase de interrogatorios —«no siempre acompañados de buena fe en el que pregunta»—, desvía el curso del diálogo por el cauce que le conviene y elude hábilmente los escollos con que su interlocutor trata de enfrentarle. Vemos también cómo ante un adversario tan peligroso, Pestaña silencia los problemas interiores de la organización a que pertenece y habla de ésta, de sus fines y propósitos, ateniéndose a las generalidades más conocidas de su trayectoria. Rechaza los Comités Paritarios, la organización corporativa y afirma rotundamente el carácter independiente y apolítico de la CNT que la hace invulnerable a toda veleidad de pacto o componenda con cualquier sector político. Ambos contendientes dan una lección de esgrima. Ninguno de los dos baja la guardia ni se rinde, pero se perfila un vencedor indudable, y éste es Pestaña, porque Mola, que es el que ataca, no consigue nada de su contrincante mientras que aquél logra, no sólo esquivar sus lances y escapar

a sus redes, sino convencer a su interlocutor de que la CNT no va a aliarse con nadie en la pugna por el poder, que no le interesa, y se va a reducir a sus actividades específicamente reivindicativas en el terreno económico y social, cuando hasta él mismo se encuentra implicado en los movimientos subterráneos, no ya sólo contra el Gobierno, sino para debelar la misma institución monárquica. Y esto se deduce de un texto de Mola, que no de Pestaña, como que, pese a sus diferencias, existe entre los dos algo que les une, y es la compartida condición de conspiradores, aunque uno de ellos, Mola, actúe dentro del aparato represivo del Estado, y el otro, Pestaña, en el seno de una organización revolucionaria.

El día 30 de aquel mismo mes fueron aprobados los estatutos de la CNT por el general gobernador Despujols. Inmediatamente se abrieron los sindicatos y comenzó una intensa actividad por parte de sus Juntas y Comités. Las afiliaciones se produjeron masivamente, hasta el punto de situarse nuevamente la CNT, en muy poco tiempo, a la cabeza de todas las organizaciones obreras por el número de adherentes.

Ya en enero anterior, a raíz de la caída de Primo de Rivera, se había publicado el manifiesto de «Inteligencia republicana», firmado, junto a varios conocidos políticos republicanos como Companys y Samblancat, por los cenetistas, Viadiu, Pere Foix y el mismo Juan Peiró. Los «puristas» arremetieron contra los firmantes sindicalistas, que retiraron su firma del documento, excepto Peiró, quien la mantuvo y no quiso desdecirse, si bien reconoció su error y se auto-sancionó renunciando a los cargos representativos que ostentaba y descendiendo, por propia voluntad, a la base, lo que subraya su honradez, por un lado, y, por otro, su falta de firmeza. Pestaña se abstuvo en aquella ocasión pero, al mes siguiente, el Comité Nacional, inspirado por él, que formaba parte de dicho organismo, presentó al pleno de regionales un manifiesto, en el que, siguiendo la línea de los de «Inteligencia republicana», se decía: «El sindicalismo español no es indiferente a los actuales problemas nacionales, y en su virtud, debe afirmar ante el país su resolución de intervenir con los

medios que le son propios, coherentes con su ideología, su significación histórica y sus antecedentes, en el proceso de revisión constitucional iniciado y que debe conducir necesariamente a una nueva estructuración política y jurídica del Estado español, dentro del cual sus componentes, como hombres, como ciudadanos y como clase social organizada, hemos de convivir y utilizar sus preceptos para laborar con la mayor eficacia por el triunfo de las ideas igualitarias que defendemos.» Pese a su retórica envolvente, este párrafo traslucía su intencionalidad, que no era otra que cooperar con las fuerzas políticas de la nación en una obra eminentemente política, cuál era la organización del Estado. A los «puristas» no les pasó inadvertida la sutileza y dieron la voz de alarma. Entonces, los miembros del Comité Nacional, para evitar una controversia inútil y peligrosa en aquellas circunstancias, se vieron obligados a dar un paso atrás diciendo que el manifiesto en cuestión no representaba el criterio oficial de la organización, sino el de algunas regionales, y que «el expresado apoyo al país para que sean convocadas unas Cortes Constituyentes quiere significar que éste —el apoyo— será en un momento de acción en la calle y con los medios que le son propios al sindicalismo revolucionario». Nada de votar en las elecciones ni apoyo a candidatura alguna... La rectificación era un brindis tardío a los «puristas» para que se calmasen, pues el efecto primero no podía ya retirarse ni anularse. La idea que inspiró su manifiesto circulaba ya como un sobreentendimiento irrefutable entre la masa de afiliados que lo interpretaba como lo que significaba realmente, el espíritu de moderación y sensatez que prevalecía en los círculos responsables de la CNT.

Sin embargo, fue a partir de la legalización de los sindicatos cuando la CNT se convirtió en la fuerza motora de las conspiraciones contra el régimen de Berenguer, en alianza con republicanos, socialistas y militares jóvenes. Entre éstos se contaba, por ejemplo, el capitán Sancho y el comandante Ramón Franco, hermano este último del que sería, pasados unos años, el Caudillo autócrata de España. La CNT llegó a apoderarse de la clave telegráfica secreta del Ministerio

de la Gobernación. Dice a este respecto Peirats: «Un telegrama cifrado enviado por el gobernador civil al ministro lo publicó, descifrado, *Solidaridad Obrera*. La clave fue cambiada, pero, a los pocos días, ya estaba en manos del comité revolucionario. Un cifrado del general Mola ordenando a su colega Despujols el encarcelamiento de algunas personas fue igualmente intervenido, pudiendo escapar algunos de los interesados».

La dificultad estribaba, para llegar a una unidad de acción entre las diversas tendencias que trataban de aliarse para derribar la monarquía, en los diferentes puntos de vista mantenidos, respectivamente, por las organizaciones políticas y por la CNT. De ahí las resistencias de los comités revolucionarios que aglutinaban a republicanos, catalanistas y socialistas y otras fuerzas afines, a dejar que la CNT asumiese la dirección del movimiento subversivo. Por su parte, los anarcosindicalistas, que no olvidaban las experiencias del 17, desconfiaban de la buena fe y de las promesas de los políticos. Así, pues, las negociaciones se enredaban en mil escollos y transcurrían en forma de flujos y reflujos, en un vaivén constante, entre suspicacias y recelos mutuos. Negociaciones que nunca se rompían del todo porque los políticos estaban persuadidos de que sus proyectos no podrían llevarse a buen término sin el apoyo de la poderosa CNT y porque ésta, a su vez, no quería perder el tren de la revolución que se avecinaba.

Pestaña se vio mezclado en la mayor parte de los episodios de este caliente período conspiratorio. Había un Comité revolucionario en San Sebastián y otro en Madrid, que trataban de centralizar y coordinar las actividades subversivas de los demás grupos y comités que actuaban en otras capitales, sin conseguirlo nunca plenamente, desintonización que dio lugar a que se frustrase el levantamiento de Jaca, encabezado por Fermín Galán, en las postrimerías del año 1930. Ya antes de esa fecha, según John Brademás, «Sancho Subirats» —el comandante Sancho— se irritó y se impacientó tanto con el grupo de San Sebastián como los propios cenetistas y los izquierdistas y nacionalistas catalanes. Sancho era entonces el enlace con el comité militar en que formaban el general Queipo de Llano y los

comandantes Ramón Franco y Díaz Sandino. Sancho y Franco presentaron un ultimátum al comité ejecutivo nombrado en San Sebastián: si la revolución no se iniciaba antes del 19 de octubre, los anarcosindicalistas se considerarán libres de todo compromiso. Mas el Comité de Madrid no accedió a la amenaza. A su entender, la fruta no estaba madura. Los dos oficiales decidieron tirar por la calle de en medio y organizar una revolución por su cuenta, con el apoyo, claro, de la CNT, de un grupo de militares y de los nacionalistas catalanes. Sancho estaba de acuerdo con Pestaña y con los tres anarquistas que deberían ponerse al frente de la revolución: Mauro Bajaterra, Salvador Quemades y Rafael Vidiella... El plan consistía en que durante tres días se sucedieran en avalancha huelgas y sabotajes. La sublevación sería general en Bilbao, Logroño, Zaragoza, Calatayud, Teruel, Sagunto y Valencia. Pero el Gobierno se enteró de antemano, y los días 10 y 11 de octubre, Sancho, Ramón Franco, Pestaña, Sebastián Ciará, Manuel Sirvent, Escrig, Companys y Joan Lluhí Vallescá fueron a la cárcel.

»Los del comité revolucionario central, pensaban los anarcosindicalistas —sigue diciendo Brademás—, no podían querer pactos formales ni vinculaciones inapelables, porque eso impediría armar a los trabajadores. La CNT, por su parte, no deseaba acuerdos escritos porque sus metas iban mucho más allá que los fines —no por lo radicales menos limitados— de los del Pacto de San Sebastián... Sin embargo, pensaban los anarcosindicalistas, era probable que los políticos tratasen de concluir acuerdos sin formalizarlos, para ganarse el apoyo de las masas confederales a la vez que ellos mismos se ahorran todo compromiso sustancial con la CNT. La prensa de la CNT puso en guardia contra el peligro de tales maniobras: si se hacía la revolución, dijo, sería con la CNT; si no, no habría revolución. El apoyo confederal era, a ojos de la CNT, condición básica del movimiento revolucionario republicano; pero ese apoyo se prestaría exclusivamente a juicio de la Confederación.»

Se sucedieron las huelgas. En la de noviembre cayó otra vez preso Pestaña, siendo miembro del Comité Regional, sin que pueda precisarse el tiempo que permaneció en prisión ni las veces que visitó y

abandonó la cárcel en tan agitado período. En diciembre se sublevaron en Jaca los capitanes Fermín Galán y Ángel García Hernández dos días después de que fracasara una huelga en Madrid por defeción de los socialistas. Coincidiendo con el golpe de Jaca la policía abortó en Barcelona el intento, por parte de los revolucionarios, de apoderarse de los aviones en el aeropuerto del Llobregat, y, en Madrid, el comandante Franco sobrevoló el Palacio Real lanzando al aire octavillas republicanas. Los capitanes Galán y García Hernández fueron fusilados precipitadamente, pero las balas que acabaron con sus vidas hirieron también de muerte a la monarquía. En febrero del 31 dimitió Berenguer y fue designado el almirante Aznar para sustituirle en el cargo de Jefe del Gobierno y convocar las elecciones del 12 de abril que trajeron a España la República.

6. CONCRECIONES TEÓRICAS

Como órganos de prensa de la CNT desde los que los dirigentes y «guías» orientaban a la masa confederal y exponían a la opinión pública los criterios de la gran organización, estaban *Solidaridad Obrera*, que reapareció el 31 de agosto de 1930, y los semanarios *Acción*, *Revista Obrera*, *Mañana* y otros. Pestaña colaboraba asiduamente en estas publicaciones, sobre todas en la última, *Mañana*, dirigida por Ramón Acín, donde aquél logró reunir las mejores firmas mundiales del anarcosindicalismo y mantuvo una línea de pensamiento estrictamente sindicalista.

Pese a la permanente agitación revolucionaria en aquellos meses de 1930, Pestaña, además de atender a sus colaboraciones en la prensa, formalizó su posición teórica en dos trabajos: «Sindicalismo. Su organización y tendencia» y «Normas orgánicas» (Federaciones Nacionales de Industria). En el primero defiende la idea de que el sindicalismo supera los límites de simple instrumento de defensa de clase para alcanzar el nivel superior de escuela de formación y per-

feccionamiento moral por su acción espiritual y liberadora. «La personalidad de la clase trabajadora —dice— se afirma únicamente por él. Y, con la personalidad, sus aspiraciones, sus deseos, sus inquietudes. La acción no puede ser jamás abstracción. Son términos anti-téticos, irreconciliables. Y el sindicalismo es y será la acción viva y perenne del proletariado. Por eso, es un movimiento de masas, de multitudes; diríamos más propiamente del pueblo... El sindicalismo ha venido a polarizar los dos extremos de la lucha. Movimiento que parte de abajo arriba, lleva consigo todas las apetencias de inquietudes de un porvenir mejor. Concretarlo a la obtención de una peseta más de jornal o de media hora menos de trabajo, es desvirtuarlo todo.»

Para Pestaña, cuyo ideario se afirma cada día como espiritualista en contraposición al materialismo de los marxistas, el sindicalismo no se reduce a la condición de instrumento de lucha de los trabajadores frente a la opresión y a los abusos de la burguesía, sino que, sin dejar de ser eso también, como tarea elemental y primaria, constituye una visión, teoría o concepción general de la vida en común de los hombres. El sindicalismo lo abarca todo: trabajo, economía, instrucción, arte, familia, amor... ¿Concepción totalitaria? No en el sentido político que se le ha dado a esa palabra, ya que el sindicalismo se basa en la libertad del individuo, porque el hombre es lo primero, y en la expresión libérrima de su voluntad, sólo condicionada por el bien común. Es, sí, una concepción total de la sociedad, en la que nada ni nadie queda marginado.

Nunca se distinguió como teórico. Sus proyecciones en el campo de la teoría adolecen de endeblez y confusiónismo o imprecisión. Tampoco son originales. Se inspira principalmente en Comelissen y en Pierre Besnard. Como tenía, necesariamente, que ofrecer un proyecto y apoyar en él sus demandas a la clase trabajadora, elige uno avalado por tratadistas famosos y extranjeros que aquí gozaban de gran autoridad entre los intelectuales del movimiento anarcosindicalista o libertario.

De esta manera se cubre y sale del paso, porque su talento no es precisamente especulativo. Él concibe y comprende el sindicalismo

como un fenómeno vitalista — «acción viva y perenne del proletariado»— y humanístico. «—Yo creo siempre en el hombre. Principal y fundamentalmente en el hombre—.» Es un revolucionario de ideas concretas, tangibles diríamos, si fuera posible; un alfarero que modela con sus dedos sensibles el barro de la realidad, y que no pretende milagros, sino obras. Por eso se aparta del anarquismo abstracto e irreal. No quiere imposibles, por muy hermosos y tentadores que sean, sino posibles, aunque sea a ras de tierra.

No por eso puede decirse que careciera de imaginación, pero es la suya una imaginación constructiva, no sonámbula. Vuela, pero no se pierde en el infinito ni aparta nunca la vista de la realidad sobre la que se alza. Y su mente, cómo no, alberga ideas, muchas ideas, más bien inducidas de la experiencia que deducidas de principios o axiomas indemostrables. Dejó escritas algunas como éstas:

«Sindicatos obreros, escuelas técnicas, instituciones de preparación cultural serán los elementos fermentadores de la revolución futura, de esa revolución que avanza, pese a los obstáculos que se le ponen al paso... España, el mundo entero, camina hacia la organización sindical en todos los aspectos y en todas las ramas de la vida. ¿Qué son los *Cariéis* del acero, del azúcar, del carbón, de los productos químicos y de otras materias, que se constituyen en todos los países de rango industrial, sino sindicatos patronales que niegan fundamentalmente, de manera concluyente y absoluta, la teoría individualista manchesteriana y otras, tan caras a la economía política del siglo pasado? La Conferencia Económica de Londres, a cuyo fracaso estamos asistiendo, convocada para ponerse de acuerdo los Estados y establecer una economía general, mundial pudiéramos decir, de común acuerdo con las economías interiores y exteriores, ¿no es el principio de sindicación de los países para concertar pactos que no entorpezcan el desenvolvimiento natural de cada nación? Nada proclama tan elocuentemente como estos hechos el fracaso de la teoría individualista, afirmando, en cambio, la teoría de la unión, de la sindicación, como norma para el futuro.»

Hablando de la transformación social por la que aboga, pregunta: «¿Qué hace falta para ello?» Y responde: «Que la clase trabajadora

se capacite, se prepare, que se eduque para hacer esta transformación. Que desaparezca ese prejuicio tan profundamente arraigado en las masas obreras, que la revolución es la violencia, es la lucha feroz, es el ataque sistemático a las personas que están frente a nosotros. Cada día se demuestra más lo contrario. La preparación y capacitación revolucionaria de la clase trabajadora ha de ser unir, a la fuerza que ella representa, la inteligencia, para saber lo que le conviene hacer.»

En una ocasión le oí exponer sus ideas sobre capitalismo y sindicalismo con estas o parecidas palabras:

—Mira —me dijo—, el capitalismo, tal como lo observamos, verás que engloba o rige todas las manifestaciones individuales o colectivas del hombre actual. Bien. Pues el capitalismo no es una teoría — los teorizantes han llegado después de que él naciera y se robusteciese—, no es una invención de un hombre en un momento dado. Tampoco partió de cero. No. Es producto de una evolución que se inicia con el primer hombre. Parte de las cavernas. Ha sufrido lentas transformaciones bajo el influjo del pensamiento humano, pues han sido las ideas las que han influido en ese desarrollo, y no los hechos económicos en el desarrollo de las ideas, como dicen los marxistas. Las ideas, por el contrario, son un producto exclusivo del espíritu del hombre, de esa misteriosa facultad que le diferencia del resto de los animales. ¿Por qué éstos no prosperan estando sometidos a los mismos factores naturales que el hombre? Porque su inteligencia, mucho más limitada que la humana, no es capaz de mayor desarrollo. Luego la inteligencia es el motor del progreso, y los hechos económicos, resultado del intelecto del hombre. Está claro. Siendo así, pienso que el sindicalismo es la fase que sucederá al capitalismo actual en el indeterminado e indeterminable progreso del individuo y de las instituciones humanas.

»Por consiguiente, hemos de adaptar nuestro sindicalismo al grado de desarrollo del capitalismo para sustituirlo cuando llegue el momento. No hay que destruir nada. Es una aberración pretender reducir a escombros el capitalismo para partir de cero. Volveríamos a las

andadas, es decir, al principio. Nuestro cometido es crear instituciones que empalmen con las anteriores y continúen el desarrollo progresivo de la sociedad. Para nosotros, la revolución no debe ser una catástrofe, por lo menos debemos evitarla, sino un acto de relevo.

En las «Normas orgánicas» recomendaba la adopción de las Federaciones Nacionales de Industria, con el fin de que la CNT tuviera una estructura más sólida que evitara, en lo sucesivo, que la organización se viniera abajo, igual que un castillo de naipes, como sucedió en el año 23. E insiste en uno de sus temas preferidos: la instrucción y educación de las masas que deben llevar a cabo los sindicatos.

Equipado con este bagaje ideológico o ideario se va a enfrentar Pestaña a la FAI en la batalla decisiva por el dominio del movimiento anarcosindicalista o libertario en el último período de su vida, que comienza con el advenimiento de la República.

VII

PESTAÑISMO

1. EL 14 DE ABRIL

Cuenta Adolfo Bueso que la mañana del día 14 de abril de 1931, cuando «se mascaba en el ambiente lo que tenía que suceder, fui yo el encargado de avisar a mi amigo —Pestaña— para que asistiera a una reunión de Juntas y Comités de la CNT, que deberían constituirse en sesión permanente, ante la urgencia de la situación. Bueno, pues encontré “al Ángel”, a las diez de la mañana, en el puesto de ropa infantil de su compañera, en el mercado de Gracia, ayudándola a colgar vestiditos. Y tuve que persuadirle para que me acompañase, en el tren de Sarriá, hasta la plaza de Cataluña, y, acto seguido, a la calle Nueva de San Francisco, donde estableció la redacción *Solidaridad Obrera*, entonces dirigida por Juan Peiró». Más tarde concurren al local del Sindicato de la Construcción, en la calle Mercaders, en donde quedó constituido lo que pudiera llamarse cuartel general de la CNT en aquellas horas decisivas. El local estaba abarrotado de militantes ansiosos de saber lo que pasaba y decididos a actuar inmediatamente. El criterio dominante era el de que había que apoyar a la República hasta tanto se consolidara y quedase desvanecido cualquier intento de reacción militarista, no sin que mostraran su disconformidad los faístas (anarquistas de la FAI), pues para ellos todos los gobiernos eran igualmente malos y, como su finalidad y la de la organización era el comunismo libertario, no tenían por qué comprometerse con el nuevo régimen burgués. Tras una violentísima discusión pudo acordarse, gracias a la enérgica intervención de

Peiró, redactar un manifiesto en que quedara bien clara la posición de la CNT y se encargó a Pestaña que lo escribiera. «Media hora después — según Bueso — Pestaña seguía emborronando cuartillas y no parecía tener ánimos de acabar.» Bueso, entonces, dijo a un grupo de dirigentes:

—Ángel parece que no lleva trazas de acabar. Un manifiesto largo no lo va a leer nadie en estas circunstancias. Lo que necesitamos son media docena de consignas claras, de un minuto de lectura y que quepan en una octavilla.

Los consultados aceptaron lo expuesto por Bueso y éste redactó en breves minutos el manifiesto que, poco después, ya impreso, corría por las redacciones de los periódicos y, en forma de pasquín, empapelaba las esquinas de la ciudad. Decía así:

«Ha sido proclamada la República en España. El Borbón ha tenido que dejar el poder. Los ayuntamientos, las diputaciones, las oficinas de Correos y Telégrafos están en manos del pueblo. Para afirmar estos hechos hemos de manifestarnos en las calles. No somos entusiastas de una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura. El pueblo debe estar dispuesto para hacer frente a una posible reacción de las fuerzas armadas. Si la República quiere, realmente, consolidarse, tendrá que tener en cuenta la organización de los trabajadores. Si no lo hace, perecerá. Como primera condición exigimos la inmediata libertad de todos los presos. Después de esto, lo más importante de todo, pondremos otras condiciones. La Confederación Regional de Trabajadores de Cataluña declara la huelga general y se atendrá, en sus actos, a la marcha de los acontecimientos. Por la libertad de los presos. Por la Revolución. ¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo!»

»Pestaña —sigue diciendo Bueso—, sin dejar su sonrisa, recogió las cuartillas escritas y se las metió en el bolsillo. Comprendió que jamás serían impresas.»

La huelga general anunciada se suspendió y Companys, elegido concejal y en funciones de gobernador, declaró festivo el siguiente día con el fin, en todo caso, de paliar los efectos psicológicos del

paro. Mientras Companys trataba, a todo trance, de evitar que los disturbios de los anarquistas enturbiasen o hicieran imposible los primeros actos de gobierno de la Generalidad, Maciá, el viejo conspirador, elevado por decisión propia y con el consentimiento mayoritario del pueblo a la presidencia del gobierno provisional de Cataluña, ofrecía una cartera en el mismo a Pestaña, con idéntico objeto, pero sin fortuna, porque el dirigente sindicalista declinó tal honor sin titubeos. Pestaña se debía entonces a la CNT y, como la postura de esta sindical era la de abstencionismo absoluto en el terreno político, el aceptar una cartera entonces en el gobierno de la Generalidad hubiera supuesto la ruptura con la organización o el cisma dentro de ella, precisamente en circunstancias que exigían una mayor unanimidad y homogeneidad en su actuación para no ser desbordada por los acontecimientos.

«A eso de las once de la noche del 14 de abril de 1931, encontré a Pestaña —dice Pere Foix— en un centro obrero de la calle Ampie. Se hallaba allí con María, su compañera. Todos nos sentíamos muy contentos. Yo, a requerimiento de unos compañeros, tuve que explicar en un grupo donde se comentaban los acontecimientos del día, cómo se había producido la liberación de los presos a resultas del asalto a la prisión, ya que yo me sentía el hombre más feliz del mundo por haber tenido la suerte de ser uno de los que abrieron las puertas de la cárcel a todos los allí encerrados. Ángel Pestaña, que escuchaba, al acabar yo mi relato, dijo:

»—Horas como las de hoy, difícilmente las volveremos a vivir.»

Salieron a la calle. Foix describe el aspecto de la gente que aún circulaba por ella, a paso ligero y nerviosa, abrumada por las grandes emociones del día. Él, por su parte, gritaba, reía, cantaba y gesticulaba. En cambio, Pestaña aparecía serio y preocupado. Al llegar a la plaza de Medinaceli, dijo:

—Yo, como todos, estoy también contento. Pero ello no me impide prever grandes trastornos ni sentir temor ante posibles malentendidos. Suponiendo que la República proclamada hoy se consolidase, pienso en el mal que han hecho y harán ciertas falsedades y algunas

palabras incontroladas en la mentalidad de muchos de nuestros amigos. Sé que las teorías no les dejarán ver el terreno por el que han de transitar.

Foix comprendió el estado de ánimo de su amigo, y éste siguió diciendo:

—Es conveniente actuar con sensatez, pero también con valentía, para evitar que los que tanto hablan de los principios, de la conciencia de clase, de apoliticismo a ultranza, etc., enturbien los días de esplendor que pueden venir, porque no les faltarán argumentos para combatir a la República naciente. ¡Cuántos hay que no hacen otra cosa que hablar y nada de provecho en toda su vida! Ya sabes ahora por qué mi alegría de hoy está frenada por la inquietud que me inspira el futuro. A nosotros nos toca trabajar para que, antes de que se seque el campo, madure el fruto, y evitar que algunos estúpidos de mala fe malogren la cosecha.

Estos dos testimonios personales son los únicos que nos revelan la actuación de Pestaña y su estado de ánimo en las horas aurales de la República. Evidentemente, la República es para Pestaña el remate, casi fantástico, de un largo esfuerzo realizado entre peligros, desfallecimientos, angustias y contradicciones. Fue necesario un gran espíritu de sacrificio y grandes dotes de conciliación, de pacto y de maniobra, no siempre bien interpretado, ni siquiera entre los amigos, y causa de denuestos y acusaciones por parte de los faístas, hasta alcanzar el resultado apetecido, aunque también estos últimos incurrieran en lo mismo que censuraban, porque, en mayor o en menor medida, sindicalistas y anarquistas habían operado según la misma estrategia para derribar la Dictadura y la Monarquía, si bien con diferentes miras, como veremos. Por eso, Pestaña se sentía contento por el triunfo del pueblo sobre los tradicionales poderes que hasta entonces le habían oprimido. Pero presentía que las libertades republicanas iban, por otra parte, a provocar el estallido de las tormentas interiores de la organización, difícilmente contenidas o disimuladas hasta entonces por el imperativo de la lucha contra el enemigo común. Por eso también, en la noche triunfal, los sentimientos nublaban la alegría en su espíritu. Estaba alegre y triste a la

vez. Alegre, porque con la República se iniciaba una anchurosa perspectiva de posibilidades para el porvenir de sus ideales; y triste, porque preveía la encarnizada lucha que le esperaba contra el dogmatismo y el fanatismo de los mesiánicos militantes de la FAI.

Efectivamente, desde el primer día se hicieron patentes con toda claridad las dos interpretaciones del período que comenzaba con la República, correspondientes a las dos tendencias que se disputaban la hegemonía en la CNT: la sindicalista, encabezada por Pestaña y Peiró, y la anarquista, cuyos jefes de grupo más destacados eran Durruti, García Oliver y Ascaso, llamados «los tres mosqueteros». Los primeros pensaban que las libertades republicanas constituían la gran oportunidad para el fortalecimiento de los sindicatos con vistas a sus funciones reivindicativas, de clase, y ulteriores posibilidades revolucionarias, aquéllas inmediatamente, y, las últimas, como expectativa a largo plazo. Por otra parte, los sindicalistas habían contraído cierto compromiso moral con los partidos políticos de izquierda, especialmente con la Esquerra Republicana de Cataluña, a la que pertenecían Maciá y Companys, en la larga conspiración contra la Dictadura, que si no se traducía en una colaboración formal con las nuevas autoridades de la Generalidad —la negativa de Pestaña a aceptar una cartera en ese gobierno es una prueba palmaria de ello—, sí podía interpretarse, al menos, como un sobreentendido de transigencia por parte del poder en los conflictos sociales a cambio de que los sindicatos no extremasen sus reivindicaciones. En suma, se trataba de un armisticio entre ambos poderes —el político y el sindical— que permitiese a la República superar las dificultades inherentes a una primera fase de consolidación. Companys había dicho:

«Si os creéis con fuerzas para hacer la revolución social, hacedla, yo no voy a ser un estorbo. Si comprendéis que en esta hora la única revolución posible es una evolución política radical que os dé amplio margen para vuestras propagandas societarias, ayudadme. España, vosotros lo sabéis mejor que yo, no está preparada para una revolución social... Yo sé que vuestros principios anarquistas no os

permiten cooperar directamente a nuestra obra política y constructiva, pero dadnos ese crédito de confianza, dejadnos cumplir con nuestra misión histórica y nos haremos merecedores del bien general todos nosotros.»

El Comité Nacional de la CNT, dominado por los sindicalistas, se había manifestado así en *Solidaridad Obrera*:

«Hemos dicho que la Confederación Nacional del Trabajo no está contra la República. Es más, consciente de lo que ella representa en el alma de las multitudes, la CNT se ha conjurado para oponerse por todos los medios a su alcance a cualquier levantamiento que intentara la reacción. Queramos o no, el gesto de la CNT es un gesto que habría de resultar en defensa de la República.»

Ambos párrafos, por consiguiente, corroboran la existencia de ese sobreentendido o entendimiento tácito al que antes he hecho mención.

Los anarquistas, por el contrario, veían en la República la circunstancia política e histórica óptima para desencadenar un proceso revolucionario, en escala creciente y sin concesiones, que impidiese la consolidación del nuevo régimen burgués y derribara las últimas resistencias del capitalismo, todo ello con el fin de la inmediata implantación del comunismo libertario en España, su aspiración maximalista. Ya el 1.º de mayo de aquel mismo año, declarado festivo por Largo Caballero, ministro de Trabajo en el Gobierno de la República, la FAI organizó un gran mitin, terminado el cual se dirigió al Palacio de la Generalidad una comisión compuesta por Durruti, Ascaso, García Oliver y Santiago Bilbao, para presentar a Maciá un pliego de peticiones, tales como: disolución de la guardia civil, expropiación de los bienes económicos en poder de las órdenes religiosas, desaparición de los monopolios, reparto de los cotos de caza, etc.

En esas circunstancias, la política de Largo Caballero desde el Ministerio de Trabajo, tendente a favorecer a la UGT socialista a costa de la CNT, bien directamente o bien enfrentando a los anarcosindi-

calistas a hechos consumados como la creación de los Jurados Mixtos, herederos directos de los Comités Paritarios de Primo de Rivera, que necesariamente provocarían su vehemente oposición, constituía un factor poderoso que incidía negativamente en la situación, dando lugar a enfrentamientos entre las dos organizaciones sindicales, como el habido en el puerto de Barcelona.

En la cumbre de la CNT, sin embargo, siguió predominando el criterio de los sindicalistas. Pestaña ocupó interinamente la Secretaría del Comité Nacional, desde donde se dedicó preferentemente a robustecer los sindicatos y a preparar el próximo Congreso Nacional de la Confederación.

Por entonces se publicó en el diario *El Sol* de Madrid una entrevista con Pestaña, que reproduzco casi íntegra a continuación, porque en ella el dirigente sindicalista expone claramente el estado de la CNT entonces y sus objetivos inmediatos y, a la vez, analiza el cuadro de fuerzas que operaban en el campo social.

«El hecho es que Ángel Pestaña —dice el periodista en la presentación del personaje— permanece erguido, fuerte, dueño absoluto de sí mismo, en medio de la enorme pasión obrera que representan los sindicatos.

»Esta tarde vamos a verle y a hablar con él. Interesa a toda España saber cómo piensa un caudillo sindicalista del temple de Pestaña y cómo sienten las organizaciones el actual momento fervoroso de la vida española.»

La entrevista tuvo lugar en el viejo caserón donde estaba instalado el Sindicato del Arte Rodado, próximo al de Capitanía General.

«Las primeras palabras de la conversación evocan a la figura de Salvador Seguí, más conocido como “Noi del Sucre”. Pestaña se exalta al recordarle.

»—“El Noi del Sucre” —dice— no ha sido sustituido en nuestra organización ni se ve, por ahora, entre nosotros, al hombre capaz de sustituirle. Quizá, sin los ocho años de la Dictadura tendríamos hoy otro combatiente que llenara el enorme vacío dejado por la muerte del camarada Seguí; pero la imposibilidad de actuar durante ese

tiempo lo ha impedido. Los sindicatos se fortalecen únicamente en la acción. Salvador Seguí era el orador más capaz de llegar al alma de las masas trabajadoras.

»—¿Fue completa la desorganización que en los sindicatos produjo la Dictadura?

»—Total. Los cerró, los dispersó, prohibió las cotizaciones en fábricas y talleres, nos persiguió por todos los procedimientos...

»—¿Advirtieron ustedes en esa época gran baja de afiliados?

»—Muy grande. La organización quedó, en realidad, reducida a pequeños núcleos que no podían comunicarse entre sí. Vino, además, la época de los confidentes, espléndidamente pagados. Por desgracia, nunca faltan individuos que se prestan a estos menesteres. Quedaban, como digo, esos núcleos dinámicos, irreductibles, y, junto a ellos, la simpatía de las masas. Pero no podíamos trabajar apenas. No obstante, durante la Dictadura se plantearon dos huelgas generales: una, en relación con el impuesto de utilidades, y otra, cuando se trató de alterar la jornada de ocho horas. Era todo lo que podíamos hacer. Y aún los individuos que componíamos los grupos activos veíamos interrumpida nuestra labor por los frecuentes encarcelamientos. La cárcel ha sido, muy a menudo, nuestro gabinete de estudio.

»—¿Qué cifra alcanzó la baja de afiliados en los sindicatos durante la Dictadura?

»—Es imposible calcularla. Tenga usted en cuenta que la persecución comprendió a todas las fuerzas sindicalistas de España. Hasta los compañeros que se limitaban a trabajar en paz tuvieron que marcharse de la localidad en que residían para huir de los delegados gubernativos. Todo, absolutamente todo, se hizo imposible. Pero ahora estamos renaciendo con más brío que nunca. Ahora nos encuentra usted en plena tarea, vigorosos otra vez, dispuestos con indecible entusiasmo a la lucha.

»—¿Sigue radicando en Barcelona el mando superior de la Confederación Nacional del Trabajo?

»—Sí, señor. En este momento estamos hablando en la Secretaría del Comité Nacional de la Confederación de Sindicatos Únicos.

»—¿Y parten de aquí las órdenes, las orientaciones, la indicación de métodos tácticos para toda España?

»—Sí, desde aquí.

»—¿En qué región de España ha alcanzado el sindicalismo mayor poderío?

»—Casi todo el proletariado de Andalucía es sindicalista. Lo es asimismo una buena parte del de Vizcaya, y parte, también muy grande, de las masas trabajadoras de Levante, Galicia, Aragón, Rioja y Navarra. De Cataluña no vale la pena hablar, puesto que bien conocida es nuestra fuerza en esta región. Somos asimismo muy fuertes en Madrid. Respecto a Asturias, creemos que toda la zona minera vendrá a la Confederación. Precisamente hace pocos días recibimos una carta del Sindicato Minero en ese sentido; la mayor parte de todos sus elementos se unirá decisivamente a nosotros.

»—¿Es usted hoy más optimista respecto al futuro de los sindicatos que lo era antes de la Dictadura?

»—Muchísimo más. Antes necesitábamos hacer propaganda para que las masas vinieran a nosotros; ahora nos vemos imposibilitados de atender todas las solicitudes y demandas que recibimos. Hasta se dan casos de elementos que pertenecen a los partidos republicanos y socialistas y piden su ingreso en la Confederación, creyendo que esto es un partido político...

»—¿Y no piensan ustedes actuar como tal partido político?

»—*De ninguna manera.* Estamos completamente alejados de lo que en España se entendía y se sigue entendiendo por política. No presentaremos candidatos a las Constituyentes. *Eso nos interesa desde fuera.* Estamos situados en el mismo plan de siempre: ni pacto con ningún partido político, ni presentación de candidatura. *En este punto nos limitamos a observar.*

»—¿No ha variado la fe sindical de ustedes ante las experiencias rusas?

»—El comunismo de Estado no nos parece que sea solución, al menos tal como se ha planteado en Moscú. *Estamos lejos del dogma moscovita, del dogma de la Tercera Internacional. Hay que educar a los trabajadores para la libertad y no para la tiranía. Pueblos encaminados a la libertad no darán nunca déspotas, y, a la inversa, pueblos educados para el despotismo no pueden servir los ideales de libertad. Se habla constantemente de la Dictadura del proletariado. Nosotros no queremos que en la masa proletaria se infiltren conceptos de dictadura, porque eso la incapacitaría mañana, el día del gran triunfo, para hacerse libre a sí misma. La solución es el Sindicato.* No se ha llegado a comprender todavía la grandeza que hay en las funciones de las organizaciones sindicales. Quizá no la comprendamos bien ni aun nosotros mismos.

»—¿Cuándo se podrá comprender?

»—En el momento de la revolución social. La revolución política ya está hecha en España; ahora hay que hacer la otra. Rusia ha iniciado el ciclo de las revoluciones de tipo social; pero, a mi juicio, ha fracasado, porque se ve que lo social deriva allí excesivamente hacia lo político. *Por consiguiente, las fuerzas que han de hacer esa revolución de tipo social son los sindicatos.* Poseen elementos suficientes de doctrina y de organización para cumplir esa misión en España. *El gran éxito de los sindicatos españoles será el de la difusión de la cultura proletaria.* Además, pese al individualismo español, el sindicato impone una disciplina de acero, que nuestras muchedumbres trabajadoras aceptan de buen grado, no como cosa impuesta, sino como un dictado de conciencia, mezcla de satisfacción temperamental y de necesidades sociales. Ante los problemas de España nuestra actitud es la misma de antes.

»—¿Y el problema de la España federal?

»—Positivamente, la mejor forma política de España sería la federal. Nuestra organización misma es, por principio, federal. Tenemos los Sindicatos; vienen después las Federaciones locales en las poblaciones importantes; más tarde, la Confederación regional, y, luego, el Comité federal.

»—¿Esa doctrina, les lleva a ustedes a apoyar la causa de Maciá en Cataluña?

»—¡ Oh! Eso, colectivamente, no nos importa. *Estamos al margen de esa causa, social y políticamente.* Ha habido un poco de error al decir que hemos apoyado a Maciá en las últimas elecciones. No sé lo que individualmente hayan hecho muchos trabajadores. Pero como organismo, los sindicatos no han apoyado a nadie en la contienda electoral. Claro es que no se puede desligar de una manera absoluta el hecho social del político; *pero, fundamentalmente, no nos interesa la cuestión.*

p—¿Y el comunismo español?

»—Hoy por hoy tiene escasa importancia. No sé lo que sucederá mañana. *Yo creo que hay algo de exageración por parte de las autoridades al hablar del peligro comunista. El comunismo, cuando pueda actuar públicamente, lo hará como las demás fuerzas sociales de tipo obrero.*

p—¿También tiene aún escasa importancia en Andalucía?

p—Hay un núcleo comunista en Sevilla. El de Málaga es más pequeño. Son núcleos reducidos que actúan en aquella comarca, uniéndose al sindicalismo. En realidad, la fuerza andaluza es nuestra. Lo que pasa es que hay casos de orden general en que intervienen los comunistas, como intervenimos todos, y las autoridades, para dar una explicación simplista de los hechos, los atribuyen al comunismo.»

Se pasa al tema de la rivalidad entre la CNT y la UGT socialista y, después de analizar la discrepancia de criterios sobre el problema de la tierra, colectivista el de la CNT e individualista el mantenido por Largo Caballero, el periodista pregunta a Pestaña:

«—¿En qué etapa de la política de reconstrucción sindical se encuentran ustedes?

»—Estamos trabajando intensísimamente —responde el dirigente cenetista—. El próximo mes de junio, probablemente el día 9, ce-

lebraremos en Madrid un Congreso extraordinario en el cual se plantearán todos los problemas y se acordarán los métodos.

»—¿Cree usted próxima la revolución social en España?

»—*Creo firmemente que esa revolución es inevitable; pero no en un plazo tan breve como muchos aseguran.* La revolución social se producirá como un fenómeno lógico, porque la evolución de este pueblo ha de determinar transformaciones profundas de carácter económico. La democracia burguesa ya ha dado entre nosotros todo lo que podía dar. Yo no veo en ellas más perspectivas. Ha cumplido su misión y tiene que dejar paso franco a otras organizaciones...»

Esta entrevista que apareció en el periódico el día 31 de mayo de 1931, tiene, casi medio siglo después, en cuanto a sus ideas principales, una sorprendente frescura. Con ligeras variantes y multiplicando por el factor X el volumen de los problemas que en ella se abordan, podría haber sido publicada en estos días. La herencia dictatorial, la reconstrucción de los sindicatos, la rivalidad proselitista entre las centrales sindicales, los nacionalismos, el comunismo, las libertades formales, el contenido social de las nuevas concepciones revolucionarias..., son temas rigurosamente actuales, viejos problemas que han llegado irresueltos a nuestro presente, que se repiten y demuestran hasta qué punto la historia española contemporánea se rige por un sistema de flujos y reflujos, bruscamente contradictorios, que impiden su progresivo devenir. Yo me he permitido subrayar aquellas frases o juicios que más explícitamente condensan las ideas que Pestaña defenderá hasta el fin. Naturalmente, para mejor valorar su pensamiento, hay que situar al hombre, al dirigente y al ideólogo, en su época, en medio del ambiente conceptual dominante, especialmente al repasar sus previsiones sobre la democracia burguesa y la revolución social, porque ni Pestaña ni nadie — fallaron también todas las profecías marxistas y anarquistas — podía presentir ni predecir en aquel entonces los trágicos acontecimientos que se avecinaban — la guerra civil española y la segunda guerra mundial — ni,

mucho menos aún, la gran revolución tecnológica que superaría todos los esquemas de evolución imaginados, con sus secuelas de índole material y moral, como la industrialización total, la economía de consumo, la intercomunicación masiva de los pueblos, el idealismo del hastío, la caída de los imperios coloniales, la liberalización de la Iglesia católica, etc. Pestaña no era, ni pretendió nunca serlo, un profeta. Maneja las ideas de su tiempo y, aunque posee una imaginación vivaz y luminosa, no permite nunca que su vuelo vaya más allá de los límites que imponen sus fríos cálculos de lo probable. Es un hombre que marcha hacia sus objetivos paso a paso, deteniéndose a menudo para mirar a su alrededor, compulsar sus datos y probar que es firme el terreno que pisa. Por eso, en la entrevista que comentamos, pese al optimismo que se respira en los medios que pudiéramos llamar revolucionarios, Pestaña mide sus palabras, confirma sus ideas básicas, pero sin ningún añadido demagógico, y se abstiene de toda promesa fácil y deslumbrante. Así, cuando, por ejemplo, se toca el tema de la revolución social cuya realización inmediata pronosticaban los más conspicuos arúspices de la izquierda obrerista, él la considera inevitable, sí, pero a plazo impredecible, y la entiende como un fenómeno lógico impuesto por la evolución del pueblo, y no por un acto de violencia. Y, en otro momento, atribuye el éxito de los sindicatos, no a su fuerza arrolladora como masa y número, sino a su función difusora de la cultura. No es un profeta, desde luego, pero sí un dirigente responsable que conoce la realidad y sus limitaciones. Pestaña se muestra consciente, centrado y firme. Todavía conserva la esperanza de poder realizar la transformación desde dentro de la CNT y convertir a esta gran organización invertebrada en el instrumento óptimo para la realización de sus ideales. Con ese propósito irá al Congreso extraordinario de la Confederación, y se siente optimista al respecto, aunque sea moderadamente, porque no ignora la labor corrosiva de los grupos de la FAI. La partida se le presenta difícil, y él lo sabe, pero está dispuesto a jugarse el resto en ella.

2. “LOS TREINTA JUDAS”

En un ambiente de conflictos sociales que cundía por grandes zonas de España —huelgas en Andalucía, Asturias, Cataluña, Zaragoza, etc.— se reunió el congreso extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo en Madrid, el día 11 de junio de 1931, con asistencia de 418 delegados en representación de 511 sindicatos y 535.565 afiliados. Se le llamó Congreso del Conservatorio y lo inauguró Pestaña con la oración de apertura.

Desde el primer momento se convirtió, dialécticamente, en un campo de batalla entre las dos tendencias predominantes: la moderada o sindicalista, y la radical o anarquista. Las cuestiones más debatidas fueron el colaboracionismo con los partidos políticos en las conspiraciones contra la Dictadura, la nueva estructuración de la CNT en Federaciones Nacionales de Industria y, por último, la postura de la organización con respecto a las Cortes Constituyentes.

En cuanto al primer tema, el informe, explícito y rotundo, de Peiró dejó las cosas en claro: «He pedido la palabra para decir, para afirmar, que desde el año 1923 ni un solo Comité Nacional, ni un solo Comité Regional ha dejado de estar en contacto con los elementos políticos, no para implantar la República, sino para acabar con el régimen de ignominia que nos ahogaba a todos». Explicó el punto de vista o posición de los representantes cenetistas poniendo como ejemplo la respuesta dada a Maciá: «A nosotros nos interesa poco qué pueda implantarse después de la revolución que se realice. Lo que nos interesa es la libertad de todos nuestros presos, sin excepción alguna, y que las libertades colectivas e individuales queden totalmente garantizadas. Si se nos da esto, no tenemos que poner ninguna otra condición». Enfrentándose después con los disconformes y críticos sistemáticos de la labor realizada por los organismos responsables de la CNT, dijo: «Yo admito que todo lo actuado ha sido una desviación de los principios de la CNT. Pero si no estaba en el terreno de las conspiraciones, de la preparación revolucionaria,

del hecho de fuerza que acabase con aquello, ¿dónde estaba la Confederación Nacional del Trabajo durante estos años, desde 1923 al 1931?»

También intervino Pestaña, saliendo al paso de los que afirmaban que la CNT había contraído compromisos formales con los partidos políticos, con estas palabras: «No hay elemento de la Organización, ni Comité Local, ni Regional ni Nacional, que haya adquirido ningún compromiso. Lo que había era la petición constante de los políticos para que se adquiriera un compromiso tácito. De un deseo de ellos se ha hecho una verdad. Si hubiera sido cierto, no se hubiese producido el caso siguiente: la República se proclamó el 14 de abril. Los zapateros de Barcelona tenían planteado un conflicto. Se proclama la República, los patronos no hacen concesiones y sigue la huelga, sin recibir la menor indicación. Si hubiera habido compromiso, ¿no nos hubieran echado en cara los políticos la continuación de ese conflicto?»

La intención de los anarquistas de la FAI era desacreditar ante el congreso a los sindicalistas moderados que durante el período dictatorial habían desempeñado los cargos directivos de la organización, acusándoles de contubernios y pactos secretos con los partidos políticos, en contradicción con los principios de apoliticismo radical consagrados en los anteriores congresos cenetistas. Era una maniobra dirigida principalmente contra Pestaña y Peiró. Por eso, tanto uno como otro procuran, en sus intervenciones, dejar bien sentado que la colaboración con los elementos políticos fue sólo circunstancial y limitada a derribar la Dictadura, sin que en ningún caso pudiera deducirse de ello compromisos concretos, programas comunes ni pactos que coartaran en el futuro la libertad de acción de la CNT.

La propuesta de las Federaciones Nacionales de Industria, o sea, en enlace de abajo arriba de todos los sindicatos afectos al mismo ramo de producción en un único organismo para todo el país, defendida por Peiró como ponencia o dictamen del Comité Nacional, fue atacada rabiosa y sañudamente por la FAI. Evidentemente, para los grupos anarquistas era relativamente fácil alcanzar el control de la

CNT, que, en el fondo, era la cuestión que se debatía, tal como estaba constituida. Dada su fragmentación orgánica y la falta de poder ejecutivo en sus Comités, a los anarquistas, duchos en la táctica guerrillera, les bastaba concentrar todos sus esfuerzos, sucesivamente, contra pequeñas y aisladas posiciones e ir conquistándolas una a una, como hojas de una alcachofa, para apoderarse de la alcachofa entera. En cambio, si prosperaba la tesis de las Federaciones Nacionales de Industria, tendrían que enfrentarse a grandes unidades, extendidas por toda la nación, articuladas y jerarquizadas, y de una magnitud tal que resultarían invulnerables a su sistema de asaltos parciales o por sorpresa.

A José Villaverde tocó defender la ponencia referente a la posición de la CNT ante la convocatoria a Cortes Constituyentes. Tras un preámbulo de confusa prosa revolucionaria, lo que la CNT debería exigir a las Cortes Constituyentes eran escuelas, maestros, libertad de Prensa, libertades individuales, derechos de asociación y huelga y solución del problema del paro. Los intransigentes de la FAI gritaron: «¡Otra vez los colaboracionistas!» y se opusieron a que se aprobase, pues para ellos significaba reconocer la eficacia de la institución parlamentaria y el abandono de los principios proclamados en el Congreso de la Comedia.

El Congreso del Conservatorio, al que venimos refiriéndonos, se caracterizó por la violencia verbal, la confusión y el desorden en los debates. Aunque la mayoría se inclinaba en favor de los criterios moderados que emanaban del Comité Nacional, la minoría faísta era ya lo suficientemente fuerte, si no para imponer sus propias conclusiones, decididas al margen de la organización sindical, sí para obstaculizar hasta el cansancio la toma de acuerdos, exasperar a los delegados y, sobre todo, sembrar, entre tumultos y vocerío, los gérmenes venenosos de la discordia y el odio dogmático en la asamblea.

«El Congreso ofrecía —dice Bueso— un espectáculo lamentable y un ejemplo lastimoso, como promesa de lo que pudieran hacer aquellos hombres destinados a ser la vanguardia en el día de mañana. Tan lastimoso fue, que dio lugar al episodio más deprimente que nunca he visto en los avatares de la organización obrera. Aburridos

del espectáculo, quienes ocupábamos un palco del primer piso, decidimos salir del local. Éramos Molinero, Santiago Fernández, Pau, el editor Navarro y yo. Al salir a la calle quedamos muy sorprendidos al ver a Pestaña sentado en el bordillo de la acera y llorando, lo que se dice llorando. Le levantamos, le interrogamos, animándole. Ángel, entre sollozos, nos dijo:

«—Estoy desesperado. Yo he dedicado toda mi vida a las ideas, a la lucha obrera; toda, toda mi vida, y ahora que esperaba los frutos, ya lo veis. Eso no es sindicalismo —y apuntaba hacia el interior del teatro —, eso es el caos. Así no podemos ir a ninguna parte. Esos hombres están locos o son unos malvados...

»Estábamos emocionados, conmovidos, sin saber qué hacer para consolar a aquel hombre que veía derrumbarse el mundo de sus ilusiones. Por fin, Santiago Fernández tomó una resolución para alejarnos de allí, donde ofrecíamos un espectáculo lamentable ante posibles testigos. Sin consultarnos, Santiago paró un taxi que por allí pasaba y nos metió a todos dentro, ordenando al chófer que nos llevara a «La Bombilla». Una vez allí, recuerdo que, siempre bajo la dirección de Santiago, entramos en un merendero, donde permanecemos largo rato, logrando calmar a Pestaña y llevarle después hasta la pensión donde se hospedaba. Tengo el convencimiento que, como consecuencia de aquel Congreso, empezó Pestaña a perfilar la idea de enfocar sus actividades por veredas distintas a las del sindicalismo anárquico.»

Nada podría explicarnos mejor que este patético testimonio el estado de ánimo de Pestaña durante la confrontación de posiciones que tuvo lugar en aquel Congreso. La soberbia dogmática de los anarquistas, ebrios, por otra parte, de optimismo revolucionario, con una mentalidad infantil y simple, en unos casos, y con una pasión posesiva y destructora realmente demencial, en otros, amenazaban con hacer saltar en añicos los fundamentos de la CNT. «O mía o de nadie», parecía ser su lema. O la CNT se subordinaba a la FAI y servía sus desatentados designios de secta o la incendiarían. Estaban dispuestos a utilizar todos los medios: el grito, el insulto, la calumnia y la intimidación, con ese fin. La más peligrosa de sus armas era la

apelación lírica y emocional a la ingenuidad e ignorancia de las masas; la demagogia, en fin, sin limitaciones, frenos ni responsabilidades.

En el Congreso del Conservatorio se dio la primera gran batalla de una larga guerra entre sindicalistas y anarquistas en el seno de la CNT, que no ha terminado cuando se escriben estas líneas, a pesar de las acerbas experiencias posteriores, como la guerra civil, el exilio, las cárceles y las ejecuciones. Esa primera batalla la ganaron precariamente los sindicalistas. Pestaña fue confirmado en su cargo de Secretario del Comité Nacional y el Programa de las Federaciones Nacionales de Industria fue izado como una bandera en la proa de la CNT.

Pero Pestaña sabía muy bien que las victorias logradas entonces eran más aparentes que reales, verdaderas victorias pírricas sin ningún valor constructivo. El aguijón de la FAI quedaba clavado en las entrañas de la CNT y por él seguiría inoculándole su corrosividad. Por eso lloró, de ser cierto lo que nos cuenta Bueso, que a mí me parece completamente verosímil dada la entrega absoluta de aquel hombre a la organización y ver cómo podrían frustrarse tantos años de trabajos por la inconsciencia de unos alucinados.

Efectivamente, los acuerdos del Congreso fueron saboteados por la FAI desde el mismo día de su clausura. Las Federaciones Nacionales de Industria sólo tuvieron vida en las actas oficiales y la CNT siguió con sus viejos esquemas organizativos. Así, los anarquistas infiltrados en la base de los sindicatos, cuya autonomía era más bien independencia, pudieron arrastrar a aquellos a huelgas y algaradas en pos de objetivos inconcretos, muchas veces ilusorios, y, en la mayoría de los casos, más allá de las posibilidades que otorgaba la legislación de la República. Ni gobernadores ni ministros podían atender tan desorbitadas pretensiones reivindicativas. Los altos organismos de la CNT, su Comité Nacional, por ejemplo, eran impotentes para encauzar y enderezar aquella marea arrolladora que incesantemente se desbordaba por todas partes. De otro lado, la descarada política de Largo Caballero desde el Ministerio de Trabajo,

dirigida a potenciar a la UGT socialista a costa de la CNT, introducía un factor de competencia que llevaba a los anarquistas al paroxismo y a gritar a las masas que la revolución social estaba al alcance de sus manos: «El momento es decisivo. O dejarnos asesinar vilmente, cobardemente, en las calles; dejar que se derrumbe nuestro baluarte, la CNT, por obra y gracia de Maura, Galarza y Largo Caballero; o lanzarnos valientemente a la calle, declarar la huelga general revolucionaria en toda España, y dar definitivamente la batalla a esos miserables que detentan el poder y que ametrallan al pueblo en nombre de la libertad republicana, para escarnio de la ciudadanía española, y terminar con estos asesinos, imitadores, continuadores de Martínez Anido y Arlegui».

En vano intervino el Comité Nacional de la CNT desde las columnas de *Solidaridad Obrera* para salir al paso de las instigaciones de Abad de Santillán y otros exaltados como él y que, como él, hostigaban desde sus posiciones periféricas, sin riesgo ni responsabilidad. «Creemos —decía el Comité Nacional— que los sindicatos provocan excesivos conflictos, dando lugar a que muchos de éstos, faltos de apoyo moral y material indispensable, se pierdan, cuando en realidad la verdad deberían ganarse... Nosotros no compartimos el criterio de los que preconizan la revolución social a todo pasto sin saber lo que quieren. Sin saber lo que quieren, porque cuando se les pregunta adónde iremos luego, después de habernos lanzado a la calle, contestan que, una vez en la calle, ya veremos por dónde hay que ir». John Brademás corrobora tal situación caótica con estas palabras:

«Una vez se declaraba en huelga una Federación Local, otra vez un Sindicato de Oficio proclamaba que había llegado la hora de la revolución; los odios entre socialistas y cenetistas se agravaban; los trabajadores se dividían y las cajas sindicales y los bolsillos obreros se vaciaban. Y todo ello sin que resultara evidente que la coyuntura fuese propicia para la revolución; más aún: contra el convencimiento profundo de los propios líderes sindicalistas de que la revolución estaba todavía lejos, muy lejos».

Mientras los sindicalistas preconizaban que la revolución era un

problema de organización económica, de preparación cultural y ética de las masas obreras y producto de una nueva conciencia social, los anarquistas atronaban con sus gritos y sus textos incendiarios en los que se decía que la revolución era simplemente un acto de audacia que pondría en juego la «impetuosa fuerza enraizada en el corazón de las masas». Entretanto, huelgas en la Telefónica, en el puerto de Barcelona, en las industrias textil y del caucho, en los hospitales, en los barcos de pesca, en la construcción, en el campo andaluz, en los taxis... Era una marcha enloquecida hacia el suicidio colectivo. La FAI se mostraba cada día más enajenada, como un caballo desbocado y ciego. Entonces, un grupo de sindicalistas responsables quiso frenar aquella carrera de locuras y desventuras, mediante un escrito dirigido a la opinión confederal, en que se denunciaba la actuación nefasta de la FAI dentro de la CNT, por sus pretensiones utópicas, su ignorancia de la realidad, su infantilismo revolucionario y también por su menosprecio de la Organización sindical, y analizaba con criterios objetivos y realistas la situación política del país y las posibilidades de intervención y resolución que competían por el momento a la Confederación.

Uno de sus protagonistas, Juan López, nos ha transmitido un detallado informe sobre el origen y el proceso que dio como resultado la publicación de este escrito que, por el número de sus firmantes, fue conocido en adelante como «Manifiesto de los Treinta». Dice así:

«Poco tiempo después del mencionado Congreso del Conservatorio tuvo lugar un Pleno Regional de Sindicatos de Cataluña. Se celebró en Barcelona, en la calle Cabanas, de la popular barriada de Pueblo Seco. La regional catalana tenía entonces cerca de 500.000 afiliados. Asistí a dicho pleno delegado por mi sindicato. García Oliver y Durruti eran delegados por el Sindicato de la Industria Fabril y Textil de Barcelona. En una de las sesiones, la delegación del Fabril y Textil propuso la celebración de una sesión secreta. Acordada y abierta dicha sesión, Oliver y Durruti presentaron un *plan revolucionario*, proponiendo que el pleno acordase destinar para el Comité de Defensa —constituido por los grupos de la FAI, sin vinculación regular ni admitida con los órganos superiores de la CNT —, encargado de

ejecutar dicho plan revolucionario, la *cuota extraordinaria* que el Congreso de la CNT celebrado en Madrid había determinado que pagasen todos los afiliados a la organización sindical para crear un fondo que permitiese la adquisición de la rotativa para la publicación del diario *C.N.T.* llamado a ser órgano nacional. Se trataba de una cuota extraordinaria y única, de unas dos pesetas por confederado. El Pleno rechazó la proposición por estimarla como infracción a los acuerdos del Congreso Nacional... Aquella táctica que con tal audacia se puso de manifiesto en el Pleno Regional de la calle Cabanas, se extendió metódicamente a todo el cuerpo confederal: sindicatos, federaciones locales, comités comarcales y regionales. Algunos sindicatos de Barcelona tradujeron en hechos la referida propuesta, pero en otros sentidos. La campaña por la revolución se extendió entre los grupos, dando cuerpo a la acción. Los compañeros que ocupaban cargos en el Comité Nacional, en el Regional, en el Local, en el diario *Solidaridad Obrera*, se daban cuenta que la CNT era llevada, por esa maquinación de la FAI, a hechos consumados sobre los cuales la masa sindical y los militantes que no pertenecían a la FAI eran completamente ignorantes. De una tal situación surgió la iniciativa de cambiar impresiones entre quienes tenían cargos de responsabilidad y otros que no los teníamos y la iniciativa se convirtió en una reunión que se celebró en el local del Sindicato del Transporte. Expuesto el motivo por Pestaña, cada uno de los reunidos dio su parecer... Examinada a fondo la situación, Francisco Arín propuso que en un manifiesto se fijase nuestra opinión personal. Pestaña fue designado para redactarlo, y, una vez escrito, nos volveríamos a reunir para discutir su contenido. En una segunda sesión se leyó el texto preparado por Pestaña, que suscitó una larga y viva discusión. No sé de nadie que conserve el texto original de Pestaña en su primera y segunda redacción, pero sí recuerdo sus ideas. Sin duda, Pestaña era entre nosotros quien tenía información más veraz y amplia sobre los planes que había detrás de aquella preparación revolucionaria, que paralelamente, coincidían con la conspiración derechista antirrepublicana... Así, influenciado Pestaña por un co-

nocimiento directo de la realidad, y captando el peligro que se gestaba en la CNT por la injerencia faísta, la primera redacción que dio al manifiesto era una descarnada denuncia, implacable, del peligro y de quienes lo protagonizaban, olvidando en sí los factores revolucionarios, ostensibles y latentes. Se acordó una nueva redacción, rectificando la parte más inmediatamente justificativa de la alarma y añadiendo otras ideas que configuraban una interpretación revolucionaria del momento y lo que para nosotros debían ser tácticas del sindicalismo. Tampoco en una tercera reunión hubo completo acuerdo; en virtud de ello se nombró una ponencia de tres, quienes, sobre la base del texto de Pestaña y las sugerencias que se expusieran, harían una redacción definitiva. Compusieron dicha ponencia Agustín Gibanel, Progreso Alfarache y Ricardo Fornells. Y en una reunión posterior, finalmente, se aprobó el manifiesto.» El manifiesto apareció firmado por Pestaña, Peiró, Ciará, Fornells y otros, hasta el número de treinta.

Después de un análisis de la situación sociopolítica por la que atravesaba España, cuyos caracteres eran realmente dramáticos, se tratan en el escrito los temas que afectaban directamente a la CNT y sus fines revolucionarios.

«Siendo la situación de honda tragedia colectiva, queriendo el pueblo salir del dolor que le atormenta y mata, y no habiendo más que una posibilidad, la revolución, ¿cómo afrontarla? La historia nos dice que las revoluciones las han hecho siempre las minorías audaces que han impulsado al pueblo contra los Poderes constituidos. Basta que estas minorías quieran, que se lo propongan, para que en situación semejante la destrucción del régimen imperante y de las fuerzas defensivas que lo sostienen sea un hecho. Veamos. Esas minorías, provistas de algunos elementos agresivos, en un buen día, y aprovechando una sorpresa, plantan cara a la fuerza pública, se enfrentan con ella y provocan el hecho violento que puede conducirnos a la revolución. Una preparación rudimentaria, unos cuantos elementos de choque para comenzar, y ya es suficiente. Fían el triunfo de la revolución al valor de unos cuantos individuos y a la proble-

mática intervención de las multitudes que les secundarán cuando estén en la calle. No hace falta prevenir nada, ni contar con nada, ni pensar más que en lanzarse a la calle para vencer a un mastodonte: el Estado. Pensar que éste tiene elementos de defensa formidables, que es difícil destruir mientras que sus resortes de poder, su fuerza moral sobre el pueblo, su economía, su justicia, su crédito moral y económico no estén quebrantados por los latrocinios y torpezas, por la inmoralidad e incapacidad de sus dirigentes y por el debilitamiento de sus instituciones; pensar que mientras que esto no ocurra puede destruirse el Estado es perder el tiempo, olvidar la Historia y desconocer la propia psicología humana. Y esto se olvida, se está olvidando actualmente. Y por olvidarlo todo, se está olvidando hasta la propia moral revolucionaria. Todo se confía al azar, todo se espera de lo imprevisto, se cree en los milagros de la *santa revolución*, como si la revolución fuese alguna panacea y *no un hecho doloroso y cruel* que ha de forjar el hombre con el sufrimiento de su cuerpo y el dolor de su mente. Este concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia, patrocinado durante decenas de años por todos los partidos políticos que han intentado y logrado muchas veces asaltar el Poder, tiene, aunque parezca paradójico, defensores en nuestros medios y se ha reafirmado en algunos núcleos de militantes. Sin darse cuenta caen ellos «i todos los vicios de la demagogia política, en vicios que nos llevarían a dar la revolución, si se hiciera en esas condiciones y se triunfase, al primer partido político que se presentara, o bien a gobernar nosotros, a tomar el Poder para gobernar como si fuéramos un partido político cualquiera.

»¿Podemos, debemos sumamos nosotros; puede y debe sumarse la Confederación Nacional del Trabajo a esa concepción catastrófica de la revolución, del hecho, del gesto revolucionario?

»Frente a este *concepto simplista y un tanto peliculero de la revolución*, que actualmente *nos llevaría a un fascismo republicano*, con disfraz de gorro frigio, pero fascismo al fin, se alza otro, el verdadero, el único de sentido práctico y comprendido, el que puede llevarnos, el que nos llevará indefectiblemente a la consecución de

nuestro objetivo final. Quiere éste que la preparación no sea solamente de elementos aguerridos, de combate, sino que se han de tener éstos y, además, elementos morales, que hoy son los más fuertes, los más destructores y los más difíciles de vencer.

»Frente al concepto caótico e incoherente de la revolución que tienen los primeros se alza el ordenado, previsor y coherente de los segundos. Aquello es jugar al motín, a la algarada, a la revolución; es, en realidad, retardar la verdadera revolución. Somos revolucionarios, sí, pero no cultivadores del *mito de la revolución...* Quere-
mos *una revolución nacida de un hondo sentir del pueblo*, como la que hoy se está forjando, y no la revolución que se nos ofrece, que pretenden traer unos cuantos individuos, que si a ella llegaran, llá-
mense como quieran, fatalmente *se convertirían en dictadores al día siguiente de su triunfo...* La Confederación es una organización revolucionaria, no una organización que cultive la algarada, el motín, que tenga el culto a la violencia por la violencia, de la revolución por la revolución.»

A pesar de la intervención de otros compañeros en las revisiones de que nos hablaba Juan López, el documento es una muestra inconfundible del estilo de Pestaña, y pese también a las concesiones que en él se hacen a la tradición revolucionaria, una concisa, aunque rotunda, exposición, síntesis, diríamos, de sus concepciones antirrománticas y antagónicas de las profesadas por los militantes activos de la FAI. En realidad, aunque no se nombra a la FAI en el manifiesto, todo él, compacto y monótono, es un ariete lanzado contra ella. Desvincular a la FAI de la CNT atacando duramente sus presupuestos y métodos revolucionarios, es el objetivo único del documento. Yo he subrayado aquellas frases en que la intencionalidad de sus autores se manifiesta más inequívocamente y que mejor responden, además, al pensamiento pestañista. El reto a la FAI y a los revolucionarios de la alucinación y la truculencia era evidente, y así lo entendieron sus lectores. Lo entendieron igualmente aquellos contra quienes iba dirigido, que reaccionaron respondiendo exactamente al carácter que se les atribuía, en forma desenfadada, piro-técnica, pueril y frágil como los carcomidos tópicos decimonónicos

que manejaban, pero también insidiosa y capaz de remover las iras de los ilusos. La musa histérica de la FAI, Federica Montseny, siempre en posición ventajosa de «intelectual» independiente, arremetió contra el manifiesto con artículos en los que empleaba el insulto a la virilidad y al honor de sus firmantes. El faísta Ricardo Sanz publicó un folleto titulado «Los treinta Judas», con la pretensión de estigmatizar con el peor calificativo a los firmantes del manifiesto, aunque, años más tarde, su autor adoptara la posición ideológica de los llamados por él Judas. El título, sin embargo, fue un acierto, por su simplismo y sus resonancias, y pronto fue adoptado como denominador común, no ya sólo de quienes escribieron aquel documento, sino para todos los que defendían la tendencia moderada y antifaísta. Todos eran traidores, todos estaban vendidos al capitalismo por las treinta monedas de un acomodamiento a la vera de los organismos estatales. La algarabía fue indescriptible.

Por otra parte, el manifiesto apareció cuando la conflictividad social amenazaba con anegar el país por la intransigencia recíproca de autoridades y sindicatos. El mismo día en que se firmara el «Manifiesto de los treinta», cincuenta presos de la CNT en Barcelona anunciaban la huelga de hambre, acompañando a los disturbios callejeros provocados por la huelga de la Telefónica. Y, aunque los «treintistas» sostenían en *Solidaridad Obrera*, cuyo control ejercían, que «el que echa las masas a la calle para que las degüellen, se creará muy revolucionario, pero en realidad es un asesino moral», las masas se lanzaron al día siguiente a la huelga general. Barcelona quedó agarrotada. «Cerraron las tiendas —dice Brademás— aun en el casco de la ciudad, y se paró el tránsito rodado. En los barrios obreros se llegó a levantar barricadas. Hubo encuentros armados entre la policía y los trabajadores. De singular violencia fue el habido en la calle de Mercaders, al intentar la fuerza pública penetrar en las oficinas del Sindicato de la Construcción y apoderarse de las armas allí escondidas. Hubo varios muertos y heridos. A la postre, los obreros abandonaron la lucha. Se practicaron casi trescientas detenciones durante la huelga. Tres miembros de la CNT fueron muertos a tiros por la policía enfrente mismo de la Jefatura Superior. ¿Ley

de fugas? ¿Legítima defensa? El caso es que los anarquistas añadieron tres coronas al altar de sus mártires. Estaba claro que la República era tan mala como cualquier otro régimen, concluyó la prensa confederal... Las intenciones estériles podían haber sido otros tantos argumentos en favor de los “treintistas”. Pero la sangre que el gobierno había derramado al hacer frente a los revolucionarios armados se volvía contra los prudentes. Los descontentos siempre han preferido creer en la heroicidad que en la inutilidad de sus mártires.»

En estas circunstancias, no pudo ser más desafortunada la aparición del manifiesto «treintista», porque su efecto psicológico fue anulado por el clamor multitudinario de la organización que así se veía atropellada y diezmada por la fuerza pública. La gente no se detenía a analizar la causa de los hechos y sólo ponderaba sus consecuencias. En tal estado de ánimo, la voz fría de los sindicalistas responsables sonaba casi como un insulto al condenar aquellos extravíos. Por eso pudo decir García Oliver que los firmantes del manifiesto «habían sido arrollados por los acontecimientos». El 25 de aquel mismo mes, la redacción «treintista» de *Solidaridad Obrera* dimitió, dimisión confirmada poco después por la derrota de los moderados en el Pleno Regional reunido para designar la nueva dirección del periódico. Esa fue la primera trinchera que perdieron los «treintistas», quizá por su exceso de amor propio y de sentido de la responsabilidad que sus adversarios no les agradecieron y que, por el contrario, prosiguieron con más ardor todavía su actividad para ir desalojándolos de sus posiciones y apoderarse de los Comités de los sindicatos.

Anguera de Sojo, gobernador de Barcelona, se mostraba irreductible frente a las pretensiones de los anarcosindicalistas y no dudaba en echar mano de la fuerza pública, con todas sus consecuencias, para reducirlos a la impotencia. Clausuró el Sindicato de Transporte y suspendió varios mítines. Era el hombre más odiado de la ciudad por la FAI. *Solidaridad Obrera* le insultó y le aseguró que no iría al cielo. En vista de ello, Pestaña se dirigió públicamente al presidente del Gobierno de la República, Manuel Azaña, para demostrarle que

la culpa de las huelgas de meses anteriores correspondía a la patronal, justificar la conducta obrera por la miseria reinante y pedir el fin de la política represiva contra los sindicatos. «Por todas estas razones —decía Pestaña—, al plantearse los conflictos a que hacemos referencia, la mayoría de los gobernadores de provincias, no sabemos si obedeciendo órdenes de ese Gobierno, o bien obrando por cuenta propia, desencadenan una represión constante contra nuestros sindicatos, clausurándolos, y decretan la detención de muchos de nuestros afiliados, aplicando las detenciones gubernativas como se aplicaban en los mejores tiempos de la monarquía...» Por todo ello, los sindicatos querían saber qué margen de actuación les concedía la Ley y, por consiguiente, hasta dónde podían llegar. Azaña, intelectualmente situado en otro plano, no entendió la llamada del dirigente sindicalista, que, en todo caso, le parecería una pieza literaria menos que mediocre, porque su espíritu era incapaz de sentir las emociones del mundo del trabajo, al que nunca se asomó. Para Azaña, era un problema de orden público, no más, y Anguera de Sojo cumplía admirablemente con su deber. «Por entonces —anotaría Azaña en su diario—, los sindicalistas revolucionarios y la FAI eran dueños de Barcelona y la misma Esquerra, que había triunfado con los votos de los sindicalistas, pedía que se los sujetara. Anguera era el hombre capaz de hacerlo. Y, en efecto, lo ha hecho. Sin violencias reprobables, a fuerza de tino, de energía y de paciencia ha ido derrotando a los extremistas en las luchas sociales y hoy los tiene completamente dominados.» ¡Qué equivocado estaba entonces Azaña! Poco después le demostrarían los anarquistas que no estaban dominados como él supuso. Sin embargo, seguiría mostrándose imperturbable y mantendría la táctica represiva a todo trance, sin comprender que lo que con ella conseguía era desarmar a los moderados y entregar las masas irritadas a los extremistas.

Ángel Pestaña, a pesar de su oposición a aquella oleada de huelgas removida por la FAI, salió en defensa de sus víctimas —presos, represaliados, perseguidos— y de la organización —clausura de sindicatos, restricciones en la propaganda, etc.— por un imperativo de

solidaridad y responsabilidad. Era secretario del Comité Nacional de la CNT, y, con razón o sin ella, tenía que salvaguardar a ésta y a sus hombres de las furiosas acometidas del poder público. Por eso apeló a Azaña. Pero Azaña, que vagaba por las cumbres del Estado, no le oyó, y, si le oyó, no quiso responderle. En cualquier caso, su mudez arrojó a Pestaña a los leones. Desde *El Luchador*, publicación de la familia Urales, Federica Montseny, paroxística como siempre, calificó la carta a Azaña «como modelo de servilismo, de humillación ante el Poder, de impotencia y de mediocridad que hace llorar de rabia y de vergüenza», y Federico Urales, padre de la iracunda amazona faísta, acusó a Pestaña de querer, como Maurín, convertir a la CNT en un partido político. Y se llegó a más, se llegó a infamar a los «treintistas» haciéndoles responsables de las detenciones, como informadores inconscientes de las autoridades represoras. Hasta estos términos descendió la campaña de la FAI contra los «treintistas», quienes, siendo incapaces de recurrir a tales armas, por impedirselo su honor de revolucionarios, hubieron de soportar estoicamente los repetidos asaltos de la jauría calumniadora.

Poco después, hacia mediados de enero de 1932, la organización confederal fue arrastrada por los Durruti, Ascaso y García Oliver — el triunvirato aspirante a la dictadura dentro de la CNT — al primero de la serie de movimientos insurreccionales que la desangrarían inútilmente. Desde el Secretariado Nacional, Pestaña se opuso enérgicamente a la aventura. Hubo, con tal motivo, reuniones borrascosas, en una de las cuales, Durruti, exasperado por las negativas razonadas y frías de «el Ángel», cogió una silla por el respaldo, la levantó en el aire y le amenazó con ella. Pestaña se le quedó mirando tranquilamente, sin hacer un solo movimiento para esquivar el golpe. Su calma imperturbable desarmó al impetuoso Durruti, quien depuso su actitud murmurando: «Si no fueras quien eres...»

Sin embargo, el 18 de enero, las organizaciones cenetistas de la zona minera del Alto Llobregat y del Cardoner, en Cataluña, proclamaron el comunismo libertario en algunos pueblos de la comarca. Durruti, según Gilabert, había dicho a los mineros «que la democracia burguesa había fracasado; que era necesario realizar la revolución; que

la emancipación total de la clase trabajadora solamente podría conseguirse mediante la expropiación de la riqueza social que detentaba la burguesía y suprimiendo el Estado. Aconsejó a los mineros de Fígols que se prepararan para la lucha final, y les enseñó la manera de fabricar bombas con botes de hojalata y dinamita».

El resultado, obviamente, fue la derrota ante las fuerzas del orden público, la aprehensión de gran número de revolucionarios y su reclusión en un barco que los llevaría, como desterrados, a las posesiones españolas en el golfo de Guinea. Inmediatamente, la FAI buscó a los responsables —ella era irresponsable— y los encontró en los «treintistas», precisamente en los que se habían opuesto a tan descabellada intentona revolucionaria. La pitonisa de los arcanos anarquistas, siempre en trance de furor apocalíptico, la inefable Federica Montseny, se despachó con un artículo que tituló, plagiando a Zola, «Yo acuso», en el que, entre otras cosas, decía:

«¡Yo acuso! ¡Yo acuso, sí! Yo acuso a los culpables de esta iniquidad (las deportaciones)... Y voy a acusar no sólo al Gobierno... Y yo acuso, en primer lugar, a los treinta firmantes del manifiesto famoso... De los *moderados* no hay ninguno en la cárcel... Acuso a los que, en estos últimos días, cuando en la montaña catalana había diez pueblos sobre las armas y por la revolución social; cuando en casi toda España se esperaba una sola indicación para lanzarse a un movimiento de conjunto; cuando la CNT veía ante sí una posibilidad de realizar su ideario, traicionaron una vez más su movimiento... ¿Podrán ustedes decirme, señor Menéndez, señor Moles y señor Maciá, qué diputación, ministerio o gobierno civil le han prometido ustedes a Ángel Pestaña, secretario del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo, por haber saboteado hábilmente el acuerdo de paro; por no haber cursado a tiempo oportuno la orden; por no haber lanzado el manifiesto a que se comprometió; por conseguir, en una palabra, *ganar tiempo*, antes de tomar ningún acuerdo frente al levantamiento del Alto Llobregat; *después*, perderlo de forma que la huelga de solidaridad fuese tardía e imposible, que los de Fígols ya estuviesen vencidos y que en Barcelona y en el resto de España, la gente, desorientada, indecisa, se reintegrara al trabajo?»

No se pueden manejar a la vez tantas exageraciones, inexactitudes, desatinos y mentiras como las que amañó Federica Montseny en su vitriólico artículo. Todo él es sólo un grito de furia visceral, un estallido de cólera femenina, la explosión de un hipertrofiado «ego» que trataba de usurpar el protagonismo de un drama del que no formaba parte. Ni nadie que no fuesen algunos grupitos insignificantes aguardaba en el resto de la Península la señal para extender la revolución por todo el país, ni el Comité Regional de Cataluña, ni siquiera el Comité Comarcal del Alto Llobregat, habían tenido noticia de los planes revolucionarios de los mineros. En el informe de la CNT a la AIT, años después, se decía que la insurrección del Alto Llobregat fue decidida por los grupos locales, sin un plan general y sin las conexiones mínimas necesarias. En definitiva, que fue «uno de tantos movimientos desconectados y esporádicos que provoca la vehemencia de militantes impacientes».

Pero la reacción emocional que produjo en los medios confederales fue imponente. La salida de los desterrados hacia los puntos de confinamiento en el África ecuatorial dio motivo a las más exaltadas manifestaciones de solidaridad y entusiasmo revolucionario. Durruti, ascendido ya a la categoría de mito, iba al destierro como un Ulises proletario o como un Bonaparte sindical camino de su Santa Elena. Y los culpables eran, cómo no, los «malos» por antonomasia, los «treintistas». García Oliver —el anarcobolchevique autoritario— acusó a Pestaña de haber enviado una circular a todas las Regiones, diciendo a cada una de ellas que las demás eran partidarias de una campaña de propaganda contra las deportaciones, y no ordenándoles una huelga general revolucionaria, como era lo acordado, cuando, en realidad, lo que el Comité Nacional, del que formaba parte García Oliver, había prometido era la huelga general revolucionaria en el caso de que se intentase imponer una dictadura al país. No era lo mismo. ¿Una huelga general revolucionaria, es decir, una derrota segura más, una mayor sangría, más presos, más represión y, en definitiva, más dolor inútil y el debilitamiento de la CNT? No. Pero García Oliver le acusó de decisión arbitraria tergiversadora del

acuerdo de las Regionales, y su denuncia alcanzó una insólita resonancia debido al estado de irritación y amargura que afligía a los derrotados. Los presos anarcosindicalistas de Barcelona exigieron el inmediato cese de Pestaña como secretario del Comité Nacional. El 19 de marzo, el anarquista Manuel Rivas, del que decía Peiró que no sabía qué era ni para qué servía un sindicato, ocupó el puesto de Pestaña en el nuevo Comité Nacional de la CNT, del que pasó a formar parte también Ricardo Sanz, el autor del libelo «Los treinta Judas». Desde entonces, los faístas avanzaron decididamente, a paso de carga, en la conquista de los organismos dirigentes de la organización sindical. A finales de septiembre de aquel mismo año, el Comité Regional de Cataluña expulsó a la Federación Local de Sindicatos de Sabadell, donde predominaban los moderados. A la vez, fueron siendo también marginados sucesivamente los demás firmantes del «Manifiesto de los Treinta». También le llegó su turno a «el Ángel». Su propio sindicato, el de la Metalurgia, se encargó de extrañarlo de sí y de la CNT. Temerosos, no obstante, sus promotores de que en una asamblea general pudiera derrotarles su víctima, decidieron llevar a cabo la operación por sorpresa, en una reunión limitada, en ausencia del reo, donde sólo tuvieran voz y voto los conjurados. Así, los hierofantes de la Acracia libérrima procedieron con los peores métodos de las viejas tiranías, mostrando una vez más su aberración ideológica, la misma que ha movido todas las inquisiciones del mundo en la persecución de disidentes y heterodoxos. Era, como tantas veces en la Historia, la caza de brujas, con idéntico ardor, perseverancia y ensañamiento, no faltándole más que la eliminación física de los herejes. Federica Montseny expresó bien el furor dogmático que les animaba cuando dijo, refiriéndose a esas «purgas», que se había extirpado la gangrena de la CNT.

Inmediatamente después, libres ya de frenos y reparos, en enero de 1933, los faístas precipitaron de nuevo a la CNT en una insurrección suicida que culminó en la matanza de Casas Viejas. Desgraciadamente, no sería ésta, a pesar de su fin catastrófico, la última aventura sangrienta de la FAI a costa de la CNT, porque, como decía García Oliver, se trataba tan sólo de practicar la «gimnasia revolucionaria»,

es decir, el período de instrucción de la tropa, con fuego real, que habría de servir de fuerza de choque para la toma del poder político.

3. DENUNCIA DEL FASCISMO

Pestaña, expulsado de la CNT, nunca se considerará extrañado definitivamente de ella. Ha sido una riña entre amantes y él no desespera de tomar a los favores de la amada. Durante dieciocho años ha vivido sólo para ella, intensamente, apasionadamente, en una entrega total y sin condiciones. ¿Cómo dar por roto en un momento de mal humor o de ira lo que se fraguó en tantos años de íntima convivencia? Pasará el enfado, se enfriará la cólera y otra vez se anudarán los lazos que los unieran tan estrechamente. Le dolerán, eso sí, los malos pasos de la amada bajo la influencia y los erróneos consejos de sus rivales. La verá, con dolor, traída y llevada de aquí allá, fraccionarse, desangrarse, golpeada y maltratada, perseguida, de derrota en derrota y de frustración en frustración. Pero él la seguirá amando y defendiendo y, al final, agotado y moribundo, irá a recostarse para siempre junto a los rescoldos de su viejo amor.

Se produjo lo que él trató siempre de evitar: la escisión. En el pleno del cine Meridiana, de Barcelona, las exigencias de los faístas obligaron a los sindicatos de Sabadell a declararse en rebeldía. Seguidamente, abandonaron la comunión cenetista sindicatos de Cataluña y los más poderosos de Levante y Huelva. Todos ellos juntos formaron lo que se llamó Sindicatos de la Oposición. Paralelamente, Pestaña y sus afines crearon la Federación Sindicalista Libertaria o FSL, que habría de desempeñar, junto a la Oposición, las mismas funciones que la FAI en la CNT. La FSL quiso ser, sencillamente, la anti-FAI. Pero ni la Oposición ni la FSL, pese a su impulso inicial, lograron afirmarse sólidamente. El ser, sobre todo, reacciones «anti», y no creaciones «pro», es decir, fundamentarse más bien en lo que no eran que en lo que eran, les privó de la fe positiva, única

fuerza capaz de promover una gran empresa entre los hombres. Especialmente, la FSL resultó ser un ente híbrido a pesar de sus postulados, entre los que descollaba el de la formación de militantes sindicalistas por la cultura y el trabajo ideológico. No era un partido político a la manera del socialista, ni tampoco a la manera de la FAI. Prescindía de las ventajas instrumentales de aquél, y del fanatismo dogmático de ésta. Se quedó, por consiguiente, entre dos aguas, lo que la condenó desde un principio a la esterilidad.

No hay que olvidar, para comprender mejor la inoperancia de estas dos ramas escindidas en el gran tronco de la CNT, el enorme peso de la tradición que gravitaba sobre sus hombres representativos. No es fácil desprenderse en un momento de todo un pasado y, menos aún, si ese pasado es una historia de sacrificios sin cuento por un ideal, y si, como en el caso de los militantes sindicalistas, se ha operado una simbiosis espiritual indestructible entre la propia vida y la vida de la organización. Los dirigentes de la Oposición y de la FSL eran antifaístas, por incompatibilidad moral con una secta parasitaria como la FAI, pero seguían considerándose, en su fuero íntimo, militantes de la CNT. La querencia, el más fuerte de todos los sentimientos, por ser el más irracional, les mantenía unidos espiritualmente a la Confederación, y ello disminuía, hasta la impotencia, sus posibilidades de acción divergente.

En realidad, la FSL significa la última etapa de vacilaciones que mantenían irresoluto a Pestaña en un problema que se había convertido en la mayor de sus preocupaciones. La FSL fue la postrera tentativa para resolverlo sin salirse de los límites impuestos por la ortodoxia tradicional. Parece como si Pestaña hubiese querido andar todos los caminos imaginables para convencerse a sí mismo de que no quedaba, para salir del atolladero, ninguno más que el que venía entreviendo desde tiempo atrás. El escrúpulo final, en suma, que se desvanecería por sí solo con su fracaso operativo.

Hubo otro factor que alentó a Pestaña para tomar una decisión definitiva y fue el ensombrecimiento progresivo del panorama político nacional. El régimen republicano, lejos de afianzarse, estaba siendo rudamente combatido desde dos extremos del abanico ideológico:

la derecha feudal-católica y la izquierda insurgente, y era gobernado por un equipo de hombres honorables y de buena intención, pero de ideas contradictorias y, en gran parte, anacrónicas: por un lado, los republicanos, herederos del liberalismo decimonónico, sin componente social alguno y ajeno a todo lo referente a los movimientos redentoristas de los trabajadores; y, por otro, los socialistas, atrapados entre su idealismo revolucionario marxista, de clase, y sus responsabilidades como copartícipes del poder en un Estado que se apoyaba en estructuras de monopolismo agrario, financiero e ideológico. Y, subyaciendo a ese entramado político, un pueblo atrasado, empobrecido, analfabeto, de alpargatas y traje de pana, cuya hambre espiritual y física exigía soluciones y respuestas perentorias y eficaces.

La derecha feudalista dio el primer golpe: la sublevación del general Sanjurjo en Sevilla y de un grupo de militares en Madrid, el día 10 de agosto de 1932. La izquierda insurgente, los anarcosindicalistas, se lanzaron a otra intentona revolucionaria, sin pies ni cabeza, en enero de 1933; y, finalmente, los socialistas, secundados por comunistas y anarcosindicalistas, como si quisieran lavar los pecados de su colaboracionismo gubernamental, capitanearon la llamada revolución de Asturias de 1934, que no pasó de ser un mal remedo del golpe leninista del 17 en Rusia, con el eco en Cataluña de la sublevación de la Generalidad contra el Gobierno central de Madrid, y que culminó con la mucha sangre derramada y una represión feroz en la zona minera del Norte, y en la rendición de los autonomistas de Barcelona. Tres atentados que conmovieron hasta los cimientos de la República y de los que ésta sobrevivió tambaleándose, sin fuerzas ya para resistir una nueva embestida.

Paralelamente, y como consecuencia de tales convulsiones, empezó el proceso de polarización de los españoles en torno a dos núcleos de signo contrario que se repelían y se auto-definían como irreconciliables, en medio de una ciudadanía como atónita y vacilante. El hervor venía de abajo y su fuerza desbordaba las previsiones y la voluntad de los hombres situados a la cabeza de ambas huestes. Era como un seísmo que se anunciara, con sucesivas olas de temblores,

como irresistible y fatal. Naturalmente, en esa pugna de los dos bloques —las dos Españas de Machado, en definitiva —, apuntaban las ideologías que por entonces se disputaban el dominio de Europa: el marxismo y el fascismo —hijo espúreo éste de aquél—, si bien con las diferencias de matiz y tono impuestas por la idiosincrasia y realidades objetivas de nuestro pueblo, y por supuesto, condicionadas por unas características especiales que alteraban en España la relación entre esas dos ideologías totalitarias, y que eran el poderoso movimiento anarcosindicalista, revolucionario, pero no marxista; y la Iglesia Católica, casi omnipotente, regresiva y reaccionaria, pero no fascista.

Pestaña, aunque excluido de las actividades de dirigente de la CNT, seguía, no obstante, ligado a la suerte del sindicalismo por sus vinculaciones a los Sindicatos de Oposición y, sobre todo, a la FSL, pero ya, como si dijéramos, en retirada. Ello le permitió una mayor independencia y libertad de juicio ante la cambiante realidad y los nuevos fenómenos que emergían de las profundidades de la sociedad al ámbito de la discursión. Puede decirse que gran parte del año 1932 y los dos siguientes los dedicó a la meditación, a pensar, aconsejar y escribir. Desde el diario *La Libertad* de Madrid, especialmente, fue apostillando los sucesos y problemas que más profundamente conturbaban la conciencia de sus conciudadanos. Pestaña aplicó entonces en sus juicios sus rigurosos conceptos sindicalistas, en defensa siempre de las masas trabajadoras, pese a sus errores, que tampoco eludía. Como hombre del pueblo, sentía y compartía su dolor, sus deseos de libertad y justicia, su insobornable sentido de la dignidad humana.

A pesar de habersele acusado por los anarquistas de la FAI, sus adversarios, de inoperancia culpable cuando la frustrada revolución del Alto Llobregat y del Cardoner —los sucesos de Fígols—, publicó un artículo en el diario de Madrid, en el que, después de defender a los revolucionarios

«sugestionados por extremistas impenitentes, por individuos que hablan de destrucción social, de exterminio de lo divino y lo hu-

mano», pero que se detuvieron, respetuosos ante la vida de las personas, decía: «La semilla no prende si no es en terreno abonado. Las palabras de esos a quienes se estigmatiza de extremistas no encontrarían eco si no hubiese estómagos vacíos, casas sin luz, sin pan, sin abrigo. Si no hubiese miles de hogares invadidos por la miseria. Estos hechos en España llevan al extremismo de las izquierdas; en Italia llevaron al de las derechas, y en la Alemania actual, un hombre que predica el exterminio entre sus compatriotas está a punto de escalar el Poder, donde cometerá las más terribles crueldades.»

Nótese por otra parte, cómo ya en febrero de 1932 Pestaña presiente y denuncia el peligro del nazismo, y prevé, cuando ni los propios comunistas y socialistas alemanes barruntaban su trágico destino, los delirios criminales de Hitler.

Apasionaba tanto el problema de la autonomía de Cataluña que escindía a los españoles en dos grupos rabiosamente opuestos —los «anti» y los «pro» de siempre—, cuya ceguera amenazaba con arrastrar al país a una situación dramática, sin salida. Pestaña escribió en mayo de 1932 estas palabras y conceptos clarividentes que todavía hoy merecerían ser tenidos en cuenta:

«Por lo demás, el hecho es en sí característico. Cataluña quiere la autonomía regional. Pero la quiere de una manera especialísima. Hay en el fondo de su petición un deseo inseguro de autonomía total, que en lenguaje claro quiere decir separación; pero que fundamentalmente, claramente, no se atreve a formular. ¿Por qué? Porque con el sentido realista que tiene el catalán para todas las cosas de la vida, pues todas las cosas las juzga a través del tamiz utilitario, sabe que la separación no le conviene, que sería perjudicial para él; que sería la ruina inminente de esa fuerza energética que lleva en él, que le caracteriza y le destaca. Por eso, Cataluña pedirá y obtendrá, ahora o después, lo que desea; pero se equivocan, no conocen a Cataluña los que creen que desea la separación como hecho fundamental y concluyente. Los que vivimos en Cataluña y observamos, con más o menos acierto, las condiciones peculiarísimas de esta región, nos damos cuenta de que eso de la separación es sólo un mito, la bandera

de los espíritus inquietos, ansiosos siempre de un más allá. Hoy hablan de separatismo, porque Cataluña forma parte del Estado español; pero si un día Cataluña consiguiera separarse, entonces ellos pedirían más. Es difícil saber qué pedirían, pero pedirían más.

»No olvidemos, además, que si desde el punto de vista jurídico y estatal, y hasta en matizaciones étnicas y raciales, pueden hallarse gérmenes de nacionalismos rabiosos que quieran convertir el Mundo de hoy en una sucesión de minúsculos Estados como lo fueron las repúblicas del medievo, hay, frente a esa concepción atomizadora, el problema de los problemas, el problema cumbre, el problema social, que si bien no desdeña estudiar las consecuencias que esas explosiones nacionalistas puedan acarrear, sabe que la razón medular de su solución está no en dividir, sino en sumar; no en crear fronteras, sino en allanar las existentes; no en separar a los hombres a pretexto de diferencias de lugar de nacimiento, sino en acercarlos para que cumplan la sagrada misión de mejorar su condición social de hoy y aumentar las posibilidades de mañana. Si la idea de quienes defienden el Estatuto catalán es ésta, harán un buen servicio a España, a los españoles y a la Humanidad entera. Pero si no es éste el espíritu que les guía, y quieren, en cambio, aislarse, para prolongar privilegios y desigualdades en pugna con el pensamiento moderno, fracasarán. Y fracasarán porque la Humanidad no pone la planta del pie dos veces en el mismo sitio.»

La insurrección anarquista de principios del año 33, en Andalucía y Levante, cuyo episodio más significativo se llama Casas Viejas, fue objeto también de dos artículos en *La Libertad*. En el primero de ellos aducía como disculpa de los rebeldes su ingenuidad revolucionaria —«hombres a quienes empujó a esos extremos la llama viva del fanatismo por un ideal»— y condenaba sin paliativos a los inductores de la revuelta —«Enfermos de la mente o del corazón. Cerebros sugestionados por ideas simplistas»—. Contrariamente a los que creen que todas las rebeldías son justas, él afirmaba que todas las rebeldías son infecundas y estériles cuando se intentan sin que las multitudes estén en condiciones de aceptarlas. Así salió al paso

de la táctica faísta de la «gimnasia revolucionaria» que costaba tantos sacrificios inútiles, que rompía la acometividad de la CNT estrellándola contra los acantilados inexpugnables del Estado, y, en suma, aniquilaba las energías de la organización sindical. «El fenómeno revolucionario tiene sus leyes, no fatales, pero sí inexorables. En cuanto se las desprecia, en vez de una revolución se provoca una lucha que deja estela de odios y venganzas.» Tras el decorado sangriento de Casas Viejas se traslucía la presencia de los que habían dirigido la representación, «los tres mosqueteros»: Durruti, Ascaso, García Oliver, y otros grupos de fanáticos, pero el autor omitió sus nombres por prudencia y honestidad, porque no se trataba para él de una cuestión personal sino de principios y de crítica a un sistema trasnochado de llevar los hombres a la muerte sin ninguna posibilidad de triunfo ni de retirada. En el segundo artículo se enfrentaba con el poder público que, al operar represivamente, desconoció los más elementales deberes de humanidad, que «para vencer la resistencia de cuatro campesinos y dos mujeres en una choza de terrones y cañas haya que llegar hasta donde las fuerzas del Gobierno llegaron». Enumeraba, de paso, todos los hitos que señalaban hasta entonces el itinerario de las represiones gubernamentales y concluía diciendo: «Símbolos de la España inquisitorial y bárbara. Continuación de una historia que avergüenza».

Por entonces, el tema del fascismo llegó ya a preocuparle casi obsesivamente. Fue de los primeros, acaso el primero, que dio la voz de alarma contra el fenómeno fascista, dueño de Italia, conquistador reciente de Alemania, retoñado en Austria, proliferante en Francia y con incipientes organizaciones en otros países europeos, incluida Inglaterra. No era, no, una cuestión de moda política, baladí y pasajera, sino una grave infección contagiosa de honda raigambre en la sociedad malherida por la gran crisis económica que asolaba al mundo.

«¿Cuajará? ¿Arraigará el fascismo en España? —pregunta en abril de 1933—. Todos los que se precian de intérpretes de *estados de opinión pública* contestan negativamente; afirman que el fascismo no cuajará en la Península Ibérica. Hablan con demasiada confianza

para que les creamos.»

Y vuelve a preguntar:

«¿Puede cuajar en España un movimiento fascista? Hoy, quizá no; pero más adelante, sí. Lo indica ya la forma como recluta los primeros adherentes. Y las ventajas que se les ofrecen. Un obrero en paro forzoso, que pasa semanas y semanas sin lograr un jornal; que carece de lo más indispensable para satisfacer sus gustos y sus pequeños vicios; que carece a veces hasta de lo más indispensable para subsistir, ¿puede extrañarnos que acepte entrar en una milicia fascista cuando se le ofrece una soldada de siete pesetas diarias sin esfuerzo ni fatiga alguna?» Porque, para Pestaña, el fascismo no es una invención ideológica de los estados mayores políticos y financieros, sino una hábil demagogia a la contra con apariencia revolucionaria, sembrada en un mundo de desesperación, de paro y hambre. No es un ideal, sino una técnica para el sojuzgamiento de las masas obreras a cuenta de unas migajas oportunas de pequeñas satisfacciones materiales. «No es en las secretarías de los partidos políticos donde está el fermento que lo genera, sino en los tugurios, en las zahúrdas, en los hogares fríos y destartalados.» En España empezaba por minúsculos grupos miméticos de intelectuales resentidos, frívolos o visionarios, sin ninguna fuerza aún. Estos hombres en sí no ofrecían peligro. El peligro residía en el hecho de que el descontento y la desesperanza abrían ya profundos surcos en grandes extensiones de la sociedad española —clases medias, proletariado sin conciencia de clase— donde podrían caer y fructificar las semillas silvestres del fascismo.

La unidad o alianza de las fuerzas antifascistas llega a convertirse en su afán más exigente. Pestaña ve cómo se desmorona el artilugio de poder de la República; cómo cunde la indisciplina social en todos los sectores sociales a causa de las desilusiones, el cansancio y el miedo; y cómo, por otra parte, se organizan y potencian al máximo las huestes reaccionarias; y se desazona, porque intuye que de ese conjunto de factores puede surgir en España el monstruo que ya ha extinguido en Alemania y en Italia los movimientos políticos y sindicales libres y ha estrangulado las aspiraciones revolucionarias de

las clases trabajadoras; y clama:

«Unámonos, pues. Busquemos esa coincidencia, y cuanto antes mejor. Apretemos nuestras filas contra el enemigo común. Contra ese peligro que primero destruye las democracias burguesas y, cuando ha consumado esta labor suicida y criminal, destruye también las organizaciones obreras, convirtiéndolas en instrumento de una política de rapiña y dominio».

Lanza la idea de convocar en Madrid una conferencia que estableciese las bases de una Alianza Obrera Antifascista, con la participación de un delegado por cada una de las siguientes organizaciones: Partido Socialista, UGT, CNT, Partido Comunista, Bloque Obrero y Campesino, FAI, FSL y Sindicatos de la Oposición. Se trata, en definitiva, de un compromiso preelectoral con vistas a los comicios convocados por el Gobierno de Martínez Barrio, sucesor de Azaña, que se presumen decisivos por la arrolladora y enfática campaña propagandística de la CEDA, conglomerado de las derechas seudofascistas que capitanea Gil Robles, quien pide al electorado nada menos que la mayoría absoluta de diputados para abolir la legislación progresista de la República. Dicho compromiso terminaría al día siguiente de las elecciones, a partir del cual cada organización recobraría la libertad para seguir sus propias pautas, pero, mientras tanto, evitaría la dispersión de los votos y la lucha de unas contra otras, que debilitaría a todas, y, sobre todo, el abstencionismo electoral con que amenazaban los anarcosindicalistas dirigidos por la FAI, y cuyo efecto favorecería indirectamente al bando contrario. Desgraciadamente, las suspicacias, los viejos rencores, la rivalidad y los pujos hegemónicos de las organizaciones convocadas impidieron que la propuesta de Pestaña fuese acogida y aceptada. El resultado fue la derrota de las izquierdas y el avance amenazador de la CEDA en aquellas elecciones, que se pagaría con sangre un año después. Sin embargo, la idea quedó latente. Más tarde fructificaría y tendría dos rebrotes: la Alianza Obrera de 1934 y el Frente Popular de 1936.

Contener al fascismo y adelantársele a toda costa fue el lema de Pestaña entonces y seguiría siéndolo hasta las jornadas del 18 de julio,

que situaron la cuestión en una alternativa de vida o muerte.

* * *

Con alguna antelación a esos acontecimientos, terminó ese mismo año dos libros importantes: *Lo que aprendí en la vida* y *El sindicalismo, ¿qué quiere y adónde va?* En el primero recoge los únicos datos que poseemos acerca de su niñez y juventud y aglomera, desordenadamente, los recuerdos de su actuación en Barcelona durante la primera década en su vida de militante anarcosindicalista. No es realmente una biografía, porque omite las más interesantes noticias acerca de su historia humana, ni tampoco un ideario en la verdadera acepción de la palabra, porque los pensamientos acogidos en sus páginas carecen de vertebración y sistematización y son, a veces, reiterativos e, incluso, contradictorios, en una trayectoria de vaivén, y, además, aparecen entrelazados con sus accidentes vitales. Es un texto espontáneo, escrito a vuela pluma, con prisas, enturbiado por el pudor y una exagerada humildad que le hacen resbalar tenuamente sobre episodios de gran trascendencia histórica por el mero hecho de haber desempeñado en ellos un papel principal. Lo mismo calla todo lo referente a su vida privada, profesional y de relación, que sus parlamentos en las tribunas de Madrid y Barcelona, sus divergencias y concordancias con Seguí y Peiró, el viaje a Rusia, las luchas en la CNT frente a la FAI y sus secuaces: Durruti, Ascaso y García Oliver, su expulsión de los Sindicatos Confederales, etc. No menciona a su mujer ni a sus hijos, ni sus apuros económicos, ni sus sufrimientos como ser humano; silencia su entrevista con el sabio Einstein, a quien presentó en el Sindicato Mercantil de Barcelona; y pasa por alto sus aficiones teatrales —estrenó una comedia titulada *La Ciudad*—, al buen cine y a la música; y no se acuerda para nada de su famosa tertulia en el café Olympia, donde su palabra, más elocuente aún que en la tribuna, era acogida con verdadero placer por el círculo de sus compañeros más íntimos. Hasta el atentado que

sufrió en Manresa apenas si le merece una breve alusión. No obstante, es un libro que, primero, estremece, y, luego, admira. Es la lección de un espíritu singular que busca certezas, que no desmaya ni se quiebra, para quien no hay fuerza seductora — el poder y la riqueza, o la sensualidad y el orgullo— capaz de desviarle de su camino, y que no aspira a ningún esplendor, a ningún premio, y se mueve siempre por ese amor sin compensaciones que es el idealismo puro.

En *El Sindicalismo, ¿qué quiere y adónde va?* vuelve a tratar las mismas ideas que ya manejó en su trabajo anterior: *Sindicalismo. Su organización y tendencia*, en 1930, y con los mismos fines de formular un conjunto de aspiraciones programáticas. Después de analizar las diversas ofertas de organización social —capitalismo, socialismo de Estado, comunismo autoritario o estatal, comunismo libertario—, elige el sindicalismo como «régimen de transición» desde el capitalismo a la más pura expresión del anarquismo, dejando sentado previamente, de manera rotunda e inequívoca, que «el anarquismo como el sindicalismo son tendencias político-sociales que intentan realizar una transformación completa de lo existente, tanto en el aspecto económico como en el social. Por lo tanto son tendencias de tipo político al mismo tiempo que de tipo económico. Hacen, pues, una política, la suya; pero política al fin, mal que pese a los que sostienen lo contrario». Con esta afirmación define ya su pensamiento como político y señala el camino por dónde va a seguir, en franca oposición a los anarquistas que persisten en jugar al equívoco con el vocablo. Sin embargo, Pestaña sigue haciendo muchas concesiones a la utopía. Ya dijimos en otra ocasión que no es su fuerte la especulación teórica y que sus excursiones por ese campo adolecen de endebles y vaguedad. El libro que comentamos ahora confirma una vez más nuestro juicio. De todas maneras, quedan en él concretamente destacadas sobre la nebulosa las ideas fijas que constituyen realmente la sustancia de su pensamiento: función de los sindicatos y de las cooperativas de producción y consumo en el terreno económico; autonomía de los municipios; tendencia federalista de abajo arriba, integradora y no desmembradora, con el fin de

que el pueblo participe responsablemente en las tareas estrictamente políticas; preocupación por la enseñanza, es decir, por los problemas de la educación, formación e instrucción de las masas trabajadoras, etc. Ideas éstas en tomo a las cuales girarán siempre sus sueños y ambiciones de reformador social. E ideas que volverá a tamizar, matizar y perfilar en su posterior etapa, inmediata ya, cuando se desprenda definitivamente de los condicionamientos impuestos por sus orígenes ideológicos y adopte los puntos de vista de un verdadero hombre de Estado. El objeto que persigue al escribir el libro se desprende explícitamente de sus últimos párrafos: «Los trabajadores tienen derecho a saber adónde se les quiere llevar, y no lo dicen quienes aconsejan la revolución por la revolución, la algarada por la algarada, la violencia por la violencia. El proletariado ha de conquistar para él, si quiere liberarse de la explotación, el poder económico y el poder social y político, pero es necesario que se le diga cuál es el poder económico y cuáles los poderes social y político; cómo ha de conquistarlos y qué uso hará de ellos una vez que los haya conquistado. Sin este mínimo de conocimiento, el sacrificio que haga conquistando los dos poderes, eje central de la vida, será estéril e infecundo para él; pero será favorable y beneficioso para una casta de ambiciosos que igual pueden esconderse tras los pliegues de una bandera blanca, verde, amarilla, roja o rojinegra, que tras la pretendida liberalidad del anarquismo más rabioso. Cuando decimos preparación y capacitación revolucionaria de los trabajadores, queremos, pues, decir mínimo de conocimientos de cómo y de qué manera ha de hacer la revolución. *Su revolución*, no la revolución de los demás». El triunfo de la coalición derechista en las elecciones generales de noviembre desconcertó completamente a las izquierdas, sobre todo a los socialistas, que habían sobrevalorado sus propias fuerzas con un optimismo pueril, pues aunque la CEDA no había conseguido la ambiciosa mayoría que postulara el seudofascista Gil Robles —el «¡Jefe, Jefe, Jefe!» de sus mesnadas juveniles, que le saludaban en formación militar con el brazo derecho cruzado sobre el pecho— sí logró llevar al Parlamento la minoría más numerosa, por lo que ninguna otra podría gobernar sin su permiso y la

situaba en el escalón inmediato al poder. Por el momento, se encargó de formar gobierno al desacreditado Lerroux y a sus secuaces, con el apoyo de conservadurismos autónomos, pero bajo la vigilancia de Gil Robles y con éste a la espera del momento oportuno para alzarse con el mando.

Sucedió lo tan temido por Pestaña y a lo que quiso anticiparse con su propuesta de una alianza preelectoral —Alianza Obrera Antifascista— de todas las organizaciones obreras. Las izquierdas cometieron la temeridad de presentarse divididas a las elecciones, restándose votos y posibilidades unas candidaturas a otras. Por si fuera poco, la campaña abstencionista llevada a cabo apasionadamente por los anarcosindicalistas de la CNT, desvió de las urnas un número considerable de sufragios de signo izquierdista. Así la amenaza del fascismo se hizo tan patente que se temió la pérdida de la República y las fuerzas derrotadas comenzaron a prepararse para reconquistarla y restituirla a sus esencias por todos los medios, la vía revolucionaria incluso, con lo que empezó a condensarse sobre el país una atmósfera asfixiante, preludio de tormentas que podrían estallar y que, al fin, estallarían con dramática violencia.

Pestaña, cuyos avisos no fueron escuchados a su debido tiempo por los responsables de los movimientos de izquierda, publicó en el diario *La Libertad*, con fecha 2 de diciembre, un artículo, en el que preguntaba: «El panorama político es, pues, abundante en sinuosidades, altibajos y escollos. ¿Nos estrellaremos? ¿Se estrellará el régimen? ¿Peligra la República?» Aclaraba: «Cuando hablo de si peligra la República española me refiero más concretamente al mínimo de esencias que caracterizan a un régimen republicano... En el lenguaje figurado, en los tópicos literarios, suele hablarse de República coronada. Tal supuesto no nos interesa. Si ha de haber República, que lo sea; pero que lo sea en esencia y en potencia, en el sustantivo y en los hechos, en las palabras y en las acciones. Si no es así, no nos sirve ni la necesitamos... El hibridismo puede ser aconsejable en las plantas para la obtención de nuevas clases. En la gobernación de los países no puede aceptarse. ¿Llegaremos a él, no obstante, como resultado de las elecciones del día 19 del próximo

mes pasado? Sospecho que no... Porque es cierto que las elecciones pasadas han dado el triunfo a las derechas; pero ese triunfo no es el triunfo de la vitalidad, de la energía, de lo dinámico que hay en nuestro país, sino al contrario: es el triunfo de lo atávico, de lo que se resiste a los embates del tiempo... ¡Bello espectáculo el de esta España de hoy si no fuera por los nubarrones fascistas que pueden ensombrecer el horizonte!» Y terminaba así: «Ánimo, pues, amigos. Pasadas las vísperas electorales, pongámonos a trabajar arduamente, con fe y ansias de triunfo. Una batalla perdida es el aviso de que hay algo endeble, que falla, a la hora decisiva. Es también lo que obliga a cambiar la táctica en las operaciones futuras. Aprendamos la lección y que nos sirva de escarmiento».

Pese al grave contratiempo de la ascensión de Gil Robles, no pierde las esperanzas y sigue confiando en la capacidad de reacción del pueblo, en su buen sentido y en los enormes recursos de autodefensa que atesora. Insiste, una vez más, en la necesidad imperiosa de percibirse contra el peligroso fascismo que acecha tras la máscara ambigua de la CEDA y de su jefe, y postula un cambio de táctica —la unidad antifascista— para el futuro inmediato, porque no se ha perdido la última batalla y hay que aprender la lección y extraer de ella las enseñanzas que impidan incidir en los errores pasados y evitar con ello la pérdida definitiva de la República, punto de partida indispensable de cualquier proyecto que pretendiese la renovación de la sociedad española.

4. ENTREVISTA DE PESTAÑA CON JOSÉ ANTONIO

Paradójicamente, por aquellos días le llegó, a través de intermediarios, la noticia de que José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador y jefe de un incipiente grupo fascista, deseaba tener un cambio de impresiones con él. Pestaña se mostró remiso en principio a atender esos requerimientos, pero tras algunos rechazos, accedió a acudir a la cita, preparada por Sancho Dávila, primo de José Antonio,

si bien a título personal exclusivamente, sin representación de grupo u organismo alguno, porque ya entonces se hallaba comprometido con algunos veteranos compañeros en la aventura de que trataremos más tarde.

Se ha hablado y especulado mucho sobre el encuentro habido entre Pestaña y José Antonio Primo de Rivera. Sin embargo, no existe ningún texto autorizado que nos permita poder transcribir fielmente, a la letra, lo que entre ambos interlocutores se trató. Yo me atengo a la versión del propio Pestaña, corroborada posteriormente por quienes mantenían entonces muy estrechas relaciones con él, como José Robusté, Marín Civera, Ricardo Foenells, Natividad Adalia, Ramón Navarro y otros.

Fue precisamente, a raíz de haber sido elegido diputado a Cortes por Cádiz, en su segunda visita a La Línea de la Concepción, cuando yo le pregunté, ante dos o tres compañeros de la Agrupación, qué había de cierto en los rumores que corrían sobre unas supuestas conversaciones de él con el hijo del Dictador. No pareció sorprenderle mi pregunta. Antes al contrario, sonrió y, como si se tratase de un hecho sin trascendencia, nos lo explicó, poco más o menos así:

—Sí, recibí varios recados de parte de José Antonio Primo de Rivera o de sus amigos requiriéndome para celebrar una entrevista con él. A mí me pareció absurda y completamente fuera de lugar aquella pretensión. ¿De qué podríamos hablar un hombre con sus antecedentes y compromisos de clase y yo? Luego pensé que es conveniente oír a todo el mundo y, por mi lado, me picaba la curiosidad de conocer la razón de su interés por mí. ¿Por qué?, me preguntaba yo. Por fin, después de algunas idas y venidas, concertamos una fecha y un lugar para la reunión y acudí a ella. Entonces me enteré del porqué y el para qué de su empeño en que nos viéramos y charlásemos. Ello obedecía a que en una conversación con Mussolini, cuando se trató de las posibilidades del fascismo en España, el dictador le dijo que sólo un hombre salido del pueblo y con influencia en las masas trabajadoras podría dotar al fascismo español de la base popular necesaria, y no sé si por aquello del sindicalismo y de Sorel, donde amamantó sus ideas, le dio mi nombre. Por eso, desde que

volvió de Italia quiso entrevistarse conmigo. Yo le contesté que si Mussolini desconocía mi verdadera trayectoria, en cambio él, José Antonio, no debería ignorarla; que si un día rechacé al bolchevismo por dictatorial y absolutista, con mayor razón aún estaba contra el fascismo, por entender que éste era una maniobra del capitalismo para destruir los movimientos reivindicatorios de la clase obrera en el mundo. Él, naturalmente, quiso convencerme de que no era esa la intención de su partido. Entonces le pregunté yo que por qué no se unían a uno cualquiera de los movimientos sociales que ya existen en España, y él me contestó que por dos razones: la primera porque eran antimarxistas, lo que les hacía incompatibles con los partidos y organizaciones de ese signo; y la segunda, por su patriotismo, por poner a la patria por encima de todo. Ella les alejaba también, por lo tanto, de los internacionalistas como el anarquismo y el sindicalismo revolucionario. Él y su grupo preconizaban la justicia social, pero dentro de una España fuerte, unida, sin lucha de clases, sin marxismo, sin separatismos ni internacionalismos. Yo le repliqué que estaba muy bien todo eso del amor a la patria, pero que el nacionalismo como doctrina política me parecía una idea superada y sin sentido en el mundo de hoy, causante de tantas guerras inútiles, y tan reaccionaria como el fanatismo religioso; y que, así como el dinero no tenía patria, los trabajadores explotados tampoco la tendrán hasta que logren construir una sociedad en que sean reconocidos todos sus derechos humanos, económicos, sociales y políticos. Dimos muchas vueltas en torno a estas cuestiones sin llegar a ningún resultado. Hablábamos en idiomas distintos. Eso sí, una cosa quedó absolutamente clara, y es que Mussolini se había equivocado totalmente al acordarse de mi nombre. Y nos separamos conociéndonos ya un poco mejor. Yo pienso que José Antonio Primo de Rivera es un joven inteligente y quizá bien intencionado, pero sin ideas claras, con un desconocimiento absoluto del pueblo. Todo lo que sepa de él lo ha aprendido en los libros y no en la vida. Ni él comprende al pueblo ni el pueblo podrá nunca entender su lenguaje. En cuanto a lo que Primo de Rivera pueda pensar de mí, lo ignoro, pero espero

que haya comprendido, al menos, que nos separan demasiadas distancias de todo orden para que podamos coincidir nunca políticamente, por muy buena voluntad que pusiéramos en ello.

Así fue de simple y de lógica la conversación entre Pestaña y José Antonio Primo de Rivera. El equívoco, de un lado, y la curiosidad, de otro, les hizo encontrarse e intercambiar opiniones en un ambiente tenso, de cautelas y desconfianzas. Desvanecidas ambas motivaciones, no volvieron nunca a reanudar aquel diálogo imposible. En el relato de Pestaña, en sus palabras y en su voz, no advertí ninguna muestra de desdén ni, por supuesto, de admiración. Sí de respeto y, acaso, un ligerísimo sentimiento de disgusto o contrariedad por no haber podido disuadir de sus propósitos a su joven oponente.

5. FUNDACIÓN DEL PARTIDO SINDICALISTA

Después de apurar las posibilidades de la FSL, Pestaña se dio de baja en dicha organización y quedó libre de todo compromiso. Entonces concentró sus energías en sacar adelante el proyecto, largamente madurado, de fundar un partido político que sirviera de cauce a las aspiraciones del sindicalismo y fuese, a la vez, el instrumento idóneo para su realización.

Pero, como en otras ocasiones, tampoco en esto se lanza frontalmente a la operación, sino mediante una acción confluyente por los flancos. Él ya ha tomado con toda firmeza una determinación, pero, antes de hacerla pública, sondea la opinión, en forma indirecta, de aquellos cuya aquiescencia pretende. Consecuentemente, toma como pretexto una carta cuyo autor le pregunta si un compañero de la CNT que fue elegido contra su voluntad concejal y que ha desarrollado en el municipio una excelente labor en beneficio del pueblo debe o no presentarse a la reelección: «Acabo de leer tu libro sobre Sindicalismo —dice— y, como resultado de la lectura, te planteo la cuestión: ¿Debe ese camarada nuestro aceptar la reelección? ¿Interesa a los trabajadores la conquista del municipio a fin de debilitar

las posiciones del adversario y facilitar el advenimiento de la revolución social?», para tratar el tema abiertamente, en la Prensa, y llegar por ese camino a sus propias conclusiones.

Todavía escribe cartas a varios compañeros y viejos amigos, como Francisco Sabaté, Juan Peiró y José Villaverde, entre otros, en las que, más o menos directamente, insinúa el cambio de estrategia conducente a la creación del Partido Sindicalista, pero no como idea original suya, sino como una hipótesis formulada por algunos otros compañeros que hubiesen recurrido a él en solicitud de consejo y orientación.

Esto ocurría a finales del año 1933 y comienzos del siguiente. Mientras realizaba estas consultas, que podrían interpretarse más bien como actos de pura cortesía cerca de militantes que gozaban de gran prestigio en los medios sindicalistas, a fin de que no pudiesen aducir nunca que no se les había tenido en cuenta para una cuestión de tan gran trascendencia, Pestaña ya había resuelto poner en marcha el proyecto de constitución del Partido Sindicalista. El programa y los Estatutos del mismo están fechados en el mes de marzo de 1934.

En la declaración programática del nuevo partido político se definen como sus pilares los que ya había señalado anteriormente en su libro *«El Sindicalismo, ¿qué quiere y adónde va?»*, es decir, el sindicato, la cooperativa y el municipio, con funciones, los dos primeros, en el ámbito económico, y el último, como institución básica para la organización política de España. «La organización política a que aspira el Partido Sindicalista empieza en el municipio, asciende a la Región y termina en el organismo superior que, como queda señalado más arriba, será el Estado o Confederación de Municipios.»

En un artículo publicado en *La Libertad* con fecha 25 de octubre de 1935, aclara y define el carácter federalista del Partido Sindicalista: «¿Que el Partido Sindicalista es de tipo federal? Cierto. Pero también esta cuestión afirma postulados precisos y concretos. Resumo la posición del Partido Sindicalista diciendo que partimos de la autonomía municipal para que las regiones se formen por la libre vo-

luntad de los municipios y no obedeciendo a fórmulas políticas, desplazadas de la utilidad social y positiva». Estas palabras y las siguientes parecen escritas hoy, para problemas de hoy, tales son su vigencia y virtualidad actualmente:

«En esta cuestión, si bien seguimos en parte las huellas de aquel inolvidable federalista que se llamó Francisco Pi y Margall, discrepamos del pensamiento del maestro cuando habla de levantar una nacionalidad en cada región. Nuestro criterio del Estado es muy otro del criterio “ pimargaliano”>>. No nos entusiasma levantar Estados cada doscientos quilómetros de distancia. Educados en un concepto universalista de la misión de los hombres y de los pueblos, cuantas menos barreras políticas los dividan, mejor; cuantos menos obstáculos haya para que se entiendan, ya sean éstos políticos, sociales, jurídicos, lingüísticos o de otra cualquiera naturaleza, mejor también, pues acercando a los hombres unos a otros se conocen más, y, cuanto más se conocen, se odian menos. Y evitar odios entre los pueblos es hacer labor humana en el más amplio y elevado sentido de la palabra. ¿Recorrer nuevamente la Historia? ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Es ello posible siquiera? Todo el período medieval se distingue justamente por la existencia de los minúsculos Estados sometidos a la tutela de príncipes y reyezuelos en disputa interminable los unos con los otros. El avance de las artes y de la mecánica facilitó, cuando no impuso, la refundición de muchos de aquellos Estados, formando unidades mayores que hicieron posible el desarrollo que tales progresos imponían. ¿Podríamos volver a resucitar una Europa y una España compuestas por decenas de Estados análogos a los que el progreso humano suprimió? No. De ninguna manera. Por lo tanto, ningún movimiento social o político iniciado con tal fin puede interesarnos al extremo de comprometernos... No nos mueven los intereses limitados de una comarca o región cuando éstos vayan contra los intereses generales del país... Organización de tipo nacional — el Partido Sindicalista —, sus mayores esfuerzos, sus energías todas, han de encaminarse a resolver los problemas que se planteen con ese carácter. Pues sólo en las soluciones de conjunto encontrarán posibilidades de mejora los países que no

se resignan al suicidio o que no quieran desmentir su Historia.»

Antes, en el Manifiesto del Partido Sindicalista, de fecha 1° de julio de 1934, concretando a Cataluña —al llamado «problema catalán»— la doctrina general del partido sobre federalismo y autonomías, se dice:

*«Estar en Cataluña, vivir en Cataluña, actuar en Cataluña y no sentir la emoción del problema catalán sería inconcebible, algo colocado fuera y a extramuros de la realidad... Por lo mismo, el Partido Sindicalista, nacido y domiciliado en Cataluña, aunque tenga carácter nacional, empieza por reconocer el hecho regional, puesto que su organización interna federativa se lo permite con holgura. Sabemos que esta declaración nuestra no satisfará los furros catalanistas de los partidarios del *tot o res* (todo o nada), ni los sentimientos anticatalanistas de los centralistas rabiosos. Pero como no hablamos para las exageraciones ni para los dogmatismos fanáticos, sino para el sentido común de los hombres y para la lógica, nos basta con la afirmación de que acatamos y respetamos el problema catalán y la autonomía catalana. Pero, además de respetar esto, decimos que, así como nos parece exagerado y extemporáneo que a estas alturas se nos hable del *hecho diferencial* para hacer de un problema político, económico y social un problema de razas, *creemos de razón que se respete la autonomía catalana, al igual que debe respetarse el régimen autonómico cuando otra región española lo consiga... Afirmamos, pues, que el hecho catalán autónomo encontrará en nosotros sus más ardientes defensores, pero esto no cegará nuestra razón al extremo de olvidar que la economía catalana, y, por tanto, la suerte del obrero catalán, están íntimamente ligados a la economía española y a la suerte del obrero de otras regiones del país. De esto deducimos, pues, que los avances que en materia económica obtenga el obrero catalán, habrán de estar forzosamente regulados y de acuerdo con los avances que obtenga el obrero de Castilla, de Levante, de Extremadura, de Andalucía, de Aragón o de Galicia. Esto podrán olvidarlo los partidos burgueses porque no se colocan en el plano en que forzosamente nos hemos de colocar nosotros, pero no puede olvidarlo el Partido Sindicalista, un Partido como el**

nuestro que, por tener raíces doctrinales en el sindicalismo, es un partido genuinamente de productores, de quienes se ganan la vida en el trabajo diario de cada hora.»

Al sindicato, la cooperativa y el municipio se añade, en el esquema orgánico, la cámara Nacional del Trabajo, en sustitución del Parlamento clásico, que estaría compuesta por representantes de los sindicatos, cooperativas, corporaciones profesionales y municipios, elegidos democráticamente en las asambleas respectivas.

El Partido Sindicalista se presenta como un medio, no como un fin en sí mismo; para realizar la política del sindicalismo, no para imponer su dictadura ideológica a los sindicatos, como hacían el Partido Socialista, el Partido Comunista y la FAI con sus organizaciones sindicales; no españolista, sino español; no nacionalista, sino nacional; no antimarxista, sino amarxista; respetuoso con la conciencia y los sentimientos del individuo; aconfesional y contrario al fanatismo religioso; esencialmente adversario de toda especie de dictadura; revolucionario en profundidad y extensión, pero como impulsor y acelerador de las mutaciones morales y materiales de la sociedad, según una estrategia a plazo mediano, no inmediato, y sin recurrir a la violencia como táctica habitual de comportamiento; democrática, humanista y liberal; no excluyente, sino compatible con el pluralismo ideológico. ¿Un partido más? No. De ninguna manera. Un partido que no se construye sobre doctrinas apriorísticas, sino que recoge y estructura programáticamente las aspiraciones reales y las enseñanzas que ha ido elaborando, a lo largo del tiempo, con dolor y sacrificios, la práctica de la lucha sindical. Un partido que adopta el pragmatismo más acendrado como la única vía segura para llegar a buen fin, y se inspira, a la vez, en los más puros ideales de convivencia humana. Un partido de raíces éticas y aspiraciones de justicia social y cultural entre los hombres que reduce a una fórmula viable la antítesis idealismo-realismo o, con otras palabras, anarquismo-sindicalismo. Don Quijote y Sancho Panza, hermanos, emprenden juntos la gran aventura.

Una gran aventura fue, en efecto. Sin dinero, partiendo de la nada, en competencia con tantos otros partidos políticos bien pertrechados, municionados y protegidos desde el poder político o financiero, o desde las organizaciones sindicales, y con la enemiga acérrima de la FAI, la empresa de Pestaña era digna del Caballero de la Triste Figura. Un empeño duro, ingrato, lleno de riesgos y casi imposible a primera vista, que podía costar a su creador la muerte política y el ostracismo a perpetuidad. Por eso, la mayor parte de los sindicalistas más notorios se abstuvieron de enrolarse en aquel pequeño navío «sin velas, desvelado, y, entre las olas, solo». A los Peiró, Villanueva, Quintanilla, Juan López, Viladú, el mismo Pere Foix y otros menos significativos, les era más cómodo y rentable quedarse en el puerto, a la expectativa, y no por discrepancias ideológicas con «el Ángel», sino por razones de oportunismo y, en el fondo, por miedo a perder los puestos que creían tener seguros en el movimiento anarcosindicalista, como lo demostraron en el congreso que la CNT celebró en Zaragoza, el año 1936, cuando se entregaron incondicionalmente a la FAI por seguir siendo «alguien» o «algo».

Le dejaron, le abandonaron, y Pestaña quedó relativamente solo. Y no se conformaron con eso. Ni siquiera se atrevieron a salir en su defensa cuando la FAI desató contra él una atroz campaña de insidias, insultos, calumnias y acusaciones del más bajo y despreciable estilo. Desde la tribuna y desde la Prensa, en plenos y asambleas, los faístas injuriaban a «el Ángel» llamándole fracasado, despedido, ambicioso, vendido al oro burgués, esbirro de los capitalistas, traidor, judas... Y sus viejos amigos y compañeros, que tan bien le conocían por haber luchado a su lado contra el enemigo común y contra la FAI, y haber convivido con él en cárceles y persecuciones, callaban vergonzosamente, si no se unían por lo bajo al abucheo general. Lo más que hicieron algunos fue excusarse diciendo: «es demasiado tarde para eso» — la fundación del partido — o «se ha adelantado demasiado, todavía es pronto». A pesar de los años pasados y de las terribles experiencias de la guerra civil, ya en 1976, aún se

empecina un importante historiador del anarcosindicalismo, José Peirats, en mantener un criterio tan mezquino y deleznable como falso de toda falsedad. Peirats se ve obligado a reconocer la tenacidad inaudita de Pestaña, su estoicismo, su desprecio a la muerte y su capacidad de sufrimiento, pero añade que el Partido Sindicalista fue un fracaso por prematuro, y que la CNT e, incluso, sus compañeros de facción, le dejaron *partir solo hacia su senil aventura*. Apenas es imaginable un disparate de tal calibre en la pluma de un historiador, porque demuestra su absoluta incapacidad para la Historia y una ignorancia elemental de la biografía política. ¿Senil un hombre a los cuarenta y ocho años? En ninguna actividad y, menos aún, en la política. ¿Qué diría entonces Peirats de César, Disraeli, Lincoln, Bismarck, Lenin, Clemenceau, Roosevelt, Churchill, Adenauer y De Gaulle, por ejemplo? Claro que el error de Peirats, como el de los veteranos compañeros de la CNT en aquel entonces, arranca de no haber comprendido que Pestaña no era ya sólo un militante de mayor o menor crédito, sino algo más. Efectivamente, Pestaña procedía de la utopía y de la militancia, como todos los grandes reformadores que parten de la llanura del pueblo, pero había llegado ya a esa plenitud que caracteriza a los hombres de Estado, mientras que sus asustadizos o rencorosos, envidiosos o pérfidos, correligionarios de otros días, andaban aún perdidos en las veredas del sectarismo, de la guerrilla y de las mezquinas rivalidades. No vieron, o no fueron capaces de ver, y eso es lo que les condena, que Pestaña era ya un hombre de gobierno y no de facción. El único hombre de gobierno que hasta hoy, si descontamos a Seguí, sobre cuyo futuro sólo caben hipótesis, ha salido del enorme caudal humano del anarcosindicalismo español.

El que el Partido Sindicalista fracasara por prematuro, como dice Peirats, sobre ser una de sus descaradas falsedades, porque, en poco más de año y medio de existencia, llegó a tener Agrupaciones en casi todas las provincias y predominio en alguna de ellas, se vuelve, como un boomerang, contra quien la dice. Y es así, porque si afirma que fracasó un partido como el Sindicalista que no pudo en ningún momento jugar sus propias cartas por impedirse los precisamente los

anarcosindicalistas y los comunistas, ¿cómo habría que calificar el resultado obtenido por la FAI, CNT, UGT, Partido Socialista, Partido Comunista y familia de partidos republicanos, que ejercieron el poder político, económico y sindical, desde los primeros hasta los últimos momentos, a partir del 16 de febrero de 1936 al término de la guerra civil? ¿Cómo puede fracasar un partido político que no ha asumido responsabilidades de poder? En cambio, sí las asumieron y ostentaron los demás, incluidas la FAI y la CNT, y perdieron en «la mayor ocasión que vieron los siglos». No se puede imaginar mayor derrota que la que sufrieron, cuyas consecuencias se han arrastrado por la Historia de nuestro país nada menos que durante cuarenta años, casi tantos como duró el descubrimiento y conquista de América en aquellos remotos tiempos. Varias generaciones han pagado a muy alto precio, y España también, el descalabro a que nos condujeron los dirigentes de la izquierda española, entre los que figuran también García Oliver, Federica Montseny, Juan López y Juan Peiró, ministros los cuatro de la CNT en el gobierno de la República. ¡Ese sí que es un fracaso! No basta arrepentirse tardíamente. Y si se alega como atenuantes la inexperiencia y la ignorancia políticas, peor aún. Evidentemente, el hecho de aceptar unas carteras ministeriales secundarias, prácticamente inoperantes, a cambio de cargar con el peso muerto del abandono de Madrid por parte del Gobierno y de todo lo que vino después, moviéndose en un vacío de poder, hasta la despedida a empujones por la puerta de servicio, demuestra una de dos: o un inmoderado apetito de vanidades olímpicas, aunque fuesen de prestado, o una candidez rayana en la estulticia. Yo creo que las dos cosas. En todo caso, dieron la razón a Pestaña con su traspies. Y no es una hipótesis, sino una realidad. Una realidad a la que no hay quien mueva.

* * *

Pestaña pudo muy bien ingresar por la puerta grande en cualesquiera

de los partidos de izquierda existentes y asegurarse una rápida y cómoda carrera política. Y no lo hizo aunque muchos se lo reprocharan como un demérito. Prefirió seguir los imperativos de su conciencia. Él no era un político profesional que cambia de campamento como un operario cambia de empresa. No. Él siguió su línea, su propio camino, sin dejarse arredrar por las dificultades y las oposiciones, tácitas o clamorosas. Fue quizá la ocasión de su vida en que puso al más alto tono esa *tenacidad inaudita* que le reconoce Peirats. Los primeros meses, el primer año, constituyeron una prueba de temple que muy pocos hombres hubieran podido soportar: acorralado, infamado, desvalido. Abrumado por las necesidades de su casa. Acuciado y urgido por las perentorias exigencias de la naciente organización política. Sin una peseta y con pocos amigos. En un ambiente que se dramatizaba por días. Bajo anuncios de próximos hechos decisivos. Sin embargo, no se rindió y siguió adelante, sin que ni él ni nadie supiese cómo pudo, al fin, romper el cerco y saltar a la plaza pública para hacerse oír y que la gente le siguiera. Viajó, fue y vino, escribió y habló incansablemente, con una paciencia infinita. Y siempre sereno, impávido, sin odio ni rencor, porque no había cabida en su espíritu para esas pasiones negativas. Pestaña era entonces sólo voluntad.

Mientras tanto, la CEDA subió al poder con Gil Robles en el Ministerio de la Guerra. Los socialistas, que venían amenazando con la revolución si tal cosa sucedía, no tuvieron más remedio que hacer honor a su palabra y lanzarse a la calle. Estalló entonces, en octubre del 34, la llamada revolución de Asturias por haber sido allí donde prendió más vigorosamente, con el apoyo de anarcosindicalistas y comunistas. Secundó la rebelión el gobierno de la Generalidad, sin entusiasmo ni arrestos combativos, pues se rindió a los primeros cañonazos del general Batet, en breves secuencias, tan lamentables algunas como la escapatoria de Dencás, jefe de los Mozos de Escuadra, por las alcantarillas. En cambio, para sofocar el levantamiento en Asturias, el Gobierno de Madrid hubo de emplear tropas coloniales: legionarios y moros. Dirigió las operaciones militares, desde las oficinas del Ministerio de la Guerra, el general Francisco Franco,

quien así demostró sus dotes de estrategia en contiendas civiles, por primera vez. La lucha fue muy enconada y costosa en vidas humanas, y la represión subsiguiente, muy sangrienta, con un saldo final de treinta mil presos. Fue en el terreno de lucha asturiano donde nació la Alianza Obrera y asomó, en banderas y pasquines, el anagrama U.H.P. (Unión de Hermanos Proletarios). Puede decirse ya hoy que aquella trágica aventura, condenada de antemano al fracaso, y que ofreció al enemigo, en bandeja de hierro, la cabeza de la República, fue la penitencia que se impuso a sí mismo el Partido Socialista para saldar los créditos contraídos durante su colaboración ministerial con los republicanos. La revolución de Asturias fue el gozne sobre el que los socialistas giraron a la izquierda. Sirvió también para entronizar a Largo Caballero en el mando supremo del Partido Socialista y de la UGT. Largo Caballero, desde su alto pedestal, rompió la unidad de ambas organizaciones y abrió sus puertas a las termitas rojas que acabarían por minarlas y arruinarlas. El cambio de imagen del Partido Socialista, su fractura en dos facciones y el liderazgo del antiguo estuquista fueron quizá las consecuencias más negativas, en el orden político, que se desprendieron de aquella efemérides revolucionaria, decisivas para la vida de la República —la desmedulación de las organizaciones socialistas trajo consigo la anquilosis de las instituciones republicanas—, porque Gil Robles, irresoluto, retrocedió ante la dictadura, se enredó en el zarzal de las represalias y dejó que se le escapasen de las manos todos los frutos que hubiera podido obtener de su victoria.

Siguió un paréntesis de estupor, pero muy pronto fue reanudada la vida política en el país, con redobladas tensiones, iniciándose por todas las corrientes ideológicas una alocada carrera hacia una incierta cita histórica que todo el mundo presumía dramática e inevitable. En ese período precisamente tuvo lugar la expansión del Partido Sindicalista que, a finales del año 35, contaba con Agrupaciones en Andalucía, Levante, Cataluña, Madrid, Asturias, Galicia y León, y con destacados militantes sindicalistas como Marín Civera, José Sánchez Requena, Ricardo Fornells y Francisco Sabaté, en Va-

lencia; José Robusté y José Marín, en Barcelona; Losmozos y Adalia, en Madrid; Victoriano Crémer Alonso, en León; Ballester, en Cádiz; Bravo, en Sevilla; Gómez Lara, en Huelva; Alcántara y Barranco, en Granada; José Hermida, en Gijón, etc., que recuerdo ahora.

No vino el Frente Popular a echar un cable de salvación al Partido Sindicalista, como errónea o maliciosamente dice Peirats. Ni en política ni en negocios se regala nada, aunque a veces lo parezca. Si el Partido Sindicalista entró a formar parte de aquella coalición de izquierdas fue debido, entre otras razones, a que los demás coaligados estimaron conveniente atraerse a una personalidad como Pestaña, de gran prestigio en los medios sindicalistas, y porque en alguna provincia, como las de Cádiz y Valencia, el Partido Sindicalista anunció que presentaría candidatura propia a las elecciones si se le excluía de la del Frente Popular. Aun así hubo zancadillas y regateos hasta última hora, concediéndosele sólo dos actas: una por Zaragoza, a la que aspiraría Pestaña, y la segunda por Cádiz, cuyo candidato sería el autor de este libro. Pero entonces maniobra hábilmente el abogado de la Confederación Benito Pabón, que ya pertenecía en secreto al Partido Sindicalista, insinuando que la CNT de Zaragoza se volcaría a votar la candidatura frentepopulista si figuraba su nombre en ella y que, de lo contrario, se abstendría. Ante tal dilema, Pestaña le cedió su puesto por aquella capital y pasó a ocupar el de Cádiz.

Yo fui su apoderado. La Agrupación de La Línea, con sus muy escasos medios económicos promovió intensamente su candidatura por toda la provincia. Se consiguió el triunfo por las mayorías y Ángel Pestaña fue proclamado diputado a Cortes por Cádiz en las elecciones de febrero de 1936, sin necesidad de que hiciese ninguna intervención, ni siquiera al final, porque tuvo que comparecer en uno de los mítines simultáneos que se celebraron en Madrid el último día como broche de la campaña nacional de propaganda del Frente Popular. En junio, Pestaña volvió a La Línea cía la Concepción para agradecer, con una conferencia memorable, la adhesión del cuerpo electoral a su Partido y a su persona. En aquella ocasión ni los más

recalcitrantes faístas le interrumpieron. La masa de la CNT, y los republicanos y socialistas que acudieron a oírle en gran número, le aplaudieron sin reservas, unánimemente, ganados por su elocuencia sencilla, diáfana y esclarecedora. Ya entonces dio la alerta sobre los graves peligros que la derecha conspiradora estaba levantando contra la República.

—El triunfo del Frente Popular, de las izquierdas, puede ser el comienzo de una nueva batalla, mucho más dura aún que la que acabamos de ganar. Las derechas no se resignan a la derrota y buscarán el desquite por todos los medios. Todo depende de cómo sepamos administrar nuestra victoria del 16 de febrero. Todo depende de nosotros que no podemos ni debemos retirarnos a Capua ni pensar que hemos vencido definitivamente. Hay que estar prevenidos y yo os aseguro que la unidad de acción y la vigilancia permanente han de ser las normas principales de nuestra conducta. Que ninguno de nosotros pretenda apoderarse de un botín que no existe. Está todo por hacer y nos espera un trabajo abrumador antes de que podamos darnos por satisfechos, si es que alguna vez nos es dado a los hombres de esta generación sentarnos a contemplar lo conseguido. Es mucha el hambre de pan, de cultura, de tierras, de trabajo y de justicia que es preciso satisfacer en España, y es mucho lo que tienen que ceder los que están acostumbrados a llevarse siempre la parte del león. Ojo, pues; que nadie se confíe, que nadie se duerma y, sobre todo, que nadie piense que la revolución es una fórmula mágica que todo lo resuelve en poco tiempo. Y, mientras tanto, no nos dejemos resbalar por la pendiente del caos, porque del caos puede salir también la contrarrevolución, el fascismo... —dijo, entre otras cosas.

Más tarde, en una reunión restringida a los militantes de la Agrupación, fue más explícito con respecto a los peligros que corría la República. Informó sobre los rumores de conspiraciones de que ya se tenía noticia. Efectivamente, en Gibraltar habían celebrado varias reuniones ciertos personajes sospechosos de Jerez, Sevilla y Cádiz, con un ex-ministro de Lerroux, allí residente, y con algunos militares. Se supo por los camareros que les sirvieron la mesa. Pestaña temía que la CEDA, monárquicos y fascistas, intentaran algún golpe

con el apoyo del Ejército y repitieran el 10 de agosto en grande. Dijo que consideraba un error grave no haber colocado a Indalecio Prieto a la cabeza del Gobierno, por la obstinada oposición de Largo Caballero, porque Prieto era el hombre de la situación, y no Casares Quiroga, un político incapaz, que no tenía más mérito que ser amigo y subordinado de Azaña. La República se hallaba presa entre dos soberbias, la de Azaña y la de Largo Caballero, batida por una furiosa marea de huelgas, motines y desórdenes, y agobiada por una serie de problemas urgentes, de carácter social y económico, que deberían ser resueltos sin pérdida de tiempo, si no se quería que la impaciencia o el desengaño lo echasen todo a rodar. No se podía olvidar que el fascismo brotó en Alemania y en Italia de situaciones de desesperación como la que se estaba creando en España. Recomendó serenidad, calma y pensar que se podía perder todo si no se obraba con sensatez, queriéndolo todo de golpe, aunque hubiera que seguir sacrificándose algún tiempo todavía. Era necesario prevenirse para desbaratar el golpe que se preparaba o poder resistirlo firmemente si llegaba el caso. Por último, dijo que estaba recorriendo las provincias andaluzas con objeto de recoger información directa sobre los problemas de la tierra en la región, pues era su propósito ofrecer un estudio bien documentado y unas proposiciones concretas sobre la reforma agraria en Andalucía en su primer discurso a las Cortes. Desgraciadamente, nunca llegó a pronunciar ese discurso. El torrente amenazador, mucho más potente de lo que él imaginara, se desbordó sobre España, barriéndola, llevándose por delante vidas, haciendas y todas las hermosas palabras.

Cuando en aquel tiempo preguntaban su filiación política a algún miembro del Partido Sindicalista, la respuesta era, para evitar confusiones:

—Sindicalista, de Pestaña.

Y se entendía así:

—Ah, ya. Pestañista, ¿no es eso?

VIII

LA RIADA

1. MADRUGADA SANGRIENTA

El ruido de los disparos le despertó y ya no pudo dormir más. La impaciencia por saber lo que estaba ocurriendo le hizo vestirse en menos tiempo que de ordinario, pues solía hacerlo lentamente. La noche había sido ardorosa y, aunque ya apuntaban en lo alto los primeros resplandores del día, el ambiente era aún cálido y pegajoso. Cuando terminó de asearse y de vestirse, todo en silencio para no despertar a sus hijos, se despidió de María, despabilada también, y abandonó su casa. Al pisar la calle percibió únicamente el característico olor de la barriada de Gracia. Sus calles aparecían desiertas y mudas, y en las fachadas de los edificios sólo lucían de trecho en trecho las farolas del alumbrado público que derramaban una claridad lechosa y macilenta. Ni un viandante ni un vehículo rompían la quietud de aquel sueño profundo que todavía paralizaba los alrededores. Él hizo un gesto de duda y se detuvo a escuchar. Entonces, unos secos disparos que procedían del centro de la ciudad hicieron crujir el aire amodorrado en las esquinas, desgarrándolo después en ecos ululantes. Fueron como la señal que él esperaba pues echó a andar hacia donde sonaba el tiroteo. Era la madrugada del 19 de julio de 1936. A aquella hora, toda España se despertó sobresaltada por los ladridos de los fusiles.

Como no funcionaban los tranvías ni el tren de Sarriá, tuvo que seguir a pie, pero en vez de hacerlo por el Paseo de Gracia o por la

Rambla de Cataluña, que podrían encerrar algún peligro, prefirió deslizarse por la calle de Balmes, mucho menos estratégica a su entender. Pese a esas precauciones, al llegar a la de Aragón le salió al paso una patrulla de soldados, que le obligó a detenerse con los brazos en alto. El oficial que la mandaba le reconoció.

—Es Pestaña —dijo, y ordenó que le llevasen detenido al edificio de la Universidad.

Allí fue encerrado en un aula, junto a otras personas apresadas al azar como él, y pasó las largas horas que transcurrieron hasta que se decidió la lucha por el dominio de la ciudad. Horas de esperanza y de temor, alternativamente, pues su vida y la de sus compañeros de reclusión pendían de cómo se desarrollasen los acontecimientos. Fuese cual fuese su desenlace corrían el riesgo de ser igualmente víctimas de los dos bandos. Si ganaban los militares, podrían ser objeto de represalias por su parte, y si eran vencidos, ¿no querían vengar en ellos su derrota? Por el contrario, si el pueblo victorioso tomaba el edificio por la fuerza, ¿tendrían oportunidad de darse a conocer antes de que se tomase la justicia por su mano? Aislados, sin noticias, pero conscientes de que al otro lado de los muros de su encierro se estaba jugando su destino, cada minuto de incertidumbre era para los prisioneros una prueba de valor. Mientras tanto, corría por la ciudad el rumor de que los militares habían fusilado a Pestaña en el patio de la Universidad.

Por fin, a media tarde, los aprehensores agruparon a sus prisioneros y les obligaron a caminar delante de ellos, encargando a Pestaña que hablase a la multitud que esperaba en la calle la rendición de aquel reducto rebelde. Abierto el portalón, Pestaña, al frente del grupo que le seguía, se dio a conocer a los sitiadores y les explicó en pocas palabras que los militares que se parapetaban tras los civiles se rendían a la generosidad de los vencedores.

Así terminó el episodio de la Universidad y así comenzó para Pestaña la guerra civil. Dominada la sublevación en Barcelona y en toda Cataluña en menos de veinticuatro horas por la bravura de los anarcosindicalistas y la fidelidad de la guardia civil, Pestaña hubo de

trasladarse a Madrid, donde su presencia era necesaria por su condición de diputado y presidente del Partido Sindicalista, diciendo a sus compañeros de Barcelona antes de emprender el viaje:

—Ha llegado lo que tanto temíamos. Ahora es preciso dejar a un lado todo lo que nos separe y luchar unidos hasta derrotar al enemigo común.

Vio claro desde el primer momento que era una lucha a muerte con el fascismo, el ser o no ser, y que había que sacrificar, por lo tanto, toda otra pretensión a la de vencer, y mantendría esta opinión hasta el último momento. Por eso consideró, desde un principio también, como un error funesto dar prioridad a la revolución sobre la guerra. Más que error, una locura. Sabía que el enemigo era muy fuerte por sí mismo y por sus conexiones con los Estados fascistas, como pudo verificarse desde los días iniciales de la guerra, al tiempo que advertía, por otra parte, la tibieza de las potencias democráticas —Francia e Inglaterra— en sus relaciones con el régimen legal. Al fin y al cabo, esas naciones capitalistas, de la más genuina ortodoxia burguesa, debían sentirse sumamente alarmadas por la ola de incautaciones, nacionalizaciones y colectivizaciones que corría por la Península y, sobre todo, por los excesos verbales de los que ostentaban el poder real. ¿A dónde iba España? A los plutócratas franceses e ingleses les parecería menos peligroso el fascismo, con todos sus inconvenientes, que la República española entregada a los delirios de los innumerables comités empeñados en desmontar su aparato jurídico, económico y político, sin un repuesto que garantizase el orden y el respeto a los derechos e intereses económicos de las clases burguesas. Esto estaba claro. Pero la fiebre destructiva podía más que cualquier reflexión realista, que cualquier intento de imponer un mínimo de serenidad en aquel desbordamiento de los infantilismos revolucionarios. Un viento de soberbia e incapacidad recorría el país abatiendo todo resto de organización. Se deshizo el ejército, la policía y la burocracia del Estado; se fragmentó y anonimizó el poder; se pulverizaron las estructuras económicas paralizando la producción y el comercio e incrementando caudalosamente la circulación del dinero, y, en fin, se dejó la justicia a la generosidad o

el rigor de improvisados organismos que nacieron por generación espontánea. Así como el 18 de julio fue la quiebra de la República, en los días subsiguientes se produjo el derrumbamiento de la sociedad. Mientras, el enemigo actuaba en son de conquista mediante sus bandos de guerra y sus piquetes de ejecución, limpiando de contrarios, implacable y sistemáticamente, el terreno que pisaba. No cambiaba las instituciones, sino que se apoderaba de las existentes por el terror, y concentraba todas sus energías en llevar adelante, por encima de todo, lo único que sabía hacer: la guerra. La guerra sin ley ni prisioneros, aprendida en las colonias.

Desde su llegada a Madrid, Pestaña, fiel a esos criterios y previsiones, trató por todos los medios, desde la Prensa y la tribuna, de hacerlos oír. Su lema era: «La guerra, lo primero.» Y repetía obstinadamente:

—¿Cómo queremos repartirnos la piel del lobo, si el lobo anda suelto aún por el monte?

Nunca tuvo, en verdad, pretensiones de relumbrón, pero desde que comenzó la guerra su desprendimiento y su humildad no tuvieron límites. Se ofreció incondicionalmente al gobierno para todo aquello en que quisiera emplearle, como un soldado de filas. Por de pronto, puso en orden el partido, organizó una unidad de milicias, un regimiento que llevó su nombre y que más tarde pasó a ser la 67 Brigada Mixta, estuvo con ella en el frente de la Sierra, pronunció discursos y conferencias, escribió innumerables artículos; como diputado, apoyó la legalidad republicana con sus colaboraciones en los medios oficiales y, como Presidente nacional del Partido Sindicalista, formó parte del Comité o Consejo General de Guerra y de otros organismos.

También se preocupó de los vencidos. A fin de evitar o paliar en lo posible las ciegas represalias de aquel período, creó en el partido una oficina especial que era su propio despacho, y que dirigía y atendía él personalmente.

Una noche llamaron desde un comité de barriada. —¿Quién eres? —le preguntaron.

—Ángel Pestaña —contestó.

—Bien. ¿Conoces a...? —y oyó un nombre.

—Claro que sí. ¿Qué pasa?

—Lo tenemos aquí. Al preguntarle si conoce a alguien de izquierdas que pueda responder por él, nos ha dicho que tú podrías avalarle. ¿Es cierto?

—No hagáis nada hasta que yo llegue. Voy en seguida.

Se trataba de Gerardo Doval, viejo ex senador del reino, conservador y monárquico, que se hizo muy célebre como criminalista. Pero Gerardo Doval fue también Jefe Superior de policía en Barcelona cuando la célebre huelga de La Canadiense y se portó humana y caballerosamente, en virtud de su cargo, con los sindicalistas. Eso no lo sabían los jóvenes que le aprehendieron pero sí Pestaña, y no lo había olvidado. Fue por él, le liberó, le salvó la vida y le proveyó de documentos para que no volvieran a molestarle más en el futuro. Fue un caso notorio entre otros muchos innominados, en que la investigación llevada a cabo por agentes del partido demostraba que el único delito imputable al detenido era el ser católico, leer *El Debate* o el *ABC*, o, simplemente, de derechas, pero sin vinculaciones, en ningún caso, con la subversión.

Ocurrió por entonces, cuando la línea divisoria de las fuerzas contendientes era incierta, que un automóvil, procedente de las filas republicanas, pasó al campo contrario. El enemigo, que le detuvo con una descarga, halló muertos a sus ocupantes: el conductor y otra persona desconocida. Las radios rebeldes dieron aquella misma noche la noticia de que Pestaña había sido muerto al intentar pasarse en su coche a la zona nacionalista, añadiendo de su parte que llevaba consigo gran cantidad de oro y alhajas. Efectivamente, era el automóvil que solía usar Pestaña, pero en aquella ocasión lo ocupaba su compañero y amigo Valentín Losmozos. El conductor se había metido en la boca del lobo sin querer y, por supuesto, en el interior del vehículo sólo pudieron encontrar ejemplares de *El Sindicalista* y algún documento personal de Pestaña.

2. EL CAOS

Yo no le volví a ver hasta la mañana del 11 de septiembre de 1936, cuando llegué a Madrid después de mi fuga de la Línea de la Concepción a Gibraltar y de mi traslado de la plaza inglesa a Málaga en el cañonero *Uad-Lucus* y de aquí, en otro barco, a Cartagena. Le encontré en las oficinas que el partido había instalado en la calle de San Bernardo, en el edificio que hoy ocupa un sanatorio. Me abrazó, emocionado, pues todos, como supe después, me daban por muerto, y en seguida quiso conocer los pormenores de mi odisea. Le vi más descolorido y flaco que la última vez, en La Línea, con ligeras sombras bajo los párpados. También me pareció más preocupado y triste que en otras ocasiones. Sin embargo, le bailaba una leve sonrisa a flor de labios, y, en los ojos, un relumbre cordial. Oyó mi largo relato atentamente, en silencio, y sólo cuando me franqueé con él y le expuse la impresión desfavorable que me habían producido los espectáculos de Málaga, en pleno desorden, y Cartagena, en la más absoluta indisciplina, me interrumpió.

—La calle de Larios es una feria, siempre ocupados sus bares y tabernas y las sillas de sus terrazas por un público que come y bebe gratis mientras en los altavoces suenan constantemente los himnos revolucionarios. Allí no toma nadie en serio la guerra. Hay muchos hombres que figuran enrolados en columnas que no existen más que en el papel para cobrar las diez pesetas diarias. A mí mismo me las han estado pagando hasta que me fui, sin haber prestado ningún servicio. Pues al entrar en Cartagena encontré a los barcos de guerra surtos allí enguinaldados con la ropa de los marineros puesta a secar al sol. ¡Figúrate qué impresión de dejadez e indisciplina da! Cartagena, por lo que vi, es también una continua juerga, sobre todo por las noches, en el barrio del Molinete, donde acuden a divertirse milicianos, marineros y muchos tipos con mono y pistola, seguramente miembros de comités o qué sé yo...

Dije, y él tomó la palabra:

—Aquí ocurre poco más o menos lo mismo, ya lo verás cuando pasen unos días... Automóviles por aquí, automóviles por allá... Requisas e incautaciones... Camiones cargados con muebles y enseres de un lado para otro. Colas en los espectáculos y en los prostíbulos... Una plaga de enfermedades venéreas. Mujeres por todas partes, hasta en los cuarteles y en las milicias... Muchos milicianos se van de excursión a la Sierra y bajan de allí, con fusil y todo, cuando les da la gana. Las columnas operan sin orden ni concierto; van y vienen, avanzan o chaquetean porque sí... Cada una recibe órdenes de su partido y tiene su propia intendencia. La Prensa miente y fabrica héroes y victorias a porfía, como si la guerra fuese un juego o se desarrollase a mil kilómetros de Madrid, cuando, en realidad, tendremos al enemigo llamando a sus puertas antes de nada, si el mal no se remedia. Y venga a hablar de revolución a troche y moche, a hacer llamadas a la solidaridad internacional, como si la solución nos fuera a llegar del extranjero mientras nos dedicamos aquí a jugar a los soldados, distribuyéndonos las estrellas y los grados militares para lucirlos por los cafés. Se han montado miles de oficinas sin otro fin que el de emboscarse para evitar el frente y justificar un sueldo, porque, claro, todo el mundo necesita figurar en alguna nómina para cobrar sin hacer nada. No hay control. Esto es el caos.

Yo me quedé atónito, pues creía que en Madrid las cosas irían de otro modo, más en consecuencia, al menos, con la grave situación militar creada por la pérdida de Talavera. Y no era así. Entonces, ¿qué futuro nos esperaba?

Él se hizo cargo de mi turbación porque siguió diciendo:

—Quizá los descabros acaben por hacer que la gente abra los ojos y se dé cuenta del peligro que corre, y el miedo le obligue a cambiar de conducta. Esa es mi única esperanza. Espero la reacción. Si no se produce, estamos perdidos. Pero se producirá, no lo dudes. El pueblo obra a veces así. En la guerra europea, los franceses vivieron alegremente hasta la batalla del Marne, cuando peligró París. Aquí puede suceder lo mismo. Hasta ahora, todo lo hemos hecho mal, es cierto y no hay que negarlo, porque sería engañarse. Sin embargo, todavía estamos a tiempo para rectificar.

Me dijo que la culpa, una vez sublevados los militares, era de Azaña por no haberse impuesto a Largo Caballero. Nada de milicias. ¡Ejército! Se debió completar los regimientos con el voluntariado, sí, pero bajo las órdenes de los militares profesionales, aunque se tomaran todas las medidas necesarias para asegurarse su fidelidad después de una rigurosa depuración, lo que hizo Trotski para ganar la guerra civil en Rusia contra los generales zaristas. Eso, lo primero. En segundo lugar, mantener en pie los cuerpos de la administración del Estado, depurándolos razonablemente y sometiénolos a la vigilancia y al control de antiguos o nuevos funcionarios afectos a la República. Amenazar con severísimas penas a los probadamente desleales, pero dejar en sus funciones a los que se avinieran a cumplir con su deber. Y, por último, haber requisado solamente el patrimonio de las personas comprometidas en la rebelión y aquellas industrias indispensables para la guerra, dejando lo demás como estaba, aunque supeditando toda actividad al servicio de la causa. Para eso estaban los sindicatos. Ese era su papel en aquellas circunstancias, y no el de sustituir a los patronos, salvo en los casos de evidente complicidad con los rebeldes, por comités de inexpertos e incapaces. Así andaba todo...

—En cualquier caso —me dijo al final, mirándome intensamente a los ojos—, nosotros no tenemos opción. Hemos de seguir haciendo las cosas lo mejor que podamos y diciendo en voz alta cómo entendemos que deben hacerse, aunque no se nos escuche y ello nos acarree algún disgusto. En nuestra obligación.

3. EL CREPÚSCULO

En octubre fue nombrado Pestaña Subcomisario General de Guerra. Pocos días después se puso en marcha la gran operación política que llevó a la CNT al gobierno en vísperas de que las columnas rebeldes de Varela y Yagüe llegasen a las puertas de Madrid. Fue la gran

trampa tendida por el gobierno de Largo Caballero a la CNT, a fin de comprometerla en la arriesgada maniobra que se veía obligado a realizar, y a la que la gran organización sindical acudió ciegamente, atraída por el señuelo del poder. A Largo Caballero se le planteó, con carácter urgentísimo e ineludible, la alternativa de defender a ultranza la capital política de la nación o abandonarla a su suerte y trasladar el Gobierno de la República a Valencia. No existía otra opción. El mando militar aconsejó el abandono sin pérdida de tiempo, porque creía que era técnicamente indefendible la gran plaza. Bien, pero ¿cómo abandonar precipitadamente Madrid dejando sueltos a los anarcosindicalistas que aprovecharían la huida del Gobierno para acusarle de cobardía, derrotismo e irresponsabilidad, y hacerse de hecho con el mando en el corazón de la zona leal? El crédito que el Gobierno mantenía con tanta dificultad por las últimas derrotas militares que habían conducido a moros y legionarios al área metropolitana de Madrid, se derrumbaría estrepitosamente. Quedaría desautorizado ante el pueblo, como un comité errante compuesto por gente sin fe, sin valor y sin dignidad. Por el contrario, la CNT se convertiría en adalid único del pueblo, en su última esperanza, y podría alzarse fácilmente con todo el poder, revestido, por la fuerza de las circunstancias, con todos los atributos del heroísmo, de la fidelidad y del honor. No. Antes de que el Gobierno evacuase Madrid era preciso atar bien a los ariscos e indomables anarcosindicalistas, ya no tan ariscos e indomables, como veremos, a fin de quitarles de la mano un triunfo tan peligroso. El terreno estaba abonado. La CNT ya formaba parte del Gobierno de la Generalidad y de los Ayuntamientos. Los anarquistas que manipulaban la Confederación se habían dado cuenta, tarde como siempre, de que sin participar en el poder político de una manera directa se les escapaban todas las posibilidades de influir decisivamente en los destinos de España. Cada día se estrechaba más el cerco que comunistas y socialistas —la intención era de aquéllos y, el servicio y la complicidad, de éstos— habían establecido en torno de sus conquistas revolucionarias. Poco a poco se les acababa el oxígeno y, poco a poco también, iba a faltarles la tierra bajo los pies. Al fin, los

anarquistas comprendieron asimismo que la guerra era el negocio primordial y que la revolución quedaba supeditada al desenlace que aquélla tuviese. Sin victoria militar previa, no se podía siquiera pensar en la revolución. Durruti, el único hombre que gozaba de una autoridad indiscutible en los medios libertarios, bien ganada, por otra parte, con su conducta austera, su valor personal y su dedicación absoluta a la causa antifascista, sintetizó este pensamiento en una frase que se hizo célebre y marcó el camino a sus compañeros: *«Renunciamos a todo menos a la victoria.»*

En consecuencia, la treta de Largo Caballero no podía fallar. El Secretario del Comité Nacional de la CNT Horacio Martínez Prieto — un anarquista contemplativo hasta la guerra— fue el encargado de llevar las negociaciones por parte de la Confederación, prolijas, de regateos, ya más por el huevo que por el fuero, porque la CNT estaba dispuesta a entregar su doncellez y de lo que trataba únicamente era de obtener por ello el mejor precio.

Entonces, Horacio Martínez Prieto ofreció una cartera ministerial a Pestaña en nombre de la CNT, a condición de que disolviese el Partido Sindicalista, y Pestaña, naturalmente, rechazó la oferta. ¿Cómo iba a disolverlo cuando la fuerza inexorable de los acontecimientos venía a confirmar en un todo sus previsiones y la legitimidad histórica del partido por él fundado? Eran los faístas los que abdicaban de los principios en nombre de los cuales le habían hecho la guerra. Por consiguiente eran ellos los que debían venir a su campo y no a la inversa. La razón estaba de su parte, ya sin lugar a dudas, y ello fortalecía su posición. En cambio, los faístas no sólo cometían el gran error táctico de comprometerse en condiciones tan desfavorables, y tan a deshora, sino que arrastraban también tras de sí a la CNT, inhábil orgánica y estructuralmente para toda actividad política estricta, como un pesado lastre, hada el mismo incierto y tenebroso porvenir, precisamente lo que Pestaña había tratado siempre de evitar separando y distinguiendo, en la teoría y en la práctica, la función de los sindicatos de la de los organismos políticos. La FAI picó e hizo que la CNT picase también el cebo que astutamente les ofrecía Largo Caballero, quién, además de sujetar a los anarquistas,

pretendía también que éstos sirvieran de contrapeso, dentro del gabinete, a la política de los comunistas, cuyas aviesas intenciones de querer eliminarle ya sospechaba.

El día 4 de noviembre se consumó la jugada. La CNT aceptó las responsabilidades de gobierno a cambio de cuatro carteras vacías: Justicia, Sanidad, Industria y Comercio, que desempeñarían, respectivamente, Juan García Oliver, Federica Montseny, Juan Peiró y Juan López, miembros conspicuos de la FAI los dos primeros, y sindicalistas, los segundos, que así recibían un premio por haberse plegado a las exigencias faístas en el Congreso de Zaragoza.

Pestaña comentó el hecho aquella misma noche en el Comité Nacional del Partido Sindicalista, entre apesadumbrado y burlón:

—No han podido elegir peor momento —dijo— para embarcarse en un navío que hace agua por muchos sitios. Largo Caballero, tan absolutista hasta ahora porque se creía una especie de Trotski, que intervenía en los planes de operaciones militares y que intentaba controlar hasta el último fusil de los parques, ha perdido muchos puntos de apoyo últimamente y sabe que empieza a estorbar a los comunistas, porque no se deja manejar enteramente por ellos. No sé lo que pasará, pero estoy seguro de que, tarde o temprano, tendrá que darles la batalla si no quiere que le minen el terreno y le hundan el barco. Por eso ha echado mano de la CNT, para que le sirva de apoyo frente a los comunistas. Eso, por una parte, y por la otra, les ha dado unas carteras prácticamente nominales y sin valor ejecutivo en estos momentos, para que no puedan plantearle ningún problema de alguna importancia. ¿Qué puede hacer García Oliver en Justicia? ¿Y qué Federica en un ministerio de Sanidad que no existe? ¿Qué industria va a dirigir Peiró si la que hay es de guerra y está controlada por Largo Caballero? Aparte de que Juan López no sabe nada de comercio, la verdad es que aunque entendiera mucho del ramo, tampoco podría hacer gran cosa, porque todas las compras al extranjero, material de guerra más que nada, corren también a cargo del jefe del Gobierno y del ministro de Hacienda. Como no se dedique a vender naranjas a los ingleses... Han entrado como peones de brega, a darlo

todo sin ninguna compensación, como no sea la de la vanidad personal. Lo peor de todo, sin embargo, es que van a destrozar a la CNT. Ésta es la que va a pagar todos los vidrios que se rompan, que van a ser muchos, me temo. Pero mirad por dónde son ministros, nada menos que ministros, quienes más nos han acusado de ambiciosos políticos: García Oliver, el cuco García Oliver, el del anarbolchevismo, el cerebro de la FAI según él; la Montseny, la histérica de siempre, que dijo que yo era la gangrena de la CNT. Lo que no acabo de entender es que un hombre como Juan Peiró haya aceptado cargar con ese muerto. En cuanto a Juan López... Juan López es un individuo del que puede esperarse siempre cualquier cosa...

Dos días después, el Gobierno escapaba de Madrid y el enemigo, que había concentrado sus mejores tropas de choque a las puertas de la capital, intentaba un supremo esfuerzo para penetrar en ella, sin conseguirlo. El pueblo de Madrid, en vez de asustarse, reaccionó como Pestaña presumía, superando en entusiasmo y desprecio a la muerte al famoso 2 de mayo de 1808. A los gritos de «¡Viva Madrid sin gobierno!» la multitud recorría las calles o se concentraba en los puntos donde se la requería para ir a cerrar con su masa física las brechas abiertas en las líneas de combate. El pueblo llegaba a la hora en punto de la cita con la Historia, a lo grande, a lo heroico, a lo desesperado y, al mismo tiempo, sin darle gran importancia, como el torero que espera la señal del clarín para tirarse a matar o a morir. Nadie que no haya vivido aquellas horas supremas sabrá nunca hasta dónde puede llegar un pueblo cuando se decide a jugarse la vida. Se acabaron los chistes, el devaneo, la frivolidad y la despreocupación. Aquel día, Madrid se vistió de guerra y seguiría así hasta un triste día de marzo en que le abandonaron los dioses.

Pestaña, por su parte, marchó a Albacete, por orden del Gobierno, para hacerse cargo de la Junta de Recepción y Distribución de Material de Guerra. Albacete, almacén general del armamento adquirido tan penosamente por la República, padecía en alto grado los males comunes a toda la zona leal: la indisciplina, el desorden y la despreocupación. Había municiones, fusiles y ametralladoras en

cantidades relativamente grandes, pero se encontraban inmovilizadas por falta de transporte, mientras en Madrid se carecía de todo ello y los voluntarios esperaban tras los parapetos a que quedase libre un arma. Los conductores de los camiones no obedecían las órdenes, porque eran tantas y tan contradictorias que se anulaban unas a otras. Nadie sabía qué cargar en los trenes que luego se detenían en ruta sin saberse por qué ni por mandato de quién. El enemigo, infiltrado en los centros nerviosos del aparato, obraba a placer, con plena impunidad. Martínez Barrios, el antecesor de Pestaña en la dirección de la Junta, había sido desbordado y anulado por las interferencias abusivas de tantos comités y organismos parasitarios, y hubo de abandonar el puesto en pleno desastre. Por eso, Pestaña tuvo que obrar drásticamente, sin contemplaciones, para imponer la disciplina en aquel conjunto heterogéneo y desmandado. Invocó las razones que le asistían y acompañó sus argumentos con la amenaza de las más severas sanciones y con el ejemplo personal. Convocó a los conductores de camión en el término inaplazable de dos horas y él mismo, en persona, dirigió los cargamentos y dictó minuciosamente las órdenes de ruta. En las frías noches de Albacete se presentaba en la estación del ferrocarril y permanecía allí hasta las madrugada disponiendo los convoyes cargados de armas hacia Madrid. En breves horas logró dominar la situación por completo, sin tener que recurrir a ninguna violencia, con sólo el empeño de su voluntad irresistible. Así, lo que parecía a su llegada un caos ingobernable, se transformó, con su presencia, en un ordenado y febril mundo de trabajo. Eso sí, apenas comía, apenas dormía y estuvo aguantando a pie firme, desafiando la intemperie y las bajas temperaturas, hasta que consideró asegurado el buen funcionamiento de la máquina puesta bajo su control.

Una de aquellas noches, probablemente la del día 8 de noviembre, llamó telefónicamente a la Secretaría del partido en Madrid.

—¿Cómo van por ahí las cosas? —preguntó.

Su interlocutor fue Adalia.

—Mal. El enemigo está en la Casa de Campo y se han visto patrullas

de moros por los altos de Arguelles. Eso dicen, porque hay tal confusión de noticias que nadie sabe con certeza la verdad. Nosotros vamos a pasar aquí la noche. Hemos reunido algunos fusiles y bombas de mano y tenemos los automóviles con los depósitos de gasolina llenos, apostados en la calle, por si nos vemos obligados a escapar a tiros con los fachas de dentro y de fuera. Lo peor de todo es que apenas hay municiones para media hora de fuego...

—Tenéis que aguantar como sea. Si resistís siquiera cuarenta y ocho horas, yo os aseguro que tendréis en Madrid todas las armas y municiones que necesitéis. Aquí hay montañas de fusiles, ametralladoras y proyectiles, y yo no hago otra cosa que enviaros camiones y trenes cargados hasta los topes de todo eso. ¡Animo! ¡Cuarenta y ocho horas más y Madrid estará salvado!

Le creímos. A Adalia se le saltaron las lágrimas del entusiasmo. Era, para todos, agarrarse otra vez a la esperanza ya casi perdida. Ya no le importaba a nadie que sonaran ecos de disparos por todas las esquinas de la ciudad.

Así fue. Pero las noches heladas de Albacete acribillaron sus pulmones. Pestaña cayó herido por una bronconeumonía y hubo que trasladarle rápidamente a Valencia. Allí luchó denodadamente por la vida y pudo vencer la crisis, pero sus pulmones enfermos ya no recobraron la salud, y él comenzó a languidecer, a consumirse, lentamente, inexorablemente.

4. EL OCASO

Volvió a Madrid para pronunciar, ante los micrófonos de Unión Radio, las «Doce palabras de la Victoria», en la noche del 31 de diciembre. «Ganaremos la guerra por...» Así, doce veces, doce razones, doce argumentos, doces invocaciones al sentido común... Habló para todos, amigos y enemigos, desde la línea fronteriza de las dos Españas, en la noche de paz por excelencia, por sobre las trincheras fratricidas, los campos abandonados, los pueblos y las ciudades amedrentados, sin odio ni rencor, con el corazón partido. ¿En qué

oídos, en qué otros corazones resonaron sus serenas, apaciguadoras y generosas palabras?

Tosía. Había perdido carnes, viveza en la mirada y energía en los gestos, pero había ganado en transparencia y cordialidad. Era más espíritu y más «el Ángel» que nunca.

De vuelta a Valencia, hubo de recurrir otra vez a los médicos, guardar reposo y abandonar temporalmente sus actividades. La enfermedad pulmonar no estaba cancelada y trascendía de nuevo con caracteres más graves. Parece que sus orígenes estaban en los disparos del atentado que sufrió en Manresa, quince años atrás. Había sobrevivido larvada en su pecho, gracias a su vida austera de hombre que no fumaba, no bebía alcohol, no trasnochaba ni se permitía jamás ningún exceso, pero la bronconeumonía albaceteña había reactivado sus gérmenes dormidos. Empezaron los ataques de disnea, intermitentemente... Así, tenía breves períodos de calma, seguidos de otros agónicos. En las recaídas, su compañera cerraba la puerta a todo visitante. María defendía el descanso de su «Ángel» como una hembra celosa. Aun cuando gozaba de un paréntesis de aparente mejoría resultaba difícil el acceso a la presencia de Pestaña, reservado exclusivamente a los camaradas más íntimos o que querían someter a su criterio cuestiones de la mayor importancia.

—No hacen más que marearle — refunfuñaba, a pesar de todo, María—. ¿Es que no saben todavía lo que tienen que hacer?

A veces, la mejoría era tan notable que abandonaba su retiro y reanudaba sus actividades, aunque reduciéndolas a lo indispensable y observando toda clase de precauciones, si bien acababa entregándose sin reserva. Aprovechó uno de esos alivios para pronunciar una conferencia, en un teatro de Valencia, con el título «¿Debe disolverse el Partido Sindicalista?», que a muchos camaradas pareció extemporánea, pero que, sin embargo, respondía a la conveniencia de reafirmar nuevamente las razones que impusieron en su día la creación del partido, razones más incontrovertibles todavía que entonces, porque se había dado el fenómeno, imprevisible en aquellas fechas, de la participación de la FAI y de la CNT en el gobierno central y

en los de Aragón, Cataluña y Asturias. Tal rectificación de táctica venía precisamente a confirmar el acierto histórico de la creación del Partido Sindicalista, que fue, en todo caso, una lúcida visión del futuro. Por otra parte, en la conferencia se daba una respuesta razonada a la invitación de Horacio Martínez Prieto, en nombre de la CNT, a disolver el Partido Sindicalista. Si las razones de su creación, y vuestra misma conducta al actuar como partido político lo prueba —venía a decir—, ¿cómo nos pedís que lo disolvamos? ¿En nombre de qué y por qué? ¿No sería más lógico fortalecerlo? ¿No sois vosotros, por el contrario, los que tenéis que confesar vuestro error y, por consiguiente, rectificar vuestra postura con respecto al partido? Una de dos: o estabais equivocados cuando nos atacabais, o lo estáis ahora al intervenir en política sin haber constituido previamente el instrumento idóneo para tal cosa.

Se organizó, entre tanto, el ejército popular, se perdió en Málaga y se ganó en Guadalajara, pero seguía entenebreciéndose la perspectiva militar, lo que conllevaba irremediablemente la descomposición en los círculos del poder. ¿En qué había venido a parar el «Gobierno de la Victoria»? ¿Qué hacía el «Lenin español»? Los comunistas, valiéndose de la ayuda rusa, acaparaban los mandos en el ejército, monopolizaban el comisariado, constituían las unidades militares mejor pertrechadas y se disponían al asalto final del Gobierno. Empezaron por provocar a la CNT y obligarla a echarse a la calle para que perdiera la razón y poder así machacarla sin piedad, como sucedió en los luctuosos y desatentados episodios de mayo en Barcelona. Luego, defenestraron a Largo Caballero, quien arrastró consigo a la FAI y a la CNT, que hicieron suya una causa perdida y se quedaron sin ministros. De tal manera, sin honra ni provecho, perdieron la FAI y la CNT su virginidad política, después de tantos años de estar exhibiéndola como una bandera. Qué triste final, que ni siquiera sirvió de escarmiento, porque, poco después, la CNT suplicaba a Negrín un puesto en el gobierno, como una limosna, y obtuvo en forma tan humillante un nuevo ministro en calidad de doméstico. Finalmente, los comunistas introdujeron una cuña divisoria

en la UGT, último refugio de Largo Caballero, el caudillo destronado.

En aquella escandalosa crisis que llevó al doctor Negrín a la presidencia del nuevo gobierno, se dijo que Indalecio Prieto apadrinaba la candidatura de Ángel Pestaña para la cartera de Gobernación. Y era verdad. Probablemente Pestaña no hubiera aceptado la oferta, escudándose en su estado de salud, pero no tuvo tiempo siquiera para decidirse, porque llegó antes el veto de Moscú.

Todavía en la reunión de Cortes que tuvo lugar en el palacio de la Lonja, en Valencia, intervino Pestaña con un discurso que le agradeció Indalecio Prieto desde el banco ministerial. Tuvo que hablar sentado, entre pausas, gracias a un visible esfuerzo de voluntad. Se definió contra la politización y la labor de zapa que desarrollaban en el ejército algunos partidos políticos, aludiendo veladamente, pero inconfundiblemente también, al comunista; contra las diferencias de trato a las unidades militares, según cual fuera su origen político; contra la proliferación de comisarios nombrados a espaldas del ministro de Defensa, sin conocimiento siquiera de los Subcomisarios generales, y que se dedicaban exclusivamente a la captación de prosélitos entre la tropa y la oficialidad, señalando así a Álvarez del Vayo, Comisario general, socialista de nombre, pero agente de Stalin, un día turiferario de Largo Caballero y, después, su judas, hombre de dos carnés y bifronte políticamente. Terminó pidiendo al nuevo ministro de Defensa que interviniese enérgicamente para extirpar esos cánceres que estaban destruyendo la unidad y, por lo tanto, la eficacia del ejército.

Prieto recogió el reto, y fruto de ese discurso fueron los decretos aparecidos en el Diario Oficial por los que se reorganizaba el comisariado y se prohibía toda actividad proselitista en el ejército. Naturalmente, tales decretos, pasado el primer efecto psicológico de sorpresa, se acataron, pero no se cumplieron, y las células comunistas siguieron propagándose por todos los órganos y tejidos del maltrecho cuerpo militar.

Por orden del partido marché a Gijón por una larga ruta: Alicante, Gibraltar, Tánger, Marsella, Bayona, Bilbao y Santander. Me detuve un par de días en Tánger, que aproveché para pronunciar una conferencia en la Casa de España y recoger información sobre lo que allí ocurría: espionaje, contraespionaje, desastrosa política del consulado español, dinero dado y perdido a manos llenas; parcialidad de El Mendub, representante del Sultán; actitud desafiante de los fascistas protegidos por los cónsules de Italia y Alemania; conducta de los moros borrachos que recorrían las calles de la ciudad a los gritos de «¡Franco, Franco, Franco!» Salí de allí escandalizado. A mi vuelta, caído ya Bilbao, saltando de Santander a La Rochelle, de aquí a Burdeos y, finalmente, a Barcelona, encontré a Pestaña en Valencia. Aquella tarde se despidió de nosotros. Se iba a Barcelona siguiendo al gobierno trahumante de la República. Los augurios no podían ser más desmoralizadores. ¿Y de Barcelona a dónde? ¿Después de la pérdida del Norte, por qué sitio atacaría Franco? Eso se preguntaba la gente. Sin embargo, aún duraría la guerra casi dos años más.

Le encontré muy demacrado, vencido. Según supe confidencialmente, los ataques de disnea se repetían con más frecuencia y con mayor intensidad. Los médicos que le asistían se habían declarado ya impotentes para atajar la cruel dolencia que le destrozaba. Quedé descorazonado.

Fue una charla penosa. Habló sentado, fatigosamente, en voz baja, interrumpiéndose para tomar aliento. Parecía la sombra de lo que fue. Pero su cabeza funcionaba brillantemente. En síntesis, nos recomendó paciencia, tesón y espíritu de sacrificio. Una vez más nos hizo ver que el Partido Sindicalista era el único instrumento idóneo para aglutinar las aspiraciones de los trabajadores, incluidos la clase media y los intelectuales, en un ideario común de libertad, solidaridad y justicia distributiva. Recalcó la importancia de la cultura en nuestros proyectos transformadores de la sociedad. «Lo primero y

principal es educar a las masas y elevar su nivel de cultura», repitió varias veces. De lo contrario, volveríamos a caer en los mismos errores pretéritos y, en ese caso, de nada valdrían nuestros esfuerzos ni nuestros sacrificios. España tendría que rehacerse después de la guerra y esa sería la ocasión para que los sindicalistas demostrasen de lo que eran capaces de hacer, aconsejar y dirigir. Al Partido Sindicalista, sin ninguna responsabilidad de poder en la guerra, se le presentaría la gran oportunidad cuando la paz llegase, porque podría ofrecer al pueblo español unas fórmulas de convivencia y de progreso creador no utilizadas aún, limpias de errores y fracasos. En España existía una enorme corriente de opinión liberal o libertaria, progresista y no marxista, que era la nuestra, la que nosotros deberíamos recoger y encauzar. Ah, y que no se nos olvidasen nunca las clases medias y los intelectuales. Todos los que viviesen de su trabajo cabían en nuestro partido. Lo de partido de clase es una falacia. Ninguno lo es verdaderamente. El nuestro sería el partido del trabajo, de los trabajadores sin excepción. Era necesario, pues, que estuviésemos bien preparados para cuando llegara nuestro momento. Entre tanto, cooperar al triunfo sobre el fascismo con todas nuestras fuerzas, en cualquier puesto, desde cualquier lugar, incondicionalmente, sin pedir recompensa por ello y sin mancharnos de odio, de sangre o de codicia.

Acabó exhausto. Marín Civera, un gran humanista y el mejor teorizante español del sindicalismo, que estaba a mi lado, me susurró, con voz condolidada:

—Es su testamento político.

No obstante, cuando pasé a saludarle, Pestaña quiso que le informase sobre el viaje que acababa de hacer. Entonces, me senté a su lado y le expuse brevemente mis impresiones, extendiéndome, sobre todo, en el episodio de Tánger. Me escuchó complacido, casi paternalmente, como si mi charla, un tanto colorista quizá, le sirviese de alivio y descanso. Cuando terminé, me felicitó por haber escapado con bien de la aventura, y me dijo:

—Lo que has dicho de Tánger es muy interesante. Informaré de ello

a Prieto tan pronto pueda hablar con él. A lo mejor tienes que ir tú también a Barcelona...

Y fui, sí, a Barcelona, un día desapacible de diciembre, en caravana con otros compañeros, pero para verle muerto en la capilla ardiente instalada en los locales del partido, en la Rambla de los Estudios. Había expirado el 11 del mes, a las cinco de la mañana, en brazos de sus viejos y entrañables amigos Marín Civera y José Robusté. Poco tiempo antes, había pedido y obtenido su reingreso en la CNT, por su condición de trabajador, como si hubiese querido ir a morir en el seno del que nunca, en realidad, salió, atraído por la querencia de los primeros amores.

Dice Pere Foix que le mató la guerra, *porque sintió en su propia carne la pérfida herida del fascismo contra su pueblo.*

«En el transcurso de los meses de guerra, se le veía envejecer; las arrugas le surcaban el rostro y los cabellos se le tornaban blancos.» Sin embargo, no había cumplido aún los cincuenta y dos años cuando murió. Es decir, que se encontraba en plena madurez física e intelectual. Pero el dolor de cada día, el sufrimiento constante por las muertes y los destrozos que causaba la guerra fratricida, el no dormir y el no sosegar, minaron su salud y le dejaron inerte al ataque de la aviesa enfermedad que yacía latente en sus pulmones. Pestaña fue, evidentemente, una víctima de la guerra aunque murió en su cama. Lo hizo calladamente, humildemente. Su espíritu se desvaneció como una sombra y acá dejó las cenizas del gran incendio que su vida fue.

Los militantes estábamos anonadados. Muchos lloraban, algunos envueltos en el olor de las trincheras. También vi llorar a Indalecio Prieto junto a su ataúd.

«¡Pestaña ha muerto!, exclamaba la gente que pasaba por las Ramblas al ver las largas filas de hombres, mujeres y niños, que esperaban su turno para darle el último adiós. Y la Barcelona proletaria —sigue diciendo Pere Foix—, las organizaciones antifascistas sin distinción de matices expresaron elocuentemente su condolencia. El día 12, una multitud de trabajadores aguardaba, silenciosa, bajo los

balcones del local del Partido Sindicalista, adornados con la bandera de la República a media asta y negros crespones. Se aproximaba la hora del entierro. Detrás del féretro, la gente caminaba en largas filas silenciosas. Presidían el duelo personas pertenecientes a las más diversas organizaciones políticas: Prieto, ministro de Defensa Nacional, en representación del Gobierno de la República; Marín Civera, director del diario *Mañana*, por el Partido Sindicalista; hombres de Esquerra Republicana de Cataluña, de Acción Catalana, de la UGT, de la CNT, del Partido Socialista Obrero Español; representantes de entidades deportivas y culturales. Todo el pueblo de Barcelona, agolpado y dolorido, rendía un póstumo homenaje al hombre que siempre había defendido la justicia y la libertad. Porque Pestaña, a pesar de sus errores políticos, fue en vida un hombre de conducta ejemplar, que siempre actuó desinteresadamente y de buena fe, el pueblo, que difícilmente se equivoca al juzgar a los hombres, sabía que en aquel día frío y lluvioso de diciembre acompañaba al cementerio los restos de uno de sus defensores.»

He transcrito la crónica de Pere Foix para que así quede más objetivamente reflejado el acontecimiento, ya que su pluma es la de un viejo amigo que discrepaba, como se advierte, del pensamiento político de Pestaña. Aun así, en todo lo demás le hace justicia y nos ofrece un testimonio inequívoco e imparcial que demuestra el gran ascendiente de que gozaba Pestaña en el pueblo. También deja sobreentendido que la sola representación que faltó en el entierro fue la del partido comunista.

Su única herencia fue una deuda de seis mil pesetas en médicos y medicinas que saldó el partido.

5. «HEMOS PERDIDO UN GRAN HOMBRE»

Exactamente, el comentario de Prieto fue: «Hemos perdido un gran hombre cuando más falta nos hacía.»

Paso a paso, de escalón en escalón, Pestaña había ascendido desde las profundidades oscuras a la más alta cumbre luminosa que puede alcanzar un hombre, la de la plenitud. Fue un largo, sinuoso y accidentado camino el que tuvo que recorrer. Desde su infancia solitaria, pasando por una adolescencia silvestre, una juventud errante y un turbulento comienzo de madurez, supo mantenerse siempre en el rumbo de los elegidos. Tuvo que vencer todos los obstáculos: la ignorancia, la pobreza, la soledad, las persecuciones, la incompreensión ajena, el fanatismo de los doctrinarios, la infamación de los resentidos, el odio de los de arriba, el resentimiento de sus iguales, la impiedad de sus enemigos y la tibieza de sus amigos; y todas las tentaciones de la vanidad, de la soberbia, del dinero y del poder, sin romperse ni mancharse. Vivió en medio de un círculo de pasiones incandescentes, desorbitadas, tremendas, y él se mantuvo templado y dueño de sí siempre. Le cercaron los terrores y los miedos, las impaciencias, los desfallecimientos, y él permaneció imperturbable. No fue un hombre perfecto, sino un hombre. Por eso vaciló, dudó, erró y rectificó, pero sin abandonar nunca la búsqueda de la verdad, porque la verdad fue su norte y su guía. La verdad humana, por supuesto.

Tuvo talento, un gran talento, perspicacia e intuición, una voluntad inquebrantable y una perseverancia ilimitada. Le inspiró su fe en el hombre, al que nunca consideró, sin embargo, un ángel. Tampoco un demonio. El hombre fue para Pestaña un ser desgraciado, dual, contradictorio, víctima de depredaciones y dominaciones, viciado por los malos aires de la sociedad, pero merecedor de un mejor destino. Irredento y redimible, en suma. Esa fue su vocación: la redentorista, y a ella dedicó su vida desde que leyera los primeros escritos panfletarios en el depósito de locomotoras de Portugalete hasta que rindió el último aliento.

Llegó a la grandeza humana por depuración, por decantación, como los buenos licores y las buenas esencias. La grandeza es el estado en que el hombre se ha desprendido de todo lo superfluo, de todo lo adjetivo, y sólo vive para lo esencial. Así era Pestaña. Comía lo que le ponían delante en un plato; dormía en cualquier sitio; vestía la

primera ropa que encontraba a mano. Su desprendimiento de los bienes materiales era proverbial. No conocía el valor del dinero ni nunca le atrajo éste. En el primer invierno de guerra tuve que adquirir, mediante un vale, una gabardina para él en un comercio de la calle de San Bernardo y dársela diciendo que provenía de un envío para el frente, porque andaba a cuerpo. Su sobriedad servía de ejemplo permanente: no bebía alcohol, no fumaba, y no tenía más necesidades que las indispensables. Jamás le oímos pedir nada para sí, y las comodidades y los cuidados de que le rodeábamos en los últimos tiempos, sucintos y simples, por otra parte, le abrumaban. Él vivía en otro plano. Por eso, algunos de sus amigos se han dejado decir que andaba por las nubes. Era la suya una conciencia hipersensible y lúcida. Si hubiera que definirle con una sola palabra, diríamos que Pestaña era todo él conciencia. De ahí su insubornabilidad aun en los casos en que tuviera que decidirse entre sus sentimientos personales y la verdad, aunque de ello no se dedujera ningún mal para nadie. En cierta ocasión fue a ver al célebre abogado Ángel Ossorio y Gallardo para que aceptase la defensa de unos compañeros acusados de graves delitos, en la época del pistolero. Ossorio y Gallardo se resistía, pero era tanto el respeto que le infundía Pestaña y le apremiaba éste con tanta insistencia, que le dijo:

—Está bien. Me haré cargo de la defensa de esos individuos por los que usted se interesa tanto si me asegura que son inocentes. Me basta su palabra.

Pestaña entonces movió la cabeza y, tras un breve silencio y como si le dolieran las palabras, contestó:

—Lo siento. Eso no se lo puedo yo garantizar.

El hado adverso en la vida de Pestaña lo encarnaron precisamente quienes más deberían haberle ayudado: sus compañeros de lucha. La mayoría de sus camaradas no vio en aquel hombre singular más allá de un secretario de comité. Unos por despecho y otros por inepticia se rebelaron contra él, le negaron y le combatieron. Aún hoy, siguen ciegos, como le ocurre a Peirats y les ocurre a todos los historiadores militantes del anarcosindicalismo. No se dieron cuenta

entonces, ni reconocen ahora, que Pestaña ha sido la personalidad más relevante que salió de las filas del movimiento libertario.

Le juzgaron, y le juzgan, le vieron, y le ven, a través de los prejuicios doctrinarios. Le midieron, y le miden, con la vara del sectarismo. El encono de las disputas crípticas, de las rivalidades patológicas, de los complejos de inferioridad y de la impotencia, que enturbiaron las mentes y las conciencias entonces, siguen destilando veneno todavía hoy. Se advierte en esa actitud un fondo de ignorancia y de vanidad inconmensurables. Nunca comprendieron aquellos camaradas de la CNT que Pestaña había superado la estrechez de los dogmas, la beatería de los ritos y la mezquindad de las ideas petrificadas. Pestaña había pasado rápidamente por todo eso y ascendido ya al plano desde donde se descubre el camino de la Historia. No era ya un hombre de secta, de grupo o de partido, y, mucho menos aún, un soñador de utopías. El sueño quedaba atrás; alrededor, los materiales diversos; delante, la realidad donde alzar la obra. No era un secretario de comité, sino un hombre de gobierno, un hombre de Estado, con una preparación óptima puesto que nada concerniente al hombre y a la vida le era desconocido. Tampoco era solamente un hombre bueno, como conceden algunos de sus detractores menos acerbos, sino un gran hombre, como dijo Prieto. Pestaña lo fue íntegramente y, a tal extremo, que asumió íntegramente también el destino que este ingrato país reserva para sus hombres excepcionales; la frustración.

* * *

Murió como vivió siempre, como un anarquista integral, entendiendo por anarquismo la doctrina y el estilo que liberan al espíritu humano de las ataduras de los prejuicios, del temor a los poderosos, del respeto reverencial a los dogmas y de la idolatría a los bienes materiales; como una doctrina y un estilo de superación ética que inculca el amor a la libertad, a la solidaridad, a la justicia, y una

inmensa compasión por los seres humanos. En ese sentido fue Pestaña un anarquista, en el verdadero, tan distante de ese otro anarquismo dogmático, vociferante, violento, tiránico y, por consiguiente, absolutamente falso. «*Aquellos que en nombre del anarquismo 'justifican todas las violencias, robos, bombas, e incendios, no son anarquistas, ni lo han sido nunca ni lo serán jamás*», dejó escrito.

Sin embargo, no se encerró en su torre de marfil, que hubiera sido lo más fácil y cómodo para él, sino que se lanzó a la arena de las luchas sindicales y políticas, movido por la compasión y la solidaridad, irrefrenables; a correr todos los riesgos y desgracias del Caballero de la Triste Figura. Fue anarquista por dentro y sindicalista por fuera y, en ambos aspectos, un ejemplo humano difícilmente repetible.

Águilas-Madrid.

1977.

